

La epopeya de un superviviente en la Europa de la Era Glacial

NOVELAR HISTÓRICA

MARC KLAPCZYNSKI

AÔ EL ÚLTIMO <AVERNARIO

Styria

Marc Klapczynski

AÔ, EL ÚLTIMO CAVERNARIO

OceanofPDF.com

*Para Clara y Julia.
Por su compañía a lo largo de todas estas páginas,
con su entusiasmo, sus palabras de ánimo
y sus oportunos consejos.*

OceanofPDF.com

Prólogo

Esta historia ocurrió quizás hace más de treinta mil años, en el territorio de la actual Europa. En ese momento, la tundra se extiende por regiones inmensas. El bosque se acantona en los valles resguardados o en el sur del continente. El viento y la nieve barren las llanuras y las mesetas donde se reúnen los inmensos rebaños de bisontes y de renos cuando llega el verano. Los hombres, ya semejantes a nosotros, originarios de África, emigraron lentamente hacia el norte pasando por Oriente Medio y se asentaron en estas regiones frías pero abundantes en caza. En poco tiempo desarrollaron unas habilidades que les permitieron mantenerse en este entorno hostil.

Sin embargo, no son los primeros en haber conquistado la tundra. Varias decenas de miles de años antes que ellos, un ser humano diferente, de aspecto más primitivo, sacaba provecho de un calentamiento climático para aventurarse hacia las grandes llanuras del norte de Europa. Cuando la glaciación se abatió de nuevo sobre el mundo, un hombre, por primera vez en la historia de la humanidad, animado por la abundancia de caza, aceptaba el desafío. Conseguía sobrevivir en esas regiones semi-árticas y adaptarse a los rigores de la climatología. Ese hombre ha sido llamado «el hombre de Neandertal» y el enigma que representa todavía fascina a los hombres de hoy.

La cronología, el entorno y el acercamiento cultural, tal como aparecen en esta historia, corresponden globalmente a los datos actuales de la investigación arqueológica sobre la Prehistoria. Los descubrimientos recientes y las dataciones cada vez más precisas han contribuido a establecer la presencia simultánea, en un territorio del tamaño de Europa,

no sólo del hombre de Neandertal y de un hombre anatómicamente moderno (llamado de Cro-Magnon) sino también, en el interior mismo de cada uno de esos grupos, de poblaciones asociadas a tradiciones culturales netamente diferenciadas.

Esta particularidad ha sido destacada recientemente a propósito de los hombres de Neandertal: mientras en ciertas regiones desarrollaban una maestría técnica (período del châtelperroniense o perigordense inicial) de un nivel equivalente a la que prevalecía entre los hombres de aspecto moderno que se habían propagado por Europa (período del auriñaciense), en otros lugares, culturas de tradición antigua (período musteriense), más rudimentarias, típicas de períodos anteriores, perduraban en otras poblaciones de hombres de Neandertal.

Esta situación extraordinaria se inscribe en un lapso de tiempo relativamente restringido en la escala de la evolución de la humanidad (menos de 10.000 años). A pesar de la escasez de pistas de que disponemos, nos ofrece la visión de un mundo que palpita al ritmo de una búsqueda espiritual y artística de la que nuestro ancestro directo ya no posee la exclusividad: hombres de aspecto más arcaico participaron también de este avance. El recurso a técnicas de talla originales contradice la tesis de una imprescindible aculturación de criaturas menos desarrolladas, confrontadas a la invasión de hombres modernos. Su supervivencia a través de varios milenios atestigua, más que la mansedumbre de los «invasores», su capacidad para permanecer en ciertas partes del continente conservando sus territorios de caza y de recolección.

¿Qué relaciones desarrollaron estos seres humanos diferentes en el curso de enfrentamientos que difícilmente podemos negar que ocurrieron alguna vez en el seno de un espacio limitado y durante un período tan largo

Probablemente no existe una sola respuesta sino varias, una por cada encuentro particular y cuya suma constituye la larga historia casi desconocida de esta época, jalonada sin duda de tragedias, pero no necesariamente más violenta ni menos humana que la actual.

En este contexto fascinante se inscribe la ficción que les ofrezco.

Imaginen las mesetas y llanuras que se extienden hasta el infinito, salpicadas de lagos y turberas. Los inviernos son largos y crudos.

Hace aproximadamente 75.000 años, al principio de la última glaciación, el frío se había hecho extremo.

Veán esos hombres que avanzan lentamente en la nieve, sin duda alguna cazadores. A pesar de las ráfagas de viento helado que les obligan a agachar la cabeza, progresan orgullosamente, muy abrigados gracias a varios espesores de pieles sujetas por tiras de cuero. La caza ha sido buena. De dos en dos, arrastran largas pértigas de madera a cuyo extremo se ha enganchado un entretejido de ramas, a modo de trineos rudimentarios muy cargados. Se pueden distinguir cuerpos de caballos, esos pequeños herbívoros vivos y rápidos cuyos rebaños surcan la tundra.

Se aproximan al bosque. Más bien pequeños, con extremidades cortas, de una envergadura impresionante, una gran vitalidad emana de sus cuerpos fornidos. Ahora se distinguen los rostros cuyos rasgos parecen surgir de un pasado muy lejano.

El voluminoso cráneo apenas está separado del tronco por un cuello fuerte y corto. La frente estrecha y huidiza asoma por encima de los ojos hundidos en profundas órbitas, redondeadas y amplias. La cara puntiaguda se estira hacia delante como un hocico. La nariz, ancha y maciza, surge del bosque de pelo tupido, muy denso, que se extiende desde lo alto del cráneo hasta la nuca pasando por las mejillas, hasta tal punto que apenas se distingue la piel enrojecida por el frío.

Las armas que enarbolan parecen rudimentarias. Sin embargo, han permitido a estos cazadores resistentes y tenaces permanecer a las puertas del Ártico y convertirse, al hilo de milenios, en los predadores más temidos de la estepa.

Otros hombres han salido del bosque ahora muy próximo y corren hacia los cazadores. Están muy excitados y se agitan gritando en la nieve. Parece como si bailaran.

Los cazadores han soltado sus pértigas y se mezclan con ellos gesticulando más y mejor. Con muchos gruñidos y mímica, están imitando la caza. Sus gestos son precisos y muy expresivos. El espectáculo es fascinante. La nieve cae de nuevo. Revolotea a su alrededor, levantada por el viento polar que barre la estepa aullando. Imperturbables, los cazadores siguen bailando para sus compañeros. Es necesario que la pálida luz del día

se difumine para que se decidan por fin a ponerse en marcha. Saben que no lejos de allí arde un gran fuego a la entrada de una caverna escondida en los acantilados que dominan el río. Es el campamento de invierno del clan. Este año, la primavera se hace esperar y las reservas se han agotado. Pero esta tarde el hambre habrá dejado de atormentar sus entrañas. Los cazadores bailarían otra vez al fulgor de las llamas.

Muchos años han pasado. El clima se ha dulcificado. Hace 40.000 años y en el transcurso de los miles de años que se sucedieron, unos hombres distintos, prolíficos y trabajadores, se asientan poco a poco en el continente. Más altos y más estilizados que aquellos que les han precedido, se parecen a los hombres actuales. No temen al frío del que saben defenderse. La abundancia de caza es una ganga para estos intrépidos cazadores. Ningún ambiente se resiste a su expansión. Sus métodos de caza y la maestría técnica que han alcanzado en la talla de los diferentes materiales a su disposición, como la piedra y el hueso, pero también el marfil y la cornamenta de los cérvidos, les permiten adaptarse a los inconvenientes de cualquier entorno. Entre los que se aventuran hacia el norte del continente, algunos entran en contacto con hombres que vivían allí antes que ellos.

Estos pioneros no comprenden las gesticulaciones y gruñidos de esos seres extraños, inquietante esbozo de humanidad. Poco dispuestos a compartir las riquezas de su región abundante en caza con esas hordas vociferantes que espantan a sus rebaños, negándose a reconocerlos como sus semejantes, van tomando posesión de sus territorios poco a poco.

Sorprendidos por la ferocidad y la temible eficacia de las armas utilizadas por los recién llegados, los clanes que ocupaban desde hacía milenios esta parte septentrional de Europa, repartidos por vastos territorios y poco inclinados a reunirse de forma duradera, a menudo limitados a un puñado de individuos, fueron diezmados o empujados más al norte, allí donde ya no crecen los árboles.

Principales clanes y personajes

Aô: Superviviente de un clan de hombres de Neandertal procedente del período musteriense.

El clan de los hombres del lago

Hombres de constitución moderna pertenecientes a la cultura auriñaciense, correspondientes al hombre llamado «de Cro-Magnon»

Âki-naâ: Compañera del cazador Atâ-mak, capturada por los hombres-pájaro.

Kipa-koô: Hermano pequeño de Âki-naâ. Ayudante de Napa-mali, el chamán. Napa-mali: Chamán del clan.

Wagal-talik: Jefe del clan. Padre de Kipa-koô y de Âki-naâ.

Ma-wâmi: Joven cazador del clan. Compañero de Kî-mi.

Kâ-maï: Viejo cazador del clan. Padre de Kî-mi.

Atâ-mak: Cazador del clan. Compañero de Âki-naâ.

I-taâ: Mujer joven capturada por los hombres-pájaro.

Kî-mi: Mujer joven capturada por los hombres-pájaro. Compañera de Ma-wâmi e hija de Kâ-maï.

Taâ-wik: Viejo tallador de piedra del clan.

Los clanes de hombres del río

Emparentados con el clan de los hombres del lago'

Ak-taâ: Joven cazador portador de un mensaje para los hombres del lago. Ik-wag: Jefe del clan.

O-mok: Joven cazador del segundo clan de los hombres del río.

El clan de los hombres-pájaro

Clan de hombres belicosos, de constitución moderna, asentado en los antiguos territorios del clan de hombres de Neandertal de los cuales Aô es el superviviente.

El hombre de los dientes partidos: Jefe del clan de los hombres-pájaro. Individuo de talla muy elevada llamado «el gigante».

El clan de los hombres de las montañas

Clan de hombres de constitución moderna, emparentados con los clanes de hombres del lago y del río.

El clan de hombres de neandertal perteneciente a la cultura châtelperroniense

Se trata de un clan perteneciente a una cultura original, considerada como integrada en las primeras etapas del paleolítico superior, limitada en el tiempo (alrededor de 6.000 años) y localizada principalmente en el oeste de Europa.

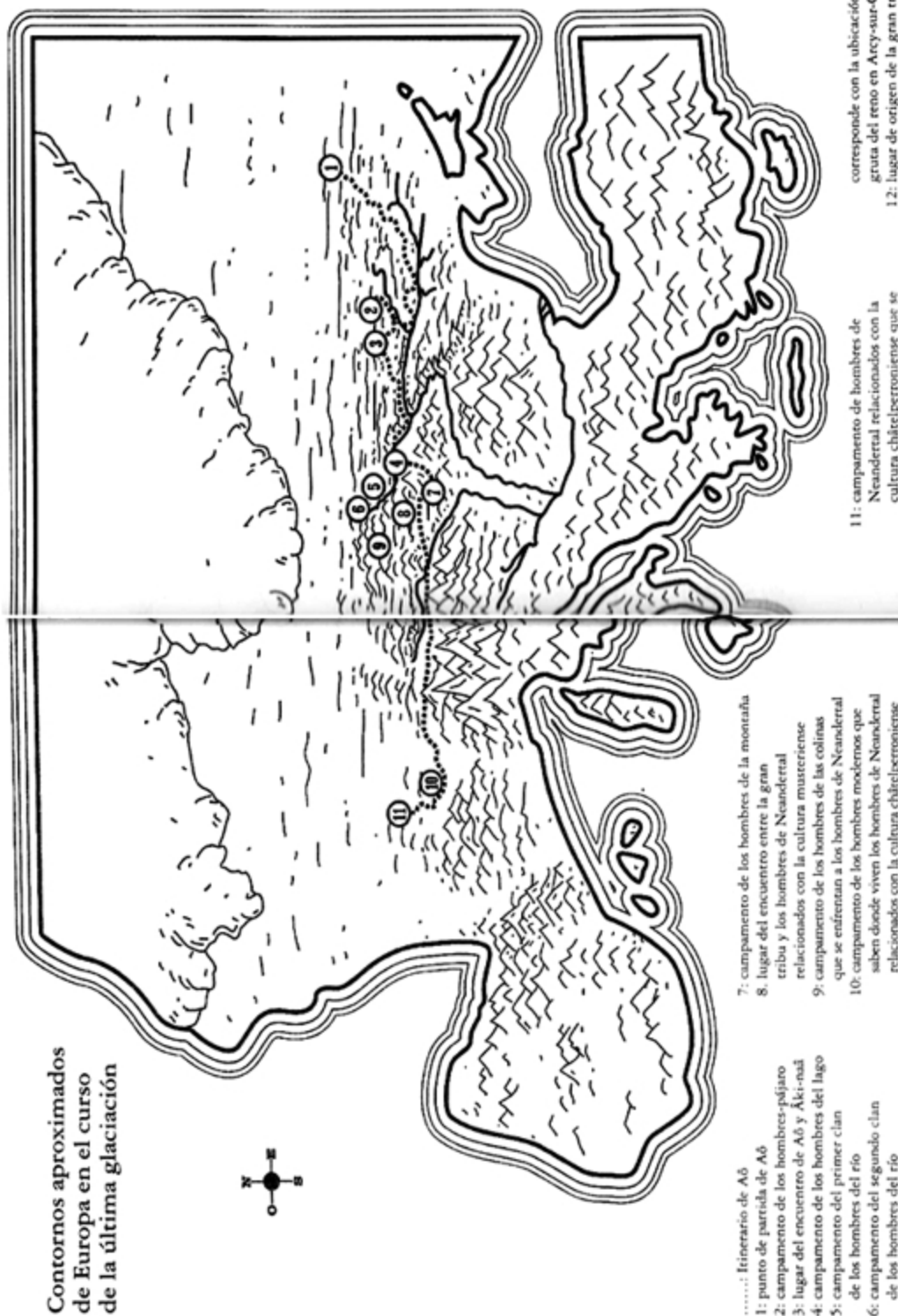
Atribuida exclusivamente a hombres de constitución neandertalense, esta cultura se diferencia netamente de la cultura musteriense (paleolítico medio), con la que habitualmente se relaciona a este hombre, y de la que el personaje de Aô es un representante tardío, por innovaciones técnicas que permiten sostener la comparación con la cultura auriñaciense, desarrollada por los hombres modernos que ocupaban más propiamente el norte y el este de Europa en esa época.

El lugar donde he situado el hábitat de este clan en el mapa corresponde aproximadamente al yacimiento prehistórico de Arcy-sur-Cure (la gruta del reno) que se encuentra en una región de colinas del sudeste del departamento del Yonne. Se trata de un paraje excepcional donde las excavaciones han puesto en evidencia estructuras de hábitat organizadas y han permitido el hallazgo de algunas de las herramientas más elaboradas atribuidas a los hombres de Neandertal relacionados con la cultura châtelperroniense (tallado del sílex sistemáticamente orientado desde entonces a la obtención de cuchillas y no ya de fragmentos, diversificación de los materiales utilizados, producción de puntas y hojas de lados afilados, horquillas y punzones de hueso, colocación de mangos...), así como adornos {dientes de animales perforados o con una ranura de suspensión, fragmentos circulares recortados en marfil...}, reflejos de unas habilidades específicas y de preocupaciones que justifican la inclusión de esta población en el seno de las primeras fases del paleolítico superior, última etapa de la evolución humana a la que pertenecemos. A título de información, se puede señalar la presencia, en este territorio francés, de muchos otros yacimientos singularmente abundantes que han sido objeto de excavaciones rigurosas. Citemos sobre todo, entre las más destacables, el paraje epónimo de Châtelperron en el Allier, de Saint-Césaire en la Charente Maritime donde han sido hallados los restos incompletos de un Neandertalense relacionado con esta cultura, de Quingay y de Les Cottés en la Vienne. Los otros yacimientos, más o menos significativos, situados en el cuadrante sudoeste de Francia, precisamente en Dordogne y Correze, en los Pirineos, las Landas y el Lot, permiten circunscribir la zona de expansión geográfica, particularmente limitada, de esta cultura original.

Destacamos asimismo la presencia, en Italia central y en el sur, en la misma época, de una cultura llamada del uluzziense (tomando el nombre de la bahía de Uluzzo) que presenta puntos en común con la châtelperroniense.

Plano

Contornos aproximados de Europa en el curso de la última glaciación



.....: Itinerario de Aô

- 1: punto de partida de Aô
- 2: campamento de los hombres-pájaro
- 3: lugar del encuentro de Aô y Aki-naï
- 4: campamento de los hombres del lago
- 5: campamento del primer clan de los hombres del río
- 6: campamento del segundo clan de los hombres del río

- 7: campamento de los hombres de la montaña
- 8: lugar del encuentro entre la gran tribu y los hombres de Neandertal relacionados con la cultura musteriense
- 9: campamento de los hombres de las colinas que se enfrentan a los hombres de Neandertal
- 10: campamento de los hombres modernos que saben donde viven los hombres de Neandertal relacionados con la cultura châtelperroniense

11: campamento de hombres de Neandertal relacionados con la cultura châtelperroniense que se

corresponde con la ubicación de la gruta del reno en Arcy-sur-Cure
12: lugar de origen de la gran tribu

1

El cazador sabe que va a morir. Su herida es demasiado grave. Su sangre, espesada por el frío, corre lentamente por la nieve. A pesar de todo, su agonía es larga. Es su última cacería. La angustia aumenta su sufrimiento. ¿Por qué han abandonado al clan los espíritus de sus antepasados? Piensa en los que quedan. La mujer y su pequeño están condenados, y el anciano también, pero el chico, su hijo, todavía puede vivir. Él no tiene la nostalgia de otra existencia. Ha crecido en estas tierras desoladas. Ha conocido inviernos interminables, enterrado bajo la piedra y el hielo, acunado por los silbidos rabiosos del viento y los gemidos de los moribundos. El hambre y el frío han acompañado cada día de su vida, pero en lugar de debilitarlo, las privaciones lo han endurecido. Volverá a los antiguos territorios de caza de su pueblo y buscará los de los otros clanes que han sobrevivido, porque aquí, la vida es imposible para los hombres.

El cazador sigue con los ojos a la fiera que lo ha destripado. Herido de muerte, el animal avanza a duras penas, dejando tras de sí una huella ensangrentada. Él también ha librado su último combate. Su carne alimentará a Aô, el último del clan, y su piel espesa lo protegerá del frío.

Aô y el anciano han encontrado el cuerpo helado del cazador cuyo brazo rígido parece indicar la dirección tomada por el oso herido.

A pesar de su pata rota, con el chuzo profundamente hundido en la carne, y la sangre que pierde a cada paso, éste no se ha resignado a morir. Todavía puede andar mucho tiempo. Su instinto le empuja a volver a su guarida. No tenía que haberse aventurado nunca tan lejos de su territorio. Son los tormentos del hambre los que han hecho vagabundear hasta aquí.

En la historia del oso blanco, es la primera vez que se encuentra con una criatura que se atreve a desafiarle y no emprende la huida nada más verle. No comprende lo que le ha pasado. Le obsesiona la imagen de ese animal enclenque surgiendo bruscamente ante él. Gruñe de cólera al revivir las peripecias del terrible enfrentamiento.

Vuelve a ver al hombre, erguido en su camino a pocos metros, provocándole y gesticulando con esa cosa larga que está ahora profundamente clavada en su pecho. No se fía. ¡Está tan convencido de su fuerza! ¿Cómo podría imaginar que un animal tan insignificante sería capaz de infligirle unas heridas tan crueles?

Había saltado hacia adelante, urgido por terminar y saciar su hambre. Pero el otro no se ha movido. Afianzado en el suelo, con el chuzo sólidamente plantado entre los pies, su maza al alcance de la mano, espera la arremetida. Cuando la enorme fiera llega hasta él, dirige bruscamente el arma hacia la región del corazón. Llevado por su impulso y su furor, el oso va a empalarse profundamente en la punta endurecida del chuzo. Sin aliento, enloquecido por el terrible dolor que le invade, el animal titubea y retrocede un paso. Increíble, ve cómo el débil bípedo se lanza sobre él. La pesada maza se abate sobre su rodilla. El crujido de los huesos todavía resuena en su cerebro.

Pero para poder dar ese golpe, el hombre se ha acercado demasiado, al alcance de las afiladas garras. Retrocede precipitadamente pero demasiado tarde. Incapaz de mantenerse en pie, el oso se deja caer pesadamente hacia delante, barriendo el aire con los brazos. El hombre no puede evitar el golpe mortal que le proyecta a varios metros, con el vientre desgarrado.

El oso vacila. Siente declinar sus fuerzas. Cada inspiración de aire aumenta sus sufrimientos. El cazador se ha enderezado a duras penas y le hace frente, con una mano apoyada en su vientre ensangrentado. Ya no tiene armas, pero el oso no lo sabe. Ha aprendido el significado del miedo. Renuncia a la presa y se va.

Desde el enfrentamiento, el sol casi ha terminado su recorrido. Sin embargo sigue avanzando, a pesar de los litros de sangre que ha perdido y del dolor atroz que acompaña el más pequeño de sus gestos. El oso ha comprendido que en adelante él es la presa.

Los había visto más o menos a mediodía, semejantes a aquel que le ha herido de forma tan cruel. Desde entonces no han abandonado su pista y ganan terreno. Nunca alcanzará su guarida. La vista se le nubla. Sus extremidades ya no le obedecen. Se derrumba pesadamente. Cuando los dos hombres le alcanzan, ya está muerto.



El anciano está extenuado. Hace ya casi cincuenta años que le late el corazón en el pecho sin desmerecer. No teme el fin que se le anuncia como el término de todos los males que le agobian. Ya no quiere volver a sufrir los tormentos del hambre, la mordedura implacable de la helada ni la desesperanza que lo atenaza, la del hombre que ha visto morir a casi todos los suyos, espectador impotente del aniquilamiento de su clan. ¡Tendría que haber estado allí, no ceder su lugar!

Un gruñido de cólera escapa de su garganta. Sus labios se arrugan en un rictus de odio. ¿Eran solamente hombres? Sus ojos sobresalían en sus rostros planos y sonidos extraños salían de sus bocas. No eran tan fuertes como los cazadores del clan pero los dominaban desde su alta estatura coronada por una cabeza alargada sobre la cual el plumaje de los pájaros, a veces la crin o la cola de un caballo, y más raramente la cornamenta de un reno, se mezclaba con el cabello. Sabían combinar la madera y la piedra para fabricar finas azagayas cuyas puntas afiladas se clavaban profundamente en la carne. Guiadas por la mano de los espíritus belicosos con los que se relacionaban, atravesaban el aire vibrando y rara vez fallaban sus blancos.

Algunos cazadores del clan decían que los espíritus de los animales, antes favorables a los hombres primitivos, los habían abandonado.

El viejo recuerda los días que pasó observándoles, agazapado en medio de un bosquecillo de sauces, en la vertiente opuesta a aquella en la que habían instalado su campamento, en el extremo del valle que los suyos ocupaban antes que los otros.

Vivían en refugios contruidos con ramas y huesos de mamut o de grandes animales que recubrían de pieles unidas las unas a las otras. Tenían

muchos niños. Sin embargo, los alimentos no les faltaban. Los cazadores nunca volvían de vacío. Sabían coger en trampas pequeños animales, acosar al ciervo en el sotobosque, y su habilidad cuando cazaban grandes mamíferos en la tundra sobrepasaba la de los hombres primitivos cuyos territorios de caza estaban acaparando ahora. El viejo cazador había asistido a algunas de las numerosas ceremonias rituales que jalonaban la vida y la muerte de esas asombrosas criaturas. Aunque se le escapaba el significado exacto de los comportamientos que adoptaban en estas ocasiones los unos y los otros, ya no dudaba de su capacidad para comunicarse con los espíritus y obtener su favor.

Diezmado a consecuencia de varias emboscadas tendidas a los cazadores y de incursiones mortíferas ejecutadas durante su ausencia del campamento, el clan, reducido a un puñado de supervivientes, se había aventurado lejos en el interior de la gran llanura en dirección al viento frío.

En el curso de esta migración hacia el norte, los supervivientes de otros grupos víctimas de las mismas exacciones, errando en la tundra, se les habían unido. Había muchas más mujeres y niños que hombres porque la mayoría habían muerto y los escasos cazadores sobrevivientes se agotaban intentando alimentar a estas bandas hambrientas.

El chico que se afana a su lado en la nieve será el último de ellos. La mujer y el bebé, dejados atrás al cobijo en un agujero bajo las rocas, ya están muertos. La mujer ya no tenía leche para alimentar al niño. Su cuerpo, debilitado por la falta de alimentos, no ha podido aguantar mucho tiempo en el frío helador. Sólo quedará él, Aô, que significa simplemente hombre, ¡el que ni siquiera tiene aún un nombre!

Es necesario que vuelva hacia los antiguos territorios. Solo, conseguirá más fácilmente escapar de los hombres-pájaro. ¿Pero puede un ser humano vivir solo?

El anciano observa al chico. Es un buen cazador, el lanzador de piedras más hábil del clan. A pesar de su corta edad, Aô es más fuerte y resistente que cualquiera de esas criaturas. ¿Por qué tienen que ceder su lugar los hombres primitivos? No lo sabe.



El olor acre de la sangre fresca deleita el olfato del cazador y lo distrae de sus pensamientos. Aô acaba de seccionar la arteria carótida del oso. La sangre lo salpica, ensuciándole la cara. Con un gruñido de placer, bebe ávidamente el preciado líquido aún tibio. A pesar del torpor que lo invade, el anciano se arrastra hasta el cuerpo y lame algunas gotas. Pero rehúsa el trozo de carne que le ofrece el chico. ¡Para qué alimentar este cuerpo que la vida va a abandonar! Además, no tendría fuerzas para masticar la carne correosa del oso.

—Ahora hay que descuartizar a la fiera antes de que se congele — indica el cazador a su joven compañero.

Éste tiene pocas herramientas a su disposición pero demuestra una gran habilidad. Está acostumbrado a esta carrera contra el frío. El animal es gigantesco y tiene que continuar con su trabajo mucho después de que caiga la noche para poder terminarlo.

El viejo ya no se mueve. Sin embargo aún vive, protegido por las pieles gastadas que el chico ha extendido por encima. Quiere aguantar todavía un momento, ofrecer el poco calor que le queda a su congénere. Con las manos, Aô cava un agujero en la nieve fresca, debajo del enorme cuerpo del oso, hasta la tierra helada. Coloca una vieja piel en el fondo y arrastra a su compañero al interior para guarecerse con él en la piel pegajosa del oso. No tarda en dormirse, agotado de cansancio. A su lado, el anciano ya no siente la mordedura del frío, ni el hambre, pero su corazón late todavía débilmente.



Cuando el chico se despierta poco antes del amanecer, el cuerpo del viejo cazador ya está frío. Aquel a quién se llamaba respetuosamente Aô-Taârĥ mientras se cruzaban los brazos por encima de la cabeza, haciendo el signo del reno, ha abandonado su cuerpo. Taârĥ indica un animal, cualquier animal. La precisión la otorgan los signos. Estos hombres no poseen un rico vocabulario. Para comunicarse, utilizan un lenguaje donde las palabras están asociadas con gestos. La mayoría de sonidos que usan parecen gruñidos. No existe una palabra para designar la nieve, pero gracias a gestos

precisos, pueden evocar varios tipos de nieve cuyas características conocen perfectamente. Ocurre lo mismo con la mayoría de las cosas. La voz permite designar una noción general que un gesto determina con más precisión. Gritos de llamada, de reunión o de alerta completan este lenguaje que proporciona a los seres humanos una capacidad de comunicación que equivale más o menos a la que poseen los hombres nuevos que utilizan un lenguaje oral mucho más rico.

«Aô» designa a los hombres, o más particularmente a los individuos de sexo masculino, Maa designa a las mujeres. Los adultos reciben un nombre interpretando ellos mismos los signos que perciben en sus sueños, donde sus espíritus vuelan recorriendo la estepa en compañía del viento.

Cuando recibe su nombre, el hombre ignora todavía si las cinturas vivas consentirán en ser muertas por sus manos. Para saberlo, ha de partir solo en busca de presas, llevando las armas que haya fabricado él mismo. Es raro que un hombre no consiga matar algún animal porque la mayoría prefiere continuar hasta el agotamiento antes que renunciar. Pero cuando eso sucede, el interesado no es excluido necesariamente. Sin embargo, ya no podrá participar en dar muerte a la presa y sólo se verá atribuir una parte del producto de la caza si consigue ser útil realizando otras actividades. Las mujeres deben pasar por la misma prueba. Las que consiguen matar un animal podrán cazar, ellas también. Pero esto sigue siendo un hecho poco frecuente porque la tendencia de la costumbre lleva generalmente a la mujer hacia la práctica de la recolección y a los hombres hacia la caza.

¿Qué leyes han transgredido los hombres primitivos para que los espíritus se aparten de ellos?



Aô sabe que en adelante es el único superviviente del clan. La muerte del anciano no le afecta. Ha llegado al límite de sus fuerzas.

Aô deposita las armas del difunto sobre su pecho así como un trozo de carne para mostrar al espíritu del viento que era un cazador, un hombre que ha luchado hasta sus últimas fuerzas por la supervivencia de su clan. Como los demás que le han precedido en la muerte, cuenta con Aô para guiar su

alma hacia el lugar donde viven todavía los hombres primitivos. Mientras espera, podrá vagabundear por la tundra en compañía del viento.

Aô echa una mirada a su alrededor. Hasta donde se pierde la vista, no hay más que nieve inmaculada y silencio. Se quita las manoplas formadas por una sola pieza de piel vuelta sobre sí misma, cerrada a cada lado por una tira de cuero pasada entre agujeros y cuya extremidad se ata alrededor de las muñecas. Hurga en el saquito de piel colgado de su cintura que contiene el preciado fuego de leña, algunas piedras y fragmentos de sílex, así como la vejiga de reno que sirve para transportar la nieve que se funde al contacto con el calor de su cuerpo. Se apodera de un sólido buril y de un guijarro que usará para golpear. Con los dedos entumecidos por el intenso frío, trabaja encarnizadamente para extraer los enormes colmillos de la fiera. Se rompen tres, pero la cuarta está intacta. Satisfecho, la guarda cuidadosamente en su saco con sus escasos bienes.

Utiliza una piel vieja para envolver los mejores trozos de carne arrancados del cadáver de la bestia. Levanta sin dificultad el voluminoso paquete sobre su hombro. Con la maza y el chuzo sobre el otro, toma resueltamente la dirección de donde vino sin una mirada atrás.

El tiempo es frío y seco, el viento débil. Retrocede sobre sus pasos en su propia pista y la del viejo, esforzándose por poner los pies en las huellas. Anda rápidamente en la pálida luz del invierno, a pesar de su pesada carga. Ya está el día muy avanzado cuando divisa el cuerpo de aquel que ha matado el oso al precio de su vida. El chico está impresionado por la asombrosa visión del cazador de rodillas, atrapado por el hielo, único relieve en la llanura infinita de esta parte de la tundra. Como si fuera a levantarse para ir a su encuentro. Pero no se mueve. El chico desata el cordón de un saquito colgado alrededor del cuello del hombre. Desliza en el interior el preciado colmillo del oso y lo vuelve a poner con delicadeza en su lugar. Ha andado casi un día entero para realizar este simple gesto. De esta manera, a la vista del trofeo, el espíritu del viento reconocerá la valentía de los hombres primitivos y aceptará escuchar las palabras de un cazador tan valiente.

Satisfecho, ya no se demora más y esta vez se dirige resueltamente hacia el sur.

OceanofPDF.com

2

Por la noche, Aô duerme unas cuantas horas, abrigado de la mejor manera posible dentro de la piel rígida del oso, en algunas ocasiones dentro de un agujero o de un pequeño repliegue de terreno, pero la mayoría de las veces sin refugio en medio de la lúgubre extensión blanca. Mastica largamente la carne medio helada de la que saca su energía vital.

El tiempo despejado le permite orientarse. La ausencia de viento, un fenómeno raro y pasajero, sobre todo en esta época del año, atenúa la sensación de frío. La mayoría de los habitantes de la tundra emigran hacia el sur durante la estación dura y otros aún están en hibernación o se esconden en madrigueras en los escasos lugares un poco abrigados. El silencio es completo. Sin embargo, Aô oye gritos. No está solo. Los suyos andan sobre sus huellas. Ve sus rostros. Siente su olor.

El chico no ha conocido las grandes ceremonias que acompañaban los acontecimientos importantes de la vida de los hombres. Cuando nació, los supervivientes del clan ya habían sido empujados hacia el norte. Las exigencias asociadas a la mera supervivencia habían relegado los ritos a un segundo plano, acentuando los sentimientos de decadencia y de abandono en que se hallaban. Convencidos de haber enojado a los espíritus, aislados durante mucho tiempo antes de poder calibrar la amplitud del desastre del que era víctima su pueblo merced a los encuentros con los escasos supervivientes de otros clanes, habían librado un combate desesperado para intentar adaptarse al temible invierno ártico. Los primeros en morir habían sido los niños más pequeños y los ancianos. Los supervivientes habían dejado de bailar. Incorporado a la tarea mucho antes de la edad requerida

para paliar la falta de cazadores, Aô sólo había conocido las cacerías interminables en la estepa, la encarnizada competencia de los lobos, el hambre obsesiva, las noches heladas sin fuego, el macabro descuartizamiento de los cuerpos de aquellos que habían dejado de luchar y cuya carne les permitía prolongar la agonía del clan todavía un poco más. Antes reservada para ciertas ceremonias rituales, el consumo de carne humana se había hecho más corriente. El rastro de los hombres estaba marcado por esos miserables despojos humanos.

Así fueron muriendo, los unos después de los otros. Aô había sobrevivido. Había aprendido a reservar sus fuerzas, a sacar partido de los alimentos más insignificantes. Pero esta tierra helada no está hecha para los humanos. Pertenece al viento. Aô ha de volver al lugar donde viven los hombres. Ha de encontrar a los de su especie que se han quedado allí. Sólo así se apaciguará la horda que sigue sus pasos y las almas de los difuntos podrán habitar de nuevo un cuerpo semejante al que han abandonado.



Aô pasa cerca del agujero donde se ha quedado la mujer agotada con el niño al que no quería abandonar. Han muerto hace ya mucho tiempo. No se detiene. Tiene suficiente carne a su disposición. Continúa su progresión hacia el sur sin aminorar el paso. Pasan los días, monótonos. Las huellas que se estiran en la nieve desde el cuerpo del oso dan testimonio del camino recorrido.

El viento ha despertado. Durante el día es una ventaja ya que sopla por la espalda del hombre y lo empuja en la dirección adecuada. Pero por la noche es otra historia. La piel del oso no le basta para protegerlo. Ha de encontrar un refugio cada anocheecer ya que la capa de nieve helada no es tan espesa como para poder cavar un hoyo. Cuando no existe, sigue andando hasta que encuentra algo. Duerme de día o de noche, indiferentemente.



Entre las brumas del horizonte se va dibujando cada vez con mayor nitidez un vago relieve. Aô se dirige en esa dirección. Son «las colinas negras», pequeñas eminencias rocosas limadas por la erosión. El aspecto desolado de las laderas de la vertiente norte es engañoso. Detrás de esas jorobas desnudas se esconden pequeños valles abrigados en cuya parte más profunda el clan ha hallado refugio muchos inviernos. Aô no era entonces nada más que un niño pequeño y sólo conserva vagos recuerdos de esa época. Pero los cazadores han seguido visitándolos regularmente porque allí se podía encontrar la preciada piedra gris, utilizada para fabricar armas y herramientas.

Durante varias estaciones, los hombres primitivos habían creído poder quedarse allí. Aunque los inviernos eran crudos, era un buen lugar para vivir. Animales de distintas especies pasaban allí el invierno. Los cazadores conseguían alimentar al clan incluso cuando las reservas de carne acumuladas durante la buena estación eran insuficientes. A finales de verano, los frutos de la camarina proporcionaban en abundancia bayas ácidas y dulces que se podían conservar durante todo el invierno, congeladas, dentro de silos excavados en la tierra. En primavera brotaban plantas comestibles en la hierba o en los huecos de las rocas.

En las riberas de muchos pequeños lagos llenos de peces o en las laderas menos expuestas al viento, crecían algunos arbustos o árboles enanos, enebros, abedules y sauces, a veces algunos pinos raquíuticos, que proporcionaban suficiente madera para armas y combustible para alimentar el fuego.

Pero un día, una banda de cazadores había llegado a las colinas. Los hombres del clan los habían matado. Les habían puesto una piedra en la boca para que sus espíritus no pudieran escaparse e informar a sus semejantes de lo que les había sucedido. Después se habían comido su carne. La ropa y las armas que llevaban habían sido guardadas con esmero. Los hombres las habían contemplado largo tiempo. Comprendían que tenían a su alcance el secreto del poder de los hombres-pájaro.

Las azagayas que habían hecho tantos estragos en las filas de los primeros hombres suscitaban la mayor admiración. Los cazadores del clan sólo utilizaban pesados chuzos de madera de aliso o de pino, con las puntas

endurecidas al fuego, que sólo eran eficaces a quemarropa. Estas armas en cambio eran finas y resistentes. Pero lo que les impresionaba sobre todo era la unión entre la madera del mango y la punta acerada tallada en piedra, otras veces en hueso o en la cornamenta de los renos, sin comparación con los mangos bastos ejecutados por los tallistas de su propio clan. Los cazadores se esforzaban intentando copiar esas armas, pero incluso los más hábiles no obtenían más que un pobre resultado.

Acudir a los ritos ancestrales no había sido suficiente para impedir que otros hombres se aventuraran en las colinas. Esta vez eran demasiado numerosos. Algunos habían sido muertos pero una parte había conseguido huir. Dos cazadores del clan, gravemente heridos durante el enfrentamiento, habían muerto poco después. Todos sabían que los hombres-pájaro volverían en breve. Se habían resignado a partir.

Después la vida se había hecho muy difícil. Para evitar enfrentamientos con sus enemigos, habían explorado nuevos territorios lejos hacia el norte, apartados de las pistas de los grandes rebaños. No había lugares adecuados para la instalación de un campamento de invierno. A veces no acudían los renos. Entonces el clan conocía el hambre. Incluso en medio del invierno, los cazadores recorrían la tundra en busca de los refugios donde se escondían los escasos animales. La mayoría de las veces se veían obligados a efectuar incursiones hacia las colinas negras, con el riesgo de encontrarse con aquellos que ocupaban sus antiguos territorios. Los más débiles eran dejados atrás con las escasas reservas disponibles. Los hombres y las mujeres sanos cazaban con el vientre vacío. Cada vez que regresaban con su modesto botín, encontraban menos supervivientes, cada día más debilitados.

Aô ha conocido esta época que no ha durado mucho tiempo. Los seres humanos no pueden vivir en el norte de la tundra.



Esta vez Aô no se detendrá en las colinas. Llegará hasta la orilla del bosque del que le han hablado los cazadores, y más allá, donde se hallan los antiguos territorios de los clanes. Sabe que antes de alcanzarlos tendrá que

andar todavía muchos días, tantos como los dedos de las dos manos, en la dirección indicada por el sol en su cénit.

El tiempo está cambiando. Al anochecer las nubes han invadido el firmamento. Esta mañana está nevando con espesos copos. El viento ha cesado totalmente. El cielo se confunde con la tierra. El horizonte ha desaparecido. No hay referencias para orientarse. Todo es blanco. Resignado, Aô se acurruca debajo de la gruesa piel del oso. Hay que esperar.

Pasan dos días sin ningún cambio. Con regularidad aparta la nieve que se acumula por encima para no asfixiarse. En este nicho no hace frío. El silencio es completo. Cuando cierra los ojos, no oye más que los lentos latidos de su corazón. Masca largamente la carne fibrosa del oso. No le falta agua. La nieve reciente funde fácilmente en la vejiga de reno que mantiene contra su vientre. Un dulce torpor termina por invadirle. Deja que su espíritu vagabundee. Vuelve a ver la imagen de su padre, de rodillas en la tundra.

Hasta su muerte, el hombre ha intentado rechazar la degradación completa, invertir la suerte funesta que parecía estar reservada a los suyos.

Animado por una especie de rabia perpetua, increpaba a los que querían abandonar la lucha. Aô comprende que al escoger enfrentarse solo con el temible oso blanco, el hombre ha intentado por última vez apaciguar a los espíritus. Era la primera vez que veían ese animal, sin lugar a dudas el ancestro de los osos. Al desafiarle y tomar su vida, el cazador ha demostrado el valor de los hombres primitivos. En adelante el espíritu del oso blanco es el aliado de Aô y de aquellos supervivientes de los otros clanes que se unan a él.



Por encima de él, la tormenta de nieve está terminando. El viento dispersa los últimos copos. Detrás de las nubes una luz pálida indica el lugar del sol. Es la mañana. Tiempo de marchar.

Aô se hunde profundamente en esta nieve húmeda de primavera que se pega a los pies. Avanza mucho más despacio que antes. Los hombres

primitivos tienen perfecta conciencia del transcurrir del tiempo que calculan situándose a partir de los acontecimientos cíclicos de la naturaleza, como las fases lunares o las variaciones en la amplitud de la curva del sol, el deshielo y el derretimiento de la nieve, la concentración de los grandes rebaños antes de su partida para la tundra, el retorno de las ocas, los cisnes o las otras aves migratorias, la época de los acoplamientos y los partos, la subida de la savia y las diferentes etapas de la transformación de las plantas acerca de las cuales poseen un conocimiento profundo.

De esta forma, Aô sabe que alcanzará la parte más boscosa de la tundra aproximadamente en el momento en que los grandes rebaños de renos se reúnan antes de marchar hacia el norte. Si sigue andando a través del bosque en la dirección opuesta de donde viene, tiene que alcanzar la orilla del río que fluye hacia el poniente. A ambos lados de su recorrido, en una zona de mesetas y colinas, al este de las montañas cuyas cumbres recortadas se perfilan en el horizonte, se hallan los antiguos territorios de los clanes.



Se suceden los días, semejantes los unos a los otros. El sol sube cada vez más alto en el cielo. La nieve se derrite. Aô se ha comido lo que quedaba de la carne putrefacta del oso. Va a tener que cazar.

Delante de él se extiende un paisaje con valles, sembrado de manchas oscuras aquí y allá, donde están los bosques.

Aparecen los primeros árboles. Son los valerosos abedules que colonizan toda pequeña oquedad abrigada de la tundra. No son muy altos y sus troncos torturados testimonian la dureza de su existencia. Pero son verdaderos árboles. El suelo está embebido de agua. Las partes más deprimidas de la estepa se transforman en una vasta ciénaga, pero a su alrededor aparecen la hierba y el musgo y más tarde las primeras flores. Las pieles que le sirven de vestido y de mantas están permanentemente empapadas. Cruza la pista de un rebaño de bisontes. No ha comido nada desde hace tres días, excepto la albura llena de savia de los abedules y algunos fragmentos de carne arrancados de los restos de un lagópodo abandonados por un joven zorro que ha espantado. Pero a Aô no le

interesan los grandes herbívoros y se contenta con masticar algunas raíces amargas para calmar su hambre. Se siente vulnerable. En la distancia podrían descubrirle cazadores hostiles. Anda rápido, urgido por la prisa de llegar a cubierto de los árboles.

Hasta ahora Aô sólo había observado el bosque de lejos. De cerca, los pinos le parecen gigantescos. Impresionado, acaricia la corteza rugosa y suplica a los espíritus de los árboles que le permitan atravesar su territorio. En el sotobosque está muy oscuro. Al sol le cuesta atravesar el espeso ramaje. El deshielo ha transformado el suelo en una gruesa amalgama de madera podrida y agujas de pino, henchido de agua y tapizado de musgo. Los primeros champiñones de la primavera asoman en los lugares menos sombríos. Subsisten algunas placas de nieve en los escasos claros donde los copos han conseguido colarse. Hace fresco y humedad. Sólo se percibe el viento en el movimiento de las ramas más altas. Aquí no hay silencio. El zumbido de los insectos no cesa más que al anochecer. El tamborileo de los pájaros-carpinteros resuena intermitentemente. Los gritos de alarma del arrendajo retumban a su paso, provocando un rumor de alas furtivas y de silbidos varios, a veces el canto de alerta de un pinzón.

Completamente desorientado, Aô avanza a tientas en la penumbra. Resbala y se hunde en el suelo esponjoso, tropieza contra los montículos de arena y agujas de pino, provocando la efervescencia de las hormigas que han levantado estas construcciones. Calma un poco su hambre con estos insectos de gusto picante que crujen entre sus dientes. Llegado a lo que parece la cima de una colina, emprende la escalada de un pino. Debido al espaciamiento entre las ramas, algunas de las cuales están muertas y se rompen, la ascensión es arriesgada. Con cuidado, se eleva hasta la cúspide del árbol, agitado por ráfagas de viento. Gracias a la posición de las montañas de las que percibe ahora las lejanas cumbres, por encima de las ondulaciones del bosque, descubre la dirección a seguir. Procura descender por el mismo lado para no correr el riesgo de equivocarse una vez que esté abajo. Repite la misma operación varias veces a lo largo del día.

Por la noche tiembla de frío, taciturno, con el vientre vacío, envuelto en la piel mojada del oso. Duerme mal. Después del silencio del crepúsculo, la noche se anima. El ulular de la lechuza contesta al gañido del zorro. Lobos

merodeando aúllan a lo lejos. A su alrededor oye pasos suaves, crujidos diminutos. Varias veces en el transcurso de la noche resuenan gritos de cólera o de agonía. Por dos veces, el lejano rugido de un león vibra en la distancia, imponiendo silencio por unos instantes a la respetuosa fauna.

Aô no ha vivido nunca una noche tan agitada. Todavía le queda padecer el hostigamiento de los mosquitos que se filtran debajo de la manta y le pican sin parar. Poco antes del alba, la fatiga consigue dominar todas sus contrariedades y se duerme al fin.

Es el cotorreo de un arrendajo descarado que ha venido a posarse en un tronco roto, a dos pasos de su cara, lo que le despierta. Al abrir los ojos descubre al pájaro picoteando en el musgo. No está muy gordo pero después de las comidas de hormigas y raíces, su carne sería un verdadero festín. Con gestos de lentitud infinita, se apodera de un fragmento de sílex de su morral. El animal levanta la cabeza. Separa las alas, dispuesto a emprender el vuelo. Pero es demasiado tarde. La piedra lanzada con precisión lo fulmina.

Los huesecillos crujen entre las potentes mandíbulas del hombre. Se fuerza a sí mismo a masticar largamente la carne blanca para prolongar el pobre festín, insuficiente para calmar su hambre.

La mañana ya está muy adelantada. Retoma su difícil progresión entre los troncos. Pero muy rápidamente se espacian los árboles. La visibilidad aumenta. El suelo está cada vez más empapado. Enseguida es una verdadera ciénaga. Los pinos han dejado su lugar a los sauces y los alisos, capaces de soportar esta humedad. En esta estación el río, saturado por el deshielo de la nieve y los hielos, se extiende por vastos territorios, formando una especie de lago bordeado por los acantilados abruptos de una meseta a un lado y al otro por el bosque cuyas zonas más bajas están inundadas.

Aô abandona la ribera del río que corre hacia el oeste, entre la meseta y las colinas donde se encontraban, según las indicaciones del viejo Aô-Taâr, los territorios de los clanes de los hombres primitivos. Sube la vertiente menos escarpada de una colina cercana. Sobre las laderas rocosas expuestas al viento del norte, los árboles están más separados. La hierba y los líquenes han sustituido al musgo. El hombre se deleita pisando un suelo más seco. Al llegar a la cima puede contemplar el antiguo territorio de los

suyos, mosaico de pequeños valles parcialmente boscosos que se estira en dirección a las montañas. Numerosos torrentes bajan por las laderas de las colinas. A lo lejos divisa volutas de humo que se elevan por encima de los árboles.

Hay humanos en la periferia de la meseta, quizá hombres primitivos.

OceanofPDF.com

3

Aô baja con cuidado la cuesta agarrándose a los sauces que crecen en filas apretadas en las orillas escarpadas de uno de los numerosos riachuelos que tienen su fuente en las profundidades de la meseta para venir después a lanzarse a las aguas del río.

El curso del río es rápido. Impresionantes remolinos agitan sus aguas. Aô toma precauciones para no caerse.

Es casi de noche cuando llega al lugar donde las colinas se han reagrupado para formar la meseta. Decide esperar a la mañana siguiente para aventurarse en el interior de la garganta que parece conducir al origen de la humareda, la misma garganta de donde surge el riachuelo.

Atormentado por el hambre, sobre-excitado ante la perspectiva de ver seres humanos, no consigue dormirse y mordisquea hojas para calmar los retortijones de su estómago mientras espera el amanecer.

En cuanto aparecen las primeras luces del alba se aventura en el estrecho valle. En poco tiempo llega a una bifurcación donde el riachuelo se ha separado en dos. Después de algunas vacilaciones, decide descender por la segunda ramificación en lugar de ascender por el curso principal. Se da cuenta bastante pronto de que no ha hecho una buena elección. El valle va tomando aspecto de garganta. Empieza a ser difícil seguir el río sin meterse dentro del agua. La vegetación es escasa porque las riberas del torrente están llenas de piedras que se desprenden de los acantilados y forman un caos rocoso a través del cual el agua se ha de abrir paso. Vertiginosas paredes se elevan a cada lado. Aô renuncia a proseguir su marcha y vuelve sobre sus pasos.

Mientras sigue remontando el río, se fija en que el lugar por donde discurre, estrecho al principio, se va abriendo hasta transformarse en un valle arbolado. Convencido de hallarse cerca de la meta, con todos los sentidos alerta, progresa todo lo que puede manteniéndose a cubierto detrás de las rocas y la maleza que tapiza las orillas pantanosas del río. En varios sitios, el suelo fangoso ha conservado la huella de animales que vienen a beber. Se promete a sí mismo volver atrás al anochecer para acechar su llegada. Al pensar en la caza se le hace la boca agua.

El valle se amplía sin cesar. El río se ensancha. El agua, poco profunda, discurre apaciblemente. Los alisos y los sauces se disputan la ribera, desplazando a los abedules y los álamos. Más arriba, son los pinos y los enebros los que predominan, colonizando los desprendimientos rocosos y ciertas partes del acantilado formando ramilletes de arbustos dispersos rodeados de brezo y de arándanos. La mayor parte del suelo está cubierta por una hierba rala sembrada de flores aquí y allá, de cardos y de guijarros de todos los tamaños.

Aô admira la diversidad de esta flora de la que desconoce algunas especies. El día transcurre sin cambios. Mientras se está preguntando por la conveniencia de retroceder para volver al lugar donde beben los animales, le llama la atención algo insólito. A todo lo ancho del río, las piedras han sido colocadas en línea a medio paso unas de otras. Sólo puede ser obra humana. Aô se desliza hasta el borde del río. Al otro lado, un sendero se hunde en el bosquecillo. Al levantar la mirada descubre el campamento, instalado en la vertiente opuesta del valle.

Con unas cuantas zancadas alcanza la pista en la otra orilla, donde se ven las huellas de muchos pies humanos. Aô está alerta. El camino parece muy transitado. Preparado para lanzarse a cubierto al menor ruido sospechoso, sigue la pista de los hombres en dirección al campamento. El olor acre del humo se le mete en la nariz. Llevados por el viento, se le mezclan efluvios característicos. Son los que flotan en el aire cerca de los campamentos humanos. Aô extrema la prudencia. Los hombres pueden aparecer delante en cualquier momento.

Escondido detrás de los matorrales, Aô observa el campamento. Éste está instalado en una amplia losa de roca adosada al acantilado que domina

todo el valle. El chico descubre tres largas chozas cubiertas de pieles y ramas. Las estacas que forman el esqueleto de los refugios se mantienen verticales gracias a la ayuda de pesadas piedras acumuladas en la base. Una pequeña cascada corre por la pared antes de saltar por uno de los extremos de la plataforma. Varias fogatas brillan y crepitan en el crepúsculo. Hombres y mujeres se afanan entre las chozas. No son hombres primitivos. Son más estilizados. Lucen la cabellera de los hombres-pájaro. Aô gruñe de cólera.

¿Qué puede hacer ahora? La noche cae deprisa. El hombre sabe que su situación es precaria. Empieza a sufrir por la falta de alimento. A pesar de su resistencia, las largas marchas cotidianas han debilitado su organismo. ¿Tal vez todavía haya tiempo para volver al lugar donde bebían los animales? No debería demorarse aquí. El valle es pequeño. Tiene la suerte de no haber sido descubierto todavía. Tiene que saciar su hambre cuanto antes y encontrar un refugio seguro donde poder descansar. Y sin embargo, duda. Los hombres-pájaro son los enemigos de su pueblo. Por primera vez, Aô tiene la oportunidad de acercarse a ellos. Le gustaría verlos de más cerca, observarlos un momento. Un buen cazador ha de conocer las costumbres de los animales. Para poder enfrentarse a los hombres-pájaro, Aô primero tiene que espíarles, comprender de qué forma obtienen el favor de los espíritus y encontrar sus puntos débiles.

El lugar del campamento ha sido bien elegido. El único acceso es el sendero que sube a descubierto a través de los escombros. Los dos lados están cerrados por la estrechez de la muralla rocosa. Pero más atrás, por encima de varias alturas de hombre, la pared muestra numerosas anfractuosidades donde enraízan algunos pinos descarnados. Algunos están situados de manera óptima para constituir un observatorio.

Aô se decide. Hoy tampoco comerá carne.

Rodea ampliamente el campamento deslizándose contra la pared. No es fácil encontrar un camino en la penumbra. La base del acantilado es lisa y vertical. Los asideros son escasos. Se ve obligado a alejarse más del campamento. Después de varios intentos infructuosos, su perseverancia es recompensada. Al seguir una falla que serpentea hasta lo alto, consigue

subir hasta la superficie de la meseta. Desde allí alcanza sin dificultad la parte que domina el campamento. Sólo le falta encontrar un escondite.

Avanza con cuidado por la pendiente orientándose gracias al resplandor de las brasas de las fogatas. Si bien la ausencia de luna le hace invisible, la oscuridad le obliga a arriesgarse a tientas en la escarpadura vertical. En la oscuridad total, desde esta altura, una caída resultaría fatal. Progresas muy lentamente, deteniéndose cada vez que fragmentos de piedra o tierra se desprenden bajo sus pies y resbalan al vacío. Justo debajo, a la distancia aproximada de un hombre, distingue la forma de un arbusto. La parte de roca que lo domina es lisa y abombada. Con el cuerpo pegado a la pared, Aô se deja deslizar en el vacío. En el momento en que toma velocidad, sus piernas se topan con las ramas de un pino. Una de ellas cruje con un chasquido seco. Consigue detener la caída agarrándose a otra rama. El árbol se dobla pero aguanta. El ruido ha retumbado en sus oídos como un trueno. Todo el campamento debe estar alerta. Se queda esperando, con el corazón palpitante, a horcadas sobre el delgado tronco. No ocurre nada. Por fin se atreve a echar una mirada abajo. En la oscuridad, había calculado mal la distancia. El arbusto está situado mucho más lejos de lo que parecía. Aô está ahora justo por encima del campamento. Lentamente, explora la cornisa en la que ha aterrizado. Constata con alivio la presencia de un hueco lleno de arena entre las raíces del árbol, suficiente para poder acurrucarse.

La noche se extiende. Hace frío. Aô dormita, hecho un ovillo en su agujero. El campamento y sus alrededores están silenciosos. La carcajada de una hiena interrumpe sus ensueños. El sol no tardará en asomar. Le llegan los gritos y el crepitar de un fuego. El campamento sale lentamente de su torpor. Su estómago gruñe con furia. Tiene que contentarse con algunas larvas de insectos que encuentra bajo la corteza del pino o arañando la arena. Ha digerido la escasa carne del arrendajo hace mucho tiempo. Por lo menos no le falta el agua. Su pellejo está lleno. Bebe con avidez para calmar la sed. Se estira como puede y se levanta de rodillas para orinar en la arena.

Le llega un rumor cada vez más fuerte. Debajo, en la plataforma, los hombres y las mujeres se agitan.



Aô tiene la impresión de estar con ellos por la claridad con que le llegan los sonidos. A través de las raíces del pino observa las idas y venidas de los habitantes.

Dos mujeres soplan sobre las brasas de una fogata mientras una tercera trae brazadas de ramas. La más joven está embarazada, otra lleva un bebé sobre el vientre. Sólo sobresalen la cabeza y las piernas del niño de una especie de saco atado a los hombros de la madre con fuertes tiras de cuero. Se aproxima un hombre con paso indolente. Es muy alto. Cuando abre la boca, Aô se fija en que le faltan varios incisivos superiores. Emite un conjunto de sonidos breves. Aô supone que está increpando a las mujeres. La que lleva al bebé asiente con la cabeza y se vuelve hacia la embarazada, que está ocupada atizando el fuego. Se dirige a ella con voz aguda, llena de cólera. Aô está impresionado por el raudal de palabras que escapan de su boca. Recuerda que el viejo Aô-Taârĥ situaba el poder de los hombrespájaro en su lenguaje.

El chico siente como el calor del fuego asciende hasta él. Una mujer vieja corta trozos de carne del cuerpo de un reno recién cazado y las coloca en una piedra plana que sobresale de las brasas. La carne chisporrotea y su aroma se extiende. Aô pasa por un tormento. La saliva le cae de la boca. Gime suavemente, con la mirada clavada en el apetecible alimento expuesto ante sus ojos. Los hombres llegan unos tras otros para reunirse alrededor del fuego. Las mujeres se quedan apartadas. Los cazadores comen en primer lugar.

Uno de los hombres llama la atención del chico. Su torso desnudo está estriado por marcas que parecen cicatrices. En lo alto del cráneo hay una mácula de arcilla blanca, formando una especie de cúpula que prolonga su rostro demacrado. Lleva plantadas allí plumas de distintos colores. Los largos cabellos están separados en numerosas trenzas de las que cuelgan pequeños objetos de forma variada que brillan y chocan entre sí cuando mueve la cabeza. Los cazadores se apartan con respeto para dejarle un lugar junto al fuego. Mientras tanto, las mujeres han alimentado una segunda fogata y comen a su vez. Reparten la comida con los niños. Los mayores se

quedan cerca de los hombres pero sin atreverse a unirse a ellos. Una vez terminada la comida, se reagrupan en un extremo del campamento con mucho barullo. Unos remedan a los animales y los combates con los cazadores, otros se esfuerzan lanzando piedras o trozos de madera en una piel vieja tendida entre dos estacas. Algunos, especialmente agresivos, luchan ferozmente ante la indiferencia general.

La chica embarazada lleva agua a los cazadores en un recipiente hecho de corteza. Su embarazo se acerca a su término. Se mueve con dificultad. Las mujeres se apartan. Unas cuantas cogen extraños recipientes formados por ramitas de madera entrelazadas y bajan hacia el río. Otras tres, entre ellas la que espera un hijo pero que a pesar de ello parece condenada a las tareas más penosas, se ponen a rascar enérgicamente las pieles que están sujetas en el suelo gracias a pesadas piedras. Sólo quedan dos mujeres al lado del fuego. Se han sentado en una roca y amamantan a sus bebés mientras parlotean. Una vieja va y viene entre el bosque y el campamento trayendo brazadas de ramas para alimentar las fogatas.

Los hombres hablan. El más alto, al que le faltan los dientes, charla con el anciano delgado cuyo aspecto ha llamado la atención de Aô. Los demás reúnen sus armas. Manifiestamente, se preparan para salir de caza. Aô los observa atentamente. Llevan un taparrabos y polainas sujetas a finas tiras de cuero pasadas entre agujeros.

La parte superior de su pecho y los brazos están desnudos. Muchos presentan una piel marcada por hinchazones negruzcos formando rayas, principalmente en los brazos, la frente y las mejillas. Adornos de plumas, más o menos imponentes, engalanan sus cabelleras. La mayoría lleva collares hechos con un número variable de piezas entre las cuales Aô identifica pequeños guijarros esféricos de colores distintos, dientes y fragmentos óseos de formas asombrosas. El del gigante es especialmente surtido.

Tienen las piernas largas. Sus ojos sobresalen en sus rostros lisos. Tienen la tez mate, un poco amarillenta.

Las mujeres son más bajas, pero de aspecto fuerte. Están vestidas de manera parecida a los hombres. Sus cabellos, anudados en un moño por

encima de sus cabezas, están atravesados por plumas o por largas horquillas de madera o de hueso. No llevan collares.

Los hombres han interrumpido sus charlas. Se separan en varios grupos de tres o cuatro cazadores y abandonan el campamento a intervalos regulares. Pronto ya no quedan más que algunos ancianos, entre los cuales está el chamán y un joven cojo. Ninguna mujer acompaña a los cazadores.

El grupo de niños de todas las edades, tan numeroso al menos como los dedos de las dos manos, se aleja del campamento. Los pequeños llevan piedras y los mayores esgrimen azagayas cortas. Muy pronto, uno de ellos vuelve para coger una rama incandescente del fuego y se va a toda prisa. Aô no los ve. Están en alguna parte alrededor del río, de donde se eleva humo. Oye sus gritos.

Bruscamente, un chico irrumpe en el campamento corriendo. Lleva una gran liebre blanca. Inmediatamente después, reaparece la tropa pisándole los talones. Disfrutan en el interior del campamento con un concierto de salvajes aullidos. Rápidamente, el fugitivo es rodeado por la jauría vociferante. Lo que sigue es una pelea generalizada para adueñarse del animal. Incluso participan los más jóvenes. También se involucra el joven cojo. Llega renqueando y restablece un remedo de calma propinando algunos golpes a los más agresivos antes de apoderarse de la liebre ensangrentada. Corta una larga porción de carne con su cuchillo y lanza desdeñosamente lo que queda hacia los niños reunidos a su alrededor. De nuevo se produce una furiosa pelea. En poco tiempo son destrozados a tirones los miserables despojos. Los que han conseguido apropiarse de un trozo de carne defienden con aspereza su preciado botín. Sólo los más fuertes consiguen conservarlo. Se asocian tácitamente para oponerse a las arremetidas de los que se han quedado con las manos vacías pero con el ansia intacta.

Los dos grupos se desplazan hacia la segunda fogata. Aô ya no puede verlos.

De nuevo se oyen los gritos. El que parecía el benjamín de la banda aparece en el campo de visión de Aô. Ha conseguido burlar la vigilancia de los mayores para apoderarse de un trozo de carne que seguramente su propietario había puesto a asar. Huye a toda prisa a través del campamento,

seguido por la víctima, que a su vez es perseguida por la banda de los pequeños, celosos y encantados al mismo tiempo por la proeza que ha realizado uno de los suyos.

Poco después vuelven a pasar en sentido inverso. Viendo al mayor gesticular y amenazar ante las chirigotas, Aô adivina que no han cazado al fugitivo. Igual que los más pequeños, se tendrá que contentar con algunos jirones de carne que quedan en los huesos abandonados por sus semejantes.

El día avanza. El cielo despejado permite que el sol caliente agradablemente la atmósfera. Los niños se han dispersado. Vuelve la calma al campamento. Las mujeres que se han ido temprano al río vuelven con los recipientes llenos de pequeñas plantas y raíces. Las dos madres se reúnen con ellas para seleccionar y limpiar los vegetales.

Después le toca a un grupo de cazadores volver al campamento.

El hombre de los dientes partidos está con ellos. No vuelven de vacío. Suspendido de una pértiga sostenida por dos hombres, llevan un cervato, nacido al principio de la hermosa estación anterior. Son acogidos por los gritos de las mujeres y los niños.



Desde su nicho, Aô se siente desfallecer de hambre. No puede apartar la mirada del cadáver del animal, dejado con descuido sobre una piedra.

Los hombres se han reagrupado alrededor de un fuego, más allá de la vista del espía. Los otros se han dispersado por el campamento.

La mujer embarazada, la única que no lleva moño, se acerca al animal con un cuchillo.

Está sola. Aô está obsesionado por la comida que está allí, a su alcance. No lo piensa más. Se desliza por la pared. La mujer lo ve en el momento en que toca el suelo. Está paralizada de asombro y le mira con ojos espantados apuntando con su cuchillo hacia él, en un ademán inútil de defensa. Aô no quiere matar a esa hembra, pero se encuentra en su camino. De un revés la aparta brutalmente y se lanza sobre la presa. Resuenan unos clamores. A pesar de la sorpresa, los cazadores reaccionan mucho más deprisa de lo que esperaba. En el momento en que carga al animal sobre los hombros, una

azagaya se le clava profundamente. Otras dos rebotan en las rocas, a unos pasos. Aún está el camino libre por poco tiempo. Se precipita hacia el río y baja la cuesta saltando de piedra en piedra, a riesgo de caerse. Su ventaja es ridícula. Le rozan varias azagayas. A pesar de sus esfuerzos, entorpecido por el peso del animal, estorbado por la maza y el chuzo, no consigue distanciarse de sus perseguidores. Están furiosos y aúllan de rabia.

Aô corre tan deprisa como puede. Sabe que sus posibilidades de escapar son escasas. Mantiene la distancia gracias a un considerable gasto de energía. Con una carga semejante, debilitado por la falta de alimento, no podrá sostener el ritmo mucho tiempo.

Tropieza varias veces con piedras inestables, conservando el equilibrio milagrosamente. Los demás aprovechan para acercarse un poco. El cadáver del cervato le pesa cada vez más sobre los hombros. Pronto estará a su merced.

Entonces se deja invadir por la ira, la ira de los hombres primitivos frustrados en su territorio ancestral, frustrados en sus vidas. Él también grita. La furia le da alas. Acelera más. Si consigue aguantar hasta el anochecer, quizá pueda escapar.

A través de su sudor y de la sangre del animal que le enturbian la vista, Aô vislumbra el río y el camino de piedras. En medio del río, siente como una piedra falla al apoyar el pie. El peso que lo aplasta le impide recuperarse. Se cae pesadamente hacia delante, de rodillas en el agua poco profunda. Por detrás, los cazadores alcanzan el río. Oye sus gritos de alegría. Gruñendo de miedo y de furia, se levanta e intenta continuar. El esfuerzo es terrible. Su corazón late precipitadamente. Le arde la garganta. Le cuesta llenar los pulmones de aire. El agua le llega por encima de las rodillas. Consigue dar unos pasos hacia la orilla opuesta.

Las azagayas vuelan de nuevo a su alrededor. Despechado, Aô se vuelve para plantar cara. El cadáver, proyectado a quemarropa, golpea al cazador más adelantado, que se ha metido en el río. Alcanzado de lleno, el hombre se derrumba en el agua.

Sorprendidos por esta media vuelta, los otros tres se han detenido en la orilla. Asombrados, ven como Aô se precipita con la maza levantada sobre su congénere enredado debajo del cuerpo del animal. El hombre ya no se

levantará. El pesado fémur de bisonte le cae sobre la cabeza con una fuerza inaudita. Con el impacto, el cráneo le estalla como una nuez.

Aô no se podrá comer la carne del cervato, pero todavía puede salvar su vida. Con un gruñido desafiante, termina de atravesar el río y prosigue su carrera. En el momento en que hace pie al otro lado, le alcanza una azagaya en el flanco derecho, desgarrándole la piel y la carne. Titubea por el golpe. Le corre la sangre, ensuciando la piel del oso. Otra azagaya le pasa a un pulgar de la nuca. A pesar del agudo dolor, reemprende la carrera.

Por detrás, los tres cazadores se recuperan. Locos de ira y de odio, atraviesan también el río.

Aô ha matado a uno de los suyos. En adelante, no se van a detener.

Liberado de su carga, consigue mantener un ritmo suficiente para preservar su corta ventaja, a pesar del dolor que se irradia en todo su cuerpo a cada zancada. Corre a descubierto en el agua poco profunda de la orilla del río. Los otros le pisan los talones. No tendría tiempo de escaparse a través de la vegetación que rodea la corriente. La menor vacilación sería fatal. Es preferible avanzar a descubierto. Tiene que esperar a que se haga de noche.

El fango al que se arranca a cada paso hace que su progresión sea lenta y especialmente agotadora. Pero sus perseguidores tienen los mismos problemas. Incluso le parece haber aumentado un poco la distancia que les lleva.

Aô se da cuenta que ya no tiene más que un solo perseguidor, el hombre desdentado. Los otros dos probablemente han tomado un atajo para adelantarle y bloquearle el paso. Tienen la ventaja de conocer el terreno. El fugitivo intenta acelerar más todavía. El valle se va estrechando. Aô reconoce el lugar donde se encuentra. Es la bifurcación donde se ramifica el río. Distingue a los dos cazadores delante. Están apostados a la entrada de la garganta situada a la izquierda, la que lleva a las colinas. Blandiendo las azagayas, le impiden el paso en esa dirección. Aô sabe que ya no tiene fuerzas para enfrentarse a ellos. El tercer cazador está casi encima. Sin vacilar, se mete en el otro cañón, el que había explorado en su primer tramo antes de volver sobre sus pasos. No tiene otra elección.

La primera parte es ancha. Aô sigue corriendo. Los dos hombres no se han movido de su puesto. No parecen tener prisa en seguirle. Muy pronto, el joven se da cuenta de que ya no le persigue nadie. Sorprendido, aminora el ritmo y termina por caminar, sin dejar de echar vistazos atrás.

Decide detenerse unos instantes para recobrar el aliento, beber y examinar su herida. El tajo no es tan profundo cómo le había parecido por el dolor porque la azagaya ha sido desviada por una de las últimas costillas. La herida no ha dejado de sangrar. Calmada la sed, no se demora. La noche ha caído. Probablemente por esta razón los perseguidores se han detenido. Debe aprovechar para sacarles ventaja porque cree que no se conformarán. Saben lo que hacen. Aô no se deja engañar. Ha captado su maniobra. Los tres hombres querían obligarle a introducirse en esta garganta. Al observar las paredes lisas a cada lado, comprende porqué. No hay salida en esa dirección. Los que le persiguen no tienen por qué darse prisa. Está cogido en la trampa. Tal vez se conformen con esperar pacientemente a que vuelva. Pero Aô conserva la esperanza. Encontrará la manera de salir de esta trampa.

La luna está casi llena. La superficie del agua centellea debido a sus rayos pálidos que alcanzan el fondo de la garganta. Aô sigue descendiendo el río. Alcanza el lugar donde se detuvo en su exploración precedente. El cañón se estrecha. Prudentemente baja por el montón de rocas donde desaparece la corriente. Aún no hay escape a los lados. Es imposible escalar los vertiginosos acantilados que encierran el torrente.

Llegado al límite del agotamiento, donde ya no importa nada más que cerrar los ojos y abandonarse al sueño bienhechor, se iza con dificultad en lo alto de un bloque de piedra casi plano que domina el caos rocoso. Por esta noche no irá más allá.

Su cuerpo está tan exhausto que ya no siente ni el hambre. Duerme con un sueño agitado. Esta noche, su espíritu se va a vagabundear en la tundra. Es el abuelo blanco. Herido de muerte, trata de alcanzar su lejano territorio. Aô siente el dolor terrible del oso, su terror de animal acosado.

En este momento, potentes músculos lo impulsan hacia delante a la velocidad del viento. Su melena flota en el aire y sus cascos proyectan una nube de nieve a su alrededor. La jauría hambrienta le pisa los talones. Corre

hasta el límite de sus fuerzas. Con un postrer relincho de desesperación, cae pesadamente en la nieve en polvo. Su cuerpo es sacudido por espasmos y su mirada se nubla. Las fieras muerden sus flancos con crueldad. Su instinto le pide que no se rinda. Con un último esfuerzo, se levanta e intenta arrancarse al abrazo mortal. Los colmillos se clavan profundamente en la gruesa piel. Brota la sangre. Ya no siente nada. Su espíritu vuela hacia la estepa.

Aô se ha convertido en presa. Se despierta sobresaltado. El sol está ya alto en el cielo. Un dolor agudo emana de su herida. Con la boca pastosa y la cabeza pesada, traga con dificultad para apagar el fuego que le quema la garganta. Gruñe estirando los músculos rígidos y doloridos de sus piernas. Los tormentos del hambre han sido sustituidos por las nauseas y una gran debilidad.

Pero Aô no se inquieta. Ya conoce estas desagradables sensaciones que llegan después de varios días de ayuno. Desaparecerán cuando tenga el estómago lleno. Se toma un tiempo para examinar los alrededores. Desde su atalaya, la vista alcanza por detrás una parte despejada de la garganta delante de los derrumbamientos de rocas. Nadie a la vista. Tranquilizado, escruta las pequeñas pozas de agua clara que quedan entre las rocas. Aô sabe que peces plateados se esconden debajo de las piedras de los torrentes. Inmóvil, vigila pacientemente sin dejar de echar de vez en cuando una mirada río arriba. Teme la llegada de los hombrespájaro. Pero tiene que correr ese riesgo. Hoy, Aô tiene que comer.

Gruñe de alivio. Sus ojos han captado el movimiento vivo de una trucha en el agua clara. Al acercarse descubre otras dos. Son de buen tamaño. Tira un guijarro al agua para localizar la piedra donde se esconden.

Completamente desnudo, el chico se desliza en el agua fría. Con el aliento cortado, se pone en cuclillas cerca de la piedra. Tantea con la mano para encontrar la entrada del agujero. Pero tiene que decidirse a meterse del todo para alcanzar el fondo. Hunde el brazo en el pasaje que lleva al escondrijo de los peces. Sus dedos se cierran sobre la piel lisa. La trucha intenta escapar pero Aô hunde las uñas en la carne blanda. Sin aflojar la presa, acerca despacio el animal a la superficie con un grito de alegría.

Tal como esperaba, su malestar va desapareciendo a medida que su estómago se llena. Repitiendo la operación en otros lugares, consigue

capturar varios peces. Se come otro y mete el resto en el zurrón.

Ha llegado el momento de irse. El sol está encima del cañón. A Aô le parece oír el eco de voces humanas. Los hombres-pájaro han reanudado la cacería. Por delante, las gargantas se estrechan hasta tal punto que parecen cerrarse. La partida va a ser difícil.

Más allá de los derrumbamientos, el río llena por completo el ancho del desfiladero. Aô ha enrollado sus ropas alrededor de su saco para formar un paquete compacto, fácil de llevar.

Vigorizado por la comida, avanza lentamente hasta el centro del río. El agua fría le llega a la cintura. Aguzando el oído, le parece oír un estruendo lejano. En seguida se tiene que poner a nadar. El río presenta varias revueltas. Ahora las paredes distan apenas una altura de hombre. La corriente, cada vez más rápida, lo empuja hacia adelante. Atraviesa una sucesión de tramos profundos interrumpidos por pequeños saltos de agua que consigue franquear sin demasiadas dificultades. El estruendo crece.

Las largas inmersiones en agua fría son agotadoras. Aô aprovecha cada roca que asoma para pararse unos instantes a recobrar el aliento y calentarse con los rayos del sol. Desde atrás le alcanzan los gritos, mucho más nítidos ahora.

Aô les lanza un grito de desafío. No ha renunciado a escapar. Y si no puede avanzar más, se enfrentará a ellos. Los matará uno por uno o morirá.

La corriente es cada vez más poderosa. Aô comprende que aunque quisiera, ya no podría dar marcha atrás. La trampa se está cerrando. El estruendo se ha hecho ensordecedor. Algunas olas de pequeñas dimensiones agitan la superficie del agua. El chico se ve aspirado por la enorme masa líquida. Renuncia a luchar contra la fuerza de la corriente y se conforma con protegerse como puede de los golpes contra las paredes o contra las rocas que asoman en la superficie.

Cada vez le resulta más difícil mantener la cabeza fuera del agua que borbotea mientras se precipita hacia delante. A través de los chorros de espuma, Aô divisa al hombre de los dientes partidos, de pie en la última roca donde se había parado él mismo. Se está riendo.

Es la última cosa que ve antes de ser absorbido por el agua en ebullición. Pierde el control de su cuerpo. El agua le entra en la boca y en la

nariz. A una velocidad prodigiosa es proyectado hacia el abismo donde se precipita el río con un fragor espantoso. La caída se le hace interminable.

OceanofPDF.com

4

Napa-mali refunfuña y se da la vuelta en la cama.

El chico no se deja impresionar y sigue tironeando tranquilamente de un faldón de la piel en la que está envuelto.

—¿Qué pasa? —ruge por fin—. ¡Cómo te atreves a tratar de esta manera al que habla con los espíritus, estorbando su sueño!

El chico se echa a reír y endereza los hombros con orgullo. Sus dientes blancos relucen en la penumbra de la choza. Él es Kipa-koô, el hijo de Wagal-talik, el jefe. Está acostumbrado a los gañidos ultrajados del anciano. Una complicidad estrecha se ha establecido entre ellos desde que el chamán ha descubierto los talentos del chico.

Como a todos los niños, le gustaba manipular la tierra. Pero mientras los otros se conformaban con hacer bolas o formas groseras, sus manos poseían la facultad de sacar de la arcilla todo tipo de criaturas animales cuyo parecido con los modelos vivos era asombroso. El anciano había animado al niño, permitiéndole que desarrollara el preciado don que le había regalado su espíritu.

Napa-mali se sienta en su cama de musgo haciendo muecas. Ve al chico cojear delante. Se acuerda de los acontecimientos que han sucedido el verano anterior.



Mientras los cazadores estaban ausentes habían aparecido en el campamento, dando alaridos, unos hombres con la cara a rayas negras y

adornos de plumas en la cabellera. Napa-mali no comprendía su lenguaje. Uno de ellos era un verdadero gigante. Había señalado a tres mujeres, dos de ellas jovencitas casi núbiles, haciendo que salieran del grupo. El chamán se había interpuesto. Con una sonrisa burlona, el gigante había alzado lentamente su azagaya. Inmóvil, con las manos sobre la cabeza, Napa-mali había invocado a los espíritus. Tras un momento de vacilación, el hombre había golpeado brutalmente al anciano con el mango de su chuzo, tirándolo al suelo. Asustadas, las dos jovencitas habían obedecido las órdenes del gigante, resignándose a su suerte. La tercera era Âki-naâ, la compañera del cazador Atâ-mak y hermana de Kipa-Koô. Era una joven valiente. No había querido moverse. Entonces la habían agarrado y la habían arrastrado con las otras. Riéndose, les habían arrancado la ropa para examinarlas desnudas, interpeándose gesticulando, con risas y gritos. Después de permitirles que se volvieran a vestir, les habían atado las muñecas a la espalda y las habían empujado sin miramientos hacia la salida del campamento. Era en ese momento cuando el joven Kipa-koô había intervenido. Había cogido una piedra y había corrido detrás de ellos, sordo a las órdenes de los suyos. Dando la vuelta a un ramillete de sauces, había adelantado a la pequeña tropa y se había encontrado frente al gigante que iba en cabeza. Con una mano en la espalda, había increpado al temible cazador.

—¡Devuélvenos a nuestras hermanas o te mato!

El hombre se había reído a carcajadas. Pero antes de que pudiera esbozar un gesto, Kipa-koô lanzaba la piedra con todas sus fuerzas.

El proyectil había golpeado con dureza al gigante en la parte inferior del rostro, borrando la sonrisa burlona. Incrédulo, se había pasado la mano por los labios rotos, demorándose en los muñones de tres de sus incisivos superiores, partidos de cuajo. Loco de rabia, se había precipitado sobre el chico, lo había levantado del suelo y arrojado brutalmente contra una roca.

Estallaron gritos de ira entre los habitantes agrupados que se habían acercado. Un anciano de andares rígidos se había destacado del grupo y hacía gestos amenazantes con su chuzo.

Napa-mali se había precipitado para calmar los ardores del viejo cazador. Pero no había podido hacer nada. Fulminado casi a quemarropa, el

viejo atrevido ya se estaba desplomando, con la garganta y el pecho atravesados por dos azagayas.

La asamblea gruñía de furor. Las mujeres y los niños habían recogido piedras.

Napa-mali había gritado:

—¡Deteneos! ¡No les provoquéis!

Había ido a situarse entre las dos facciones, dando la espalda deliberadamente a los cazadores mientras exhortaba a los suyos para que conservaran la sangre fría.

Esta maniobra desesperada había dado sus frutos. Consciente de que podía perder a uno de sus compañeros en un enfrentamiento estéril y estimando que ya había pagado con creces la conquista de esas hembras, el gigante había decidido aprovechar la intervención del chamán para abandonar el lugar con sus dos comparsas. Se habían eclipsado rápidamente, llevándose a las tres mujeres.

Todos se habían precipitado hacia el niño que yacía inanimado en el suelo. Aún vivía, pero tenía la pierna izquierda muy lastimada. El hueso estaba roto en varios sitios. En cuanto al viejo temerario, estaba muerto.

Los cazadores habían vuelto unos días más tarde. Atâ-mak había querido salir en persecución de los secuestradores. Wagal-talik había intentado disuadirlo. Él mismo había perdido a su hija, y su hijo se quedaría lisiado para toda la vida. El viejo cazador había oído hablar de esta tribu feroz que vivía del lado de donde sale el sol a los hombres de otros clanes víctimas también de sus exacciones. Atâ-mak tenía que resignarse a tomar otra mujer. Pero éste se había empecinado. Decía que los hombres con las cabezas llenas de plumas y las caras pintadas eran hombres como los demás. Esperaban que los cazadores se hubieran ido para apoderarse de las mujeres porque temían enfrentarse a su cólera. Habían matado a un anciano y herido a un niño. Atâ-mak no tenía miedo de esos seres malignos. Tenían mucho camino por delante para llegar hasta su lejano territorio. Todavía era posible alcanzarles.

Wagal-talik había intentado razonar con el joven. Le había recordado que los hombres del lago no mataban seres humanos. Pero Atâ-mak no

quería saber nada. Se habían alzado otras voces de cazadores para unirse a él. La cólera retumbaba entre las mujeres.

Wagal-talik había suspirado y había buscado la mirada del chamán para pedirle su apoyo. Napa-mali había reclamado silencio para tomar la palabra en nombre de los espíritus. Había dicho que Atâ-mak tenía razón. Los hombres-pájaro eran sencillamente hombres, pero hombres temibles, aliados a espíritus poderosos y vengativos. Pero Wagal-talik también tenía razón. La estación de la caza todavía no había terminado. Las reservas acumuladas para el invierno todavía eran insuficientes. Los cazadores no podían permitirse interrumpir su actividad. También había dicho que comprendía la cólera de las mujeres y que los espíritus estaban enfurecidos. Los hombres de la montaña tenían que defender a sus mujeres y a sus hijos. Tres cazadores hábiles podían seguir el rastro de los hombres malvados, y esperar el momento oportuno para recuperar a las mujeres.

Wagal-talik había dado su consentimiento. Actuando de esta forma, la estación de la caza no se vería comprometida. El clan atendería las necesidades de las familias de los tres cazadores durante su ausencia. Atâ-mak era un joven impetuoso pero valiente y totalmente dedicado al clan. Volvería, más fuerte y con más experiencia, y cuando llegara el día, sería un buen guía para los suyos.

Ma-wâmi había declarado que acompañaría a Atâ-mak. Kî-mi, una de las dos jovencitas capturadas, se había convertido hacía poco en su compañera. Aunque no se había incorporado al grupo de los cazadores hasta la estación anterior, este chico tranquilo gozaba ya de la estima de sus mayores.

Un cazador más mayor, Kâ-maï, el padre de Kî-mi, se había unido a ellos.

Se habían puesto en camino al día siguiente, ansiosos por no perder más terreno.

Gracias a los encantamientos y los cuidados proporcionados por Napa-mali, Kipa-koô había sobrevivido. Es entonces cuando recibió el nombre del árbol de corteza blanca y negra cuyas hojitas murmuran suavemente, el nombre del árbol ancestral, uno de aquellos que los padres de sus padres

encontraban en el transcurso de sus desplazamientos hacia el norte y del que admiraban el valor cuando veían su delgada silueta alzarse frente al viento, allí donde ningún otro árbol osaba aventurarse, hasta el punto de reconocer en él a uno de los primeros habitantes de la tierra, en los tiempos en que los hombres se casaban con los animales y las plantas. Pero la pierna del chico permanecería torcida y cojearía siempre.

Se había organizado una ceremonia para apaciguar al espíritu del viejo temerario y convencerle para que se fuera al territorio de los ancestros.

El chamán había solicitado la ayuda del espíritu del lobo para guiar al del difunto y la había obtenido. Sólo entonces su cuerpo había dejado de ser contagioso y los hombres habían podido librarse de él sin peligro y devolverlo a su espíritu bajándolo al abismo de los muertos. Después la vida había retomado su curso.



Âki-naâ sabe que el niño que lleva en ella está condenado. Durante el invierno, los habitantes han descubierto que estaba encinta. Ella misma sólo lo había sabido al final del largo viaje que los había llevado hasta el campamento de los hombres-pájaro. Las otras mujeres le han hecho entender que los hombres nunca dejarían vivir a un niño cuyo espíritu sospechaban ligado al de un cazador perteneciente a un clan no emparentado con ellos. Se mataría al bebé y ella seguiría siendo la esclava de las otras mujeres, a disposición de los hombres que quisieran satisfacer sus apetitos. Como mejor opción, podía esperar ser asignada a uno de esos crueles cazadores.

Âki-naâ se niega a ese destino funesto. Quiere conservar a su hijo y volver con los suyos. No ignora que tiene pocas oportunidades de sobrevivir si lleva a cabo sola el interminable viaje que la devolvería al pie de las grandes montañas donde viven los suyos. Pero lo hará de todos modos.

Kî-mi, la más joven de las tres mujeres capturadas, ha muerto durante el trayecto, víctima de la brutalidad de los cazadores. I-taâ ha sufrido mejor

suerte. El cazador que la ha tomado por compañera no es de los peores. De temperamento dócil, se ha resignado.

Âki-naâ le ha contado sus proyectos, pero la joven ha decidido quedarse.

Hasta ahora, por su embarazo, los hombres la han dejado en una tranquilidad relativa. La brutal incursión del hombre-oso ha creado una gran confusión en el campamento. Los tres cazadores presentes se han lanzado en su persecución. Las mujeres se agitan y los niños van y vienen gritando. Âki-naâ se ha recuperado en seguida. No tendrá una oportunidad mejor. Por una vez, nadie le presta atención. No hay nadie en la choza donde le han asignado un rincón para dormir. La joven se pone en cuclillas en el suelo toscamente empedrado, recubierto de pieles polvorientas. Levanta con dificultad una piedra pesada y se pone a cavar frenéticamente con los dedos la tierra apisonada. Su vientre le estorba. Oye un ruido. Alguien cuchichea muy cerca. Presa del pánico, se queda paralizada, intentando escuchar a pesar de los latidos desordenados de su corazón que le retumban en los oídos.

—¡Âki-naâ! ¿Estás ahí? ¡Soy yo, I-taâ! ¡Contéstame! ¡Sé que estás ahí!

Aliviada, Âki-naâ suspira.

—Sí, estoy aquí. Entra.

I-taâ levanta la pesada piel forrada que cierra el orificio de acceso y penetra en la choza.

Sonríe al ver a su compañera ocupada cavando la tierra.

—Sabía que te marcharías hoy. He venido para decirte adiós y desearte suerte. Me gustaría tener tu valor para acompañarte, pero no lo tengo. Mi espíritu es más débil que el tuyo, pero después de mi muerte, volverá a las montañas.

Âki-naâ asiente y acaricia dulcemente el pelo sedoso de su amiga.

—No te culpo. El hombre con el que vives es un cazador hábil. Parece menos cruel que los otros. Yo tengo que irme, o mi hijo morirá. Mi espíritu no me perdonaría que no hubiera intentado nada para salvarle. La vida sería demasiado difícil si no.

I-taâ saca de debajo de su vestido un objeto estrecho y largo, envuelto en un trozo de cuero.

—Es para ti. Se lo he robado a mi hombre.

Rie.

—¡Todavía lo está buscando!

Âki-naâ no puede sofocar un grito de admiración al ver el maravilloso puñal. Pasa un dedo por la hoja afilada y las muescas talladas en el otro extremo, en la parte que se usa de mango.

Emocionada, aprieta fuerte el brazo de la joven.

—Ahora me tengo que ir. No te olvidaré. Tu espíritu no es tan débil como dices si te ha proporcionado el valor para robar esta arma para mí. Si el niño que llevo es varón, cuando se convierta en cazador, le daré este cuchillo y le contaré su historia. De esta manera, I-taâ permanecerá en la memoria de nuestro clan. Vete ahora. No tienen que encontrarte conmigo.

Sin esperar la partida de su compañera, Âki-naâ vuelve a cavar encarnizadamente. Saca del suelo uno por uno algunos objetos manchados de tierra de los que ha conseguido apoderarse a pesar de la vigilancia de la que ha sido objeto por parte de los miembros del clan. Hay una azagaya perdida por un cazador y recogida en los alrededores del campamento, algunos fragmentos pequeños de sílex y de huesos, una piedrecita de hacer fuego, una vejiga de reno para transportar agua, y su posesión más preciada: algunos trozos de carne seca protegidos por un envoltorio de piel. Mete todo en un saco grande que disimula debajo de la amplia túnica que le sirve de vestido. Se endereza con dificultad. La cabeza le da vueltas. Respira hondo antes de salir. No hay nadie en los alrededores. Se apodera de un recipiente de corteza y se dirige lentamente hacia la cascada, con la cabeza agachada.

Reina una gran agitación en el campamento. El increíble atrevimiento del hombre-oso, llamado así por su rostro alargado y peludo y los gruñidos que emite, y su presencia en los alrededores del campamento sin saberlo los cazadores, alimentan las conversaciones y mantienen la excitación general. Se creía que esas criaturas habían desaparecido para siempre desde hacía mucho tiempo y helas aquí de vuelta, llevando su insolencia hasta llegar a robar comida en medio del campamento de los hombres.

Âki-naâ echa un vistazo rápido hacia la pista que cruza el derrumbamiento rocoso. Contiene la respiración y aprieta los puños,

siempre a la espera de que una voz la interpele.

Pero no ocurre nada. Penetra en el bosquecillo de abedules. Desde este momento, la joven es invisible desde el campamento. Aliviada, se esfuerza por recobrar una respiración normal. Sin embargo, no aminora la marcha. Sabe que dispone de poco tiempo.

Su desaparición no pasará desapercibida mucho tiempo. Los otros cazadores pueden volver en cualquier momento. Cuando llega al lugar donde se bifurca el camino, al otro lado del río, no toma el sendero por donde llegaron después de su captura, sino el que sigue la dirección opuesta. Ya conoce ese camino porque lo ha recorrido en busca de bayas y de plantas comestibles. Por allí ha localizado una vía de acceso hacia las alturas desoladas de la vasta meseta que domina el valle. Tal vez no se les ocurra a los cazadores buscarla en esa dirección. La joven espera sacarles un poco de ventaja. Andando a través de la meseta, a la izquierda del lugar por donde se esconde el sol, tendría que terminar por alcanzar el río más abajo, y éste la llevará al territorio de los suyos.

Pero, ¿podrá llegar hasta allí? Siente que el niño querrá salir pronto. Tiene que encontrar rápidamente un refugio seguro para que nazca. Hasta entonces, tendrá que cazar y huir al mismo tiempo. Lo sabe. Sabe también que sus posibilidades de supervivencia son ínfimas. Pero no se arrepiente de nada.



Aô no oye los clamores lejanos de los hombres-pájaro, satisfechos. Tras su caída, es aspirado a las profundidades de la poza de agua, zarandeado de un lado a otro. Ya no siente ni los brazos ni las piernas y se hunde lentamente en la inconsciencia, entregado al capricho del agua tumultuosa. Pero los espíritus de los hombres primitivos reivindican la vida para el último de los suyos. Entonces, de mala gana, el río termina por devolver su cuerpo fuera del remolino.

El aire, acumulado en el paquete de pieles que había tenido la precaución de atarse con fuerza alrededor de la cintura, hace que su cuerpo inerte suba a la superficie. Empujado por la corriente, va a parar a una playa

de guijarros. Sólo queda sumergida la parte inferior. Yace así mucho tiempo, como si su espíritu no supiera si abandonar su cuerpo. Cuando al fin se despierta, le parece que su esqueleto se ha dislocado. Un fuego arde detrás de sus ojos, en su pecho y en su garganta. El menor movimiento atiza el dolor. El agua está fría. Tiene un escalofrío. Tras varios intentos, consigue ponerse a cuatro patas. Violentos espasmos le torturan el estómago. Vomita el agua que le hincha el vientre.

Se sienta y se pasa la mano por todo el cuerpo. Salvo la llaga de la cintura, no tiene más heridas aparentes. A pesar de ser muy doloroso, sus miembros recobran poco a poco la movilidad. No tiene fracturas, sólo contusiones.

Aô se da cuenta que ha sobrevivido. A pesar de tener la garganta dolorida, lanza un salvaje alarido. El espíritu de los hombres primitivos es poderoso. Aô todavía está vivo. Ha desafiado a los hombrespájaro en el corazón de su campamento y ha conseguido escapar. No duda que conseguirá salir de aquí. Después de un período de adaptación, gracias a la luz débil que llega desde el orificio por donde se introduce el torrente, distingue vagamente los contornos de una sala amplia excavada en la caliza. A los lados el agua es poco profunda. Aô se dispone a rodearla. Por suerte, el río también le ha devuelto su mazo y su chuzo. Aô constata con satisfacción que las robustas armas no han sufrido desperfectos por su caída en la cascada.

La superficie de la poza está agitada en ciertos lugares por remolinos que indican que el río sigue siendo aspirado hacia las profundidades. Hay agua que se desliza por las paredes desde fisuras por las que se insinúan también pálidos rayos de sol. Sin duda se trata de vías utilizadas por las aguas de arroyada, alimentadas por las lluvias que caen en la superficie de la meseta, y que se infiltran hasta aquí.

Una de las fisuras parece a su alcance. Pero el acceso es trabajoso, debido a la piedra húmeda y resbaladiza. Aô tiene que intentarlo varias veces antes de conseguir agarrarse al borde de la estrecha abertura. Solo discurre un delgado hilo de agua porque no ha llovido desde hace mucho tiempo. La primera parte de la ascensión es muy difícil. La pared lisa es empinada, casi vertical. Aô progresa lentamente, presionando

alternativamente con los pies y la espalda. Apenas se relaja, siente que resbala hacia abajo. Para superar ciertos recodos, tiene que hacer contorsiones como una culebra. Por fortuna, la pendiente disminuye claramente. La fisura se ensancha. Ahora puede avanzar a cuatro patas. Pero sólo es temporal. De nuevo se estrechan las paredes. Hay momentos en que Aô no está seguro de poder pasar. El pánico le invade cuando se imagina encajonado allí, a merced de una tormenta.

Sin embargo, sigue avanzando imperceptiblemente. Se golpea la cabeza. Por encima, el paso está obstruido parcialmente por una pesada piedra. Por mucho que se estire lo más posible, no consigue franquear el obstáculo. Es imposible pasar sin desplazarla. El miedo de quedarse bloqueado y de tener que volver a bajar a la sima multiplica sus fuerzas. Empujando con el hombro, consigue que la piedra pivote ligeramente. Animado, sigue con sus esfuerzos. De nuevo intenta forzar el paso. La herida de la cintura se ha reabierto. La piedra rugosa le desgarró la piel.

Con un esfuerzo sobrehumano, consigue deslizar los hombros. El resto del cuerpo pasa también. La fisura desemboca en una cavidad que ha de encontrarse muy cerca de la superficie, como lo demuestran los rayos de luz que estrían la bóveda, formada por un amontonamiento de rocas. Jadeante, con las costillas doloridas, se concede unos instantes de respiro en la pequeña gruta.

El agua chorrea por el suelo empinado pero Aô se fija que una parte más elevada está a salvo de la humedad. El lugar, casi plano, está cubierto de arena y es un buen sitio para dormir.

El chico adivina que está llegando a la meta. Los espacios entre las rocas son suficientes para que pueda deslizarse hasta la salida cercana. Unos momentos más tarde, Aô desemboca a pleno día.

Se toma el tiempo de acostumbrarse a la deslumbrante claridad después de su estancia en la penumbra. ¡Qué placer sentir el viento en la piel magullada!

Está a gusto en la meseta, vasta superficie mineral abandonada a la rocalla y al viento, donde la vegetación es escasa y rala. Aô nota con satisfacción que la entrada de la gruta no llama la atención. Parece un simple refugio bajo las rocas y sólo una exploración atenta permitiría

descubrir el paso hacia la pequeña caverna. Ha encontrado un lugar seguro donde reponer las fuerzas antes de partir en busca de los hombres primitivos. Su estómago le recuerda que no ha comido desde hace tiempo.

La carne cruda del pez le parece un verdadero festín. Come mucho para saciar el hambre. Todavía le quedan reservas para varios días. Pero el sol todavía no ha alcanzado la cima de su curva. Aô podría aprovechar para cazar. Esta noche volverá y dormirá en la gruta.



El sol se ha levantado una vez desde que Âki-naâ ha emprendido la fuga. Ha conseguido subir a la meseta y avanza en la dirección en la que espera encontrarse con el río, muy lejos río abajo. No ignora lo precario de su situación. Aprovechando la luna llena, ha caminado casi toda la noche sin interrupción, con una mano crispada en el mango de la azagaya y la otra en la empuñadura del cuchillo, convencida de que las feroces fieras que oía rugir en la lejanía no tardarían en aparecer para devorarla, no permitiéndose más que cortas pausas para comer un poco y dormir unos instantes, en las ramas de un árbol o en el hueco de una roca. Ha descubierto la realidad del mundo de las tinieblas fuera del recinto del campamento y del calor de las fogatas que alejan los espíritus de los muertos que todavía no han sido apaciguados. A cada paso espera ser fulminada por los poderes de la noche. A veces se siente invadida por el terror. Las piernas se niegan a avanzar. Tiene la impresión de que su espíritu asustado quiere escaparse. Los sonidos y las sombras se transforman en imágenes de animales terroríficos que desfilan ante sus ojos. Pero nada ocurre. Sólo permanece una agobiante sensación de soledad. Entonces termina por ponerse en marcha de nuevo, pequeña silueta deforme perdida en el territorio del viento.

Al amanecer ha recobrado el valor. Su elección era la adecuada. Como había esperado, los hombres-pájaro debían haber seguido la pista opuesta a la suya, la que discurría a lo largo del riachuelo hasta el río. A pesar de su agotamiento, avanza a buen paso con la esperanza de mantener una parte de su ventaja. A los cazadores no les iba a costar nada alcanzarla en terreno descubierto.

Tiene que llegar al curso inferior del río, lo bastante lejos río abajo como para contar con que sus perseguidores habrán renunciado a seguirla. Allí podrá encontrar comida y esconderse en los matorrales que bordean las orillas para dar a luz a su hijo.

Pero la superficie desolada de la meseta se extiende hasta perderse de vista.

Las nubes oscurecen el sol. El viento se levanta. La lluvia se pone a caer, primero despacio, y luego cada vez más tupida. Los relámpagos culebrean en el horizonte. El trueno retumba. Las borrascas le azotan la cara obligándola a agachar la cabeza. Tiene que luchar con todas sus fuerzas para avanzar.

Âki-naâ siente que ya no podrá continuar mucho tiempo en estas condiciones. Está extenuada. El miedo y los terribles esfuerzos que ha hecho durante dos días han provocado violentas contracciones que la fuerzan a detenerse casi a cada paso.

Un líquido caliente corre entre sus piernas. Âki-naâ gime de angustia.

Está perdiendo aguas. El niño quiere salir ahora, durante la tempestad. Las contracciones no tardarán en intensificarse.

Asustada, la mujer busca desesperadamente un refugio. Arrecia la lluvia. Sabe que las hienas vagabundean por la noche en la meseta. El olor de la sangre las atraerá inevitablemente. No puede parir aquí, o morirá junto con su hijo.

Doblada en dos por el dolor, Âki-naâ se dirige hacia un montón de rocas con la esperanza de encontrar un refugio.

Con el corazón latiendo desenfrenadamente, sofocada, se agazapa en el primer agujero que encuentra. Descubre entonces que se prolonga debajo de los bloques de piedra, formando un estrecho pasadizo. Se desliza lo más lejos posible, chapoteando en el agua de un arroyo que ha nacido de la lluvia. Llega a un lugar más amplio. Ya no irá más lejos porque está al cabo de sus fuerzas. ¡Al menos está protegida del diluvio que sigue descargándose sobre la meseta!

Se arrastra hasta el rincón más elevado, a salvo del agua. La frecuencia de las contracciones aumenta. Con la boca abierta para intentar captar un poco de aire, la joven se agacha y empuja con todas sus fuerzas.

Una contracción más violenta le arranca un grito de dolor. El niño está llegando.

OceanofPDF.com

5

Aô está de mal humor. Una violenta tempestad ha interrumpido su cacería. Gruñe, agachado debajo del pobre cobijo de un pino perdido en medio de la monótona extensión pedregosa. La noche ha caído. Podría estar bien abrigado, descansado, y en cambio está aquí, tiritando de frío bajo una lluvia diluviana. La tormenta le desafía recrudeciéndose. Los relámpagos rayan el cielo, iluminando la desierta meseta. Aô sabe que el rayo puede caer sobre el árbol solitario. Se decide a abandonar ese refugio, se aleja unos pasos y se acurruca debajo de la piel del oso para esperar el fin de la tempestad. Aô ya había conocido la ira del cielo, pero nunca semejante furia. El cielo se desgarró para vaciarse de su agua. El pino aislado sufre también los asaltos de la tormenta. Se retuerce bajo las terribles ráfagas de viento. Su débil ramaje es sacudido en todos los sentidos y sus agujas se desparraman sin piedad en la tormenta. Sin embargo, sigue resistiendo. Una vez más, tal vez el rayo le perdone. Aô se siente lleno de respeto y de compasión por este compañero de infortunio. Le gruñe palabras de ánimo. El árbol le contesta agitándose más y mejor, como si se burlara de las borrascas bailando a la luz de los relámpagos.

Aô se levanta. La pesada piel manchada de barro vuela a su alrededor en el viento. Se retuerce y gesticula para imitar la danza del árbol. Durante el resto de la noche, responde con gritos al retumbar de los truenos. Despechada, la tormenta termina por alejarse, acompañada por el viento que se lleva la lluvia con él. El alba se levanta sobre la meseta empapada.

Aô saluda al árbol y reinicia su vagabundeo en busca de las escasas presas. Se encuentra ahora una garganta encajada, anegada por una

corriente tumultuosa de agua que acarrea oleadas de agua enfangada.

Es imposible atravesar ese cañón. Habrá que esperar varios días para que se calme el río. Aô está muy cansado. Volverá para pescar aquí cuando el nivel del agua haya bajado lo suficiente. Le queda bastante pescado como para aguantar varios días. Hasta entonces dormirá en lo seco, dentro de la pequeña gruta. Se apresura, ansioso por abandonarse al sueño que le reclama el cuerpo. Todavía retumban a lo lejos algunos truenos. Cuando se hace algún claro entre las nubes, el sol calienta la atmósfera.

El agua se evapora rápidamente, formando una ligera neblina que flota sobre el suelo. Aô camina a buen paso. Tiene previsto llegar a su refugio antes de la noche. Gracias a las señales que ha ido dejando con cuidado, encuentra fácilmente la entrada de la gruta.

Se detiene en el umbral, con las alas de la nariz vibrantes. De la caverna surgen olores familiares. Perplejo, reconoce el olor humano mezclado con el acre y poderoso olor a sangre fresca. Probablemente para refugiarse de la tormenta, se ha refugiado allí un hombre herido o llevando caza. ¿Podría estar allí todavía?

Aô se arriesga con prudencia entre las rocas. Las emanaciones persisten en el interior del pasadizo que lleva a la cavidad pequeña. Contrariado, no sabe si avanzar más. Hoy sólo desea descansar. La perspectiva de luchar contra un hombre-pájaro no le atrae. Lo prudente sería buscar otro refugio. Pero puede más la curiosidad. Armado con su garrote, se desliza silenciosamente en el estrecho pasaje. El olor humano es cada vez más fuerte. Le llega un grito débil, el grito de un recién nacido. Estupefacto, Aô penetra en el cuartito. Distingue a la mujer y al niño agazapados en el rincón donde pensaba instalarse.

En el mismo instante, la mujer levanta la mirada y descubre la silueta corta y robusta que se recorta vagamente en la penumbra. Sus ojos se agrandan de terror. Querría gritar, pero ningún sonido sale de su boca. ¡Éste es pues el origen de los débiles efluvios que había sentido al introducirse entre las rocas, sin conseguir identificarlos con precisión! ¡Está en la guarida del monstruo!

Aô no se mueve. Él también la ha reconocido. Es la mujer encinta a la que empujó en su incursión en el campamento de los hombrespájaro. ¿Qué

hace esta hembra sola aquí, lejos del campamento?

Âki-naâ estrecha al niño entre sus brazos. Es un hermoso chico, perfectamente formado. Retrocede tanto como puede hasta el extremo de la gruta, como si esperara poder escapar a través de la roca. Agazapada contra la pared, se acurruca sobre su bebé. Aterrada, mira con ojos desorbitados a esa criatura mitad hombre mitad animal. Está a su merced.

Inmóvil, Aô está reflexionando. Sin la menor duda, esa mujer ha huido de los hombres-pájaro. Recuerda la hostilidad de las otras hembras hacia ella, su diferente aspecto, las penosas tareas que estaba obligada a hacer a pesar de su avanzado embarazo.

Avanza un paso. A Âki-naâ le castañetean los dientes, convencida de la inminencia de la muerte. El niño se agita y gime. Siente el miedo de su madre. El gemido de su pequeño despierta los instintos de la madre. Tiene que defender a su prole. Deja con cuidado al niño detrás de ella y busca a tientas la preciada azagaya. Su mano sólo encuentra el puñal. Se conformará con eso. Casi sin aliento, se endereza, buscando apoyos en el suelo húmedo e irregular.

Aô avanza otro paso. No hace ningún gesto brusco, dejando su garrote en el suelo para no asustarla más.

Âki-naâ vacila, envuelta en vértigo. La larga caminata y el parto la han agotado. Esa criatura no se comporta como un predador. Ya tenía que haberle saltado encima. ¿A qué está esperando?

Aô sigue observando a la joven madre. Aprecia su valor. No siente ninguna cólera contra ella. Su presencia le molesta. Querría descansar pero ella le ha quitado el sitio. Admira la larga y delgada hoja que sostiene en la mano. Nunca ha visto un arma tan notable. ¿Cómo ha terminado en las manos de esa mujer? Aô sabe que no tendría ninguna dificultad para apoderarse de ella. Sin embargo, no lo hace.

Âki-naâ espera el ataque. Recupera el valor. Defenderá a su pequeño como una loba. Se quedan largo rato inmóviles, frente a frente. Cansada, Âki-naâ baja el brazo. Echa miradas furtivas al intruso. De cerca, no parece en absoluto un oso, exceptuando su cráneo macizo y la potencia animal que emana de todo su ser. Los osos son grandes, y él es más bien pequeño. Su rostro y su cuerpo son peludos, pero eso no tiene nada que ver con la piel de

un oso. La cara se alarga hacia delante sin parecerse sin embargo al hocico de la fiera. La boca y los dientes son de hombre. Aunque están hundidos profundamente en las órbitas, los ojos tienen expresión humana. Los osos no llevan ropa. Los osos no usan garrotes.

¿Quién es? ¿De donde procede la enorme piel blanca de una sola pieza que lo envuelve? ¿Âki-naâ nunca ha visto un animal de esa talla con semejante piel! Parece la de un oso gigantesco, ¡pero Âki-naâ ignoraba que existieran osos blancos!

¿De qué regiones lejanas y desconocidas es originario ese ser extraño?

Âki-naâ recuerda las historias contadas por Napa-mali a propósito de los hombres primitivos que poblaban antaño el mundo. Había cazadores que pretendían que algunos de ellos habían sobrevivido y vivían todavía al otro lado de las montañas. Sin duda esa criatura era uno de ellos.

Un sudor helado le corre por la espalda. Quizá el hombre primitivo no tiene hembra. La querrá tomar por compañera. Tiembla pensando en el abrazo de este ser bestial. ¿Qué pasará con su bebé? De nuevo asoma el miedo. La invade una ola de desesperanza. Sus ojos se nublan. ¡No volverá a ver el lago ni a los de su clan, a su hermano pequeño, siempre tan cariñoso con ella, a Wagal-talik, su padre, Napa-mali, el chamán cuyas palabras alejaban la desgracia y el miedo, y todos los demás cuyos rostros tiene grabados en su espíritu! Le gustaba la existencia dura pero apacible que era la suya. Los hombres de su pueblo eran pacíficos, las mujeres respetadas, mucho mejor tratadas que en el seno del clan de los hombres-pájaro. Los hombres escuchaban sus palabras. Su compañero era un cazador valiente y atento. Nunca la había tratado con brutalidad. Su hambre siempre era saciada. Âki-naâ ya no recuperará nada de todo eso. Sin duda sólo le espera luchar hasta la muerte.

Âô todavía no ha decidido qué actitud adoptar. Tiene conciencia del terror que inspira a esa mujer. Sigue examinándola atentamente. Nunca antes había tenido la oportunidad de ver tan cerca a un representante de esa especie. Observa la delicadeza del cuerpo y de la cara, la piel lisa y morena. No tiene la envergadura de las mujeres de su pueblo. El rostro largo y plano le resulta extraño. Los ojos salientes ocupan mucho sitio a cada lado de la nariz, delgada y alargada. Brillan en la oscuridad. La mujer tiene fiebre.

Está agotada. Tiembla de cansancio y de miedo. Teme por su vida y la de su hijo. Aô deposita con cuidado sus armas en el suelo. Esa mujer no representa ningún peligro para él. ¿No debería marcharse dejándole la caverna? Ya encontrará otro refugio mientras espera la decrecida. De todas maneras no tiene intención de demorarse aquí. Pero la presencia de esta mujer-pájaro es una ganga. ¿No es acaso la oportunidad de aprender mucho más acerca de los enemigos de su pueblo? ¿Pero cómo comunicarse con ella?

Âki-naâ no puede más. Mantenerse en pie se ha convertido en una tortura. Le tiemblan las piernas. ¿Por qué se queda allí, inmóvil, observándola? La podría matar con un solo gesto. Sin embargo, no manifiesta ninguna hostilidad hacia ella o hacia el niño.

Sigue mirándola fijamente, poniéndola aún más nerviosa. No se atreve a sostener su mirada, por miedo a despertar su cólera. El bebé empieza a agitarse. Tiene hambre.

Esta situación insólita se prolonga. Âki-naâ lucha para mantenerse en pie. Pierde poco a poco conciencia del presente. No oye al bebé gritar cada vez más fuerte. Su cuerpo se balancea suavemente. Su mirada se pierde en el vacío.

Aô decide intervenir. Gruñe secamente hacia la joven señalándole el niño con el brazo extendido. No es más que un gruñido ahogado, pero resuena en la pequeña caverna y devuelve a Âki-naâ bruscamente a la realidad. El bebé está aullando ahora. La mirada asustada de la mujer se encuentra con la del hombre. Una vez más, no lee ninguna agresividad en su mirada. Ve el brazo tendido hacia el bebé. Obedece mecánicamente la orden y se desplaza lentamente hacia el niño que pataleaba en el suelo.

Satisfecho, Aô va a sentarse en el otro extremo de la gruta. Él también está muy cansado. Bosteza. Le gustaría mucho tumbarse en algún sitio. Pero está en la parte baja de la gruta, parcialmente inundada.

Termina por encontrar un lugar algo menos mojado. Se conformará. Sin preocuparse más por los otros dos ocupantes del lugar, se acuesta gruñendo de placer y se duerme apaciblemente ante los ojos asombrados de la joven.

Âki-naâ ha tomado a su hijo en brazos. Le duelen los pechos llenos de leche. Con la cara roja de haber gritado tanto, muerto de hambre, el

pequeño encuentra al fin el pezón que lo va a alimentar. En su precipitación bebe demasiado ávidamente, a punto de asfixiarse.

Âki-naâ ya no tiene fuerzas para pensar. Todas estas emociones la han agotado. Muerta de fatiga, ya no piensa más que en una cosa, abandonarse ella también al sueño.

Ya no se oyen más que los ruidos de succión del bebé acompasados por la respiración profunda del hombre. Al fin saciado, el niño se duerme, imitado en seguida por su madre.



Âki-naâ es la primera en despertarse. El hombre-oso no se ha movido y duerme tranquilamente. Con la mente nublada todavía, recuerda en desorden los últimos acontecimientos. Tiene hambre y sed. Su cantimplora está todavía medio llena y le queda un trocito de carne seca que mastica largamente. La prisa de su bebé por abandonar su vientre ha contrariado sus planes. Esperaba alcanzar el río para hacer acopio de alimentos antes de plazo. Perdida con su hijo en esta meseta desolada, debilitada, sin comida ya, a merced de esta criatura aterradora que no quiere aún calificar de humana, su situación es enormemente precaria. Pero ha recuperado un poco de energía durmiendo. Luchará hasta sus últimas fuerzas. Tiene que aprovechar el sueño del hombre primitivo para escapar de él y buscar otro refugio.

Âki-naâ se levanta sin ruido. El bebé se ha despertado y juega con los dedos contra su pecho. Espera a que su vértigo desaparezca un poco y se dirige despacio hacia la salida. Tiene que pasar por encima del cuerpo del hombre. En el momento en que lo hace, se da cuenta de que tiene los ojos abiertos y que la observa en silencio. Aterrada, se precipita hacia la salida de la gruta, golpeándole con el pie el torso al pasar. Aô se conforma con seguirla con los ojos. Âki-naâ esta convencida de que se va a lanzar sobre ella. En su precipitación se golpea brutalmente con las asperezas. El corazón le late con fuerza en el pecho. El pasadizo le parece interminable. Al fin alcanza la salida.

No oye ningún ruido detrás. Aspira con fruición el aire fresco que le azota la cara. Llueve a mares. Desamparada, la joven escruta el horizonte desértico. El hombre no tendrá ninguna dificultad para alcanzarla. Sin duda va a salir de un momento a otro. Con frenesí, se pone a buscar el menor recodo capaz de esconder una anfractuosidad.

No hay nada, ningún agujero donde esconderse, ¡nada más que algunos recodos abiertos al viento! Su ropa ya está empapada.

Tiene frío. Entonces lo descubre. Desde lo alto de una roca, la mira tranquilamente. Hace ademán de alejarse. No se mueve. Llueve igual de fuerte. El bebé reclama su alimento.

Âki-naâ comprende que no irá más lejos. Todavía debe descansar. Resignada, da marcha atrás. El hombre se ha bajado de su atalaya. Probablemente ha vuelto a la gruta. Su actitud desconcierta a la joven madre. ¿A qué se debe esa pasividad?

Mientras tanto, la lluvia ha arreciado. Si hubiera querido hacerle daño, ya lo habría hecho. No había ninguna agresividad en su mirada, sólo curiosidad. Un ataque de debilidad la obliga a sentarse por un momento. Está empapada de arriba abajo. El agua cae sobre la cabeza del niño que protesta.

Vencida, Âki-naâ vuelve al refugio de la caverna.

¡El hombre se ha instalado en el sitio donde estaba ella antes! Duerme tranquilamente. ¡La joven no se lo puede creer! ¡No solamente no le ha hecho ningún daño, sino que ha aprovechado su partida para coger el mejor sitio!



Aô ha acogido primero con un cierto alivio la partida de la madre y su retoño. Su presencia puede atraer a los hombres-pájaro. Pero una vez más la curiosidad le había vencido. ¿Adonde podría ir con ese recién nacido? ¿Dónde estaba la familia de ese niño? ¿Cómo podría alimentarse ella? ¡No había ningún ser humano a muchos días de marcha! ¡Una mujer no podía vivir sola, y menos con un bebé!

Una vez fuera de la gruta, había seguido sus vacilaciones con mirada perpleja. Estaba de forma palpable al cabo de sus fuerzas. Como él, la mujer había huido de los hombres-pájaro. Sin duda había aprovechado la agitación que había provocado él. ¿Por qué huía? Aô no tenía ni idea, ¡pero sus razones debían ser especialmente imperiosas para que se arriesgara a marcharse sola, a punto de parir! Era evidente que sólo la intervención de un espíritu poderoso le había permitido llegar hasta aquí. Esa mujer pertenecía sin duda a otro clan e intentaba desesperadamente encontrarlo. Pero no irá mucho más lejos. No se hace muchas ilusiones sobre su porvenir. Si los hombres-pájaro no la alcanzan rápidamente, morirá de hambre y de agotamiento o devorada por un animal. Tal vez debía haberla matado. De todas formas, ese es el destino que la aguarda. Tiene el mayor interés en que los hombres-pájaro sigan creyéndole muerto. Pero por causa de la mujer, los cazadores sabrán que Aô está todavía vivo. Les enseñará su escondite o los volverá a colocar tras su pista. Gruñe. Que esa hembra siga su camino, ¡Aô no le desea ningún mal! No siente hacia ella la hostilidad que le producen los hombres-pájaro. La perspectiva de un posible enfrentamiento con ellos no lo inquieta mucho. Va a dormir todavía un poco más y después se irá. No lo atraparán otra vez. Sin darse cuenta del todo, siente una compasión vaga por esa hembra solitaria y su hijo, y también cierto respeto, por el valor fuera de lo común que ha demostrado decidiendo huir sola, en su estado.

Indeciso, enfadado sin saber muy bien porqué, se demora unos instantes antes de ponerse a cubierto. Se acuesta en el sitio abandonado por la joven, mucho más cómodo que el suyo. Rápidamente se hunde en un sueño reparador.



Âki-naâ tiene que conformarse con el trozo de losa que ocupaba antes el hombre. Trata de no hacer ningún ruido por temor a despertarlo y provocar su cólera. ¡Le gustaría tanto que se fuera!

Alimenta a su niño hambriento. La angustia no la abandona. Aunque ese monstruo la deje vivir, su situación seguirá siendo desesperada. Lo poco

que come le permitirá aguantar todavía un tiempo, ¿pero tendrá fuerzas suficientes para llegar hasta el río y cazar? Sin alimento, su leche no tardará en secarse. Y si lo consigue a pesar de todo, ¿cómo podrá sobrevivir, sola, al terrible invierno ártico?

Su cansancio es extremo. Dormita.

Aô duerme mucho tiempo. Su cuerpo joven se recupera de las pruebas de los días precedentes y recompone sus fuerzas. Son los gritos suaves del bebé los que le despiertan. La mujer ha vuelto. Le lanza una mirada tímida antes de bajar la cabeza. Curiosamente, Aô se alegra del retorno de la joven madre.

Saca una trucha de su bolsa, la corta en dos y gruñe. Âki-naâ levanta los ojos y ve que el hombre agita el pez mientras la mira. ¡No puede creer lo que está viendo!

La mayor confusión reina en su mente. Tiene mucha hambre. Sabe que la supervivencia de su hijo y la suya dependen quizá de ese trozo de carne que le tiende el hombre.

¿Pero cuál será el precio a pagar por ese regalo? ¡No se atreve a imaginarlo! El hombre-oso está solo. Tal vez no tenga compañera. ¿Cuáles pueden ser sus exigencias? ¿Tal vez deje vivir al niño? No parece albergar malas intenciones contra él. ¿Acaso no está dispuesta a todo para que su hijo viva?

Aô se impacienta. ¿Es que la mujer no quiere comer? ¿Cómo espera continuar alimentando a su bebé si ella no come? ¿Habrâ malinterpretado su gesto?

Âki-naâ ve cómo se aproxima con el corazón palpitante. De cerca es todavía más impresionante. Siente su fuerte olor. Sus largos y gruesos brazos están desnudos. Los músculos resaltan bajo la piel peluda. Se inclina hacia ella. Su cara está muy próxima a la suya. Sus ojos redondos y profundos no reflejan ninguna animosidad, sólo curiosidad, tal vez incluso diversión. Le tiende el pez. Ella lo coge despacio. No se va inmediatamente. Mira con insistencia el cuchillo. Âki-naâ no tiene ganas de darle el arma. Pero con un gesto rápido, se apodera de él y va a sentarse a pocos pasos.

La joven come lentamente observando al hombre de reojo. Examina el arma en todos los sentidos, como si quisiera entender cómo la han

fabricado. Realmente no muestra el comportamiento de un animal.

A medida que avanza en su examen, su actitud cambia. Gruñe y aprieta las mandíbulas. Aparece en su mirada una expresión dura. Âki-naâ siente el corazón golpear en su pecho. Aprieta tan fuerte a su pequeño que se pone a gritar. Pero el hombre se conforma con tirar el cuchillo cerca de ella con aire desdeñoso y vuelve a su lugar.

Se sienta frente a ella pero no la mira. Sigue vociferando mientras gesticula. Los rasgos de su cara se deforman en la medida en que sombríos pensamientos atraviesan su mente. Las muecas se suceden en su rostro como las imágenes de una larga historia. La joven esta turbada. Se asombra de no tener miedo ya.

OceanofPDF.com

6

El día y la noche discurren, idénticos, marcados por el martilleo lejano y monótono de la lluvia sobre las rocas que forman la bóveda de la pequeña caverna. El agua se insinúa por los menores intersticios y discurre sobre la losa. Âki-naâ se ha desplazado para buscar un lugar menos mojado.

El hombre y la mujer alternan los períodos de somnolencia con fases de sueño profundo. Cada uno aprovecha el sueño del otro para observarlo en silencio. A veces se cruzan sus miradas durante unos instantes. Âki-naâ ya no baja los ojos.

Aô sigue compartiendo su comida con la joven.

Su herida de la cadera se ha cicatrizado correctamente. Se siente en plena forma. Le urge que deje de llover para poder irse. Las reservas de pescado disminuyen rápidamente.

Esta mañana ya casi no corre agua dentro de la caverna. Âki-naâ observa a Aô. Como cada día, se prepara para salir a despabilarse en la meseta. Pero esta vez ha reunido sus pobres pertenencias. Al marcharse, deposita a su lado su último pescado.



La lluvia ha cesado. Una ligera brisa dispersa las nubes.

La joven no le ha hecho partícipe de sus intenciones. ¿Ha decidido quedarse aquí? Tal vez los hombres-pájaro no encuentren la gruta. El río no está lejos. Podrá pescar. Aô no tiene ningún motivo para demorarse más tiempo. Sin embargo, parece indeciso. Escudriña la entrada de la gruta

como si esperase ver salir a la joven. Pero no lo hace. A regañadientes, termina por alejarse lentamente.



Âki-naâ debería alegrarse de la partida del hombre-oso. Pero no es así. Se asombra incluso por esperar su regreso, sin creerlo del todo. Lo ha visto coger sus cosas y dejar ostensiblemente el pescado en la losa. La ha abandonado a su suerte. ¿Qué esperaba? No le ha manifestado su gratitud, sólo desconfianza y miedo. Ha compartido su comida con ella. La ha dejado tranquila. Ni siquiera ha cogido el magnífico cuchillo. ¡Ahora le cede su lugar! ¿Qué más podía hacer?

La joven se hace reproches. Se arrepiente de no haber intentado comunicarse. Tal vez habría aceptado que lo siguiera hasta el río.

Sin él, probablemente habría muerto de hambre. Al recuperar fuerzas, ha recobrado la esperanza. Constata el vacío que le ha dejado su partida. Sola con su hijo, la caverna se le antoja siniestra. En unos pocos días, se había acostumbrado a la compañía de ese ser taciturno. Al compartir con ella su comida, le había demostrado su compasión. Ya no dudaba de la humanidad de esa criatura de aspecto bestial. Su calma y la impresión de fuerza extraordinaria que emanaba de él la tranquilizaban. En su presencia, se sentía segura.

La angustia la invade de nuevo.

Se da cuenta de pronto que tal vez esté dejando escapar su única oportunidad de supervivencia. No debe estar lejos. Lo seguirá a distancia. Se asusta. Tiene que darse prisa.



Siente las piernas pesadas todavía, pero ya no tiene vértigos. Fuera, el sol brilla ampliamente. Ve la silueta robusta del hombre-oso dibujarse con nitidez hacia poniente. Por suerte ha tomado la misma dirección que ha de seguir ella. Sin vacilar se lanza sobre sus pasos.

De pronto resuenan unos gritos. Se le hiela la sangre en las venas. Los hombres-pájaro están detrás de ella, tres hombres que avanzan rápidamente

entre las rocas. La han visto y señalan hacia ella gritando. Âki-naâ no les lleva mucha delantera. No podrá escapar. Aparentemente, aún no han descubierto al hombre-oso. Tiene que llevarlos hasta él para forzar su enfrentamiento. Con la fuerza de la desesperación, corre en su dirección.

Aô está ya lejos, pero ha oído los gritos. Los hombres-pájaro no han notado su presencia. Sólo tienen ojos para su presa. Son tres. No apresuran el ritmo, convencidos de que la mujer ya no se les puede escapar. Âki-naâ redobla sus esfuerzos. No pretende distanciar a sus perseguidores pero ha visto que Aô se ha detenido. Sabe que pone en peligro la vida del hombre. Pero es la única oportunidad que tiene de escapar.

Aô ha comprendido su maniobra. Ve cómo la joven corre hacia él. Si se va en seguida, sabe que les lleva suficiente ventaja como para esquivarse y evitar la lucha. No tiene nada que temer si se da prisa. Pero no se mueve. La escena que se juega detrás de él no le deja indiferente. Los hombres-pájaro son sus enemigos. No siente demasiados deseos de huir de ellos.

Âki-naâ no puede más. Le parece que Aô está todavía muy lejos. Con la garganta ardiendo, sin resuello, está al borde de la asfixia. El bebé, sacudido por esta desenfundada carrera, protesta desgañitándose. El suelo está sembrado de piedras. Tropieza una vez, dos, intenta conservar el equilibrio, pero al no poder utilizar los brazos para recuperarse, cae con violencia hacia delante. Rueda a un lado para proteger al niño. Los cazadores la alcanzan antes de que pueda levantarse. Todavía no han visto a Aô, agazapado en un pliegue del terreno, apenas a dos tiradas de azagaya. Dan vueltas alrededor de ella riéndose.

Âki-naâ se levanta. Se siente llena de una rabia fría. Venderá cara su vida. No la tendrán viva. Manteniendo a su bebé con una mano contra su pecho, los amenaza con el puñal en la otra. Su aspecto salvaje y decidido le proporciona un corto respiro que aprovecha para recuperar aliento. Los tres hombres mantienen distancias. No se fían de esa mujer rabiosa que se comporta de una forma tan increíble. ¡Que una mujer, y encima a punto de parir, se haya atrevido a afrontar la soledad y el mundo hostil, y que haya sobrevivido tanto tiempo, es algo que no les cabe en la mente!

¡Y ahora, en vez de suplicar que le perdonen la vida, los desafía!

No pueden dejar de sentir un cierto respeto por su increíble valor. ¿Se parece tan poco a las hembras sumisas que son las tuyas! ¿Es realmente una mujer? Sus ojos están llenos de furor. Son los ojos de una loba.

Han recibido la orden de traerla de regreso viva. Tienen tiempo. Por el momento se conforman con vigilarla como si temieran algo, quizás la intervención del poderoso espíritu que protege a esta belicosa mujer.

Âki-naâ mira en la dirección que ha tomado el hombre-oso. Un cerrillo le oculta el horizonte y ya no lo ve. Sin duda ya debe estar lejos. ¿Por qué iba a esperarla? Su plan ha fracasado. Su huida desesperada termina aquí. Se apodera de ella una rabia demencial, a la medida de su desesperación, barriendo el agotamiento y el miedo. Con un vigor insospechado, se lanza bruscamente sobre el hombre más cercano y le golpea con todas sus fuerzas. La punta dura atraviesa la gruesa ropa y penetra profundamente en su vientre. La sangre se extiende rápidamente. Incrédulo, el hombre la mira asombrado mientras ella le arranca brutalmente el cuchillo de la herida. Levanta la mano para golpear una vez más. Pero uno de los otros cazadores ha reaccionado. Le agarra el brazo y se lo retuerce con violencia, obligándola a soltar el arma. El tercero intenta arrancarle el bebé. Debatiéndose con todas sus fuerzas, Âki-naâ consigue soltarse. Reemprende su loca carrera.

Los dos hombres se precipitan tras ella gritando. Siente su aliento en la espalda.



Aô ha seguido toda la escena. La valentía de la joven le impresiona. Se alegra del cariz que han tomado los acontecimientos. Pasa a su lado sin verlo. Los dos cazadores están pisándole los talones. Pero nunca alcanzarán a la mujer. Su temor estaba justificado. Como por arte de magia, Aô surge ante ellos aullando ferozmente. Llevado por su impulso, el primero de los perseguidores choca violentamente contra él. Plantado firmemente en el suelo, Aô encaja el golpe sin rechistar. Con una mano agarra al hombre por el brazo y con la otra le asesta un golpe brutal con una piedra que ha recogido.

El hombre se desploma, con el cráneo hundido. El tercer individuo, el único que puede valerse todavía, se ha detenido a unos pasos. Pasmado, tarda en reaccionar. Aô aprovecha para recoger su chuzo. Lanzado casi a quemarropa, le atraviesa el pecho de parte a parte.

Âki-naâ ha seguido las peripecias del terrible enfrentamiento que sólo ha durado unos instantes. De pronto, ve que el cazador que ella hirió gravemente se levanta a duras penas detrás de Aô. Abre la boca para gritar una advertencia. Aô ha sentido la presencia del hombre. En el momento en que se gira, una piedra le golpea secamente en la frente. Aturdido por el choque, con la vista nublada, siente un dolor fulgurante atravesarle el muslo. Una segunda piedra le da en la sien. El chico siente como le fallan las piernas. Se hunde en la inconsciencia y cae pesadamente hacia atrás.

A pesar de la sangre que pierde a chorros y de la muerte que se cierne ya sobre él, el hombre-pájaro esboza una mueca de triunfo.

Recoge la azagaya de uno de sus compañeros y se dirige hacia Aô para rematarlo. Camina muy despacio. Cada paso le arranca un gruñido de dolor. Quiere estar seguro de dar en el corazón porque siente que ya no tendrá fuerzas para hacerlo una vez más.

Agobiado por el sufrimiento, cegado por el odio que lo mantiene en pie, no presta atención a la mujer que se ha colocado justo a sus espaldas. Levanta el pesado garrote de Aô lo más arriba posible y lo hace caer sobre la cabeza del hombre. Falla ligeramente el blanco. La maza choca contra la sien derecha del herido, aplastando la oreja antes de rebotar en el hombro. El golpe es fuerte. El mango demasiado grueso le vibra dolorosamente en las manos. El arma se le escapa. El golpe no es mortal pero ha sido suficiente para desestabilizar al herido. Cae de rodillas. Ha soltado la azagaya por la violencia del choque. Âki-naâ ha recogido rápidamente el mazo. Esta vez la posición agachada del hombre le permite apuntar mejor y pegar mucho más fuerte. No tiene tiempo de darse la vuelta. El golpe, atizado en lo alto del cráneo, interrumpe bruscamente su aullido de dolor y de rabia. Presa de una verdadera histeria, Âki-naâ se encarniza con el cuerpo sin vida.

Sólo se detiene, jadeante, cuando su brazo ya no le obedece. Aturdida, contempla el resultado de su furor. La cabeza del hombre no es más que un

amasijo de carne y de sangre. El rostro ya no existe. Debido a un ataque de temblores convulsivos, Âki-naâ se queda postrada un rato largo, con la mirada ausente.

Ha matado a un hombre. Teme caer en la cólera de los espíritus. Para los suyos, el que toma la vida de un ser humano es merecedor de graves sanciones, porque expone al clan al rencor del muerto, de su familia y de los espíritus emparentados.

Complicados y aleatorios ritos han de ser ejecutados para aplacar esta ira legítima teniendo en cuenta las exigencias de la familia del difunto, que pueden llegar hasta exigir la muerte del autor de los hechos. Es el chamán el que debe evaluar las fuerzas presentes e intentar aplacar la indignación de los espíritus.

La joven intenta pensar. Se dice a sí misma que ha matado para defender su vida y la de su hijo. Pero el cazador estaba herido de muerte. Nada podía contra ella. Le bastaba marcharse con su hijo. Ha actuado para proteger la vida del hombre-oso. Le aterra el frenesí asesino que ha demostrado.



Sus ojos se detienen sobre los cuerpos que yacen rodeados de sangre. Aô todavía vive. Ve cómo su pecho se alza con regularidad. El lado izquierdo de la cara está muy inflamado. El ojo desaparece casi enteramente bajo las hinchazones violáceas.

La punta del chuzo se le ha quedado clavada en el muslo. Un hilo de sangre corre de la herida. Âki-naâ consigue romper el mango del arma. El hombre se queja. Decide arrastrar el cuerpo hasta la caverna. El peso es impresionante. Se apoya en el suelo y tira con todas sus fuerzas. Parece anclado en el suelo. Pone más empeño, sorda a los berridos de su hijo hambriento, atado a su vientre. La cabeza del hombre se golpea contra las piedras. Gime débilmente.

¿Podrá sobrevivir a ese trato?

Tiene que darse prisa. A la caída de la noche, atraídas por el olor de la sangre que perciben desde distancias fabulosas, se presentarán las hienas.

Mantiene su esfuerzo, regalándose cortas pausas para recobrar el aliento y descansar los brazos.

Cada vez está más oscuro. No ha recorrido más que la mitad del camino entre el lugar de la lucha y la entrada de la gruta cuando descubre en la oscuridad el brillo de los ojos de los grandes carroñeros. Silenciosamente, han formado un gran círculo que se estrecha lentamente alrededor de los cadáveres de los hombres-pájaro.

Asustada, Âki-naâ siente la tentación de abandonar a Aô. Ya no se mueve. Quizás está muerto. Ha hecho por él lo que ha podido.

Pero no puede decidirse a hacerlo. Le debe la vida. Ese ser extraño que gruñe como un oso podía haberse eclipsado tranquilamente y sin embargo decidió enfrentarse a tres hombres para salvarla. A pesar de su fuerza, ¿no podía ignorar que la muerte era la salida más probable de ese combate desigual!

Hombre primitivo, espíritu o animal, ¡qué importa! Âki-naâ no permitirá que las hienas lo devoren.

Dispone de una prórroga. Por el momento, no tienen interés por ella. En un concierto de chasquidos de mandíbulas y de huesos quebrados, entrecortado por risotadas estridentes, las hienas han comenzado su festín. Âki-naâ se esfuerza un poco más. Paso tras paso, se acerca a su objetivo.

Cuando se prepara para deslizarse bajo las rocas, un gran macho se atreve a ir en su dirección. Suelta por un momento el cuerpo inerte y se endereza gritando. El animal retrocede un poco. Recoge una piedra y se la lanza con presteza. Alcanzada en el hocico, la hiena se repliega prudentemente. Âki-naâ aprovecha para arrastrar a Aô al interior del pasadizo. Lo abandona unos instantes para dejar a su bebé a salvo en la gruta y tener más libertad de movimientos. Cuando vuelve, ve dibujarse a la fiera en la entrada. Siente su olor nauseabundo. Los gritos de la joven y las piedras que le tira la obligan una vez más a batirse en retirada. Âki-naâ no pierde el tiempo. Otras hienas se han reunido con su semejante. Oye su respiración y distingue las siluetas macizas que desfilan delante de la entrada. Por suerte, sólo pueden penetrar en el túnel una por una. Tira y empuja, intentando proteger la cabeza del hombre inanimado de los golpes contra las rocas. A pesar del frío de la noche, el sudor le corre por la cara.

Consigue franquear el paso más estrecho. Con ayuda de los fragmentos de roca que cubren el suelo, obtura más o menos el camino tras ella. Después de algunos intentos, las hienas renuncian a sus presas. Vuelven a dedicarse a los restos de los tres hombres-pájaro.

Extenuada, Âki-naâ alcanza al fin el umbral de la pequeña gruta donde resuenan los gritos rabiosos del bebé. Las esquiras rocosas han ido arrancando la ropa del hombre-oso. Está completamente desnudo. Todavía está vivo pero respira a sacudidas. El ojo derecho del hombre desaparece en la inflamación de la parte de la cara golpeada por una de las piedras. Palpa suavemente su cabeza para detectar una posible fractura. El hombre se queja pero su cráneo está intacto.

Tranquilizada, la joven extrae con un gesto rápido la punta de sílex profundamente hundida en el muslo. Corre la sangre. Corta un trozo de su propia ropa y la aplica firmemente sobre la llaga. Contempla el cuerpo del hombre herido, los músculos bien dibujados, los brazos largos con gruesas articulaciones. Ya no le parece tan monstruoso. El pelaje es más bien suave y no cubre enteramente el cuerpo. La piel es un poco más clara que la suya. El sexo del hombre es como el de los demás hombres. Cuando disminuye un poco la hemorragia, va a buscar la enorme piel blanca hecha jirones y el saco de Aô, que se han quedado en el pasadizo. Corta la bandolera y la utiliza para atar el apósito sobre la herida.

Después, la joven cubre con delicadeza el cuerpo del herido con la piel del oso. El hombre abre los ojos y la mira unos instantes en silencio antes de volverlos a cerrar.

El bebé sigue reclamando su débito. Después de haberlo alimentado, no tarda en dormirse, agotada. Es el hambre lo que la despierta. Todo su cuerpo está dolorido. El hombre yace todavía en el mismo lugar.

Âki-naâ deja correr un hilo de agua entre sus labios. La cantimplora estará vacía pronto. Con el cese de la lluvia, los riachuelos se han secado. Va a tener que salir en busca de agua y de alimento. Mientras tanto, se ocupa de su pequeño, al que ha tenido descuidado últimamente. Entre dos tetadas, dormita. Sólo cuando se ha bebido la última gota de agua se decide a partir.



El día ha amanecido hace tiempo. Las hienas se han ido. Sólo han escapado a sus poderosas mandíbulas los cráneos y algunos huesos macizos. Una pareja de zorros blancos disputa a los grandes cuervos negros los escasos jirones de carne olvidados. Âki-naâ recupera su cuchillo y la azagaya de uno de los cazadores que ha matado Aô. Camina en la dirección que debería llevar al río. El bebé duerme apaciblemente, acunado por los pasos de su madre.

El sol ha desaparecido en el horizonte cuando llega al borde del cañón donde se había detenido Aô. Pasa la noche sin dormir en las ramas más altas de un viejo pino plantado a media altura en la rocalla. ¡Al menos está a salvo de las bestias feroces cuyos gritos se escuchan!

Al alba, los animales vienen a beber en las pequeñas pozas del torrente. Los primeros son una madre osa con sus pequeños. Âki-naâ se ríe viendo a los dos oseznos revolviendo en el agua bajo la mirada indulgente de su madre. Ceden su lugar a un zorro furtivo. Después es una manada de antílopes la que se acerca a su vez tímidamente al río. Las madres intentan como pueden dirigir a su prole empujándola hacia la corriente. No han descubierto a Âki-naâ. Desciende por etapas, escondiéndose detrás del tronco. Sabe que no dispone de mucho tiempo. Los asustadizos animales no van a demorarse mucho.

Una rama cruje ligeramente. Es más de lo que se necesita para provocar la desbandada. Un cervatillo muy joven se ha quedado atrás. Desorientado, duda unos instantes. Su madre lo llama a gritos. Âki-naâ se desliza por el tronco rugoso. El cervatillo la ha visto. Al fin se decide a salir del agua. No se atreve a reunirse con su madre porque el inquietante bípedo le corta el paso. Emite un largo quejido angustiado y se lanza hacia donde le llaman.

Âki-naâ aguanta la respiración y lanza la azagaya en su dirección. El arma, arrojada sin habilidad, le rebota en la espalda. Pero el golpe basta para que caiga sentado. Âki-naâ no le deja levantarse. Se precipita hacia él y lo remata a pedradas. El antílope sigue allí llamando a su pequeño. Âki-naâ se conmueve por la angustia de la madre. Pronuncia las palabras

rituales de los cazadores. Pide perdón al espíritu del cervatillo por haberle quitado la vida.

El animal no pesa mucho. No le cuesta nada subírselo a los hombros. Esa carne devolverá las fuerzas al hombre-oso. Ríe.

Está de vuelta en la caverna al anochecer. Aô sigue con vida. El sudor le inunda el rostro. Su piel está ardiendo. Está consciente. Los ojos brillantes se posan en ella. Bebe con avidez el agua que le echa en la boca. Âki-naâ examina la herida del muslo. Supura. Pero no siente el olor que anuncia la muerte. El hombre-oso es joven. Sobrevivirá.

Una vez apaciguada su sed, el hombre cierra los ojos y vuelve a su letargo. Por momentos se agita en su lecho para enfrentarse a enemigos invisibles. Abre los ojos cada vez que Âki-naâ se acerca a darle de beber. Para mayor comodidad, se ha instalado a su lado. Después de varios días, la fiebre baja lentamente.



Aô se siente mejor esta mañana. Consigue mover con precaución la pierna rígida y dolorida. Intenta levantarse pero tiene que renunciar porque el dolor es demasiado fuerte. Se acuesta de nuevo con un cuidado infinito. Todavía está muy débil. Revive las peripecias del combate contra los hombres-pájaro.

No se ha marchado cuando llegaron los hombres-pájaro. Se había comportado como si la mujer y el niño perteneciesen a su propio clan. Renuncia a comprender el porqué. A pesar de su herida, está contento. Mira largamente a Âki-naâ, acurrucada a su lado, con el cuerpo envolviendo el de su pequeño. Duermen apaciblemente.

Estaba a merced del tercer cazador. Únicamente la intervención de esta mujer puede explicar el hecho de seguir con vida todavía. Calibra la obstinación que ha demostrado ella para arrastrarlo hasta aquí. Un olor a carne fresca le acaricia la nariz, provocando un cataclismo en su estómago vacío.

El bebé se agita. Intenta rabiosamente salir de su envoltorio de brazos y pieles. Asoma su cabecita roja y su mirada ciega se posa en el chico que le

observa. Se busca el pulgar, pero cada vez que está a punto de encontrarlo, lo pierde. Con delicadeza, Aô agarra la diminuta mano con sus gruesos dedos y la aproxima a la boca del bebé. Âki-naâ se despierta bruscamente. Tiene un gesto de huida al ver al hombre-oso inclinado sobre ella. Aô aparta de inmediato la mano y se hace a un lado para dejarle sitio, consciente del miedo que ha leído en sus ojos. Âki-naâ quiere disipar el malestar que se ha instalado entre los dos. Le tiende su bebé con una sonrisa invitadora para que lo coja. Intimidado, Aô coge torpemente al niño. Nada impresionado, el niño se pone a toquetear el rostro todavía tumefacto del hombre. Aô gruñe. El bebé le contesta con grandes sonrisas puntuadas por gorjeos de satisfacción.

El hombre lanza algunos gruñidos más que hacen las delicias del pequeño. Âki-naâ se ríe.

Aô se alegra de su alianza con esta mujer. Da las gracias mentalmente a los espíritus que han organizado este insólito encuentro.

En adelante, la mujer y su pequeño están bajo la protección de Aô. Cuando esté bastante recuperado, cazará para ellos.

Pero la herida es profunda y el hombre sabe que habrá de tener paciencia durante muchos días todavía antes de recobrar toda su movilidad.



Âki-naâ lo examina con atención. ¡Se da cuenta de que todavía es muy joven!

Tiene prisa por conocer la historia de su vida y por saber donde se halla el misterioso territorio de su clan, habitado por grandes animales de espesa piel blanca. Intenta preguntarle.

Aô la mira agitarse mientras escucha los sonidos incomprensibles que salen de su boca.

La joven se impacienta. Repite varias veces su nombre articulando las sílabas y señalando su pecho.

—Á-ki-na... á.

Por mucho que intente imitar el movimiento de la boca de su interlocutora, Aô no consigue pronunciar el sonido «i». También le cuesta

enlazar las tres sílabas.

—Aá... kaaa.

Pero la mujer está encantada con sus esfuerzos y se alegra visiblemente de este resultado. Manifiesta ruidosamente su alegría golpeándose los muslos con las manos. Animado, el chico le indica su propio nombre o al menos el que puede darle ella, el nombre de los hombres primitivos. —Aô.

¡Así que también tienen nombres! ¡Y es fácil de pronunciar! —¡Aô!

A fuerza de gestos, le pregunta :

—¿De donde vienes, Aô?

La joven confunde su silencio.

Se dice que debe demostrar paciencia. Si su relación se prolonga, ya tendrá tiempo de enseñarle los rudimentos del lenguaje de su clan.

Aô ha comprendido muy bien. ¿Pero cómo contestarle sin evocar el trágico final de los suyos? Para revivir todos los acontecimientos que lo han traído hasta aquí, Aô tiene que esperar a recuperar toda su capacidad de movimiento.

Mientras tanto, come con apetito y se obliga cada día a hacer ejercicios y sesiones de marcha cada vez más largas.



Âki-naâ ha vuelto a salir de caza varias veces a orillas del torrente. Gracias a las trampas que ha tendido en la maleza que bordea ciertas partes menos escarpadas de la ribera, nunca vuelve de vacío. Hoy, la cesta que ha confeccionado está llena de bayas y dos patos cuelgan de una pértiga que lleva al hombro.

Âki-naâ descubre a Aô que camina a su encuentro. De su herida ya no le queda más que una ligera cojera. El chico la alivia del peso de los dos pájaros y de la cesta. Se alegra de ver que ha recuperado el uso de la pierna. Aunque no lo reconozca, la agotan las largas marchas a través de la meseta con las cargas que constituyen el bebé, cada vez más pesado y que se ve obligada a llevar con ella para poder amamantarlo, el agua, la caza y el producto de sus cosechas. ¡Pasa el resto del tiempo durmiendo para recuperar fuerzas antes de la siguiente expedición! Ahora tiene prisa porque

el hombre tome el relevo para poder recuperarse y consagrar más tiempo a su pequeño.

Aô se agita a su lado para llamar su atención. Ha dejado su cargamento en el suelo y le hace señas para que se detenga. Hoy quiere contestar a su pregunta. Ella no comprende inmediatamente sus intenciones. Los ojos del chico se hunden en los suyos, como si quisiera invitarla a acompañarle a alguna parte, a penetrar en un mundo desconocido. Sus primeros gestos son un poco lentos, suspendidos en el espacio. Hace mucho tiempo que no ha bailado y el muslo, aunque se ha curado correctamente, conserva una cierta rigidez. Pero poco a poco, su cuerpo recobra su agilidad y su poder evocador. Sus brazos, sus piernas, sus manos, sus ojos, su boca, su cuerpo entero se pone en movimiento para hacer revivir la historia de los primeros hombres que se han instalado en las inmediaciones de la tundra.

Âki-naâ conoce las danzas rituales que se practican en el seno de su clan. ¡Pero nunca ha visto una danza como ésta!

Los gestos se multiplican, unas veces lentos, otras rápidos, puntuados por gruñidos, dando vida a seres diferentes que se suceden.

Ve a los hombres primitivos, a las mujeres, a los niños, a los ancianos.

Caminan orgullosamente a lo largo del río y se aventuran muy lejos en el interior de la tundra detrás de los caballos, los bisontes y los renos, y más raramente detrás de los gigantescos mamuts. Son abundantes y los cazadores no vuelven de vacío. Con ellos, pasa el invierno en los valles abrigados donde viven hoy día los hombrespájaro. Participa en las recolecciones y se atiborra de miel y de bayas dulces.

Sufre la llegada de los hombres-pájaro. A su vez, se instalan en los valles. No comprenden los gestos y los gruñidos de los hombres primitivos. Tal vez no tengan ganas de intentar entenderlas. Son belicosos y fieros. Se aprovechan de la ausencia de los cazadores para matar a las mujeres, los ancianos, los niños, y para sorprender a uno o dos hombres aislados.

Participa del vagabundeo del clan. Padece, ella también, el frío y el hambre. Los ve morir unos tras otros. Aô se demora en el formidable combate entre su padre y el oso blanco. Ya no queda nadie más que él. Comprende que ha vuelto al antiguo territorio de su pueblo y que busca a

los que hayan sobrevivido. Se asombra de la facilidad con que interpreta los acontecimientos mimados por su compañero.

Revive la incursión del hombre-oso en el campamento de los hombres-pájaro. Sigue a Aô en su huida a través de las gargantas y desaparece con él en las entrañas de la tierra.

La joven está conmovida. Se compadece con el destino trágico de los hombres primitivos. Pensativa, se demora con ellos. Quisiera poder expresar su sentimiento, animar a Aô, decirle que los de su pueblo no son como los hombres-pájaro, que no matan a sus semejantes. Pero sus gestos son torpes. No tienen el poder de evocación que poseen los de su compañero.

Sin embargo, intenta hacerle comprender que ella también ha huido de los hombres-pájaro, que espera encontrar a su clan, a orillas de un lago grande, al pie de las montañas que tocan el cielo. Con ansiedad, le pregunta si va a ir por ahí.

Aô asiente. Contesta que acompañará a la joven hasta el territorio de los suyos. Cazará para ella y los alimentará, a ella y a su hijo. Los protegerá de la furia de los hombres-pájaro y de la voracidad de los predadores.

La joven siente un inmenso alivio. Las palabras que expresan su gratitud están en sus labios pero no las pronuncia. Aô no las conoce. Caminan silenciosamente hasta la caverna. Se da cuenta de hasta qué punto está agotada. Se tumba en su lecho con deleite. Ya no oye más que la apacible respiración de su hijo que duerme sobre su pecho. Por primera vez desde su partida, se abandona al sueño sin reservas.

7

Aô y Âki-naâ caminan tranquilamente a lo largo del río que han alcanzado la víspera. Hace mucho que han abandonado su refugio bajo las rocas. Hace calor. Están en pleno verano. Las grandes manadas de herbívoros se han ido hacia el norte para escapar a las miríadas de insectos y aprovechar el retroceso de la nieve para pastar el liquen y las gramíneas que tapizan la estepa nórdica.

La fauna es bastante abundante y variada alrededor del río como para asegurar su subsistencia. Las riberas cobijan varias especies de aves además de pequeños mamíferos. También se pueden encontrar ciertas plantas comestibles, en forma de hojas, raíces o bayas.

Avanzan lentamente, aprovechando esta relativa abundancia para no cargar con provisiones, alimentándose cada día según las oportunidades y sin vacilar en detenerse largos ratos para lavar la ropa del bebé y permitirle espabilarse y chapotear en las pequeñas pozas de los torrentes calentadas por el sol.

Más tarde buscarán un refugio para pasar la estación cruda. Todavía habrá tiempo para acumular reservas para dos personas.

Âki-naâ está alegre. No carece de leche. Su bebé crece a ojos vistas.

Para escapar al hostigamiento de los mosquitos, muy numerosos en los alrededores del río y de las ciénagas que se extienden a veces en las riberas, se untan de barro mezclado con grasa animal.

La desnudez de la mujer no parece despertar el deseo del chico. Siempre mantiene las distancias.

Âki-naâ está dividida entre el alivio y el despecho. Tiene conciencia de sus atractivos, de su cuerpo robusto, su vivacidad, su entusiasmo y su destreza a la hora de realizar las tareas que corresponden a las mujeres y que la hacen deseable a los ojos de los hombres de su clan. ¡Muchas mujeres habrían deseado compartir la cama de Atâ-mak, el padre del niño que ha dado a luz!

Se extraña de la apatía de Aô. ¡A esa edad, los chicos están llenos de savia y manifiestan generalmente mucho interés por las mujeres! ¡Tal vez Âki-naâ no posea para él el atractivo de las mujeres de su pueblo! ¿O tal vez debe entenderlo como un testimonio de respeto hacia ella?

¡Sin embargo, le cuesta imaginar tantos miramientos por parte de ese hombre rudo y primitivo que no tendría ninguna dificultad para reducirla y cuyas exigencias estarían además perfectamente justificadas!

¿No es acaso el hombre que la alimenta y la protege, a ella y a su hijo?

A veces se da cuenta de que la observa largamente en silencio. Se sorprende acechando un signo o una actitud que pueda interpretar como una invitación, una muestra de deseo. Un poco despechada, sólo lee en su mirada curiosidad.

Se da cuenta que lo ignora todo de las costumbres de los suyos, de su comportamiento y de las relaciones que mantienen entre ellos.

Pero esas consideraciones más o menos conscientes no la afectan realmente. Incluso al ritmo a que avanzan, cuando se detengan para pasar la estación dura ya no estarán muy lejos del territorio del clan. Cuando la nieve se haya fundido de nuevo, necesitarán menos de una luna para alcanzarlo. Le alegra la evocación de esta perspectiva aún lejana. La presencia tranquilizadora del hombre-oso a su lado confirma sus certezas. Nada puede sucederle bajo su protección. Los hombrespájaro probablemente habrán abandonado la persecución. ¡Sin duda esperan todavía la vuelta de los tres cazadores que fueron en su busca por la meseta! ¿Cómo podrían imaginar una alianza entre el hombreoso y ella, si ignoran que aún sigue con vida? ¿Y que una mujer sola y además encinta o debilitada por la maternidad sea capaz de matar a cazadores avezados?

Âki-naâ y Aô han tomado la precaución de borrar todas las huellas de su paso. ¡Es poco probable que descubran nunca los restos de los tres

cazadores reducidos a unos pocos fragmentos óseos cuidadosamente enterrados debajo de las piedras! ¡Su desaparición seguirá siendo un misterio! Acabarán por pensar que la joven está muerta porque ninguno es capaz de concebir la supervivencia de una mujer sola más allá de algunos días. Âki-naâ exulta pensando en la furia y la perplejidad de esos hombres crueles. ¡Seguro que no han terminado de interpelar a los espíritus a propósito de ese acontecimiento inexplicable!



Aô y Âki-naâ consiguen ahora comunicarse utilizando una jerga rudimentaria que inventan cada día asociando sonoridades a gestos sacados de sus respectivos lenguajes.

Cada uno intenta penetrar a su manera en el mundo desconocido del otro, misterioso y a veces incomprensible, pero también asombrosamente semejante. Toman conciencia de que el abismo que los separa no es tan profundo como creían.

Aô está impresionado por la habilidad y las facultades de su compañera. Sin embargo, algunas de las técnicas que usa son parecidas a las que usan los suyos.

Los procedimientos de conservación de alimentos a los que recurren son los mismos. Las sustancias que utilizan para tratar las pieles y hacerlas imputrescibles son comparables.

Aunque no disponga de la totalidad de los conocimientos precisos acumulados por los suyos a través de las generaciones, Aô compensa esa carencia relativa con una curiosidad y un poder de memorización al menos iguales a los de su compañera. Tanto el uno como la otra se refieren respectivamente a un sistema de clasificación compleja que les es propio, en el seno del cual las cosas animadas e inanimadas que pertenecen a su entorno encuentran un lugar preciso. Sin embargo, Aô se ha dado cuenta rápidamente que no podía competir con la destreza manual de su compañera. A pesar de una práctica limitada hasta entonces a la confección de ciertos objetos destinados al uso de las mujeres, sus aptitudes para la talla de la piedra y del hueso le permiten hacer armas y herramientas para

funciones diversas y precisas. Unas cuantas manipulaciones le han bastado al chico para comprender que su fragilidad sólo era aparente y su delicadeza no restaba un ápice a sus prestaciones, equivalentes o mayores que sus propias obras, mucho más laboriosas y generalmente polivalentes. Sin embargo la mujer parecía a veces insatisfecha con lo que hacía, como si buscara algo más que el aspecto puramente utilitario, una finalidad estética que todavía se le escapaba a su compañero.

Aô se siente cautivado por los gestos con los que la mujer parece imponer su voluntad a la materia, consiguiendo extraer de la piedra y del hueso hojas afiladas, puntas y finos alfileres que usa para cerrar los vestidos. A cada obra le corresponde un uso concreto.

La joven no se muestra avara con su saber. No demuestra ningún desprecio por las obras más rudimentarias de su compañero, de las que no deja de alabar la eficacia y a veces la originalidad. Manifiesta mucho interés por la fabricación de las bolas, una especie de pelotas talladas de roca, picadas pacientemente hasta obtener un volumen parecido a una esfera, y que, enlazadas unas con otras a base de tiras de cuero, se convierten en un arma temible, capaz de detener a un herbívoro a distancia.

Âki-naâ le enseña a su compañero la técnica del nudo corredizo, utilizado por su clan para coger en trampas presas pequeñas. Aô descubre también cómo entrelazar las ramitas de los sauces para confeccionar sólidos recipientes para transportar los alimentos.

El chico se ha quedado muy impresionado por la piedra de hacer fuego que provoca un haz de chispas cuando se la golpea contra un trozo de sílex.

Ignoraba que el fuego se escondía también en la piedra.

Aô es capaz de hacer fuego. Pero es una operación laboriosa que consiste en calentar por fricción la madera girando un palo en el hueco de un trozo de leña más tierna hasta obtener brasas diminutas. A menudo se apagan y hay que volver a empezar. Desde sus más tiernos años, los hombres primitivos son iniciados en esta práctica.

Durante el invierno, los fuegos arden en los campamentos sin interrupción. El fuego es objeto de los mayores cuidados por parte de los hombres primitivos. Es un miembro más del grupo. Su alimento preferido es la leña pero se conforma con las boñigas que se recogen en la tundra.

También se contenta con la grasa de los animales. Aô recuerda la angustia de los hombres primitivos en pleno invierno, cuando ya no tienen nada que darle de comer al fuego.



Aô sigue fascinando y asombrando a Âki-naâ. Parece sentir o leer sus emociones más íntimas. Poco a poco se va dando cuenta que lo que tomaba por apatía es al contrario un estado permanente de alerta y atención, que lo hace receptivo a los cambios más sutiles de su entorno.

Sus sentidos están especialmente desarrollados. Ve, oye y siente lo que aún no existe para ella.

Paradójicamente, le parece que a veces no comprende ciertas preguntas, sencillas sin embargo, que se esfuerza en plantearle, ya sea repitiéndole las mismas palabras a lo largo del día o intentando torpemente utilizar su lenguaje. Su comportamiento la deja perpleja. Tiene la impresión de chocar contra un muro de incomprensión. La mayoría de las veces se queda con la mirada ausente, como si el asunto no le atañera, aun cuando no ha apartado los ojos un momento mientras le preguntaba. Otras veces se ríe o la mira fijamente con aire interrogativo. En otras ocasiones muestra un aspecto consternado, masculla y gesticula, aparentemente contrariado. Él le pregunta pocas cosas, conformándose con observarla largamente o seguir con atención cualquiera de sus gestos.

Para transmitir una información o contar un acontecimiento, los hombres primitivos utilizan ampliamente el mimo y la danza reproduciendo escenas que alcanzan directamente la imaginación de sus semejantes. Ciertas emociones se expresan y son percibidas sin necesidad de recurrir a la palabra hablada.

Hasta ahora, Aô ha sobrevivido. Ha asimilado conocimientos por necesidad, pero sobre todo ha dejado desarrollar su instinto, y su comportamiento no refleja necesariamente la actitud normal de un hombre primitivo. Ciertas prácticas ancestrales, confinadas en la memoria de los mayores, no le han sido transmitidas, ciertos tabúes han sido transgredidos. Obligados a enfrentarse a la hostilidad de los hombres nuevos, a

desplazarse sin cesar y a intentar adaptarse a un entorno hostil, los suyos habían adoptado comportamientos asociados únicamente a su supervivencia. Al mismo tiempo, la incursión de esos seres diferentes en su territorio los había llevado a plantearse más cuestiones sobre conceptos como el porvenir de su especie y su lugar en la tierra. Ciertas certidumbres habían sido ignoradas deliberadamente o replanteadas, obligando a estos hombres a reconsiderar su lugar en el mundo.

De esta manera, la mente de Aô no tiene la rigidez de la de sus semejantes, los que han vivido antes de la llegada de los hombres nuevos. Acostumbrado desde su más tierna infancia a reflexionar para inventar maneras de sobrevivir cada día, ha desarrollado una aptitud de adaptación liberada del peso de ciertas creencias.

Aô se calla pero nada se le escapa. Es como el musgo henchido de agua en primavera. Se impregna con las informaciones que le proporciona generosamente la joven, consciente o inconscientemente. Se esfuerza por grabar el mayor número posible de palabras. Aunque no siempre consigue repetirlas, ya comprende el significado de muchas de ellas y algunas asociaciones simples, intentando descubrir a través de ellas cómo han conseguido el favor de los espíritus esas criaturas arrogantes y belicosas a las que se parece ella.

Aô percibe claramente la frustración de Âki-naâ. Aun cuando todavía tiene dificultades para entender el sentido de las preguntas o expresar las respuestas, a veces simplemente no sabe qué contestar, ya sea porque la pregunta le parece extraña o descabellada, ya porque suscita en él nuevas reflexiones a las que se abandona, dejando que su espíritu se pierda y vagabundee en regiones inexploradas, indiferente a la impaciencia y a los esfuerzos de su compañera para captar de nuevo su atención.

Más que manifestar su impotencia para satisfacer su curiosidad, prefiere aislarse en un mutismo que ella interpreta a su manera.

A veces sucede que se exaspera por el hostigamiento al que es sometido, y se enfada. Se comporta como las mujeres con su prole. Aô no es un niño. Pertenece al antiguo pueblo de cazadores de la tundra.



Hasta ahora, Aô no ha detectado ningún signo de presencia humana en los alrededores del río. Âki-naâ espera que la acompañe hasta el territorio de su clan. Le ha asegurado que los suyos no le demostrarán ninguna hostilidad.

Aô tiene confianza en ella. Se ha encariñado con esta mujer y su bebé. Además, cada vez que lo toma en brazos, el niño se alegra.

Hacia su compañera experimenta unos sentimientos confusos.

En el seno de los clanes, los hombres y mujeres conocen pocas veces una intimidad como la suya. Entre los hombres primitivos, las parejas no tienen posibilidad de aislarse. La promiscuidad es total.

En el interior del inmenso territorio, poco numeroso, diseminados en pequeños grupos, se desplazaban al ritmo del agotamiento de los recursos, de los movimientos de la caza o también de los cambios climáticos. El número de individuos que componían el clan fluctuaba según las circunstancias. Se formaban nuevos grupos. Algunos se fusionaban o se escindían. Todos los clanes estaban emparentados entre sí. Pero más allá del parentesco directo, los lazos que unían a los individuos no se memorizaban. Constituidos alrededor de dos o tres parejas y de su prole, estos grupos, en condiciones especiales, se reunían para formar clanes importantes que algunas veces se mantenían en el tiempo más allá de concentraciones efímeras, permitiendo que se organizaran cacerías colectivas. Pero ese tipo de asociación no perduraba generalmente debido a la multiplicación de las tensiones internas. Los hombres primitivos no habían desarrollado una estructura social que les permitiera mantener una cohesión en el interior de grandes comunidades. Un grupo no solía tener más de treinta miembros y normalmente se reducía a unos pocos individuos.

El equilibrio vital se preservaba de varias maneras. Desde la simple eliminación de los niños y los ancianos cuando los proveedores pensaban que no podían asegurar su subsistencia sin poner la suya propia en peligro, hasta los intercambios de individuos entre clanes. Sólo la unión del hombre y la mujer se mantenía generalmente hasta la muerte de uno de los dos.

Sin dar lugar a ceremonias especiales, esta alianza era el lazo en el que se basaba toda la sociedad de los hombres primitivos. Esta relación correspondía a una verdadera asociación, con un reparto preciso de las

tareas que inducían aptitudes claramente diferenciadas implicando una estrecha dependencia entre ambos. Pero las exigencias vitales inherentes a un entorno especialmente duro obligaban generalmente a que los hombres y las mujeres adoptaran, para sobrevivir, de forma transitoria o duradera, comportamientos especiales, generalmente prohibidos. A veces dos cazadores podían compartir la misma mujer, o en contadas ocasiones, un único hombre estaba unido a varias mujeres. Estas situaciones solían ser la consecuencia de la muerte de uno de los dos miembros de una pareja. Los encuentros con otros clanes permitían reequilibrar la situación.

La formación de una nueva pareja, integrada por dos miembros de clanes diferentes, se realizaba en función de las necesidades del grupo y de su capacidad para extenderse. Si un lugar era especialmente abundante en caza y en plantas comestibles, el grupo se agrandaba hasta que el empobrecimiento del sitio, que a veces no ocurría hasta después de varias generaciones, le forzase a disminuir o a escindirse.

Cuando el excedente de uno u otro sexo se debía a la existencia de individuos mayores que no podían ser absorbidos por otros grupos, su supervivencia individual dependía principalmente del abastecimiento de la comunidad. Pero también aquí había casos particulares. No era extraño que se protegiera al excedente de niños o ancianos, que constituían una carga para el clan, obligando a los adultos a incrementar sus actividades o a restringir su consumo durante un tiempo determinado. Pero los proveedores conservaban siempre el control de la situación y el poder de decidir lo que les pertenecía.

A pesar de la gran antigüedad de su asentamiento, la existencia de los hombres primitivos seguía siendo precaria. Su dependencia del entorno era mayor que la de los que llegaban nuevos, provistos de organización social, herramientas y procedimientos que les posibilitaban el acceso a recursos más diversificados, con menos gasto de energía.

La búsqueda casi permanente de alimentos implicaba la movilización del grupo completo. Quedaba poco tiempo para dedicar a actividades que no fueran vitales. Los encuentros con otros clanes, muy apreciados, eran aprovechados no sólo para organizar cacerías colectivas, intercambiar información sobre la caza, las plantas y los yacimientos de sílex o de los

materiales que utilizaban, sino también para danzar y contarse las visiones, los acontecimientos señalados y las hazañas individuales, que además permitían a los hombres ponerse de relieve delante de las mujeres.

La danza era también un medio privilegiado para acceder al sueño, considerado como un viaje del espíritu en compañía del viento, ser caprichoso y omnipotente que reinaba sobre el mundo de los vivos y el de los muertos, dos mundos entre los que no hacían distinciones los hombres primitivos.

Se consultaba más a unos individuos que a otros dentro del clan, pero sin que esto implicara más privilegios o un lugar especial para ellos dentro de la comunidad.

Dentro de los grupos los conflictos escaseaban. A veces surgían enfrentamientos violentos entre dos cazadores que codiciaban a la misma mujer. Pero incluso si vencía, el interesado no tenía la certidumbre de haberla conquistado porque no podía obligarla a aceptar la relación que le proponía. El consentimiento de la mujer era esencial.

No existía relación entre el acto sexual y la procreación.

El compañero habitual de la madre era considerado el padre de sus hijos.

Los niños disfrutaban de la indulgencia y el afecto de sus padres. La pareja no existía sin atracción recíproca y los apareamientos no estaban exentos de cariño.

Cuando una mujer se quedaba sola, podía pasar a estar a cargo de un grupo sin aliarse necesariamente con un cazador.

Aô no ignora las señales con las que hombres y mujeres se demuestran mutuamente el deseo que tienen de aparearse. No ha detectado ninguna por parte de su compañera, ni siquiera algo que se pudiera interpretar en este sentido.

Ciertas señales indican ya el acercamiento de la estación dura. Las noches son cada vez más frías, los insectos menos virulentos. En pequeños grupos, los grandes herbívoros empiezan a dirigirse hacia el sur para pasar el largo invierno nórdico en los valles boscosos que se encuentran en esa dirección.

Ha llegado el momento, también para Aô y Âki-naâ, de buscar un lugar propicio donde afrontar la estación cruda. Todavía les queda tiempo suficiente para buscar un refugio y almacenar reservas, pero no se pueden demorar más. En estas regiones septentrionales, el invierno llega bruscamente.

El hombre y la mujer han aprovechado un vado para atravesar la corriente y explorar el sector ondulado que se extiende al otro lado. Al remontar un afluente que serpentea entre las colinas, han encontrado un pequeño valle donde se ha implantado una colonia de abedules. En ausencia de grutas o de refugios bajo las rocas, han decidido instalarse allí. La presencia de una cantidad inusual de estos valientes árboles, con fama de ser benevolentes con los humanos, les parece un signo favorable. En lo alto de las riberas poco escarpadas, los abedules han cedido el lugar a los pinos. Apostados a intervalos regulares en la periferia del valle, parecen montar guardia. En las orillas se han asentado algunos sauces. El entorno es apacible. En ciertos lugares la distancia entre los abedules es mayor que en otros. Âki-naâ y Aô le han echado el ojo a un pequeño claro, rodeado de árboles vigorosos, situados en la posición perfecta para ser los pilares de un refugio.

Âki-naâ acaricia los troncos lisos. Le gustan estas criaturas pacíficas. Escucha los murmullos del follaje. Aquí estarán seguros, bajo la protección de uno de los más antiguos habitantes de la tierra.

Combinando con habilidad la piedra, la tierra, la madera y las pieles almacenadas desde hace un cierto tiempo, montan un refugio espacioso y sólido entre los árboles, dejando en lo alto una abertura amplia para evacuar el humo del hogar. En el interior, colocan ramas de pinos que los aislarán del frío del suelo.

Aô ha detectado las huellas de pequeños rebaños de renos en los valles colindantes. Pronto han localizado un grupo de pocos individuos. Aô da un largo rodeo para que su olor no llegue a estos animales temerosos mientras Âki-naâ intenta conducirlos hacia él. Pero las cimas desnudas de las colinas y la ausencia de obstáculos naturales permiten que los renos escapen de la trampa tendida dispersándose en todas direcciones. Pacientemente, Aô y Âki-naâ repiten la operación. Su perseverancia acaba por alcanzar el éxito.

Una parte de los animales se dirige directamente hacia la cresta donde está escondido Aô.

Cuando los primeros llegan hasta él, se levanta bruscamente, provocando una desbandada. Pero durante un corto instante, debido a la sorpresa, los animales en vanguardia se han inmovilizado antes de retroceder, lo suficiente para permitir al cazador lanzar sus bolas con mano firme a las patas traseras del animal más cercano. El reno, abatido en pleno impulso, cae y rueda de lado. Aô se precipita hacia él y le clava profundamente el chuzo en el costado, matándolo de golpe.

Realiza los gestos rituales, testimoniando al espíritu del reno su gratitud por haber aceptado darle su carne. El voluminoso animal es sangrado y descuartizado en el sitio. En los días siguientes, todavía consiguen matar otros tres renos.

El transporte de la carne hasta el campamento no se lleva a cabo sin dificultades. Cortada en trozos, la cuelgan por encima del hogar para que se seque y se ahúme. Así podrá ser conservada durante todo el invierno, en agujeros cubiertos de piedras, excavados alrededor del campamento.

El verano se demora. Âki-naâ y Aô lo aprovechan para recoger y almacenar raíces comestibles y las últimas bayas de camarinas olvidadas por los pájaros.

Previsores, acumulan cerca enormes cantidades de leña seca. Pronto los silos rebosan de alimentos.

El viento del norte penetra en el valle. El retraso parece haberle encolerizado y sopla con violencia. Trae con él el frío y la nieve. Se desliza a través de los troncos, se encarniza contra las paredes del refugio.

Gracias a las trampas tendidas en la maleza de los sauces que bordean el río, disponen todavía de carne fresca durante un tiempo. Así ahorran de sus reservas de alimentos. Cuando el frío se intensifica, las presas van escaseando.

Ambos se alegran de la eficacia de su asociación.

La elección de este pequeño valle ha sido juiciosa. El viento sopla menos fuerte que en otros lugares. Con el fuego que arde permanentemente, bien alimentados, no sufren del frío.

Aô pasa largos momentos jugando con el bebé de su compañera.

Aprovechan su confinamiento para poner a punto sus armas y sus herramientas. Âki-naâ confecciona un abrigo para su compañero con la parte utilizable que queda de la piel del oso blanco.



Después de un largo período de tempestad, el viento se ha calmado desde hace varios días. Aô ha salido para desentumecerse las piernas como hace cada mañana. Están en mitad del invierno. El cielo está cubierto pero la ausencia de viento atenúa la sensación de frío. La fina capa de nieve cruje bajo sus pies. Su vagabundeo solitario lo conduce hasta el río. Despeja la nieve que recubre la superficie helada. El hielo es sólido. Puede aventurarse sin peligro. No hay un alma. Reina un silencio absoluto. Aô recuerda las sensaciones que ha experimentado durante el invierno precedente, en el curso de su largo periplo solitario a través de la tundra desierta y helada. Una brisita recorre el río. Aspira a pleno pulmón el aire glacial.

Algo llama su atención. Hay huellas de pasos en la otra orilla. ¿Es tal vez una oportunidad para conseguir carne fresca?

Las huellas forman una línea recta en la nieve. Intrigado, se acerca. Lanza un grito de estupor al ver la forma de las huellas. Son de pies humanos.

8

Aô está muy excitado. Estudia con cuidado las huellas. La nieve ha dejado de caer hace poco tiempo. Tres humanos han pasado por allí esta misma mañana. Dos de ellos están muy cargados porque sus pasos se hunden profundamente en la capa de nieve. El tercero, un niño o una mujer, ligeramente distanciado, se esfuerza por andar en las huellas, probablemente ansioso de ahorrar fuerzas.

Río abajo, en la misma dirección que los pasos, el río gira con claridad hacia la derecha. Más allá de la curva, Aô sabe que la vista alcanza a mucha distancia. Si los tres humanos no han abandonado la superficie helada del río, los verá. Efectivamente, los descubre en cuanto ha sobrepasado la curva en cuestión. No son tres sino cuatro. Uno de ellos está herido. Está acostado en unas parihuelas que soportan sus dos compañeros. Una mujer cierra la marcha. No transportan caza. Se han detenido para descansar. No hablan y parecen abatidos. No son hombres primitivos, pero tampoco tienen el aspecto de los hombres-pájaro.

Perplejo, Aô vacila en mostrarse. Teme una reacción de hostilidad sólo con verle. Decide ir a informar a Âki-naâ. Con el herido, no podrán ir muy lejos. Vuelve sobre sus pasos y se aleja silenciosamente. Cuando está fuera de su vista, corre hacia el campamento.

Âki-naâ lo acoge con una sonrisa. Está jugando con el bebé, que patalea, desnudo, en una alfombra de espesas pieles. El niño ríe a carcajadas cuando ve a Aô.

Las largas jornadas a solas les han permitido mejorar la jerga que utilizan para comunicarse.

Aô le narra su insólito encuentro.

—Hay hombres en el río, muy cerca. Son tres con una mujer. Uno de ellos está herido.

Intrigada, la mujer interroga a su compañero.

—¿Hombres-pájaro?

—No creo.

—Describemelos.

—Estaban lejos. No me he acercado para que no me descubrieran. No los he visto bien. Había un hombre alto, ya mayor. El herido y el tercero eran más jóvenes. La cara de la mujer estaba medio oculta por una banda de piel que la protegía del frío. Sus cabelleras eran largas y negras. No tienen caza. Están cansados.

Âki-naâ se calla, pensativa.

¿Quiénes son esas gentes? Aô y ella han recorrido las colinas de los alrededores y las orillas del río. No se les habría escapado un campamento humano. ¿Qué es lo que ha empujado a esos hombres y esa mujer a aventurarse fuera de su territorio en plena estación dura? Su situación parece precaria, casi desesperada. Sin embargo, ¿no han abandonado al herido!

Âki-naâ es curiosa. No tienen nada que temer de esos hombres. Si el viento vuelve a soplar, a menos que encuentren pronto un refugio, no podrán sobrevivir mucho tiempo. ¡Y además tendrían que conseguir rápidamente alimento! Su vida pende de un hilo.

Aô y Âki-naâ pueden ayudarles. Sus reservas de comida son abundantes. Su choza es suficientemente amplia como para albergarlos a todos, por lo menos durante el tiempo que necesite el herido para restablecerse.

—Has hecho bien no mostrándote. Quizá nunca hayan visto hombres primitivos. Es preferible que sea yo la que aparezca primero.

Envuelve cuidadosamente al bebé en varios espesores de pieles antes de esconderlo debajo de su abrigo, sujeto con tiras de cuero contra su pecho.

—Vamos a su encuentro —ordena.

Aô retoma la dirección del río. Âki-naâ sigue sus pasos.

Avanzan rápidamente. En poco tiempo alcanzan el lugar donde los ha visto Aô. Âki-naâ escruta el horizonte. Distingue minúsculos puntos en el largo corredor blanco.

Su avance es lento. Progresan despacio.

Aô y Âki-naâ han atravesado el río helado. Caminan por la orilla opuesta, doblados por la mitad, parcialmente ocultos por el ramaje pelado del sotobosque. Llegan de esta manera a la altura de los tres hombres. Es entonces cuando los reconoce.



Estupefacta, Âki-naâ abre desmesuradamente los ojos. Sacude la cabeza para disipar lo que no puede ser más que una visión. Su corazón late atropelladamente en su pecho. El niño, sensible a la emoción de su madre, se agita enérgicamente en su nido de pieles. Su cabecita envuelta en una especie de gorro surge intermitentemente por el cuello de su madre. Aô observa a la joven con asombro. La interroga con la mirada. Pero ella no lo ve. Entreabre la boca para emitir unos balbuceos incomprensibles.

De pronto, recupera sus facultades. Sin preocuparse por Aô, se abre camino frenéticamente entre los arbustos y se lanza a descubierto hacia el grupito por el río helado. Unos gritos terminan por escapar de su garganta agarrotada. Son nombres.

—¡Atâ-mak! ¡I-taâ! ¡Ma-wâmi! ¡Kâ-maï! ¡Soy yo, Âki-naâ!

Los dos hombres y la mujer se detienen bruscamente. Se vuelven y observan con aire aturdido a la joven surgida de ninguna parte que corre hacia ellos gritando sus nombres.

I-taâ es la primera en reconocerla. Levanta los brazos hacia el cielo y se lanza a su encuentro.

—¡Âki-naâ, es Âki-naâ!

A su vez, los tres hombres se animan, manifestando su estupor ruidosamente. Âki-naâ abraza a su antigua compañera de cautividad.

Después se acerca tímidamente a los tres hombres que la examinan, pasmados. El herido se pone en pie dificultosamente, apoyándose en los brazos de sus dos compañeros.

Su pierna está muy lastimada. La forma extraña revela varias fracturas. Pero una sonrisa ilumina su cara lívida. Sus ojos brillan mientras murmura, incrédulo, el nombre de la joven:

—¡Âki-naâ!

Lo repite varias veces maquinalmente para convencerse de la verdad de esta aparición. Acerca lentamente la mano a su cabeza. Su mirada expresa a la vez la duda y la esperanza.

—¡Âki-naâ!... ¡Âki-naâ!... ¡Eres tú!...

Sus dedos siguen el borde de la cara.

La joven asiente. Sus ojos brillan de orgullo y de alegría.

Desabrocha la parte alta de su pelliza y hunde las manos bajo las pieles para coger al bebé que se agita como un gusano. Sorprendido, el hombre contempla al niño gordo y mofletudo que patalea con energía ante sus ojos.

—¡Tu hijo! —dice sencillamente.

Atâ-mak se apodera del niño sin decir nada. Está vivo.

¿Cómo ha podido su mujer llegar hasta aquí con su bebé? ¿Aún no puede creer que los está viendo allí, ante sí, llenos de salud y de alegría, en medio de un río helado, a muchos días de marcha del territorio de su clan y a muchos más del de los hombres-pájaro! ¿A qué se debe este prodigio?

Sin embargo, es ella. Reconoce su olor. Kâ-maï y Ma-wâmi también la ven.

Âki-naâ saluda a los dos hombres que la contemplan, incrédulos. Están pálidos y más delgados. A pesar de su agotamiento, I-taâ no oculta su alegría.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —pregunta Âki-naâ.

Es Kâ-maï, el de más edad, quién se encarga de contestar. Habla en un tono altanero en el que se manifiesta la contrariedad.

—¡Somos más bien nosotros los que tenemos que preguntártelo! ¡Tu presencia aquí sí que es un gran misterio! ¿No ves a I-taâ? Hemos encontrado el campamento de los hombres-pájaro. No había más que mujeres, niños y viejos. No se han enfrentado a nosotros. I-taâ estaba allí, ¡pero tú no! Te hemos buscado mucho tiempo, más tiempo del razonable, y hemos tardado demasiado en abandonar su territorio.

Echa una mirada sin concesiones al herido.

—Él es el que ha insistido para que siguiéramos la búsqueda. ¡Entonces ocurrió lo que yo temía! Encontraron nuestra pista y nos tendieron una emboscada. Maté a uno y pudimos escapar. Pero Atâ-mak fue herido. Hemos caminado sin descanso con la esperanza de alcanzar nuestro territorio antes de los grandes fríos. Desgraciadamente, Atâ-mak no podía andar. Hemos tenido que llevarlo, lo que nos ha retrasado mucho. Avanzábamos con demasiada lentitud. El invierno se nos ha adelantado. Nos hemos refugiado en una gruta. Pero nos hemos quedado sin comida muy deprisa. Por tanto, a la primera mejoría del tiempo, hemos decidido partir contando con los espíritus para retener al viento y favorecer nuestra búsqueda de caza.

El hombre recupera el aliento. Ha hablado de una tirada, con voz baja y fatigada. Una cólera sorda, difícilmente contenida, se transparenta en sus palabras. De nuevo echa una mirada desaprobadora sobre el herido, señalándole como responsable de la situación.

Âki-naâ contempla las caras abatidas de sus congéneres con mirada conmovida. Se detiene en el rostro grisáceo de Atâ-mak, desfigurado por el sufrimiento. Ma-wâmi la mira sin verla. Incapaz de permanecer más tiempo de pie, se ha derrumbado al lado del herido y se queda postrado. Sólo Kâ-maï parece haber conservado una parte de su vigor.

—Estáis agotados. El viento puede ponerse a soplar de un momento a otro. Nuestro refugio está muy cerca. Nuestras reservas son abundantes, suficientes para alimentarnos a todos por lo menos durante una luna.

—¿Nuestro refugio? ¿Estás hablando del niño y de ti? —se asombra Kâ-maï.

—No estoy sola.

Âki-naâ se dirige hacia los bosquecillos detrás de los cuales se oculta y les observa Aô. Lo llama.

—Ven, Aô. Acércate. Son Atâ-mak, Ma-wâmi, Kâ-maï e I-taâ. Forman parte de mi clan. Atâ-mak es el padre de mi hijo. Está herido. Déjate ver. No tienes nada que temer.

Aô obedece.

Al verle, los tres hombres y la mujer no pueden reprimir un gesto de retroceso. La mujer lanza un grito asustado.

—Es, es... ¡el hombre-oso! —balbucea.

Kâ-maï agarra su chuzo y lo levanta con aire amenazador.

—¡Âki-naâ! ¡Vuelve! —le grita Atâ-mak.

La joven no reacciona inmediatamente, tomada por sorpresa por la reacción hostil de sus congéneres. Ve a Kâ-maï y a Ma-wâmi correr hacia ella gritando y sobrepasarla.

Impasible, Aô los sigue con los ojos, preparado para esquivar las azagayas. No teme enfrentarse a estos dos cazadores extenuados. Turbados por su aplomo, los dos hombres frenan su carrera. Aô los desafía. Lanza rugidos de cólera con ojos furiosos. Después patatea en el sitio golpeando violentamente el suelo con su enorme garrote, salpicando de nieve.

Ma-wâmi y Kâ-maï se detienen, impresionados.

Su ardor guerrero se disipa rápidamente. No tienen ninguna gana de enfrentarse a esta fiera desatada. Consciente del miedo que producen sus maniobras de intimidación, Aô decide aprovechar su ventaja y avanza hacia los dos hombres asustados.

Âki-naâ se recupera. Corre hacia Aô y se coloca delante. Le pone una mano en el hombro con gesto apaciguador. Se da cuenta que está jugando. Lo regaña suavemente. Para enorme sorpresa de los dos hombres, la criatura se tranquiliza inmediatamente.

La joven se dirige a ellos con voz firme:

—Éste es Aô. Es un hombre (hace hincapié en la palabra hombre), un hombre del antiguo pueblo que nos ha precedido en esta parte del mundo. Me ha protegido. Ha cazado para mí y para el niño. Ha matado a los hombres malvados. Sin embargo, él no estaba amenazado. Nada le impedía irse. Hemos caminado juntos porque íbamos en la misma dirección. Está buscando a los suyos. Le he asegurado que los hombres del lago no le serían hostiles.

—¿Seguro que es un hombre? —pregunta I-taâ con voz vacilante.

—¡Pues claro! ¡Seguro! —exclama Âki-naâ exasperada—. Os repito que sin él, yo no estaría aquí. Ahora vais a venir con nosotros. Nuestro campamento está muy cerca. Hay fuego y comida para vosotros. Hablaremos allí.

La alegría de verlos se ha echado a perder por su reacción hostil hacia Aô. Lee en los ojos de I-taô el miedo y la repulsión. Pero se esfuerza en ser indulgente con los suyos. Recuerda su propio terror cuando Aô surgió en la caverna. Sólo circunstancias excepcionales han hecho posible un acercamiento tan improbable. La actitud de los suyos no tiene nada de sorprendente. Necesitan un poco de tiempo.

Sin preocuparse más por ellos, tira del brazo de Aô y se vuelve resueltamente hacia el campamento.

Aô sigue sus pasos. Esos hombres y esa mujer pertenecen al clan de Âki-naâ. No les hará daño. Si sigue vigilante, no tiene nada que temer de ellos. Están cansados. No son hombres-pájaro. Sus ojos no tienen el mismo brillo. Los tres hombres siguen sin reaccionar. Por increíble que parezca, el hombre-oso obedece las órdenes de la joven. Se preguntan con la mirada. Pero ninguno sabe qué decir. Âki-naâ se da la vuelta. Con un gesto impaciente, los invita de nuevo a seguirlos. Atâ-mak está roído por la fiebre. Sus dos compañeros están agotados. Tiene frío. El hambre los atormenta. Se trata de su supervivencia. Resignados, se ponen en marcha hacia la pareja.

Âki-naâ se coloca al lado de Ma-wâmi. A la fuerza, le alivia de una parte de su carga agarrando un lado de las parihuelas. El hombre no protesta.

A pesar de este refuerzo, el grupito progresa lentamente. La joven se da cuenta de los terribles esfuerzos realizados día tras día por estos hombres mal alimentados, forzados a la marcha para intentar adelantarse al invierno, agotándose llevando a un compañero al que se negaban a abandonar. Nadie habla. Cada uno está concentrado en su esfuerzo solitario. Sólo se oyen las respiraciones jadeantes.

Aô marcha delante. Cada vez que toma un poco la delantera, se para y observa la curiosa procesión. La jornada ya está muy adelantada cuando alcanzan el campamento.



Apretándose, todos consiguen hacerse un sitio en el refugio. Aô atiza las llamas. Âki-naâ va a buscar comida a un silo y la distribuye. A pesar de la fatiga, las mandíbulas se ponen en acción.

Sólo Atâ-mak no come. Contempla a su mujer con los ojos enrojecidos y brillantes por la fiebre. Su cuerpo poderoso resiste desde hace más de una luna pero siente que el fin está próximo. Su pierna hinchada tiene el olor de la muerte. No se hace ilusiones. Sufre terriblemente y ha de luchar para salir del torpor en que le sumen el dolor y la fiebre. Aô está sentado frente a él. Sus miradas se cruzan largamente. Atâ-mak es el único que se atreve a mirarle a los ojos. Lo mira sin agresividad. Detrás de su máscara de sufrimiento, Aô cree ver una especie de alegría.

Mucho más tarde, cuando todo el mundo está saciado, Âki-naâ toma la palabra. Todas las miradas convergen hacia ella. Sin confesárselo, cada uno tiene prisa por oír el relato de los acontecimientos vividos por la joven. Con voz tranquila y reposada, cuenta el largo viaje hasta el campamento de los hombres-pájaro, su brutalidad, la muerte de Kî-mi, la vida en el campamento, el hostigamiento y la maldad de las mujeres, la incursión providencial de Aô, su huida, la tormenta en la meseta, el nacimiento anticipado de su hijo, el descubrimiento del refugio bajo las rocas, la irrupción de Aô en la gruta...

Habla de sus emociones, de su terror, de su sorpresa cuando le manifestó su solicitud al compartir la comida con ella. Relata en sus menores detalles su huida precipitada para escapar de los cazadores que habían encontrado su pista.

Se detiene mucho tiempo sobre la asombrosa actitud del hombreoso que ha elegido enfrentarse él solo contra tres aún teniendo la posibilidad de escaparse y abandonarlos a su suerte. Describe las peripecias del terrible combate. Evoca sus esfuerzos en común para comunicarse, la larga marcha por la orilla del río. Cita a Aô con respeto, como se cita el nombre de un hombre de gran valor. Alaba su coraje, su fuerza y su habilidad en la caza.

Pero sus esfuerzos para suscitar un sentimiento favorable hacia él no producen el efecto buscado. Aô observa al cazador de mayor edad, al que los otros llaman Kâ-maï. El hombre parece harto. A cada momento le cuesta más contener su indignación.

Por fin, explota.

Se levanta de un salto, interrumpiendo bruscamente a la mujer:

—Mujer, ¿cómo te atreves a hablar así delante de tu marido moribundo? ¿Crees que su espíritu va a encontrar la paz después de haber contemplado a la criatura que ha tomado posesión de su compañera y de su hijo? ¡Hablas de él como si fuera uno de los valientes cazadores de nuestro pueblo! ¡Abre los ojos, mujer estúpida! ¡Ese monstruo ha robado tu espíritu y el de tu hijo! Con él, has traído la desgracia a nuestro pueblo. ¡Habría que matarlo para arrancarte de sus garras!

Aô ha comprendido el significado de estas palabras. Gruñe con una ferocidad animal, la nariz trémula, enseñando los dientes, como una fiera dispuesta a lanzarse sobre su presa. La inquietud que lee en los ojos del cazador no hace más que aumentar su furor.

Âki-naâ le hace una señal para que se calme. Se indigna contra las duras palabras del viejo cazador.

—Âki-naâ no pertenece al hombre-oso. Han unido sus fuerzas para luchar contra el enemigo común. Han viajado en la misma dirección pero su destino no es el mismo. Kâ-maï no tiene que hablar así.

La cólera que la invade desfigura sus rasgos. Su tono se hace despectivo:

—¡Te crees que puedes tomar la vida de este hombre! ¡Débiles como estáis, no le costaría nada mataros a todos! ¡Me ha tratado mejor de lo que tratan algunos de vosotros a sus propias mujeres y a sus hijas!

Se vuelve hacia Atâ-mak.

—¡Sin él, yo no estaría aquí hoy, y este niño, tu hijo, estaría muerto! ¡Estáis aquí en su casa, resguardados del frío, y coméis la carne de los animales que ha matado él! ¡Cuando os ha visto, porque es él el que ha descubierto vuestras huellas, vuestra situación era desesperada! ¡Le debéis la vida!

Loca de rabia, coge bruscamente a su hijo que se agitaba apaciblemente en una piel mullida, al lado de su padre, al que demostraba un interés muy limitado, y se precipita hacia Aô.

Pasmado, el chico recibe al bebé en los brazos. Aunque sorprendido por la brusquedad de su madre, el niño reconoce inmediatamente a Aô y ríe de

placer.

La asistencia se queda petrificada. Âki-naâ ya está lamentando su gesto, al no haber calculado el alcance inmediato. ¿Acaso no le acaba de dar la razón a las malvadas palabras de Kâ-maï?

Despechada, se acurruca en su rincón y se calla. Reina un pesado silencio. I-taâ y Ma-wâmi permanecen con la cabeza gacha obstinadamente. Estupefacto por la ira de esta hembra, Kâ-maï espera una reacción por parte del herido. ¡Nunca ninguna mujer se ha atrevido a hablarle en ese tono! No está dispuesto a olvidarlo. Pero la hostilidad del monstruo le obliga a contenerse. Su mirada desaprobadora se posa una vez más en Atâ-mak. Ese hombre no debería tolerar que su mujer se dirija de esa forma a uno de los ancianos de su clan. ¿Pero qué se puede esperar de un hombre tan poco razonable, por cuya culpa están ahora en manos de esa criatura bestial?

Se alza de hombros. ¿Para qué tomarla con él? Se encuentra en el umbral del largo viaje. Âki-naâ habrá de dar cuenta de su actitud delante del consejo del clan. Kâ-maï dirá que el hombre-oso no pertenece al pueblo de los humanos. El chamán es un hombre sabio. Confirmará sus palabras porque la presencia de un ser así sólo puede provocar la ira de los espíritus y traer la desgracia a los verdaderos hombres.



Aô tiene plena conciencia de la animosidad que provoca, pero eso no le afecta realmente. Juega a ponerse furioso. El efecto que produce en esos hombres y esa mujer le divierte. Sabe que podría echarlos a todos del refugio. Pero no lo hace. Se conforma con observar con atención la actitud de los unos y de los otros, captando algunas palabras, las suficientes como para entender las dificultades que tiene la mujer para que acepten su alianza con él. Su interés por ella no ha cambiado. Conserva toda su confianza. Es sensible a la lealtad que le demuestra. ¿Qué mujer se atrevería a dirigirse a los cazadores de su clan como hace ella?

El comportamiento del herido le intriga. Curiosamente, es él, el padre del niño, el propio marido de Âki-naâ, el que le demuestra menos hostilidad. La otra mujer permanece con los ojos bajos. Ha descubierto la

desaprobación y el miedo en su mirada huidiza. Se calla. Âki-naâ no se parece a ella. Está favorecida por espíritus más poderosos. Aô ignora las razones de su mutuo encuentro. Sólo sabe que se ha encariñado con esta mujer que se comporta como una loba.



Con un esfuerzo sobrehumano, Atâ-mak intenta levantarse. Su rostro está marcado por el sufrimiento. Gime sordamente cuando apoya la pierna herida en el suelo. Âki-naâ se levanta rápidamente para ayudarle. Acepta de buen grado. Una vaga sonrisa se dibuja en sus rasgos crispados. Sus ojos tienen una expresión lejana, como los de aquellos que ya contemplan el mundo de los espíritus. Apoyado en la pared rocosa, le cuesta recuperar el resuello. Su mirada se posa sobre Aô y el niño que sostiene en brazos. Aô no lee ni odio ni miedo en el rostro descarnado.

Dirigiéndose especialmente a su mujer, empieza a contar con voz cansada cómo han llegado hasta aquí.

Repite en parte lo que ha dicho Kâ-maï, aportando algunas precisiones.

—Salimos algunos días después del ataque de los hombres-pájaro. Seguimos su pista hacia el sol naciente. No encontramos su campamento y pasamos el invierno en una gran caverna excavada en los acantilados que bordean el río cerca de su territorio. Llegada la primavera,, cazamos y acumulamos algunas reservas por si el retorno se hacía difícil. Recorrimos las colinas y numerosos valles antes de encontrar su campamento. Los cazadores estaban ausentes. I-taâ nos ha contado la muerte de Kî-mi, la llegada del hombre-oso y tu huida. No nos demoramos porque los cazadores podían volver de un momento a otro. Te hemos buscado mucho tiempo. Kâ-maï quería marcharse y tenía razón. Pero yo todavía esperaba encontrarte. Nos retrasamos demasiado. Por mi culpa, los hombres-pájaro nos sorprendieron. No eran más que tres, pero su ferocidad y sus armas los hacían temibles. Uno de ellos utilizaba un pesado garrote de hueso en el que había tallado puntas afiladas. Me rompió la pierna con un golpe de ese instrumento terrible. Kâ-maï mató al que luchaba con él con su chuzo. La muerte de su semejante los volvió más prudentes. Se retiraron llevándose el

cuerpo. Kâ-maï y Ma-wâmi se relevaron para llevarme. Los hombres-pájaro renunciaron tal vez a perseguirnos porque la llegada de la estación dura era inminente. Hacía cada vez más frío. No avanzábamos muy deprisa por mi culpa. El invierno nos ganó por la mano. Nos detuvimos en una pequeña gruta pero las reservas de comida que habíamos recuperado al pasar se agotaron rápidamente. En cuanto se calmó el viento, reemprendimos el camino. Si el hombre-oso no hubiera descubierto nuestras huellas, estaríamos condenados. El territorio del clan está lejos todavía. Hambrientos y agotados como estábamos, no habríamos resistido mucho tiempo cuando volviera el viento.

Atâ-mak se calla, sin aliento. El largo discurso lo ha dejado agotado.

Âki-naâ ha ido a coger a su pequeño y vuelve a colocarse a su lado. El cazador acaricia la cabeza del bebé.

Âki-naâ le examina la pierna. Toda la carne está violácea. Las heridas profundas no han cicatrizado y supuran. Desprenden un olor fétido. Atâ-mak está condenado. Sufre atrozmente y espera la muerte como un favor.

Sus miradas se cruzan. Âki-naâ lee en sus ojos resignación, pero también cariño y gratitud.

Retoma la palabra.

—Atâ-mak va a morir. Pero su espíritu está en paz.

Al decirlo, su mirada se detiene un momento en Kâ-maï.

—Mi mujer y mi hijo están vivos. ¡Y ha sido gracias a este hombre!

Señala con la mano temblorosa hacia Aô. Su voz se hace más firme para marcar la importancia de sus palabras.

—¡Quién es y de donde viene importa poco! Este hombre ha alimentado a mi mujer y a mi hijo. Ha protegido sus vidas. Cualquiera que le ataque ofenderá a mi espíritu.

Se dirige de forma especial al joven cazador silencioso.

—Le repetiréis mis palabras a Napa-mali para que este hombre sea acogido entre los nuestros como se merece.

El cazador se deja deslizar por la pared. Ya no dirá nada más. Sin embargo, su agonía todavía será larga. La fiebre le hace delirar. Faltan todavía muchos días para que la muerte venga a poner fin a sus sufrimientos.



El cuerpo es enterrado debajo de un montículo de piedras. Colocan comida a su lado para que su alma pueda alimentarse en el curso del largo viaje que ha de llevarla hasta las montañas donde moran los espíritus de su clan. Âki-naâ ha invocado al espíritu del lobo y le ha suplicado que guíe a su marido hacia el territorio de sus antepasados. Le ha puesto en la mano el magnífico cuchillo que le regaló I-taâ. Espera que esta arma soberbia apaciguará al muerto y le permitirá demostrar su valor y cazar al lado de los ancestros en el lugar donde viven los espíritus. Aunque se había preparado para este acontecimiento, la desaparición de Atâ-mak la entristece profundamente. Era un hombre bueno cuyo temperamento reflexivo apreciaba. Sabe que no se quedará mucho tiempo sola con su hijo. La presencia de un hijo aumenta el valor de una mujer. No le van a faltar pretendientes. Pero no se alegra ante esta perspectiva. No desea ningún otro hombre. Su corazón está oprimido cuando evoca los sufrimientos que ha padecido el cazador para buscarla. ¡Al menos ha muerto en paz después de haber visto a su mujer y conocido al hijo del que ignoraba la existencia!

Ha leído la gratitud en su cara, no sólo hacia ella sino también hacia Aô. Atâ-mak era un hombre inteligente. Respetaba a Âki-naâ y le había otorgado su confianza. Ha comprendido cuanto le debía al hombre-oso. Antes de morir le ha rendido homenaje. Âki-naâ honrará su memoria. Su hijo conocerá a su padre a través de las palabras de su madre. Hasta que los espíritus le indiquen su propio nombre, llevará el de su padre.

Los días son largos. Aô aprovecha cualquier período de calma para escapar de la promiscuidad y la pesada atmósfera que reina en el refugio. Cada vez que el tiempo lo permite, sale a cazar. No solicita nunca la ayuda de los dos hombres hacia los que demuestra una total indiferencia. Pero no baja la guardia. Ninguno de sus gestos se le escapa.

Después de la muerte de Atâ-mak, Kâ-maï ha intentado imponer su autoridad. No parece querer tener en cuenta las palabras del moribundo en cuanto a Aô. Varias veces ha manifestado su desaprobación hacia Âki-naâ. Sigue afirmando que una criatura como Aô, cuyo aspecto recuerda a la vez al hombre y al animal, no puede mezclarse con los verdaderos hombres.

Está convencido que su presencia atraerá la desgracia al seno de todo el clan y que la culpa se le echará a él, Kâ-maï, si consiente en dejarlo ir con ellos. Repite que sin él Âki-naâ habría estado allí cuando llegaran. Habrían podido huir rápidamente, evitando el fatal encuentro con los cazadores de ese clan belicoso que le ha costado la vida a Atâ-mak.

Âki-naâ contesta que su hijo habría nacido antes de que llegaran ellos y que nadie podría haber impedido que lo mataran.

Pero él se niega a darle la razón. Dice que Aô se irá cuando lleguen los días buenos. ¡Que se vaya a buscar a los suyos! Âki-naâ se aflige ante la obstinación del viejo cazador. Sin embargo, no olvida que, a pesar de las quejas que tenía contra él, se ha negado a abandonar a Atâ-mak aun cuando esta obstinación ponía en peligro su propia vida y la de sus otros dos compañeros. Conserva la esperanza. Lo cree sincero. Ya terminará por cambiar de opinión. Pero está inquieta. La actitud del anciano le augura un retorno difícil. Temía las reticencias de algunos de los suyos. Sin embargo no había previsto una reacción de repulsa tan fuerte.

Mientras tanto, se da cuenta del malestar de Aô. A pesar de las recriminaciones de Kâ-maï, no vacila en acompañarlo en sus cacerías, dejando su bebé a I-taâ. Aô no oculta su alegría cuando la ve correr tras él. Les gusta cazar juntos como lo han hecho a lo largo del verano. En esos momentos, Âki-naâ siente menos pena por la muerte de Atâ-mak. También se da cuenta que le costará aceptar su condición en el seno del clan. Ha probado la ebriedad de la caza, el placer de descubrir y de hollar libremente los espacios infinitos que forman el mundo. Ahora sabe que las mujeres pueden actuar como los hombres sin provocar la ira de los espíritus.

9

Se alargan los días. El hielo se funde en la superficie. Sin embargo el invierno aún no se ha terminado. Los hombres saben con cuanto brío puede pasar al ataque antes de rendirse a los asaltos del sol primaveral.

Las relaciones siguen tensas. Kâ-maï continúa demostrando su enfado criticando severamente a Âki-naâ cuando sale con Aô, a veces durante días enteros. Después de haber intentado en vano varias veces hablar a favor de su compañero, Âki-naâ ha optado por callarse para no envenenar la situación. Pero sigue sorda a las órdenes del viejo cazador.

Dice simplemente:

—Âki-naâ se va a cazar con Aô.

Esa simple frase basta para provocar la furia del viejo cazador que refunfuña:

—Âki-naâ sabe que no debe matar animales. Kâ-maï y Ma-wâmi están aquí para traer la caza. Âki-naâ tiene que ocuparse de su hijo.

Pero la joven se hace la sorda.

Esta mañana, el hombre está especialmente irritado. A pesar de la benignidad del tiempo, hace ya dos días que Ma-wâmi y él vuelven de cazar sin nada. Una vez más, Âki-naâ se prepara para partir con Aô. Hoy ha decidido llevarse a su bebé.

Kâ-maï siente como lo invade una oleada de rabia. ¡Esa hembra tiene un descaro inaudito! Ha llegado el momento de ponerla en su sitio para siempre.

Aô ha salido. Espera a la joven fuera. Kâ-maï aprovecha para dar rienda suelta a su ira. Se yergue ante la joven rugiendo:

—¡Cuando dejarás de ofender a los espíritus, hembra!

Âki-naâ se levanta. Siente que el hombre está fuera de sí. Deposita prudentemente al niño en su cama.

—¡Te obligaré a obedecer! —gruñe el hombre.

Su antebrazo golpea con violencia la sien de la joven. Âki-naâ se desploma dejando escapar un grito de dolor. Kâ-maï se agacha y levanta el brazo para pegarla por segunda vez. No ha oído volver a Aô que se ha deslizado tras él. Siente su presencia en el momento en que una tenaza se cierra sobre su muñeca.

A pesar de su edad, Kâ-maï ha conservado la fuerza de su juventud. Pocos hombres pueden presumir de haber aguantado un enfrentamiento con él. Consigue darse la vuelta e intenta desequilibrar a su adversario empujándolo con fuerza con el hombro. Pero Aô no se mueve, como atornillado al suelo, insensible a los ataques bruscos y violentos que le asesta su adversario. El hombre tiene la impresión de chocar contra un árbol. El otro brazo del chico le aprieta el cuello. El aire ya no le llega a los pulmones. Se retuerce y manotea frenéticamente para desasirse del abrazo mortal. El miedo se apodera de él. Sus músculos se aflojan.

Ma-wâmi e I-taâ contemplan la escena, llenos de espanto. Âki-naâ recobra el sentido. Se da cuenta de lo que pasa.

Grita:

—¡Aô, no! ¡Déjalo! ¡No lo mates!

Pero él permanece sordo a sus gritos. Todavía aturdida por el golpe que ha recibido, le cuesta ponerse en pie. Ma-wâmi reacciona al fin, espoleado por los gritos de la joven. Se lanza sobre Aô con el que choca con todo su peso. El chico apenas se inmuta por este furioso asalto. Ma-wâmi sabe que la vida del viejo cazador está en juego. Agarra el brazo de su adversario e intenta aflojar la presa sobre el cuello del desgraciado Kâ-maï cuyo rostro carmesí y los ojos desorbitados anuncian ya la inminencia de la muerte.

Ma-wâmi se da cuenta que no conseguirá nada de esta manera. El hombre primitivo es demasiado fuerte. Oye gritar a I-taâ tras él. Se ha apoderado de un chuzo. Ma-wâmi le arranca el arma de las manos. Durante un corto instante, Aô le da la espalda en parte. Podría golpearlo pero no lo

hace. Le repugna matar a Aô. Todavía espera evitarlo. Con tono amenazante, le ordena:

—¡Suéltalo!

Aô nota la resolución en la voz del joven cazador. Se ha dado la vuelta con presteza para darle la cara. Protegido por el cuerpo inerte del viejo cazador, aparta la punta del chuzo con la mano libre.

Ma-wâmi gira a su alrededor, con el arma enhiesta, resignado a pasar a la acción porque la vida de Kâ-maï ya no pende más que de un hilo. Pero Aô pivota al mismo tiempo que él, utilizando el cuerpo del cazador como un escudo.

Mientras tanto, Âki-naâ se ha puesto de pie. Se abalanza entre los dos hombres. Consigue atraer la mirada de Aô. Se aferra a su muñeca y le suplica que lo suelte.

Aô separa bruscamente los brazos. Kâ-maï se desploma.

I-taâ y Ma-wâmi se precipitan sobre él. El hombre no está muerto. Un ligero estertor escapa de su boca entreabierta. El aire penetra difícilmente en su garganta maltrecha. Lo arrastran hacia el fondo del refugio.

Prudente, Ma-wâmi reúne sus armas para tenerlas a su alcance. Se instala un pesado silencio. No se oye más que la respiración silbante de Kâ-maï.

Al cazador le cuesta un buen rato volver al mundo de los vivos.

Âki-naâ está de pie en medio del refugio. Mira a Aô con aire consternado. Está resentida con Kâ-maï pero también con él. ¿Por qué no obedeció cuando ella le gritó?

El rostro de Aô no muestra ninguna emoción aparente. En cuclillas en el otro extremo de la choza, vigila tranquilamente al trío enemigo.

Kâ-maï abre los ojos. Le arde la garganta. Toma conciencia de que acaba de escapar por poco a la muerte.

Todos los ojos están puestos en él.

Con voz ronca, interrumpiéndose a menudo para aspirar aire, sin una mirada para Âki-naâ, se dirige a Ma-wâmi y a I-taâ:

—La estación dura está tocando a su fin. Esta mujer ya no tiene un lugar entre nosotros. Pertenece al espíritu de esa criatura que ha intentado tomar

la vida de Kâ-maï. Si se presentan en el territorio de nuestro clan, serán expulsados.

Âki-naâ está aterrada. Sus invocaciones silenciosas para solicitar la intervención de los espíritus de los antepasados no han sido escuchadas. El hombre que acaba de escapar por poco a la muerte no ha pronunciado las palabras de paz que tanto esperaba. Ha decretado el terrible destierro. Pero poco a poco, el abatimiento deja lugar a la cólera. ¿Cómo se atreve el cazador a hablar en nombre de todos?

No tiene ningún derecho sobre Âki-naâ. Y sin embargo, ¡se ha permitido golpearla! No le obedecerá. Se presentará delante de los suyos y defenderá su causa. Se prepara para hablar cuando se eleva la voz de Ma-wâmi.

Las miradas sorprendidas de los otros convergen en él. Es la primera vez que el joven toma la palabra delante de todo el grupo. Hasta ahora, siempre ha parecido estar de parte del mayor. Al menos, ¡nunca ha expresado ningún parecer distinto del suyo!

Está emocionado pero se esfuerza en hablar con voz firme.

Se dirige especialmente al viejo cazador.

—Ma-wâmi no está de acuerdo con las palabras de Kâ-maï. El hombre-oso ha construido el refugio que nos ha abrigado del frío.

Hemos comido la carne de los animales que ha cazado. Kâ-maï no tendría que haber pegado a Âki-naâ.

Se vuelve hacia Aô:

—Ma-wâmi le da las gracias a Aô por su generosidad. Lamenta lo que ha pasado.

Añade como conclusión, dirigiéndose de nuevo a Kâ-maï:

—Ma-wâmi no tiene prisa por irse. El momento no ha llegado todavía.

Âki-naâ le dirige una mirada llena de agradecimiento.

Está convencida de que los antepasados han hablado por la boca del joven. A fin de cuentas, sus invocaciones no han sido en vano. Han llegado a sus oídos. Observa a Kâ-maï de reojo.

La intervención de su compañero lo ha tomado totalmente desprevenido. Farfulla de indignación.

I-taâ tampoco ha apreciado el discurso de Ma-wâmi, como lo demuestran sus miradas irritadas.

Âki-naâ se apresura a tomar la palabra para no dejarle a Kâ-maï tiempo para recuperarse.

—Âki-naâ tiene prisa por volver con los suyos. En cuanto vuelvan los cisnes, Aô y ella se pondrán en marcha.

Sin esperar respuesta, toma a su bebé en brazos y hace señal a Aô para que la siga al exterior.



El hombre y la mujer caminan el uno al lado del otro. Cada uno revive a su modo los últimos acontecimientos. Âki-naâ se agita como si quisiera hablar, pero es finalmente Aô el que rompe el silencio:

—Aô ha oído las palabras del viejo cazador. Ese hombre es su enemigo pero tiene razón. Aô no irá hasta el lago donde viven los de tu clan. El cazador ha hablado como hablarán los demás. Aô no es bienvenido.

Se interrumpe unos instantes para buscar las palabras: —Los hombres primitivos no están allí. Aô no tiene nada que hacer allí. Al favorecer el encuentro con los tuyos, los espíritus le han querido recordar su misión. Aô sabe ahora que no es posible ninguna alianza con los hombres nuevos.

—¡Ni hablar! —exclama Âki-naâ exasperada—. ¡Los espíritus sólo querían permitir que un cazador conociese a su hijo y se separase de los vivos con el alma en paz! Kâ-maï sólo habla en nombre propio y no tiene ningún poder para decidir nada. ¡No es más que un viejo cazador cerrado de mollera! Los otros miembros de mi clan son acogedores y pacíficos. Hay muy pocos que se comporten con una mujer como lo ha hecho conmigo. Normalmente, las mujeres son escuchadas. ¡Es verdad que no tienen que matar animales! Pero todos comprenderán porqué Âki-naâ ha tenido que hacerlo para preservar su vida y la de su hijo. ¡Serán agradecidos con Aô! Podrá vivir entre los míos hasta que él mismo decida irse. Y cada vez que vuelva, siempre será bienvenido. ¡Nadie escuchará los sermones de Kâ-maï! ¡Ese viejo cuentista no ha hecho más que predecir catástrofes que nunca se producen! ¡Sin embargo, no había previsto la llegada de los hombrespájaro!

¿No has escuchado las sabias palabras de Ma-wâmi? ¡Tus oídos sólo comprenden lo que quieren comprender! ¡Escúchame! Nada ha cambiado. Âki-naâ tiene plena confianza en Wagal-talik, su padre, el que conduce las cacerías, y en Napa-mali, el chamán. Su influencia es la que predomina en las decisiones que comprometen el porvenir del clan. Es a Napa-mali a quién le hablan los espíritus. Él solo es capaz de interpretar los signos y comprender su voluntad.

Se interrumpe para observar el efecto de sus palabras en su interlocutor. Aô guarda silencio. La joven se lo toma como un estímulo.

—Napa-mali ha vivido más tiempo que ningún hombre. Su memoria recuerda acontecimientos muy antiguos que los demás no han conocido.

Antaño, los nuestros vivían con clanes emparentados, muy lejos de aquí, en el extremo opuesto al lugar donde nace el viento frío. Un día, la comida empezó a faltar. Los míos vagaron a través de inmensos territorios antes de llegar al lago, en cuyas orillas decidieron instalarse. En el curso del largo vagabundeo que duró una gran parte de la vida de un ser humano, se encontraron con unos hombres extraños que hablaban con las manos. Los nuestros estaban hambrientos. Se morían de hambre. Esos hombres compartieron su comida con ellos y les permitieron refugiarse en su campamento. Âki-naâ piensa que quizás esos hombres se parecían a Aô. Napa-mali lo dirá. También dirá donde estaba situado su territorio.

Aô gruñe para manifestar su interés.

Animada, ella sigue con su esfuerzo para convencerle.

—Te lo repito. No tienes que tener en cuenta la actitud hostil de Kâ-maï. Creo que ha comprendido la lección. Ahora ya conoce tu fuerza. Ha sentido el soplo de la muerte en su nuca. Ya no se atreverá a levantarme la mano...

Marca una corta pausa antes de añadir.

—...¡si estás ahí!

Aô se estremece. El argumento ha dado en el blanco.

Se detiene y la contempla largo rato con aire indeciso. Por fin se decide a hablar.

—¡Aô no ha dicho que se quiera separar de la mujer y del niño!

Âki-naâ se calla, desconcertada por esta observación. Ha notado un vago reproche en su voz. Se da cuenta que sólo ha considerado la cuestión

desde su punto de vista. Nunca ha considerado la posibilidad de no volver con los suyos.

Sin embargo, Aô tiene razón. Nada la obliga a permanecer con ellos.

Cualquiera que sea su decisión, ahora sabe que hay una alternativa y que él, Aô, ha contemplado esa posibilidad, ¡que incluso espera quizás, que sea así!

Sabe por él que los hombres primitivos viven casi todo el tiempo en pequeñas comunidades de dos o tres parejas. ¿Quiere que Âki-naâ se convierta en su mujer?

Recuerda que pensaba que sólo sentía indiferencia hacia ella. ¿Puede ser que haya malinterpretado su actitud? ¿Significa lo que dice que ha considerado la posibilidad de que se convierta realmente en su compañera y no sea solamente una aliada circunstancial? ¿Ha medido el alcance de sus palabras?

La joven reflexiona. No sabe qué decir.

Trata de proyectarse hacia el porvenir. No duda de la mutua afección que existe entre Aô y el pequeño Atâ-mak.

¡Cuántas veces, al despertarse, ha buscado a su hijo a tientas en la oscuridad y se lo ha encontrado acurrucado junto a Aô dormido! El bebé nunca deja de manifestar su alegría cada vez que vuelve aquel al que considera su padre sin lugar a dudas.

Sus propios sentimientos son más confusos. La promiscuidad y su estrecha colaboración en el cumplimiento de las tareas cotidianas han creado una situación de dependencia mutua y de intimidad que no le permiten demasiada objetividad. Se siente en seguridad con él. Le ha tomado gusto a esta existencia precaria pero intensa. Gracias a su relación con Aô, goza de una libertad que no ha conocido nunca, alejada de las prohibiciones y las reglas apremiantes que rigen la vida de los hombres y las mujeres de su clan. Aprecia esa especie de ascendiente que ejerce sobre él, su complicidad, la indulgencia que se demuestran el uno al otro, la alegría que sienten al encontrarse. ¿Pero podría vivir de ese modo sin la perspectiva de encontrarse con los suyos un día, no volver a ver los rostros que nunca han dejado de aparecérselo, con la certidumbre de no volver a ver ni el lago ni las montañas que llegan al cielo? ¿No corre el riesgo de

atraer sobre ellos la cólera de los espíritus? ¿Puede una mujer del clan unirse a un hombre primitivo? Cuando muera, ¿qué le pasará a su alma, lejos del territorio de los suyos?

Turbada, no encuentra una respuesta satisfactoria. Sólo hay algo que sabe con certeza: no quiere que Aô se vaya. Tiene que ir con ellos.

Tiene fe en la sabiduría de Napa-mali. El anciano sabrá iluminar sus pensamientos. Hoy echa de menos la despreocupación de los días pasados deambulando sin fin a lo largo del río, los momentos apacibles que han compartido los tres, lejos de las obligaciones de la vida comunitaria y de los malos presagios.

Le gustaría no pensar en las dificultades que la aguardan.

Intenta agarrarse a la confianza que tiene en el chamán. Cualesquiera que sean las reticencias de los otros, nadie se atreverá a discutir su decisión puesto que habla en nombre de los espíritus. Sin embargo, le cuesta desprenderse de la angustia que le agarrota el estómago. Ya no sabe qué añadir para convencerle que se quede con ellos.

Con tono cansado, dice simplemente:

—Âki-naâ tiene que volver con los suyos. Pero Atâ-mak y ella necesitan a Aô. No tiene que abandonarlos ahora. Aô no tiene nada que temer. No se arrepentirá de haber venido.

Aô se toma el tiempo de pensar.

Al cabo de un largo rato, dice:

—Aô se encontrará con el chamán.

Âki-naâ siente un inmenso alivio.

No dicen nada más y toman el camino del refugio.

A su vuelta, los dos hombres y la mujer todavía están allí. Por la noche, nadie habla. Sólo se oye el parloteo del bebé. La atmósfera está tensa en extremo. Âki-naâ suspira. El tiempo se hará todavía muy largo hasta la partida.



Kâ-maï se ha restablecido rápidamente. Se comporta como si Âki-naâ y Aô no existieran. I-taâ se ha refugiado en el mutismo. Su aversión por Aô

es manifiesta. Se halla bajo la influencia del miedo y sigue negándole obstinadamente el estatus humano. Las miradas de pánico que le dirige en cuanto se levanta o se acerca a uno de ellos, expresan sus sentimientos sin ambigüedades. Ve en él la encarnación del mal, una criatura concebida y animada por los malos espíritus. Desde los acontecimientos que estuvieron a punto de costarle al vida a Kâ-maï, está convencida que Aô tiene el propósito de matar a sus dos compañeros y tomar posesión de ella como lo ha hecho con su antigua compañera de infortunio.

Por mucho que Âki-naâ se empeñe en explicarle que Aô no les desea ningún mal y que lo único que ha hecho es salir en su defensa, se niega a escucharla, llegando hasta taparse de forma ostensible las orejas con las manos cada vez que empieza a hablar. Exasperada por su testarudez, Âki-naâ no deja pasar una sola ocasión de regañarla o manifestarle su impaciencia, insensible a su angustia.

Pero el comportamiento de I-taâ aumenta su aprensión ante la vuelta con los suyos. ¿Cómo esperar un testimonio coherente y objetivo por su parte? ¡No hay duda que hará eco al resentimiento y al odio del viejo cazador!

Por suerte, queda Ma-wâmi. Desde su valerosa intervención, Âki-naâ tiene muchas esperanzas puestas en él. Âki-naâ está convencida que Kâ-maï no ha digerido la afrenta que le ha infligido su joven compañero. Sin embargo no parece guardarle rencor. Sin duda no esperaba la desaprobación de este cazador reservado, normalmente poco propenso a oponerse a las decisiones de sus mayores. Mortificado al principio, ha comprendido rápidamente que se arriesgaba a perder definitivamente su apoyo si le demostraba su resentimiento. Ha preferido tragarse su indignación. Desde ese asunto, no le da tregua, ocupándose con paciencia de demostrarle la necesidad de sustraerse al poder de esa criatura que ya se ha posesionado de Âki-naâ, so pena de tener que asumir la responsabilidad de las desgracias que no van a dejar de caer sobre el clan entero.

Âki-naâ teme que esas presiones acaben por alterar su objetividad y se pase al bando de Kâ-maï. Como todos los cazadores, es respetuoso con sus mayores. El hombre también es el padre de la que había tomado por mujer y cuya muerte le ha apenado mucho. ¿Conseguirá liberarse del ascendiente

que ejerce sobre él para atreverse a dar un testimonio imparcial de los hechos, esta vez delante del consejo del clan?

Se da cuenta que no reacciona cuando ella interviene a veces para contradecir las palabras malintencionadas e injustas de Kâ-maï. En cuanto al viejo cazador, aparentemente seguro de lo que afirma, la ignora totalmente.

Sin embargo, Âki-naâ conserva la esperanza. Aunque no le dirige la palabra en presencia de Kâ-maï, Ma-wâmi tampoco intenta evitarla. Aunque se mantenga tan distante de Aô como I-taâ y Kâ-maï, Âki-naâ no ve animosidad en su mirada cuando sus ojos se posan sobre Aô. Incluso le parece adivinar interés. Ha notado que el joven intentaba mantener cierta complicidad con ella, aprovechando todas las ocasiones para manifestarle su simpatía mediante tímidas sonrisas o algunas palabras intercambiadas furtivamente sin que los demás lo supieran, como si quisiera hacerle comprender que no se unía a sus dos compañeros para condenarla. Se convence que sigue desaprobando la conducta de Kâ-maï y que lamenta la situación.

Âki-naâ no le reprocha que haya socorrido al viejo cazador y amenazado a Aô. Al contrario, piensa que se ha comportado bien. Habría podido matar a Aô. No lo ha hecho. Ha actuado con sangre fría. Su intervención sin duda ha contribuido a evitar lo irreparable.

La joven siempre ha sentido cariño por este chico alto, más bien tímido. A pesar de su delgadez y su aspecto juvenil, es un cazador avezado, apreciado por su velocidad y su resistencia. Âki-naâ no olvida las pruebas que ha sufrido con la esperanza de encontrar a su compañera y arrancársela a los hombres-pájaro. Sabe que se ha sentido muy afectado por su muerte. Compadece su aflicción. Tampoco olvida su amistad con Atâ-mak.

Pero el optimismo de Âki-naâ es fluctuante. A pesar de esas pocas señales de ánimo, el porvenir le parece muy incierto. Se teme días difíciles. La proximidad del retorno ya no la alegra tanto como antes. A veces le parece que Aô tiene razón, que sería preferible separarse antes de su llegada al territorio del clan. Pero todo su ser se rebela ante esta idea. Renunciar ahora sólo confirmaría las malvadas palabras de Kâ-maï. ¡Equivale a condenar su relación con Aô, a reconocer que es culpable de algo!

¡No! ¡Sea cual sea el desenlace, tiene que afrontar el veredicto del clan! Prefiere exponerse a la desaprobación y el destierro antes que faltar a la lealtad hacia su compañero. Nunca consentirá en prestar el menor crédito a las elucubraciones de Kâ-maï. Aô es un hombre verdadero. Actuará de forma que sus cualidades sean reconocidas. ¡Se negará a cualquier compromiso! No tiene porqué sentir vergüenza. ¡Estaba dispuesta a perder la vida para darle a su hijo una oportunidad de sobrevivir, por ínfima que fuera! Una ola de agradecimiento la invade. Esa oportunidad, ¡era él!

Âki-naâ se siente a veces más próxima de Aô que de sus congéneres, a los que en sus momentos de abatimiento llega a atribuirles el mismo carácter suspicaz e intolerante de I-taâ y Kâ-maï, el sometimiento a los prejuicios y las creencias que les impiden hacer gala de objetividad.

Aô no siente las mismas inquietudes que su compañera. Desde que Âki-naâ lo ha convencido para que la acompañe hasta el territorio de los suyos, ha retomado su lugar en el refugio como si no hubiera pasado nada. Sigue espionando los comportamientos de unos y de otros, esforzándose por adivinar lo que dicen a partir de las palabras que le ha enseñado la joven, ayudándose de sus gestos para interpretar el sentido de las que no conoce. A lo largo de los días va enriqueciendo su vocabulario, hasta tal punto que ahora es capaz de comprender lo esencial de lo que oye, mientras que los otros creen que sólo capta algunos fragmentos.

La primavera ha terminado por imponerse. Los sauces germinan. La nieve abandona la tundra para dejar su lugar a las ciénagas y las vastas extensiones grisáceas, cubiertas de liquen. La joven se anima un poco mirando pasar los primeros rebaños pequeños de animales enflaquecidos que se precipitan mugiendo a través de los vados ya libres de hielo, ávidos por arrancar los primeros brotes tiernos en la estepa.

La partida se programa para el día siguiente. Según Kâ-maï todavía tendrán que andar hasta que la luna se vuelva redonda antes de alcanzar el territorio del clan.

Los preparativos no son largos. Las cargas se reparten entre los miembros del grupo. Cada uno lleva sus propias armas y sus herramientas. Ma-wâmi y Kâ-maï tienen prisa por irse. Examinan los alrededores como si

temieran la llegada de los hombres-pájaro. Están convencidos que no han renunciado a atacarles.

OceanofPDF.com

10

Han pasado tantos días como los dedos de las dos manos desde que llegaron al lugar donde el afluente que seguían se vierte en el río grande. Después de aprovechar un lugar donde la corriente era más débil para atravesarlo nadando, han emprendido camino siguiendo la imponente corriente en dirección al norte. Las laderas abruptas de las montañas se acercan cada vez más entre sí. Aô está fascinado por esas vertiginosas paredes cuyas partes más elevadas se confunden con las nubes. El río se ha ensanchado considerablemente después de haber recogido las aguas de los torrentes crecidos por el deshielo de la parte inferior de los glaciares que cubren las cimas de las montañas.

La víspera había luna llena. Los viajeros han abandonado las orillas del río y han llegado a los confines del territorio de caza del clan.



Aô camina lentamente en la retaguardia del grupo. Para alcanzarle, Âkinaâ deja que la distancien los otros tres que avanzan con paso vivo, animados por la perspectiva de la llegada inminente. Le dirige una sonrisa crispada. Le tiembla la voz. Está emocionada.

—Aô, esta noche acamparemos a la vista del lago. Mañana voy a encontrarme con los míos. No sé qué va a ocurrir.

Su voz se hace más firme.

—Pero tienes que tener confianza en mí. Ninguno de ellos ha visto nunca a un hombre como tú. La mayoría ignoran su misma existencia. Se

quedarán impresionados. Las palabras de Kâ-maï tal vez hallen un eco favorable en algunos. Conoce las que son capaces de dar vida al temor en el corazón de los míos. Bajo la influencia del miedo, tal vez te demuestren signos de hostilidad. Pero ninguno intentará tomar tu vida. Tienes que confiar en mí. Temen la ira de los espíritus pero son hombres pacíficos. Sé indulgente con ellos. Guarda la calma. Es la mejor manera de responder a las acusaciones de Kâ-maï. Hay que darles un poco de tiempo. Cualquiera que sea su primera reacción, escucharán la palabra del chamán. Todos le respetan y ninguno duda que habla en nombre de los espíritus.

Aô pone la mano en la cabeza de la joven, gesto familiar al que recurre cuando quiere tranquilizar a su amiga.

—Aô no hará nada contra los de tu clan. Si no aceptan su presencia, se irá.

No está inquieto. Permanecerá vigilante. No tiene nada que perder. Nunca tendrá una oportunidad mejor para acercarse a un clan de hombres semejantes a los que han diezmado a su pueblo, para compartir su existencia cotidiana y comprender cómo han obtenido el favor de espíritus poderosos en perjuicio de los hombres primitivos.

Mira hacia delante. Los otros están subiendo por un pequeño repecho tras el cual el sol está a punto de desaparecer. Sin duda hoy no van a ir más allá.

Âki-naâ se relaja un poco, tranquilizada por la calma y la seguridad que desprende su compañero.

Vuelven a ponerse en marcha en silencio. Casi es de noche cuando llegan a lo alto del cerrillo. Arde un fuego gigantesco. Kâ-maï ya no teme desvelar su presencia. Ya están en el territorio del clan.



Aô se despierta el primero. El sol se está levantando. Una ligera neblina flota encima del suelo. Hace frío. Se levanta de un salto. Su mirada aguda abraza la inmensa hondonada, limitada al oeste por las laderas escarpadas de las montañas donde la rocalla se disputa el sitio con las corrientes de hielo que bajan hasta las orillas del lago.

Observa con respeto la amplia extensión azul que brilla bajo los rayos del amanecer. Nunca ha visto tanta agua. La impresión de inmensidad la acentúa la niebla que lo envuelve y no permite delimitar con precisión las orillas.

El hombre siente un soplo cálido en la nuca. Âki-naâ se ha levantado sin ruido para reunirse con él. Se le acerca tiritando en el frescor del alba. Se quedan largo rato inmóviles y silenciosos.

Un gruñido los saca de su contemplación.

Kâ-maï se ha despertado. Sopla sobre las brasas para reanimar el fuego y sacude después sin miramientos a Ma-wâmi e I-taâ. El encanto se ha roto.

Âki-naâ y Aô van a sentarse al lado del fuego. Ma-wâmi despeja una piedra plana de debajo de las brasas y echa encima los restos de una oca que han matado la víspera. Impaciente, Kâ-maï se sirve el primero. Toma una porción con el cuchillo. Los demás hacen lo mismo. Sólo Âki-naâ desprecia la carne medio cocida del animal. No tiene hambre. Su estómago está encogido de angustia. Kâ-maï e I-taâ comen rápidamente. Le meten prisa a Ma-wâmi para que también lo haga. Éste refunfuña.

—¿Para qué tanta prisa? ¡Antes de media jornada habremos llegado al campamento! ¡Dejadme comer tranquilo!

—¡Quédate aquí si quieres! I-taâ y yo nos vamos —responde secamente el viejo cazador fulminándole con la mirada.

Ma-wâmi suspira. A regañadientes, se somete a la voluntad del más anciano.

Âki-naâ se levanta y da vueltas con nerviosismo alrededor del fuego parándose para examinar el horizonte como si esperara ver a todo el clan surgir de la niebla y escalar corriendo la colina.

Kâ-maï e I-taâ se ponen en marcha los primeros. No le prestan la menor atención. Ma-wâmi se demora un poco. Le sonrío con aire contrito. Abre la boca para hablar pero se arrepiente y se marcha sin decir una palabra.

Indiferente a esta agitación, Aô sigue comiendo tranquilamente.

Âki-naâ le regaña.

—¡Anda! ¡Vamos, Aô! ¡No podemos dejar que Kâ-maï se nos adelante! ¡Vamos ya! ¡Ya has comido bastante!

Aô percibe la tensión que hay en su voz. Obedece. En unos instantes están preparados para salir. Bajan a su vez por la pendiente. Los otros tres ya están lejos. Kâ-maï fuerza el paso. Varias veces se da la vuelta hacia ellos. Âki-naâ no se deja engañar. A pesar del ritmo sostenido que le impone a su compañero, la distancia no se acorta. El hombre espera sacarles ventaja.

Âki-naâ se obliga a moderar el paso. ¿Para qué darse prisa ahora? Al actuar así, el viejo cazador demuestra que no está tan seguro de sí mismo como parece. Después de todo, esta precipitación podría tornarse en su contra. Âki-naâ no tiene necesidad de apresurarse. ¡Que hable el primero! ¡Por lo menos los demás ya estarán avisados de la llegada de Aô!

Sin duda Kâ-maï espera convencer a los cazadores para que le nieguen la entrada en el campamento a su compañero antes de que ella pueda intervenir. Si consigue crear inmediatamente un clima de hostilidad hacia Aô, suscitando al mismo tiempo la desaprobación de su propia conducta, a ella le costará hacerse oír. Aô se arriesga a ser rechazado de entrada y ella misma obligada a reconocer su extravío y someterse a las leyes del clan.

En lugar de inquietarse, esta posibilidad refuerza su decisión. ¿De qué tiene que justificarse? ¿De su empeño para preservar la vida de su hijo y para regresar con los suyos? ¿De haberlo conseguido gracias a la protección de este hombre extraño que los espíritus han colocado en su camino cuando estaba condenada a morir de hambre o alcanzada por sus captores?

Se negará a reconocer culpas que no lo son. Sus miedos desaparecen para dejar sitio a una cólera fría. Levanta la cabeza y aprieta los puños. No tiene porqué rendir cuentas y no aceptará ningún reproche. Si el acceso al campamento le es denegado a su compañero, se marchará con él.



Gritos y risas interrumpen sus reflexiones. Por mucho que se haya preparado para ello, se sobresalta y su corazón se embala. Agarra maquinalmente la muñeca de Aô y le hunde las uñas en la piel. Él aminora el paso para darle tiempo a recuperarse. Ya no es momento para echarse atrás.

Âki-naâ siente que sus resoluciones se desvanecen. Tiene miedo, miedo de ser rechazada por los suyos, de su desprecio y aún peor, de ser obligada a imposibles elecciones.

Aô ha identificado a los autores de los gritos. Son niños que vienen a su encuentro. Sin duda el fuego ha sido avistado el día anterior. No miran hacia lo alto de la colina. Ignorando su presencia, escoltan a los dos hombres y a la mujer hacia el campamento. El grupo desaparece detrás de un bosquecillo. Aô y Âki-naâ alcanzan a su vez el fondo de la hondonada. Siguen el sendero que sube entre los árboles. El campamento está allí, muy próximo, en las alturas que dominan el lago. Las chozas de ramas y de pieles aparecen bruscamente detrás de la cima. El lugar es agradable, una vasta extensión llana salpicada de rocas y de arbustos.

Un manantial surge entre las piedras, formando un riachuelo que corre hacia el lago cuyas aguas oscuras se vislumbran más abajo.

Âki-naâ reconoce a Wagal-talik, su padre, a su hermano Kipa-koô y a Napa-mali el chamán, entre los hombres y las mujeres que se han reunido alrededor del trío que se les ha adelantado. Alertados por los gritos de los niños que los han descubierto, las cabezas se vuelven hacia ellos. Kipa-koô es el primero que reconoce a Âki-naâ.

Lanza un grito de alegría y se precipita a su encuentro. El corazón de la joven se encoge al verlo cojear. Sin embargo su desventaja no altera su velocidad. En pocos instantes está delante de su hermana.

Sin una mirada hacia Aô cuya presencia no parece haber notado siquiera, el chico se abalanza hacia ella como un lince sobre su presa, casi tirándola al suelo. Âki-naâ ríe de alegría.

La vista de Aô corta bruscamente sus efusiones.

Con la boca abierta, Kipa-koô deja caer los brazos. Con los ojos desmesuradamente abiertos por el estupor, examina esa extraña criatura que está inmóvil a unos pasos de su hermana.

—¿Quién eres? —le pregunta.

Âki-naâ responde brevemente en su lugar. Guiado por Kâ-maï cuyas vociferaciones llegan hasta ellos, el clan entero se acerca a su encuentro.

—Es Aô. Nos ha protegido, a mí y al niño. Es nuestro amigo.

Muestra al niño aún dormido.

Aturdido, el joven se prepara para decir algo cuando la voz seca de Kâ-maï restalla con violencia.

—Ven aquí, Kipa-koô —le intima.

Sorprendido por el tono perentorio del hombre, el chico obedece maquinalmente. Pero bruscamente cambia de opinión y va a colocarse entre su hermana y el hombre-oso.

La joven le pone la mano en el hombro y lo mantiene con firmeza a su lado. Aô no se ha movido. Espera con calma.

Con el rostro rojo de cólera, Kâ-maï repite la orden.

—¡Ya me has oído! Ven aquí.

Pero el chico hace oídos sordos a esta nueva conminación. Sostiene con valentía la mirada furiosa del viejo cazador.

La actitud de Kipa-koô ha fortalecido el coraje de Âki-naâ. Se siente con fuerzas para enfrentarse al conjunto del clan.

Con un gesto, invita a Aô para que se acerque.

La casi totalidad del clan se ha reunido frente a ellos.

Âki-naâ recorre la asamblea con la mirada. Lee con asombro en los ojos inquietud, suspicacia y miedo.

El momento que ha imaginado tantas veces, unas con aprensión y otras con esperanza, ha llegado al fin. Conforme a las reglas de la cortesía, espera que los ancianos le concedan la palabra.

Oye los latidos de su corazón, más fuertes que el estruendo del trueno en la meseta. Pero su mirada es firme. Sus ojos van lentamente de unos a otros.

Kâ-maï señala a Aô y ruge.

—¡Ved el monstruo que esta mujer ha traído hasta aquí en contra de mi voluntad! Es él el que ha provocado la muerte de Atâ-mak para apoderarse de su mujer y de su hijo. ¡Sabed que ha estado a punto de matarme! Sin la intervención de Ma-wâmi, ¡Kâ-maï se habría reunido con el pueblo de los antepasados!

Dirige una mirada autoritaria al hombre cuyo nombre acaba de evocar, invitándole a ratificar sus palabras.

Pero éste baja la cabeza y guarda silencio.

Una algarabía hace eco a las palabras del cazador. Cada uno entiende a su manera las inquietantes palabras que ha proferido.

Furioso por la defección de Ma-wâmi, grita para dominar el rumor.

—¡Escuchad todos!

Mueve la cabeza y patalea blandiendo los puños hacia el cielo para tomar por testigos a los espíritus.

—¡Esta mujer pretende que pertenece al antiguo pueblo de los hombres de la tundra! ¡Pero no es verdad! ¡No existe más que un tipo de seres humanos! No sé ni quién es ni de donde viene pero sí que no forma parte de ellos. No tiene que mezclarse con los verdaderos hombres so pena de enfadar a los espíritus. ¡Mirad sus armas! ¡No son más que burdas imitaciones de las de los hombres! No os fiéis de su ropa. ¡Es su hembra que está aquí la que se la ha hecho!

Señala con el dedo hacia Âki-naâ. Algunos murmullos de protesta hacen eco a estas palabras despreciativas. Los barre con un gesto rabioso y prosigue:

—Su voz es la de los animales cuyo pelaje recubre en parte su piel. No es ni hombre ni animal. Su presencia es nociva. Hay que matarlo o mandarlo de vuelta a su lugar de origen porque pone en peligro al clan. No escuchéis las palabras de esta hembra. Ya le pertenece. ¡Ha hecho de ella un cazador! ¡Su hijo lo considera como su propio padre!

Un pesado silencio sucede a las palabras abrumadoras del hombre.

Nadie se atreve a manifestarse. Se está aguardando la intervención del chamán. Las miradas convergen en él. Consciente de la espera que pesa sobre él, el anciano se toma su tiempo, como corresponde al hombre que dialoga con los espíritus.

Inmóvil, un poco apartado, Aô se queda impasible bajo las miradas inquietas que le examinan furtivamente. Los ojos se escapan cuando se encuentran con los suyos.

El chamán decide intervenir. Se adelanta a saltitos hacia Aô. Los otros se apartan con respeto. Aô mira como se aproxima sin manifestar ninguna emoción. El chamán sólo se detiene cuando está frente a él.

A pesar de su alta estatura, parece insignificante delante de esta masa de carne y músculos, plantada enfrente. Pero el viejo no parece intimidado en

absoluto. Sus manos sarmentosas surgen de debajo de su ropa y se ponen a palpar la cara y los hombros del chico. Aô esboza un ligero movimiento de retroceso. Inquieta, Âki-naâ le dirige unas palabras para que no se mueva. Aô la tranquiliza con un gesto. No se siente amenazado por el anciano. Respetará sus compromisos.

Imperturbable, le deja que siga con su examen. El hombre escruta ahora su rostro, aparentemente satisfecho. Murmura unas palabras antes de decidirse a preguntarle.

—¿Hablas nuestra lengua?

Como Aô guarda silencio, el chamán se vuelve hacia Âki-naâ.

—¿Puede comprender?

—Sí, sin duda alguna.

Aô todavía no contesta.

El anciano no manifiesta ninguna impaciencia. Sigue examinándole tranquilamente. Aô sostiene su mirada. Ha entendido muy bien la pregunta. Empuja al viejo sin miramientos, emite un gruñido y hace unos gestos rápidos.

Un rumor, mezcla de miedo y de cólera, se levanta de la asistencia. Âki-naâ traduce para el chamán, alzando la voz para que la oigan todos.

—Dice que habla la lengua de los suyos.

El viejo chamán mueve la cabeza con aire comprensivo. Con un gesto, ordena calma a los cazadores inquietos.

—Ahora tenemos que oír las palabras de Âki-naâ.

Kâ-maï quiere rebelarse pero la mano de Wagal-talik se posa sobre su hombro. Con un gesto de los párpados, indica al cazador que él también querría escuchar a su hija. Se levantan voces para apoyar la petición del chamán. Kâ-maï se resigna a callarse.

Entonces, Âki-naâ cuenta. Una vez más, evoca la ferocidad de los hombres-pájaro, el trágico fin de Kî-mi, la dureza de las mujeres, la perspectiva de la muerte de su hijo. Recuerda la agitación provocada por la llegada de Aô, su huida. Describe la cólera del cielo en la meseta desierta, el nacimiento de su hijo en la caverna, su segundo encuentro con Aô. Se toma el tiempo de expresar primero su terror y luego su sorpresa ante la generosidad del hombre. Describe con precisión la situación para que los

suyos comprendan bien que sus posibilidades de supervivencia eran irrisorias.

Evoca su desconcierto cuando se marchó Aô, su decisión de seguirle. Detalla las diferentes fases del combate contra los hombres malvados, imita la intervención inesperada de su compañero. Describe las graves heridas del hombre y su decisión de sustraerlo a la voracidad de las hienas. Explica porqué se ha visto obligada a cazar para alimentarlos a los tres. Relata ampliamente sus esfuerzos por comunicarse y se refiere sin cesar a la bondad de esta criatura con ella y con el pequeño Atâ-mak, y al respeto que le ha demostrado.

No omite transmitirles todas las informaciones que ha podido recoger acerca de Aô, su origen y las costumbres de su pueblo, el destino trágico de su clan, su búsqueda.

Recuerda varias veces su compromiso, tomado en nombre de todos, de acogerlo en su campamento.

Su voz se endurece. Aborda el encuentro con Kâ-maï, Atâ-mak, Ma-wâmi e I-taâ. Cuenta la muerte apacible de Atâ-mak, su gratitud hacia Aô que le ha permitido conocer a su hijo antes de morir. Se detiene luego en la cólera de Kâ-maï, su intolerancia, la violencia que ha mostrado hacia ella. No intenta disimular nada. Sí, Âki-naâ ha cazado con el hombre-oso. Sí, Aô ha estado a punto de matar a Kâ-maï. Pero no lo ha hecho. Ha actuado para defenderla porque los hombres de su clan no pegan a las mujeres.

Sin aliento por su largo monólogo, se concede unos minutos de descanso.

Kâ-maï está rojo de ira. Aô no se ha movido. Ha comprendido lo esencial del discurso de Âki-naâ. Observa la reacción de los otros. Los cazadores quieren oír a Ma-wâmi. Todas las miradas se vuelven hacia él.

Napa-mali invita al joven a tomar la palabra.

—Ma-wâmi debe hablar.

El interesado va a colocarse al lado del chamán. Da la cara a sus congéneres. Sus ojos van de Âki-naâ a Kâ-maï pasando por Aô. Kâ-maï le lanza una mirada dura. El pulso de Âki-naâ se acelera. Su testimonio será determinante. La sonrisa algo crispada que le dirige la tranquiliza. Sabía que no podría escapar a esta prueba y se ha preparado para ello. Su voz es

firme. Su discurso conciso. No se alarga con florituras, visiblemente con prisas para terminar la tarea.

—Âki-naâ ha dicho la verdad. Nuestra situación era desesperada. El hombre-oso nos acogió en su refugio. Compartió su comida y cazó para todos nosotros. Más tarde, Kâ-maï pegó a Âki-naâ. El hombreoso podía haberlo matado pero no lo hizo. Escuchó a Âki-naâ.

Kâ-maï grita de rabia.

—Está mintiendo. ¿Por qué no dices que sólo cedió cuando le amenazaste con tu chuzo? ¡Tú también estás en su poder! Escuchad más bien a I-taâ. ¡Anda, habla tú! ¡Cuéntales cómo sucedió!

La joven se queda muda. La actitud digna de Aô, el discurso de Âki-naâ y las palabras de Ma-wâmi han hecho vacilar sus convicciones. Sabe que éste último ha dicho la verdad. Pero no se atreve a contrariar a Kâ-maï.

Éste grita como un loco. Amenaza a los suyos con infinidad de males y los pone en guardia contra la cólera de los espíritus. Anuncia el advenimiento de hordas de hombres-oso. Algunos de los más miedosos, parecen tomar en cuenta sus terribles profecías.

Ahora el clan está dividido.

El chamán reclama silencio de nuevo. Se acerca a Âki-naâ y le tiende los brazos al bebé.

Se vuelve lentamente hacia la asamblea levantando al niño.

—He aquí a Atâ-mak, un cazador para el clan.

Señala con la mano a Âki-naâ.

—He aquí a Âki-naâ, una mujer de nuestro clan. Vuelven con nosotros, vivos.

Gritos de alegría responden a estas palabras.

Sus ojos de ave rapaz se posan ahora sobre Kâ-maï. El viejo sabe que ha de intentar manejar la susceptibilidad del cazador. El hombre ha perdido a su hija. A pesar de la ceguera de la cólera y del odio, actúa de buena fe.

Dice que comprende los temores del hombre.

—Kâ-maï teme por los suyos. Es un hombre respetado. Su palabra no es tomada a la ligera. Pero que esté tranquilo, el hombre que hay aquí es realmente un hombre y no una criatura maléfica. ¡Y no ha venido solo!

Señala a los que han venido con él.

—¡Nos los ha traído de vuelta!

De pronto su voz retumba y resuena sobre sus cabezas, esa voz que es el signo de su poder, una voz increíblemente poderosa, completamente inesperada, que surge de su cuerpo endeble como si fuera la palabra de los espíritus.

—¿Quién de vosotros se atreve a negarle a este hombre las atenciones y la hospitalidad que le son debidas? ¿Quién se atreve a poner en duda las promesas de Âki-naâ?

Un silencio petrificado sucede a estas palabras. El anciano goza de gran consideración. Nadie ha puesto en duda jamás sus relaciones con los espíritus. Todos saben que son ellos los que hablan por su boca. Los que se habían excitado con las palabras de Kâ-maï agachan la cabeza.

Su voz se dulcifica.

—Ahora os voy a contar una historia, una parte de la historia de nuestro clan. Algunos de vosotros ya la han oído. Pero no conocen todos los detalles. Ha llegado el momento de remediarlo. Sucedió hace muchos inviernos, en el tiempo de los padres de vuestros padres. Todos sabéis que nuestro clan vivía antaño en las orillas de un lago, mucho más grande que éste, de agua salada. El invierno era menos crudo. Había bosques llenos de árboles, algunos de los cuales no crecen aquí. En esa época, muchos hombres vivían en la vasta región que se extendía entre el mar y las gigantescas montañas, completamente cubiertas de hielo, más altas que éstas a cuyos pies vivimos hoy. El alimento ya no era tan abundante. Los clanes se enfrentaban para apoderarse de los territorios de caza y de pesca. La mayoría de nosotros creíamos que el mundo terminaba en esas montañas. Pero algunos chamanes pretendían que continuaba al otro lado. Decían que ya había hombres viviendo allí y que la caza era abundante. Unos cazadores se aventuraron hacia el norte. Pasaron varios inviernos. Un día, algunos hombres volvieron. Dijeron que habían encontrado un paso y que el mundo continuaba al otro lado. Dijeron que habían andado mucho tiempo a través de colinas y de montañas menos elevadas, donde sólo las más altas cimas estaban cubiertas de nieve, y en cuyas hondonadas se escondían numerosos valles donde vivían los árboles y los animales. También dijeron que el viento era frío, que la tierra estaba cubierta de nieve

durante varias lunas, y que, muy lejos más allá de las montañas, se extendía una estepa que no terminaba nunca, que el viento compartía con enormes manadas de animales de espeso pelaje, fáciles de cazar, algunos de los cuales les resultaban desconocidos. También dijeron que los árboles eran escasos y endebles y que no había hombres allí, pero que quizá se podría vivir. Varios clanes emparentados, de los cuales uno era el de los padres de nuestros padres, decidieron partir hacia esas regiones frías pero abundantes en caza. No he conocido personalmente el lugar donde vivían antaño nuestros padres. Me lo describieron los ancianos. Nací en el transcurso de ese largo viaje que duró casi la mitad de la vida de un hombre. No nos quedábamos nunca mucho tiempo en el mismo lugar porque éramos numerosos y las reservas de cada sitio se agotaban rápidamente. Sin embargo, progresábamos muy despacio hacia el norte porque dependíamos de los movimientos de la caza y mientras avanzábamos teníamos que acumular reservas para el invierno que se hacía cada vez más largo y crudo a medida que nos desplazábamos en dirección a las grandes praderas que soñábamos con alcanzar. Durante el camino algunos clanes se fueron asentando en lugares que les parecían favorables. Los que continuaron su viaje hacia el norte tuvieron que atravesar las montañas que se extienden lejos por detrás de las cumbres que rodean el lago en cuyas orillas vivimos ahora. Los nuestros eran de esos. Un año, la estación dura empezó muy pronto. Las reservas de alimento eran insuficientes. No conocíamos todas las plantas comestibles. Los animales se escondían en sus madrigueras. Los cazadores tenían que enfrentarse al viento helador para intentar traer algo de comer. La mayoría volvían de vacío, algunos no volvían nunca. Los más débiles entre nosotros murieron. La situación era desesperada. Fue entonces cuando nos encontramos con un pueblo extraño. Eran hombres con gruesas cabezas, semejantes a éste. —Señala a Aô con el dedo—. Gruñían como osos y hablaban con las manos. Pero eran realmente seres humanos. Los cazadores que se habían aventurado por allí en primer lugar se habían equivocado. Había hombres que vivían en esas regiones. Pero eran poco numerosos y estaban dispersos en territorios tan grandes que no los habían encontrado. ¡Así que ignoraban su presencia! Era sin lugar a dudas la primera vez que veían hombres como nosotros. Su sorpresa era tanta como

la nuestra. Estaban vestidos con pieles unidas torpemente que los protegían del frío. Sabían hacer fuego y sus armas, aunque más toscas y menos trabajadas que las de nuestros padres, eran robustas y bastante eficaces.

Compartieron su comida con la tribu hambrienta como lo hizo este hombre con Âki-naâ. Nos guiaron hacia un valle próximo y nos ayudaron a instalarnos para pasar la mala estación. Fue muy duro, pero sobrevivimos gracias a ellos. Nos quedamos dos inviernos. Durante la hermosa estación, nos indicaron cuales eran las plantas comestibles que podíamos consumir sin temor. En el momento de la marcha, la tribu se dividió. Algunos dijeron que había sitio para otros hombres en esa región y se quedaron en las montañas. Nuestros padres se volvieron a poner en camino hacia el norte y terminaron por alcanzar la tundra. Algunas familias se separaron para instalarse en las orillas del río que los otros continuaron bordeando hasta aquí y de los cuales descendéis vosotros. Hoy día, yo soy el único que ha conocido el largo viaje. Cada vez que he tenido la oportunidad, en los encuentros con otros clanes o con cazadores de paso, me he informado acerca de esos hombres que nos acogieron. Algunos pretendían que no habían existido nunca, pero otros evocaban la existencia de criaturas extrañas que se parecían mucho a hombres, lejos en dirección al sitio donde se oculta el sol.

La voz del chamán se amplifica de nuevo. Parece muy conmovido.

—Hoy ha llegado el momento de que devolvamos el bien, una vez por nuestros antepasados hambrientos a los que ayudaron esos hombres, y otra vez por los de nuestro clan que éste ha protegido y traído hasta aquí.

Continuó dirigiéndose a Âki-naâ.

—Dile tú, si no ha comprendido, que tu palabra será respetada y que es nuestro invitado tanto tiempo como quiera quedarse entre nosotros.

Después se dirige a todos los demás. Su mirada se detiene en la de Kâ-maï que agacha la cabeza.

—Los que le hagan daño provocarían la ira de los antepasados.



Âki-naâ tiene la impresión de poder respirar de nuevo. Lágrimas de alivio se escapan de sus ojos. No ve la que corre lentamente por la mejilla apergaminada del chamán.

OceanofPDF.com

11

El sol se ha levantado tres veces desde su llegada. A pesar de las palabras de bienvenida del chamán, Aô es consciente de que su presencia no es aceptada por todos. Sin demostrarle hostilidad, la mayoría de los habitantes le evitan. Âki-naâ ocupa un lugar en el rincón reservado a su familia dentro de una de las cuatro chozas que constituyen el hábitat del clan. Él se ha instalado con Ma-wâmi en el refugio destinado a los hombres sin mujeres.

No tienen muchas oportunidades de encontrarse porque ella está acaparada por el consejo de cazadores.

Aô pasa los días deambulando por el campamento. Indiferente al malestar que suscita, va de un grupo a otro, observa largo tiempo las actividades a las que se dedican los habitantes.

Los niños lo siguen de lejos. Sólo los más atrevidos se arriesgan a acercarse, preparados para escapar a toda prisa a la primera señal de cólera o de exasperación por su parte. Napa-mali, Ma-wâmi y Kipa-koô son los únicos en demostrarle abiertamente su simpatía. Éste último le profesa además un agradecimiento profundo por haber traído a su hermana, a la que está muy ligado. Después de la muerte accidental de su madre, muchos inviernos antes, cuando no era más que un niño pequeño, ha trasladado todo su afecto a su hermana mayor.

En cuanto a los demás, muchos tienen miedo. Ciertamente, la mayoría se alegra de la vuelta de la joven y de su hijo. Pero Atâ-mak, uno de los mejores cazadores del clan, ha muerto. ¿Cuál es entonces el designio de los espíritus? ¿Por qué tanto interés por esa mujer? Las palabras de Kâ-maï

resuenan todavía en los oídos de muchos de ellos. Los más supersticiosos creen que el hombre-oso ha tomado el lugar de Atâ-mak.

Aô no se deja engañar. Sabe que su presencia sólo ha sido aceptada gracias a la autoridad del chamán. La influencia del anciano sobre los suyos le impresiona. Âki-naâ no ha puesto sus esperanzas en él en vano. Aunque algunos están convencidos de que por una vez se ha equivocado y temen las peores calamidades, no se atreven a mostrar claramente sus sentimientos, poco deseosos de contrariarlo. El chamán se parece un poco al viejo descarnado que ejercía sin duda un papel parecido al suyo entre los hombres-pájaro. Pero sus ojos grises no expresan el furor del otro. Es mediante su calma y sus acertados consejos como impone respeto. Aô no duda de su relación privilegiada con los espíritus. Su clan es próspero. Los viejos alcanzan una edad avanzada. Las mujeres y los niños son numerosos.

El hombre le ha hecho saber que lo recibiría pronto en su choza. Mientras aguarda, Aô aprovecha las ventajas de su situación para aprender. Nadie le pregunta nada. Puede moverse a su gusto en el interior del campamento. Cada día recibe su ración de comida de manos de Ma-wâmi. Desde su vuelta, el joven ya no es el mismo. Liberándose de la tutela de Kâ-maï, ha adquirido una dimensión distinta en el seno del clan. Animado por las palabras de Napa-mali, ya no teme manifestar abiertamente el interés que siente por este hombre singular cuyas cualidades ha podido apreciar y al que debe probablemente la vida, cosa que no olvida.

Aô ha renunciado a contar a los miembros del clan. Hay demasiados. Cualquiera que sea su sexo, los niños más pequeños están bajo la autoridad de las madres a las que prestan pequeños servicios dependiendo de su edad y de sus capacidades. Los más mayores pasan largo tiempo en compañía de hombres y mujeres de más edad que les transmiten su saber y les enseñan como deberán comportarse cuando sean adultos. Durante días enteros, bajo la autoridad de un anciano o una anciana, se dedican a observar las plantas y los animales a los que, sin embargo, tienen prohibido recoger o matar. Curiosamente, parece que la misma prohibición pesa sobre él, ya que nadie le pide que se una a las partidas de pesca o de caza, mientras aguardan la próxima salida tras la pista de las grandes manadas. Una tarde, Aô interpela a Ma-wâmi sobre ese asunto.

—A Aô le gustaría cazar. Aô no es un niño de tu clan.

Apurado, Ma-wâmi reflexiona unos instantes antes de contestar.

—Nadie puede tomar la vida de un animal o de una planta si no conoce todavía qué animales son sus parientes, porque podría matar a uno de ellos. Los míos no conocen todavía cuales son tus parientes animales. ¡No quieren ofender a los espíritus proponiéndote que participes en una caza en la que se mate a uno de ellos!

Aô se queda perplejo. ¿Acaso todos los animales no son parientes de los hombres? Le explica a su compañero que la habilidad de los cazadores no es la única causa de la muerte de una presa. Se requiere la complicidad del animal. Es necesario que su espíritu acepte hacer ofrenda de su carne. Los rituales a los que se someten los hombres persiguen esta finalidad. Son el medio que les permite obtener el consentimiento sin el cual toda caza estaría destinada al fracaso. En la práctica, los cazadores ejecutan ciertos gestos para favorecer o al menos para no perturbar el paso del espíritu del animal dentro de un nuevo cuerpo, sin lo cual los cazadores verían como rápidamente la caza se apartaría de ellos.

Ma-wâmi hace una mueca dubitativa.

—¡Si todos los animales son sus parientes, Aô no debería cazar! Aunque su vida dependiera de ello, ¡ninguno de nosotros aceptaría matar a uno de sus animales parientes! Pero Aô no pertenece a nuestro clan. Ma-wâmi sabe que Aô es un cazador hábil. Debe respetar las leyes de los hombres primitivos. Han pasado cosas que no son habituales. ¡Una mujer se ha convertido en cazador y los espíritus no parecen estar afectados! Ma-wâmi no conoce sus razones. Napa-mali entrará en contacto con ellos antes de las grandes cacerías. Entonces conoceremos su mensaje. Hasta ese momento, Aô tiene que tener paciencia.

Aô percibe el malestar de su compañero. No quiere causarle dificultades. Decide conformarse con esta respuesta y esperar la intervención del chamán. Después de todo, realmente no se aburre. Tiene mucho que aprender aquí.



Día tras día, prosigue sus observaciones.

Nota que el lugar donde se ha instalado el clan está especialmente bien elegido. Las montañas atraen las nubes henchidas de lluvia, obviando la colina. Sólo ha llovido una vez desde su llegada, una tormenta breve y violenta que no ha estropeado las chozas, confirmando la calidad de estas construcciones. De forma alargada, la más pequeña bastaría para cobijar a un clan entero de hombres primitivos. Las familias disponen de lugares aislados unos de otros por paredes de ramas entrelazadas. El esqueleto está constituido por largas varas de madera atadas en sus extremos y mantenidas en la base por piedras amontonadas. El espacio interior, excavado en la tierra, está tapizado con pieles. Cada refugio está rodeado por un murete de piedras cuya base está hundida en el suelo. Las ramas y las pieles que recubren la estructura están ensambladas sólidamente y el conjunto es lo suficientemente grueso para resistir a los ataques del viento y soportar el peso de la nieve en invierno.

Los hombres del clan sacan una parte de su alimento del lago y del río próximo, cuyas aguas rebosan de peces de todos los tamaños. Subidos sobre las rocas que emergen en aguas poco profundas, en medio del gran círculo formado por hombres ancianos y mujeres que progresan lentamente hacia ellos golpeando el agua con las manos, los pescadores acechaban a los peces empujados hacia la orilla y los arponeaban con sus azagayas. Las mujeres se encargaban de ahumarlos en una pequeña construcción de piedra, edificada especialmente para este menester.

Durante el día, los hombres y las mujeres no se entremezclan.

La norma es un estricto reparto de las tareas. Las mujeres parecen ser mejor consideradas que entre los hombres-pájaro. Aunque aparentemente estén excluidas del consejo de los cazadores, algunas de ellas son consultadas antes de cualquier decisión.

Las observaciones de Aô ilustran las referencias a veces oscuras de Âki-naâ. Hay numerosos factores que intervienen en las relaciones entre los individuos y el lugar que ocupan en el seno de la comunidad.

Ma-wâmi, al que Aô hace partícipe con regularidad de su perplejidad, tiene muchas dificultades para proporcionarle explicaciones satisfactorias, siendo obligado a menudo a invocar la pura necesidad, la costumbre o la

voluntad de los espíritus para justificar aparentes contradicciones o comportamientos singulares.

Aô termina por comprender que las prohibiciones y las atribuciones propias de cada adulto están determinadas por los poderes prestados a los espíritus con los que están emparentados, provocando numerosas situaciones especiales que se oponen a veces a la aplicación de normas más generales fundadas en criterios como el sexo, la edad, los complejos lazos de parentesco, o incluso las aptitudes de cada cual. De esta manera, parece que hay unas actividades prohibidas a unos pero no a otros; una mujer no puede consumir un tipo de planta, un hombre nunca entrará en el agua del lago o no comerá pescado y muchas otras actitudes, a veces demasiado sutiles para que Aô pueda identificarlas en tan poco tiempo. Hay comportamientos que están ligados a veces a etapas de la vida o a situaciones puntuales. Una mujer encinta no comerá la carne de un zorro o de una liebre porque estos animales, que viven en agujeros, podrían incitar al niño a no abandonar el vientre de su madre. Otros alimentos, por el contrario, son consumidos especialmente por las mujeres embarazadas o las jóvenes que desean estarlo. El chamán no se queda al margen, prohibiéndose numerosos alimentos cuya ingestión podría arrebatarle su clarividencia.

Incluso entre los más ancianos, nadie está inactivo. Los viejos, que ya no participan en las cacerías colectivas, traen cantidades importantes de presas pequeñas gracias a las trampas que disponen en el sotobosque.

Aunque su asentamiento en esta región no va más allá de tres o cuatro generaciones, conocen muchas plantas que recogen en momentos determinados para consumirlas o dejarlas secar al sol sobre las piedras para conservarlas en silos o colgadas en las chozas.

Llevan a cabo todas sus acciones con el mayor cuidado, adecuándose a usos cuya necesidad no siempre se muestra a los ojos de un extranjero como Aô, aparentemente convencidos de que es la garantía del éxito de sus actos.

Todos los hombres consagran un tiempo considerable al mantenimiento y la confección de sus armas. Aô recuerda penosas expediciones hacia los escasos y lejanos yacimientos donde su clan iba a buscar la piedra gris, indispensable en la fabricación de las herramientas y las armas. Aquí, el

más pequeño fragmento de sílex se reutiliza. Cada piedra da origen a un número asombroso de hojas y de puntas.

Aunque ya ha tenido ocasión de apreciar la pericia de Âki-naâ, descubre la habilidad extraordinaria de algunos tallistas.

Sus manos tienen el poder de mandar sobre la piedra, de hacerla inagotable. Aô no se cansa de observar a los artesanos trabajando, aunque haya notado que su presencia les molestaba, como si temiesen que fuera perjudicial para la calidad de su obra.

Rápidamente ha identificado al más hábil. Es un hombre mayor que consagra la mayoría de sus jornadas a esta actividad.

Es requerido con frecuencia por hombres y mujeres para que arregle las armas y las herramientas o para una ejecución determinada, a cambio de lo cual le proporcionan pieles y comida.

Este hombre trabaja con una destreza y una aparente facilidad que maravillan a Aô. Pasa largo rato viéndolo trabajar, de pie a un paso de él, los ojos fijos en sus manos, sin ocultar su admiración, que manifiesta dejando escapar algunos gruñidos entusiasmados. El anciano parece evolucionar en un mundo aparte, un mundo poblado de piedras, de madera de reno, de defensas de mamut y de huesos, a los que se dirige como si fueran seres vivos. Es uno de los pocos a los que no parece contrariar la presencia de Aô. Finge no prestarle la menor atención.

Sin embargo, esta mañana, un observador atento habría sorprendido las miradas que lanza hacia la choza ocupada por Aô y su aire satisfecho cuando éste sale al fin para ocupar su puesto de observación a su lado.

El tallista sopesa y acaricia largamente la piedra. Sus dedos se demoran en las asperezas, se deslizan a lo largo de las aristas naturales. Murmura palabras cuyo sentido Aô no comprende. Sin duda le pregunta a la piedra cómo hacer para sacar de ella el mejor partido. Los gestos que siguen son raudos y precisos. Utiliza sucesivamente varios instrumentos para alcanzar sus objetivos.

A menudo, Aô cree que el objeto ya está terminado cuando no es así. Como ya había tenido la intuición observando a Âki-naâ, el hombre no se conforma con un resultado al que Aô no tendría nada que reprochar. Levanta su obra a la luz del sol y la examina mucho rato, bajo todas las

facetas. Si no está satisfecho, sigue con sus esfuerzos para obtener la forma que desea alcanzar para proporcionarle el poder particular que explica su eficacia y la veneración que demuestran los hombres y las mujeres hacia sus armas y sus herramientas.

Hoy el hombre está especialmente inspirado.

Aô intenta escapar a esta fascinación que termina por provocar en él un sentimiento de frustración cuando vislumbra la distancia que lo separa de esos hombres. Vuelve siempre a las mismas preguntas.

¿Podrían conseguir los suyos ganarse el apoyo de los espíritus de los hombres nuevos? ¿Tendrían que adoptar esos comportamientos extraños cuya necesidad se le escapa la mayoría del tiempo? ¿Además, podrían conseguirlo? ¿Existen otras alternativas para los hombres primitivos?



Perdido en esas reflexiones poco alentadoras, no ha oído llegar a Âki-naâ. Cuando la ve, su melancolía se disipa inmediatamente. Gruñe de satisfacción.

Âki-naâ sostiene a su bebé en brazos. Aô no lo ha vuelto a ver desde su llegada al campamento. Espontáneamente tiende las manos para cogerlo. El bebé ya lo ha reconocido y se agita como una trucha en los brazos de su madre. Âki-naâ se ríe accediendo a su recíproco deseo.

—El chamán solicita tu presencia. Ha pedido que yo esté allí también. Ven, nos está esperando.

Aô asiente y sigue dócilmente los pasos de la joven. Atraviesan lentamente el campamento. Âki-naâ está contenta. Las cosas han sucedido mejor de lo que esperaba. No se le han escapado las reticencias de una parte del clan, pero está optimista. Está convencida de que todos terminarán por aceptar a Aô.

La tensión acumulada a lo largo de los interminables días pasados contando su historia y contestando a las preguntas que se apiñaban en la boca del chamán y de los cazadores del clan, se desvanece en presencia de Aô. Él anda tranquilamente, acaparado por el bebé que gorjea contra su pecho entre dos carcajadas.

Âki-naâ espera hasta el último momento para recobrar a su hijo, que se lleva para confiarlo a la vigilancia de una mujer.

Aô la espera delante de la choza del chamán. Es un refugio parecido a los otros pero más pequeño, construido en medio del campamento. Âki-naâ se reúne rápidamente con él y lo invita a penetrar dentro. Napa-mali y Kipa-koô están sentados frente a frente, inmóviles y silenciosos. Aô sonríe, tranquilizado por la presencia de su amigo. Éste le devuelve la sonrisa. Tiene una piedra en cada mano.

Unas pocas brasas brillan en el hogar situado en medio de la habitación, delimitado por un círculo de piedras. Un poco de luz penetra por la abertura practicada en lo alto de la choza para permitir la evacuación del humo. Gruesas pieles cubren el suelo enlosado con tosquedad. Unas piedras grandes permiten que el chamán se apoye y coloque encima su comida.

A un lado y otro de la choza están colocados unos paneles de corteza pulida en las que Aô distingue huellas de colores en la semioscuridad.

El chamán les hace una señal para que se sienten. Echa un puñado de hierbas en las brasas. Un humo acre invade el espacio antes de encontrar lentamente el camino que lleva al exterior.

Aô tose. La cabeza le da vueltas. A la luz de las llamas, el anciano parece mucho más viejo. Sus cabellos son blancos y largos. Su piel oscura, sembrada aquí y allá de manchas y de arrugas, se parece a la corteza de los árboles viejos. La mirada de Aô se detiene en los ojos del hombre, de un color semejante a los cielos tormentosos. Se observan unos instantes. Hace mucho calor y el hombre tiene el pecho desnudo. La mirada de Aô se demora en el pecho del anciano sobre el que descansa un objeto extraordinario, como nunca ha contemplado de cerca. Se trata de un collar constituido por varias piezas de corteza teñidas cuyas formas evocan las de los animales. Están horadadas por agujeros por los que pasa un fino cordón de cuero anudado detrás de la nuca. Otros colgantes se intercalan entre las figuras. Se parecen a las conchas de los caracoles con colores y formas distintas. Algunas perlas completan este adorno mágico.

A la luz danzarina de las llamas, Aô ve como las extrañas criaturas galopan alrededor del anciano. No se encuentra muy bien. Trata de mirar hacia otro lado. Sus ojos se posan en los paneles de corteza donde le parece

reconocer otras formas animales asociadas a señales extrañas. Todo este mundo gira a su alrededor en una zarabanda desenfrenada que acentúa su malestar. Tiene vértigo y náuseas.

El chamán le parece cada vez más viejo. ¿Cómo puede un hombre vivir tanto tiempo?

Aô se siente oprimido. Lucha contra el deseo de arrancar el collar y huir. Nadie lo detendría. ¡Pero ni siquiera está seguro de poder levantarse! El chamán lo tiene en su poder.

Âki-naâ y Kipa-koô no se interesan por él. Sus ojos están perdidos en la contemplación de sus visiones. Con los párpados medio cerrados, el chamán invoca a los espíritus. Sus labios se mueven. Una sorda melopea se escapa de su boca. El aire se pone a vibrar. Aô gruñe. Tiene miedo.

Insensible a la emoción del chico, el anciano sigue salmodiando. Bruscamente se levanta de un salto con la vivacidad y la agilidad de un hombre joven. Emprende una danza desenfrenada, puntuada por el sonido mate de los guijarros que Kipa-koô choca uno contra otro cada vez más deprisa.

El viejo se agita mucho tiempo alrededor del fuego, pisoteando las brasas sin sentir ningún dolor, demostrando un vigor y una resistencia inhumanos.

Aô ya no piensa en escapar. Reconoce una práctica muy extendida entre los suyos. El chamán se derrumba. Rueda sobre las pieles de un lado a otro, agita convulsivamente las extremidades antes de ponerse rígido, con los ojos en blanco y cayéndole la baba por las comisuras.

A pesar del calor, Aô se estremece al oír las palabras que pertenecen a su lengua salir de los labios del chamán.

Los rostros de los suyos se le aparecen, como animándole a perseverar en sus esfuerzos.

El tiempo está suspendido en esta choza oscura. Las últimas brasas diseminadas por las convulsiones del chamán se han apagado hace tiempo. La oscuridad casi es total porque la noche está cayendo en el exterior.

El anciano ha regresado a sentarse en su sitio. Está agotado. Su cabeza se bambolea. Después de un largo silencio, Âki-naâ pregunta al chamán si pueden irse. El chamán asiente.

Antes de su partida, se dirige a Aô.

—El viaje al encuentro de los espíritus es una dura prueba. Napa-mali ha escuchado sus palabras. Ahora tiene que dormir un poco. Mañana, Aô será su invitado. Compartiremos la comida y charlaremos.

El hombre ha hablado lentamente en su lengua, articulando bien las palabras. El respeto que quiere testimoniar a su interlocutor es patente.

Aô cree que la entrevista ha terminado y se dispone a salir de la choza. El chamán se ha levantado. Parece rebuscar en su memoria. De pronto, se agita de nuevo. Los sonidos son inciertos, los gestos imprecisos y desordenados. Pero Aô reconoce las palabras de bienvenida utilizadas por los hombres primitivos, dichas para él por este hombre poderoso.

La mayor confusión reina en la mente de Aô. Fuera hay luna llena. El cielo está despejado. Innumerables estrellas brillan. Âki-naâ tiritita esperando que el chico se reúna con ella. La mira con aire ausente.

—Tengo frío. Me voy a dormir —dice ella simplemente.

Se apresura hacia su choza.

Aô no tiene ganas de regresar a su refugio. Respira a pleno pulmón el aire fresco que baja de las montañas. Va a sentarse contra una roca.

Demasiado excitado para dormir, revive las peripecias de la escena de la que ha sido testigo. Pero el cansancio termina por dar cuenta de sus emociones. Se duerme bajo la mirada de la luna mientras las palabras de bienvenida de su clan, pronunciadas por el chamán, resuenan en su cabeza.

Se despierta con los primeros rayos del sol, empapado por el rocío de la mañana. El campamento se va animando poco a poco a su alrededor. Aparece Âki-naâ con su bebé.

—Hoy no voy a ir contigo —dice.

Aô mueve la cabeza. Ya no tiene aprensión. Está convencido de la benevolencia y del interés del chamán hacia él. Está impaciente por verlo de nuevo y oír sus revelaciones.

12

Aô se reúne con el chamán en su choza. Se introduce sin ceremonias a través de la abertura. El viejo se afana alrededor del fuego. Unos pocos tubérculos hundidos en las cenizas desprenden un agradable aroma que abre el apetito del chico.

Napa-mali le hace señas para que se siente y coma.

En la claridad del día que penetra por la entrada, las criaturas pintadas en los paneles de corteza han perdido parte de su brillo.

El chamán le examina con aire benévolo, le anima a servirse comida. Él mismo come con apetito.

Saciado, Aô espera educadamente que Napa-mali tome la palabra.

El anciano empieza por preguntarle.

—¿Estás satisfecho con la hospitalidad de los míos? ¿Tienes alguna queja de uno o de otro?

Aô oye con estupor la jerga que había elaborado con Âki-naâ y que usan para comunicarse. ¡Esta es pues la actividad a la que se estaba dedicando el chamán en los largos ratos que pasaba con Âki-naâ! ¡El hombre se ha tomado el trabajo de aprender ese lenguaje con el único propósito de poder charlar correctamente con él!

El anciano parece leer sus pensamientos. Antes de que Aô haya contestado a su pregunta, añade:

El anciano se interrumpe unos instantes para recuperar el aliento antes de seguir con su relato.

—Hace muchos años, cuando era más joven, en compañía de dos cazadores que ya han muerto, intentamos ir en busca de los hombres

primitivos y de nuestros parientes, los que se quedaron cerca de sus territorios. Por el camino nos cruzamos con cazadores de otros clanes, que nuestros padres no se habían encontrado, que viven en las colinas situadas mucho más al norte de los territorios de los hombres primitivos. Se mostraron desconfiados e incluso hostiles cuando hablamos de los hombres primitivos. Deduje que los conocían y que no mantenían buenas relaciones con ellos. Tuvimos que abandonar rápidamente sus territorios. Encontramos el valle donde nuestro clan había pasado dos inviernos. Pero no encontramos ni un alma. Pasamos la estación fría en el refugio abandonado por los hombres primitivos. En cuanto regresaron los días buenos, proseguimos nuestra búsqueda en la dirección que habían seguido aquellos de los nuestros que habían deseado continuar hacia la tundra. Pero no los encontramos. Entonces decidimos volver a casa. Para ir más deprisa, en lugar de rodear la cadena de altas cumbres que nos separaba de nuestros territorios, como habían hecho nuestros padres, decidimos intentar atravesarla. El riesgo era grande porque el frío que reina a esas alturas es terrible. No vive nada en esa tierra de hielo y de roca donde soplan las tormentas. Cuando nuestras reservas de comida estaban casi agotadas y estábamos a punto de renunciar, encontramos el pasaje que corresponde al glaciar que puedes contemplar al otro lado del lago. A pesar del fracaso de nuestra empresa, nunca he renunciado a la esperanza de aprender algo acerca de los hombres primitivos. El mundo es grande, ya lo sabes. Muchos ignoran hasta qué punto. Como dije cuando llegasteis, después de muchos años de preguntar a los cazadores de otros clanes con los que me he encontrado, he oído rumores que concuerdan y dan fe de la existencia de hombres extraños cerca del lugar donde se pone el sol, mucho más lejos de donde vivían antaño los que nos acogieron. Para llegar allí, tendrás que rodear las inmensas montañas blancas donde nuestros padres creían que se acababa el mundo y quizás encuentres otros hombres que se parezcan a los de aquí. Algunos se comportarán como esos con los que ya te has enfrentado. Pero otros, que no son tan feroces, también podrían demostrarte hostilidad. Tendrás que estar en guardia.

Consciente de la falta de precisión de algunos de sus gestos y de una pronunciación a veces deficiente, debido a la falta de práctica en ese

lenguaje, el chamán se interrumpe para asegurarse que Aô ha comprendido lo esencial de su discurso.

Tranquilizado al no ver ninguna perplejidad en su mirada, concluye invitándole a tomar la palabra.

—He hablado mucho sin dejarte responder a mi pregunta acerca del comportamiento de los míos contigo. Ahora te escucho.

Aô no se hace de rogar. Aprovecha para hablar del asunto de la caza.

—Aô no tiene quejas. Anda por el campamento. Mira. Nadie le pregunta nada. Come bien. Le hace preguntas a su amigo Ma-wâmi. Aô cree que puede aprender mucho observando a los tuyos. Para él, estar aquí es una buena cosa. Pero Aô es un cazador, no es un niño. Aô respeta a los animales de cuya carne se nutre. Son numerosos los que han aceptado que los mate porque el espíritu del viento ha otorgado a Aô el derecho a cazar.

El chamán guiña los ojos para demostrar que comprende.

—Ma-wâmi ha venido para hablarme de eso. Me ha dicho que querías cazar con los del clan. Napa-mali ha reflexionado. Allí donde esté, un hombre ha de vivir según las leyes de sus antepasados. ¿Por qué tendrían que ofenderse los espíritus? Napa-mali ha hablado con Wagal-talik, el que dirige la caza. Cada primavera, los renos se reúnen antes de ir hacia el norte. Este año están muy cerca, apenas a un día de marcha. Lo he sabido esta mañana. Los vigías los han visto. El rebaño es inmenso. He convencido a los míos para que te acepten. Así verás cómo actúan nuestros cazadores. Puedes seguir mirando a tu alrededor tanto como desees. Los hombres de este clan son valerosos. Son pescadores y cazadores hábiles pero temen enseguida la ira de los espíritus. Hay que darles tiempo. Cuando vean que el sol se sigue levantando y que no se cumple ninguna de las sombrías profecías de Kâ-maï, se acostumbrarán a tu presencia y más de uno tratará de demostrarte su amistad.

Aô asiente.

—El anciano que habla con la piedra será pronto mi amigo.

Napa-mali sonríe.

—No me extraña. ¡Al viejo Taâ-wik le gusta que se interesen por su trabajo!

Napa-mali nota la mirada insistente de Aô sobre su collar. Deshace el nudo detrás de su nuca e invita a Aô a cogerlo.

Con precaución, el chico se apodera del preciado objeto. Sus dedos se deslizan sobre la superficie pulida de la corteza y siguen las formas de cada figura.

—Napa-mali ha esculpido él mismo la madera para darle la forma de los animales ancestrales con los que estaban casados los primeros hombres. En cuanto a estos objetos, que te pueden parecer muy raros, son los refugios de algunos animales que viven en la gran agua salada, allí donde se encontraba el territorio de nuestros padres y de los padres de nuestros padres. La carne de esas pequeñas criaturas alimentaba a los hombres. Los hay de varios tipos. Se esconden en estas piedras huecas y basta esperar a que el agua se retire para recogerlas. Cuando empezaron a faltar, los animales furtivos y difíciles de cazar que vivían en los bosques próximos al litoral no bastaron para alimentar a todos los clanes. Por eso algunos se marcharon hacia el norte en busca de la gran llanura llena de caza de la que hablaban los hombres que habían vuelto... Recuerdo los interminables conciliábulos entre los cazadores cansados, presas de la duda. A pesar de la distancia recorrida, algunos querían volver sobre sus pasos. ¡Mira esta piedra blanca, marcada con estrías, que está en esa roca, en ese rincón! Es una piedra para marcar el tiempo. Cada muesca corresponde a un invierno. La primera se hizo en el momento de la partida y la última cuando llegamos aquí.

Aô toma la piedra en la mano. La examina con interés. Sigue con los dedos los numerosos surcos, muchos más de los que sabría contar.

El anciano prosigue.

—Esta piedra es muy estimada por nuestro clan. Conoce el camino que tomaron nuestros padres para venir hasta aquí. Cada vez que el hombre que se encargaba de ella grababa un signo, también marcaba una roca o un arbusto del lugar donde se encontraba, destinado a los antepasados. De esta manera, sus espíritus pudieron seguirnos hasta aquí.

Aô le devuelve la piedra al chamán. Tiene algo que decir.

—Los míos también tuvieron que abandonar sus antiguos territorios, expulsados por hombres que se parecían a los de tu clan. Nos fuimos en la

dirección de donde procede el viento frío, hasta el lugar donde el sol ya no se levanta, allí donde la tierra está helada siempre, donde los escasos animales son blancos como la nieve y el viento te puede matar en unos instantes. Los seres humanos no pueden vivir allí. Los míos murieron, unos tras otros. Aô es el único superviviente de muchos clanes de hombres primitivos.

El chamán asiente con gravedad.

—Âki-naâ me ha contado con detalle los acontecimientos que te han llevado a su encuentro. Pero Napa-mali ya lo ha dicho. El mundo es muy grande. Las montañas, los lagos, el río, la misma tundra no son más que una parte. Si Aô no teme ir tan lejos como haga falta, allí donde se oculta el sol, encontrará a los hombres primitivos. Napa-mali está convencido de ello.

El anciano saca una por una las figuritas de corteza para apartar una concha del collar. Acaricia con afecto el objeto.

—El padre de Napa-mali conservó estas conchas para recordar el lugar donde nació. Las hay de muchas formas. Tienen mucho valor para los míos. Sin embargo, son incontables a las orillas del agua grande. Pero aquí, lejos en el interior de la tierras, los hombres les atribuyen un poder mágico, el de atraer a ellas el favor de los espíritus. Si Aô encuentra a los descendientes de los que se han quedado en las montañas y que yo no he podido encontrar, les enseñará esta concha. Lo escucharán y aceptarán quizá acogerlo como amigo. ¡Cógelo y que atraiga sobre ti la benevolencia de los espíritus!

Aô lo coge con respeto. No rehusará la alianza con estos poderosos espíritus. Lo coloca con cuidado en el saquito que lleva colgado al cuello, donde conserva algunos objetos recogidos durante sus peregrinajes, y a los que atribuye un cierto poder.

Da las gracias al chamán.

—Aô tiene ahora varios amigos entre los hombres del lago. Irá al otro lado de las montañas en dirección al sol poniente. Buscará a los hombres de los que Napa-mali ha oído hablar porque las almas de los que han muerto cuentan con él. Pero Aô se quedará para cazar con los hombres de tu clan. Se marchará después.

De pronto Napa-mali parece muy cansado. Fija la mirada en la de su interlocutor.

—Si un día tienes que renunciar a encontrar a los tuyos, vuelve con nosotros. ¿Quizá los antepasados de los hombres del lago quieran acoger a los antepasados de los hombres primitivos?

La entrevista ha terminado. Antes de salir de la choza, Aô espera todavía un momento para asegurarse que el chamán ya no tiene nada que decirle.

OceanofPDF.com

13

El sol ya está alto en el cielo. Las escasas raíces que ha comido no han hecho más que aumentar el apetito del chico. Un aroma a carne asada acaricia su nariz. Aô busca con los ojos a Âki-naâ. En la otra punta del campamento, los cazadores se han reunido y charlan ruidosamente. Sin duda están hablando de la cacería a la que Aô ha sido invitado por el chamán.

Kipa-koô se dirige hacia él. Le cuesta reprimir su excitación.

—Te estaba esperando. ¡Han vuelto los vigías! ¡Los renos se reúnen en la tundra! Mañana al amanecer, los cazadores se pondrán en marcha. ¡Wagal-talik ha dicho que estarás con ellos!

Aô sonríe.

—Aô ya lo sabe. Lo acaba de saber de la propia boca del chamán.

Âki-naâ se reúne con ellos. Impaciente, le acosa.

—¡Vamos! ¡Cuenta! ¿De qué habéis hablado tanto tiempo?

Aô se esfuerza por satisfacer su curiosidad. Trata de relatarle lo más fielmente posible las palabras del chamán.

Sólo parece retener una sola cosa del largo discurso.

—¿Así que te vas a marchar pronto?

Aô no contesta nada. La joven ha perdido el entusiasmo.

Se pasean en silencio por el campamento. Sus pasos los llevan hasta el grupo de cazadores.

Ma-wâmi los ve y les hace una señal para que se acerquen. Grita dirigiéndose a Aô.

—¡Te había dicho que tuvieras paciencia! ¡El momento que esperabas ha llegado!

Los cazadores han sacado de las chozas un lote de pieles muy especial. Al acercarse, Aô constata que son pieles de reno enteras de las que todavía cuelgan las pezuñas y la parte superior del cráneo con su cornamenta.

—¿Qué hacéis con esas pieles? —pregunta Aô, intrigado.

—Las preparamos para la caza. Gracias a ellas tomaremos el aspecto de los renos y nos podremos acercar hasta que estén al alcance de las azagayas, sin que se asusten. Hay para todos los cazadores. Tú también te tendrás que disfrazar de reno. Te voy a enseñar como hacerlo. Toma, ponte una de estas pieles.

Aô obedece.

Ma-wâmi le ayuda a fijar el cráneo del animal sobre su cabeza con ayuda de tiras de cuero anudadas debajo de la barbilla. El hombre desaparece completamente debajo del disfraz.

Ma-wâmi se ríe viendo como Aô se transforma en reno.

Aô se ríe también. Imita el grito del animal andando a cuatro patas.

Kâ-maï les dirige una mirada furiosa.

Los dos amigos se ponen serios. Ma-wâmi sigue instruyendo a su compañero contándole el desarrollo de la cacería.

—Primero observamos a la manada para saber en qué sentido se desplaza y localizar a los animales más alejados, susceptibles de ser aislados. También estudiamos las particularidades del lugar, la presencia de obstáculos, de barrancos o de montículos propicios al acercamiento y al cerco. Después los cazadores se dividen en varios equipos. A cada uno se le atribuye un puesto preciso. Uno de ellos es el encargado de dar la señal de ataque, que generalmente se fija poco antes del alba, cuando los animales todavía están dormidos. En función del lugar que les ha sido asignado, ciertos grupos tienen que recorrer a veces distancias enormes para no ser descubiertos por los animales. Eso puede ocupar una parte muy grande de la jornada, dependiendo de la importancia del rebaño. Una vez en el sitio, los cazadores se ponen sus disfraces y se untan la piel con estiércol fresco recogido en la pista de los animales para ocultar su olor. Después viene la fase más delicada. Hay que conseguir acercarse lo más posible de los renos

de forma que estén al alcance de las azagayas. Cuando suena la señal convenida, los cazadores se levantan simultáneamente y los rodean tomando la precaución de dejarles un paso para que los animales sobrantes que no pueden ser abatidos escapen hacia el grueso de la manada. Hay que evitar a cualquier precio que debido al pánico se dispersen en todos los sentidos y acaben por conducir a todo el rebaño hacia los cazadores. Toda la operación exige una buena coordinación entre los participantes y gran velocidad de ejecución. Los renos son animales veloces. Aprovecharán cualquier resquicio para romper el cerco. Una vacilación puede comprometer el éxito de la cacería porque a veces las únicas presas abatidas son los animales muertos en los pocos instantes de sorpresa que preceden a su reacción. Tenemos que lanzar las azagayas al mismo tiempo que dirigimos el flujo en la dirección adecuada. Cada uno tiene que llevarse varias y conservar algunas para los animales que se retrasan y que eventualmente pueden quedar cogidos en la trampa. A menudo son jóvenes nacidos el año anterior con algún viejo macho que se ha quedado atrás a veces para proteger a los otros. Hay que estar muy vigilante. No es extraño que éste se revuelva contra un cazador. Acorralado, intentará abrirse paso por cualquier medio. Ya sabes qué terribles pueden llegar a ser. Muchos cazadores han sido heridos de esa manera. En tu primera cacería con nosotros, vendrás conmigo. Esta vez te proporcionaré algunas de mis azagayas pero tienes que aprender a fabricarlas. El viejo Taâ-wik no se negará a ayudarte. Esta noche no dormiré nadie. Saldremos mucho antes del amanecer.



Especialmente excitados, los niños se divierten con las pieles más estropeadas, imitando la cacería con muchos gritos y carreras precipitadas a través del campamento. El chamán invoca a los espíritus para avisarles del acontecimiento que constituye la primera gran cacería de la primavera y solicitar su ayuda. Algunos hombres entrechocan piedras o golpean troncos huecos con ritmos cada vez más rápidos. Los cazadores, cubiertos con las pieles de reno, bailan agitando sus azagayas. Las fogatas crepitan. Nadie

come para que su cuerpo no adquiriera más peso y para que su espíritu esté presto durante la cacería.

Aô se une a ellos. Algunos hacen un círculo a su alrededor. Aprecian sus contorsiones que sugieren las escenas de caza de los hombres primitivos. Completamente desnudo, con el cuerpo untado de tierra roja, el chamán también baila.



Son las mujeres las que dan la señal de la partida. Los más mayores de los niños han velado hasta el alba, no queriéndose perder ese momento por nada del mundo. Aunque están vacilantes de cansancio, acompañan a los hombres y las mujeres hasta las orillas del río. A pesar del frío, éstos últimos se meten sin dudar en el agua negra del vado. En ciertos lugares, entre islotes de arena, tienen que ponerse a nadar. Pero no sienten ni el frío ni el hambre. La intensidad de la noche en vela, el ayuno y la sensación de estar realizando una misión sagrada difieren los límites de su resistencia física. Las mujeres se llevan las herramientas que necesitarán para arrancar las pieles y recortar la carne, así como las varas de madera que han preparado para efectuar el transporte de la caza hasta el campamento.

Uno detrás de otro, los miembros de la expedición se apresuran hacia lo alto de la pequeña cuesta que se levanta al otro lado de la corriente.

Escondidos en la hierba, contemplan la inmensa manada extendida hasta perderse de vista en la tundra. Rápidamente el jefe de las operaciones, que no es otro que Kâ-maï, da instrucciones a sus compañeros.

El viejo cazador ha sido designado para conducir la cacería. Es la primera vez que Wagal-talik delega sus prerrogativas y no participa en un acontecimiento de esta importancia. Esta decisión no es banal. Con sabiduría, ansioso por mantener la cohesión en el interior del clan y apaciguar la humillación que siente el orgulloso cazador, el viejo jefe ha querido demostrarle públicamente su estima y su confianza.

Con este gesto indica claramente a los demás que la buena fe del hombre no es puesta en duda y que nadie debe guardarle rencor por las convicciones que ha expresado a su vuelta con los suyos.

Ma-wâmi le confirma a Kâ-maï su intención de formar equipo con Aô. El hombre esboza una mueca dubitativa pero se abstiene de cualquier comentario. Se le ha impuesto la presencia del hombre-oso. No era partidario pero ha comprendido que no podía oponerse. Es consciente de que ya nadie de los suyos cree en sus malos presagios. El temor que había conseguido crear en los más influenciables de sus semejantes se ha disipado poco a poco. Sin reconocerlo, él mismo empieza a dudar de sus propias certidumbres.

Señala una partida de renos claramente separada del grueso de la manada. Ahí es donde se va a desarrollar la acción.

Las mujeres se quedarán en el repecho desde donde podrán seguir las peripecias de la cacería.



En este momento, Aô y Ma-wâmi corren por la tundra. Avanzan silenciosamente, medio agachados, rodeando el rebaño para alcanzar su puesto. Otros dos cazadores les siguen a unos pasos por detrás. Los animales huirán hacia el norte, su dirección natural, la de la llanura infinita.

Aô sigue sin dificultad el ritmo rápido impuesto por Ma-wâmi.

El chico se embriaga con esta larga carrera a través de la estepa, compartiendo la exaltación de sus compañeros que saltan ágilmente a su lado. Olvida que es Aô, el hombre primitivo. Se ha convertido en un cazador de este clan.

Kâ-maï había previsto casi media jornada para rodear al grueso de la manada. Había acertado. La noche cae cuando Ma-wâmi estima que han llegado al lugar donde deben cambiar de dirección para posicionarse. Avanzan lentamente hasta estar de nuevo a la vista de los animales.

En un murmullo, el cazador recuerda las instrucciones de Kâ-maï:

—Vamos a dormir un poco. Tendremos que estar en nuestro puesto antes del amanecer. ¡Cuando el sol cruce el horizonte tendremos que estar preparados! ¡Que los espíritus nos sean favorables!

Cálidamente abrigado en su piel de reno, demasiado excitado para dormir, Aô saborea el intenso momento que precede a la acción. Sus ojos se

demoran sobre el rostro sereno de Ma-wâmi, acostado a su lado. Tampoco duerme. Siente la mirada posada sobre él y abre los ojos. El joven le dirige una mueca cómplice. Mucho antes de que se levante el sol, despierta a los otros dos cazadores. Casi imperceptiblemente, en un silencio absoluto, se arrastran en dirección al rebaño. El cielo enrojece el horizonte cuando alcanzan su objetivo. Los animales sólo están a pocos largos de hombre. Aô no percibe ninguna señal de agitación en el seno de la manada. Muchos renos están tumbados en la hierba, otros dormitan de pie, inmóviles, con la cabeza colgando.

Los cuatro hombres han dejado de moverse. Cada uno elige su blanco. Alargan la oreja para percibir la señal de ataque. Es necesaria una buena sincronización. Un estremecimiento atraviesa el rebaño, adelantándose en una fracción de segundo al eco de los gritos que lanzan los miembros del grupo de Kâ-maï. En un único impulso, los cuatro hombres se levantan y saltan hacia delante vociferando. Los renos reaccionan con mucha prontitud, retrocediendo. Pero en el otro extremo se produce el movimiento contrario, provocando un instante de vacilación en sus filas. Por fin, como preveían los cazadores, los animales se ponen en marcha hacia el norte, en dirección a la manada principal. Los hombres lanzan sus azagayas. Con menos práctica en este ejercicio pero más rápido, Aô llega hasta el animal asustado más cercano y lo fulmina hundiéndole la azagaya a quemarropa en el flanco. Tan deprisa como puede lanza su segunda azagaya, que falla el blanco y se clava en el suelo. La mayoría de los renos está ya fuera de alcance. Pero como había previsto Ma-wâmi, algunos animales, disminuidos por la edad o demasiado inexpertos, se han quedado en el lugar. El círculo de cazadores se cierra inexorablemente. Sabiendo que está cogido en una trampa, un reno de un año se lanza hacia los hombres, con la cabeza gacha, las astas inclinadas hacia el suelo. El cazador que ha tomado por blanco arroja precipitadamente la azagaya que no hace más que rozar al animal. El hombre consigue de todas formas echarse a un lado para evitar la carga mortal. El joven reno galopa hacia el rebaño. Por esta vez ha escapado a la muerte.

Los cazadores matan a los que corren dando vueltas en redondo, desamparados. Todavía queda un viejo macho en el grupo. El imponente

animal, con el pelaje estropeado por las heridas acumuladas a lo largo de los feroces combates que ha tenido que librar en la tundra para mantener su rango, araña la tierra con las pezuñas mugiendo de miedo y de cólera. Una azagaya se le clava en el codillo. Debido al dolor, termina por decidirse. Como un proyectil, el animal se lanza hacia Kâ-maï. El viejo cazador no se mueve. Desafía al animal increpándolo. En el último momento, se aparta velozmente y le hunde la azagaya en el pecho. Herido de muerte, el reno consigue dar algunos trancos antes de desplomarse, con el cuerpo sacudido por las últimas convulsiones de la agonía. El viejo cazador levanta hacia Aô una mirada llena de orgullo.

Los últimos animales supervivientes son abatidos con prontitud. La caza ha sido excepcional. Ninguno de los cazadores ha resultado herido.

El pánico provocado a retaguardia de la inmensa manada ha terminado por extenderse hasta delante. Aô mira como la enorme masa que inunda el horizonte se pone en marcha y se aleja hacia el norte con un estruendo ensordecedor, a través de una nube formada por multitud de partículas de barro arrancadas a la tierra. El suelo vibra, martilleado por decenas de miles de pezuñas. Los renos dejan tras de sí un inmenso barrizal.

Kâ-maï cuenta laboriosamente con los dedos los animales abatidos. Hay muchos, más de los que han matado nunca los cazadores en una sola vez. Renuncia a enumerarlos.

Ve como Aô se alegra con los demás cazadores. ¡Tiene que rendirse a la evidencia! No sólo el hombre-oso ha mantenido honorablemente su puesto, sino que su presencia coincide con una cacería excepcional, señal manifiesta del favor de los espíritus. ¿Cómo ha podido poner en duda la pertinencia de las decisiones del chamán? ¡Como siempre, el anciano tenía razón! En cuanto a Kâ-maï, se ha equivocado. Al orgulloso cazador le repugna reconocer su error. Opta por guardar silencio.

Los cazadores han descuartizado un joven reno. Se reparten el hígado y el corazón aún calientes antes de poner el cuerpo a asar encima de un gran fuego.

Las mujeres se reúnen con ellos a mediodía. Trabajan sin descanso, hasta tarde por la noche, sangrando y descuartizando los animales, extrayendo las tripas y las vejigas, cortando en trozos la carne y

envolviéndola en pieles desolladas toscamente, antes de apilarlas en trineos robustos, semejantes a los que usan Aô y los suyos. Unos hombres toman las preciadas cornamentas y algunos huesos de los esqueletos descarnados. Otros se afanan arrancando algunos dientes de las mandíbulas de los animales muertos.

El chamán también ha realizado el viaje. Recorre la tundra salmodiando las palabras rituales dirigidas a los espíritus de los animales abatidos.

Los cazadores ahitos y extenuados se duermen alrededor del fuego.

OceanofPDF.com

14

La vuelta es triunfal. Todos los que no han participado en la cacería manifiestan ruidosamente su entusiasmo. Los animales abatidos son flacos pero su número compensa con creces este inconveniente. Todos están de acuerdo en interpretar esta abundancia excepcional como señal de la benevolencia de los espíritus. Aô es festejado igual que sus compañeros.

Wagal-talik se queda aparte. Deja que los suyos expresen su alegría. Cuando los clamores se disipan, se acerca a los cazadores.

Aô nota que dos hombres desconocidos le siguen.

Su aspecto no los diferencia en nada de los miembros del clan. Son jóvenes, altos y bien proporcionados. Le falta un trozo de oreja al mayor de los dos. El otro tiene la cara redonda y aspecto jovial. Sus cabellos oscuros están atados en moño en lo alto de su cabeza.

Wagal-talik saluda a sus compañeros y los felicita por la abundancia de presas. Pero su rostro está preocupado. De las exclamaciones que surgen a su alrededor, Aô deduce que esos hombres no son unos desconocidos. El anciano jefe informa a los cazadores de los motivos que han llevado a sus parientes del río a visitarles ahora que está empezando la estación de las grandes cacerías.

—Durante vuestra ausencia llegaron Ak-taâ y O-mok. Han venido a avisarnos del retorno de los hombres-pájaro.

Los interesados no prestan ninguna atención a las palabras de Wagal-talik. Toda su atención la centran en Aô, al que miran estupefactos.

La boca del hombre de la oreja estropeada se abre y deja escapar un grito de sorpresa y de ira. Toma por testigo a su compañero. Aô no oye lo

que le dice porque habla en voz baja. Pero sabe que se trata de él. Lee la repulsa en sus ojos.

Molesto por la falta de cortesía, Wagal-talik se interrumpe y les invita a concretar ellos mismos las razones de su llegada.

Los dos visitantes se ponen rápidamente de acuerdo con la mirada. El mayor se decide a hablar. Su tono es altivo.

—Ak-taâ y O-mok han venido a avisar a los hombres del lago. Hombres que viven del lado donde se levanta el sol han bajado a lo largo del afluente del río grande y merodean por nuestros territorios. Su ferocidad es extrema. Han atacado a cazadores del clan de O-mok para apoderarse de su botín. Han matado a dos hombres y los otros han huido abandonando la caza. Nuestros chamanes dicen que codician nuestros territorios.

El hombre se interrumpe brevemente para señalar con la barbilla a Aô con una mueca de asco. Y prosigue.

—Ak-taâ no se esperaba encontrar una criatura como ésta en medio de nuestros parientes. ¡Ahora comprende mejor la ira de los espíritus que han enviado a los hombres malvados!

Esta vez Aô ha comprendido perfectamente. El hombre utiliza la misma lengua que Wagal-talik y los suyos.

Un silencio consternado sucede a estas palabras. Se ha agitado la alegría de la vuelta, no sólo por la inquietante noticia, sino también por las palabras malintencionadas acerca de Aô.

Napa-mali se calla. Observa la reacción de los suyos. Con satisfacción, lee la cólera o la indignación en sus rostros. Se permite incluso una sonrisa al ver el gesto furioso de Kâ-maï.

Ma-wâmi se levanta para replicar a las palabras despreciativas del hombre, pero para sorpresa general, se le adelanta Kâ-maï el furioso.

El viejo cazador ruge.

—¡Pues no has venido en vano puesto que has comprendido algo! ¡Por lo demás, no merecía la pena que te desplazaras! Los hombres malvados ya han venido por aquí. Lo hicieron en nuestra ausencia para apoderarse de nuestras mujeres. Mataron a un anciano que se opuso a ellos. Se fueron llevándose tres jovencitas. ¡Pero su jefe se dejó algo aquí! (Señala a Kipa-koô.) ¡Éste le rompió los dientes!

El viejo cazador se endereza con orgullo antes de proseguir.

—Atâ-mak, Ma-wâmi y Kâ-maï remontaron el río y siguieron sus huellas. Encontraron su campamento. Los hombres no estaban allí. De las tres mujeres, sólo estaba presente I-taâ. Kî-mi, la compañera de Ma-wâmi, que también era la hija de Kâ-maï, había muerto en el trayecto. Âki-naâ, la mujer de Atâ-mak, había huido para preservar a su hijo por nacer de la muerte a la que estaba condenado. La buscamos mucho tiempo. Cazadores de ese clan nos alcanzaron. Atâ-mak fue herido pero Kâ-maï mató a uno de ellos. Ya no eran más que dos y renunciaron a seguir el combate. Emprendimos el camino de vuelta. ¡Un día, cuando nuestra situación era desesperada, nos encontramos con la criatura a la que haces responsable de las desgracias de los tuyos! Âki-naâ y su hijo estaban con él. Atâ-mak pudo ver a su hijo antes de morir. Igual que tú, Kâ-maï creyó que ese hombre extraño iba a traer la desgracia a los suyos. Pero hoy, Kâ-maï reconoce que se equivocaba. Ese hombre se enfrentó y mató a los que acosaban a Âki-naâ. Ma-wâmi, I-taâ y Kâ-maï también le deben la vida. No necesito contarte más. En cuanto a los espíritus, ¡nos han demostrado palpablemente su satisfacción!

Señala con el dedo las impresionantes cantidades de carne fresca acumuladas en las pieles de los renos antes de volver a sentarse.

Napa-mali interviene a su vez.

—Kâ-maï ha hablado bien. Aô es nuestro invitado. Sus semejantes acogieron a nuestros padres cuando erraban por las montañas en el umbral del invierno. Los ancianos saben cuanto les debemos. No te olvides de contarle a los tuyos que aquel a quién tus palabras han ofendido es el huésped sagrado de nuestro clan y que ha luchado y vencido a los que teméis. No hay nada que añadir. Los hombres que ves aquí están cansados. Vuelven de la cacería. Tienen hambre. Si lo deseáis, podéis quedaros con nosotros. Sois bienvenidos. Pero sabed que ninguno de los nuestros tolerará la menor palabra malintencionada sobre nuestro compañero.

Para mostrar que el debate había terminado, el chamán se retira. Los otros se apresuran a imitarle y se dirigen hacia el fuego, dejando solos a los dos hombres.

Trozos de carne fresca han sido puestos a asar sobre las piedras ardientes.

Después de haber charlado mucho tiempo en su rincón, terminan por ir a instalarse cerca de la fogata, con aire contrito.

Su decisión de permanecer con ellos, a pesar de su advertencia, contraría a Napa-mali. Preferiría que se fueran. El aire huraño y porfiado del hombre de la oreja arrancada no presagia nada bueno. ¿Por qué ha decidido quedarse este joven cazador arrogante a pesar de la presencia de Aô? ¿Cuáles son sus intenciones?

El chamán comunica sus aprensiones a Wagal-talik. Éste lo tranquiliza.

—Kâ-maï ha hablado bien pero Wagal-talik no olvida cuanto tiempo les ha costado a él y a muchos otros aceptar la presencia del hombre primitivo. Estos dos hombres son nuestros parientes. O-mok es el hijo de la hermana de Wagal-talik. A Wagal-talik le preocupa mucho más la vuelta de los hombres-pájaro. Su presencia es una amenaza para todos. Después de la afrenta que les hemos infringido, no se irán sin haber realizado su venganza. Tarde o temprano volverán por aquí. Comamos ahora. Lo que tenía que decirse ha sido dicho. Dejemos que los hombres se calmen. Wagal-talik desea hablar con el hijo de su hermana. También le gustaría que él y su compañero asistan a la ceremonia del paso en la que va a participar Kipa-koô.

Pero la atmósfera sigue estando tensa. Los dos hombres intervienen poco en las conversaciones. Llueve. Cae la noche. Uno tras otro, los habitantes vuelven a sus refugios.



A pesar de la lluvia que se mantiene, Aô y Âki-naâ permanecen junto al fuego. No hablan. El crepitar de las llamas debajo de las gotas acompaña sus ensueños solitarios. Las miradas malévolas de Ak-taâ a Aô, además de concupiscentes hacia ella, no se le han escapado a la joven.

La ceremonia del paso está próxima. Este acontecimiento tan importante que marca la entrada en el mundo adulto concierne a dos chicas y a Kipa-koô. Los dos cazadores se quedarán probablemente todo el tiempo que dure la ceremonia. ¿Tal vez una de las dos jóvenes iniciadas se marche con ellos? Âki-naâ teme la codicia del hombre de la oreja desgarrada. En el

clan, las mujeres pueden oponerse a la petición de un cazador si otro hombre se declara. La próxima partida de Aô mantiene la confusión en sus pensamientos. No tiene ningún deseo de unirse a nadie. Pero sabe que esta cuestión no tardará en plantearse. La llegada de los hombres quizá precipite las cosas. La joven sabe que la esperan días difíciles. Como siempre, la presencia de Aô a su lado la tranquiliza. Todavía está aquí. Mañana será otro día. Le pesa la cabeza. El fuego está perdiendo su intensidad. Se acurruca contra su compañero. Su respiración se calma. Se hunde en el sueño.

Ak-taâ está de mal humor. El homenaje que le han rendido los cazadores al hombre-oso, el relato de los enfrentamientos con los asesinos de hombres, las alusiones al miedo de los suyos le han humillado.

Nunca se ha encontrado con ellos. Si hubiera formado parte de los cazadores cogidos en la emboscada, ¡otro gallo habría cantado! Él no los teme. Son hombres como los demás. Si ese viejo cazador ha conseguido matar a uno, ¡no tienen que ser tan terribles! Solamente la sorpresa y el terror que inspira su aspecto a sus víctimas pueden justificar la lamentable deserción de los hombres del clan de O-mok. Con unos cuantos compañeros decididos, Ak-taâ se siente con fuerzas para liberar sus territorios de estos seres malvados.

No, no son los hombres malos lo que le preocupa. El objeto de su malhumor es la criatura que tiene sentada enfrente. ¿Cómo es que han aceptado una alianza semejante estos hábiles cazadores, este chamán respetado hasta en las más lejanas tribus? ¿Cómo pueden creer que los espíritus puedan ser favorables a este acercamiento? ¿Cómo puede ser que su jefe, un hombre sagaz, tolere que su hija se exhiba así con este hombre-oso?

Ak-taâ no puede reprimir su ira. La escena que ofrece esa joven de cuerpo vigoroso arrimado al de esa criatura a medio camino entre el hombre y el animal, mantiene y aviva su cólera.

Sin embargo, a pesar de este espectáculo execrable y de las palabras despreciativas de Kâ-maï, aún no quiere abandonar el campamento. ¡Ak-taâ no ha venido hasta aquí solamente para avisar a los hombres del clan! Ak-taâ también ha venido para buscar una mujer.

¡Y es ésa la que desea! Desde su llegada, su mirada se ha cruzado con la de Âki-naâ. Desde ese momento, sabe que se irá con ella. Ha oído a Kâ-maï recordar la muerte de su compañero. En el transcurso de la tarde, se ha enterado por un cazador de las circunstancias exactas de su captura, de su huida y de su encuentro con el hombre-oso. Sabe que ha matado con sus propias manos a uno de sus perseguidores. Sabe que ha cazado. Ya no ignora nada de las pruebas que ha padecido. Esa mujer le fascina. Demuestra un coraje que muchos hombres podrían envidiarle. Es diferente a todas las mujeres que conoce. Ha sostenido su mirada con orgullo. Es él el que ha terminado por bajar los ojos. La actitud de esta mujer excita sus sentidos. Ak-taâ quiere a esta mujer arrogante. La someterá a su voluntad. Su hijo es un macho vigoroso. Podrá engendrar otros que irán a reforzar el poder del clan.

Mañana se pronunciará. Pronto, Ak-taâ dirigirá la cacería. No lo duda. Ik-wag, el que asume esta carga, está cansado. No es tan viejo como Wagal-talik pero no posee su energía. Su cuerpo le hace sufrir y sus fuerzas declinan. Ak-taâ puede pretender reemplazarle. Su alianza con la hija de un hombre tan respetado como Wagal-talik y la presencia de un hijo vigoroso aumentarán su prestigio entre los suyos. Esta mujer no puede desear una unión mejor.

Pero a pesar de su determinación, el hombre no consigue dominar la turbación que siente. Por mucho que intente convencerse de que las cosas no pueden ocurrir de otra manera, no está satisfecho. Una aprensión sorda estropea sus hermosas resoluciones. La causa la tiene frente a él.

Huraño, observa furtivamente a la pareja inmóvil cuya forma se recorta en la oscuridad a la luz de las llamas. El hombre-oso está absorto en la contemplación del fuego que baila ante sus ojos. La mujer duerme apaciblemente apoyada en su hombro. Increíblemente, observa esta escena irreal.

¿Por qué ningún cazador ha reclamado todavía a esta mujer y a su hijo? ¿Podría ser que fuera la compañera del hombre-oso? ¿No se ha atrevido acaso a sostener la mirada de Ak-taâ?

Sus ojos son atraídos irresistiblemente por la imagen de estos dos seres diferentes, por ese bloque inmóvil, casi pétreo, en el que parecen converger fuerzas desconocidas.

La lluvia se ha puesto a caer de nuevo. Gruñe una orden breve a su compañero. Los dos vuelven al refugio que han puesto a su disposición.



Antes del amanecer, Âki-naâ se ve despertada por los cabezazos de su bebé que reclama el pecho con autoridad. Se estremece de frío. El agua ha penetrado debajo del grueso abrigo de piel. Medio dormida, le ofrece el pezón a la boca ávida. Acaricia amorosamente la cabeza del pequeño pensando en los acontecimientos que se han sucedido desde su nacimiento. Recuerda su huida desesperada, la terrible tormenta, la gruta donde nació, su terror cuando vio cómo se alzaba Aô en la penumbra de la pequeña caverna. Con este último pensamiento, la sumerge una ola de cariño hacia el hombre dormido a su lado. Se le encoge el corazón pensando en su próxima partida. Desde su vuelta con los suyos, se ha dado cuenta de cómo añoraba la vida que habían llevado. No tiene que hacer mucho esfuerzo para imaginarse hollando la hierba y el musgo, a lo largo de los ríos o en la cresta de las colinas, caminando con orgullo tras los pasos de su compañero, con el pequeño Atâ-mak sentado en sus hombros contemplando el espectáculo del mundo extendiéndose hasta perder la vista.

La compañía de las mujeres de la tribu ya no la satisface. Sólo aspira a estar con Aô y el pequeño. Con ellos se siente bien. Se da cuenta de pronto que en el fondo de sí misma, ya sabe desde hace mucho tiempo que ella y su hijo se marcharán con Aô.

Sus dedos se pierden en el pelaje que cubre el hombro desnudo del hombre. Sus ojos se abren, inmensos y profundos. Sin vacilar, la joven se hunde en ellos.

El niño está ahíto. Ha crecido. Los rasgos de su cara recuerdan los de su padre, Atâ-mak, del que lleva el nombre. Es fuerte y desde hace poco tiempo anda erguido. Cada mañana no para hasta escapar a la vigilancia de su madre y trotar hasta el lugar que ocupa el viejo Taâ-wik, donde espera encontrarse con Aô. Tropieza a menudo, se cae, a veces con violencia, pero nada altera su decisión.

Esta mañana no necesita ir lejos. Encantado, se desliza hasta el que considera como su padre y se acurruca contra su pecho. Aô acoge con placer al niño.

Âki-naâ los observa. Sabe que la espera una dura jornada. Nota una vez más en Aô esa especie de apatía que tanto la exasperaba al principio. Pero, aunque parezca que nada le afecta, Âki-naâ sabe también que nada se le escapa. Es poco probable que no haya notado las miradas que le ha lanzado a ella el hombre de la oreja desgarrada. Está convencida que se ha dado cuenta que ese hombre la deseaba. ¡Tal vez piense que eso no le concierne de ninguna manera! La joven suspira.

Queda carne sobre las piedras templadas cubiertas de ceniza. Le tiende un trozo a su compañero que lo comparte con el niño. Âki-naâ come en silencio mientras se afana reanimando las brasas.



El sol se levanta sobre la montaña. Una mujer trae una brazada de leña seca. Los habitantes salen de las chozas unos tras otros. Se forman pequeños grupos y las lenguas se sueltan. Ak-taâ y O-mok llegan los últimos.

Ak-taâ lleva la cabeza bien alta. Su rostro está sombrío, las mandíbulas apretadas, como si se preparara para el combate.

Wagal-talik invita a los dos hombres a comer. No se hacen de rogar. El viejo jefe recuerda los lazos que unen a los clanes del agua. Ak-taâ no manifiesta ningún interés por estas palabras. En cuanto el cazador ha terminado de hablar, se levanta de un salto y toma la palabra sin haber sido invitado. Se golpea con fuerza el pecho hablando en voz alta.

—Dentro de poco Ak-taâ será un jefe.

Se alzan exclamaciones desaprobadoras entre los hombres y las mujeres presentes. No es costumbre exhibir en público estas pretensiones. Son muchos los que no aprecian la arrogancia del joven.

Sin embargo, prosigue sin vacilar.

—Como sabéis, nuestros clanes nos han enviado, a mi compañero y a mí, para avisaros que los hombres malvados merodean a lo largo del río. No

sabíamos que ya habíais tenido que ver con ellos. Bastarán unos cuantos cazadores valientes para encontrarlos y matarlos. Así ya no volverán.

Wagal-talik asiente.

—Esperaba que esos hombres hubieran vuelto para siempre a sus lejanos territorios. Pero veo que no ha sido así. Esta situación es preocupante. Por el momento, los espíritus nos son favorables. La primera cacería ha sido abundante pero las manadas se han metido en la tundra y pronto tendremos que seguir sus huellas. Los más jóvenes y los ancianos quedarán a merced de esos asesinos de hombres. Los nuestros no tienen por costumbre derramar la sangre de seres humanos. Los espíritus se lo prohíben.

Kâ-maï interviene.

—Ma-wâmi y Kâ-maï han luchado contra ellos. Kâ-maï ha matado a uno de ellos. Por lo tanto no son tan invencibles. Matar a un hombre no es más difícil que matar a un animal. Los espíritus no han demostrado ira contra nosotros.

Ma-wâmi le apoya.

—Aô ha matado a varios. En adelante, tendrán miedo de enfrentarse al hombre-oso y a sus aliados.

Ak-taâ esboza una mueca despectiva.

—No le necesitamos para enfrentarnos a ellos y echarlos de nuestros territorios. Nuestras armas son tan buenas como las tuyas. Podéis dormir tranquilos, Ak-taâ puede prescindir de vuestra ayuda. Se irá en busca de los asesinos de hombres con unos cuantos de los tuyos. Conocerán lo que es el miedo. Los que puedan escapar darán testimonio de los peligros que han corrido al adentrarse en nuestros territorios.

Los cazadores se interpelan y discuten en pequeños grupos. Unos se irritan por la suficiencia del joven, mientras que otros aprecian su determinación.

Napa-mali interviene:

—Deseamos que Ak-taâ no sea sólo un charlatán. Si sus actos llegan a estar a la altura de sus palabras, no podremos hacer otra cosa que alegrarnos y todo el clan se lo agradecerá. Mientras tanto, ¡que se ponga en marcha sin

tardar antes de que los hombres-pájaro cometan nuevas fechorías! ¡Y que no olvide saludar a nuestros parientes del río en nombre nuestro!

Ak-taâ fulmina con la mirada al anciano que lo mira con aire sarcástico. Ha llegado el momento de reclamar a la mujer que desea.

—Ak-taâ y O-mok han de partir. Pero Ak-taâ quiere llevarse a esta mujer y a su hijo. (Señala a Âki-naâ.) Dará por ella una mano de pieles de bisonte y tres conchas de mar. Dará también dos azagayas cuyas puntas han sido talladas en marfil de mamut.

Un prolongado murmullo admirativo acoge sus palabras. Los regalos que ofrece son suntuosos. Las conchas de mar son objetos raros que favorecen las empresas de los que las poseen.

El marfil es un preciado material, difícil de conseguir.

Todas las miradas convergen en Wagal-talik.

Tomado por sorpresa, el hombre no esconde su apuro.

Como a regañadientes, al cabo de largas vacilaciones, termina por responder.

—He aquí nuestra ley. Si antes de la puesta de sol nadie más ha reclamado a esta mujer, se marchará contigo.

El hombre apenas presta atención. Sólo ha oído «se marchará contigo». Echa una mirada desdeñosa a la asamblea de cazadores. Ninguno de ellos se manifestará. ¡Cómo podrían rivalizar con los presentes de Ak-taâ! Además, ¿por qué habrían esperado hasta su llegada para reclamar si querían a esta mujer?

¡Sin duda no se atrevían a enojar a ese hombre-oso al que son tan adictos! Al fin y al cabo, sus aprensiones no estaban justificadas. No le pertenece. ¿Tal vez tienen miedo de la mujer? Probablemente sea eso. Se ríe burlonamente.

No se equivoca. Aunque es cierto que algunos temen la desaprobación de Aô, los que habrían podido reclamar a Âki-naâ y a su hijo no lo han hecho por razones que dependen del comportamiento mismo de la mujer. Su autonomía, sus experiencias poco comunes y su actitud orgullosa impresionan a estos hombres apacibles.

Seguro de sí, Ak-taâ se dirige lentamente hacia Âki-naâ. Muestra una sonrisa triunfante. Su actitud es la de un predador convencido de que su

presa no se le puede escapar.

Nadie se mueve. Estupefacta por la velocidad a la que se ha decidido su destino, la joven se esfuerza por recobrar la compostura y dominar el miedo que la invade. Se siente sola, abandonada en el seno de su propio clan. Sorprende la expresión incómoda de su padre. El hombre está ya a sólo unos pasos. Se detiene como el felino antes del ataque final. Pero no, ¡no es por eso!

Âki-naâ ve como asoma una pizca de inquietud en sus ojos oscuros. Aô está ahí. Se ha adelantado despacio para situarse a dos pasos de ella. Su mirada se posa en el hombre de la oreja arrancada que le hace frente. Se contenta con mirarlo con gravedad. Tan pronto como ha llegado, la impresión de soledad que sentía la joven se desvanece. Con su alivio se mezcla una ira que crece en ella como un fuego bien alimentado. Indeciso, el hombre observa el cambio de actitud de la joven, cuyo rostro está desfigurado ahora por la rabia.

Su furor explota, petrificando a los que están presentes. Grita.

—Âki-naâ ya no es libre. Ya tiene un hombre. Está aquí.

Coloca la mano en el hombro de Aô. Sus uñas se clavan en la piel de su compañero como si fueran garras.

Aô conoce las cóleras de su compañera por haberlas experimentado a su costa. Pero no recuerda haberla visto nunca en ese estado. Hipa de furor. Su pecho pesado por la maternidad se levanta al ritmo de los latidos precipitados de su corazón.

Asombrado, Ak-taâ contempla esta escena inverosímil. ¡Nunca ha visto a una mujer comportarse así! Esta hembra está histérica.

Sin ninguna duda, está poseída por malos espíritus, como consecuencia de su alianza con el hombre-oso.

El hombre está enormemente despechado. Gozaba con dominar a esta hembra arrogante, tan diferente de las mujeres con las que se codea desde su infancia. Pero sabe que no se la llevará con él, por el miedo de atraer la desgracia sobre los suyos.

Los rasgos de la joven se calman. Ahora lo observa sin animosidad.

—¡Âki-naâ no tiene nada contra Ak-taâ! No será su mujer, eso es todo. ¡Que se vuelva con los suyos!

A su alrededor, los cazadores discuten animadamente. La actitud de Âki-naâ es condenable. Pero la mayoría se sienten propensos a la indulgencia. Todos saben lo que ha sufrido. ¿Qué mujer se habría atrevido a enfrentarse a un mundo hostil, sola con un niño por nacer, como lo ha hecho ella? ¿Qué mujer habría podido matar a un hombre? Esta mujer no es como las demás. Los espíritus no parecen condenar ni su alianza con el hombre-oso, ni su presencia en el clan. Al contrario, todo parece indicar que están satisfechos. Más de un espectador se alegra incluso del despecho del hombre de la oreja arrancada. Ese cazador prepotente y soberbio se merecía una lección de humildad. No ha respetado las conveniencias en varias ocasiones. El hombre se ha comportado como si esa mujer ya le perteneciera. Ha despreciado a los cazadores del clan actuando de esa manera. Todos se preguntan cual será la reacción de Wagal-talik.

Éste no parece especialmente disgustado. La descortesía del joven ha terminado por minar su paciencia. Incluso parece dibujarse una ligera sonrisa en sus labios, como si se alegrara del giro de los acontecimientos.

El chamán se ha reunido con él. Los dos hablan en voz baja.

Al término de este conciliábulo, Wagal-talik indica que va a hablar.

Se dirige al conjunto del clan.

—El cazador del río no se ha dignado esperar hasta la puesta de sol para manifestarse, como lo requiere la costumbre. ¿Tal vez no ha oído bien las palabras de Wagal-talik? El hombre elegido por Âki-naâ no pertenece a nuestro pueblo pero sabe que, si lo desea, puede permanecer con nosotros. Nuestro chamán está convencido de que los espíritus son favorables. Si acepta tomar a su cargo a esta mujer y a su hijo, la ley del clan será respetada y nadie se le opondrá. Deseo que las cosas ocurran así.

Dirige una mirada benevolente al hombre-oso inmóvil e imperturbable, como si fuera extranjero a todo el asunto.

Un murmullo de aprobación acompaña las palabras del anciano jefe. Ninguna voz se levanta para contradecirle. La cosa está decidida. Sólo falta que el interesado se manifieste. Las miradas convergen hacia él.

Pero Aô no dice nada. Su rostro impasible no demuestra ningún tipo de emoción. La situación es muy penosa para Âki-naâ.

El chamán acude en su ayuda.

—Aô no conoce todavía todas nuestras costumbres. No comprende bien nuestra lengua. Yo me encargo de informarle y recoger su decisión.

Con un gesto, invita a las personas presentes a retirarse y dedicarse a sus ocupaciones.

Lentamente, los miembros del clan se dispersan. Ak-taâ se dirige hacia Wagal-talik.

—Ak-taâ y O-mok se irán antes de que el sol alcance su cénit. Ak-taâ ha cumplido su misión. Rendirá cuentas a los del río.

Wagal-talik mueve la cabeza. Quiere ser conciliador.

—Se os da las gracias por las informaciones que nos habéis traído. Gracias a vosotros no nos dejaremos sorprender por los hombrespájaro y podremos tomar medidas para protegernos de su ferocidad. Garantizarles a los tuyos nuestra amistad. Al final de la estación de la caza, Wagal-talik y aquellos que deseen acompañarle remontarán la pista a lo largo del río para ir a visitar a sus parientes.

Ak-taâ contesta fríamente.

—Cuando vengáis tú y los tuyos, no traigáis con vosotros al hombre-oso. No es bienvenido en nuestro territorio. Debería ir a reunirse con su propio pueblo. No tiene lugar entre los verdaderos hombres. ¡Que se vaya con la mujer! Ése es mi consejo. Echádlo de vuestros territorios. ¡Los espíritus se han mostrado indulgentes, pero no abuséis de su paciencia! ¡Podríais lamentarlo!

Wagal-talik sonrío, sin ofuscarse por las pretensiones del joven cazador.

—Bien. Te doy las gracias por tu consejo. Si te parece bien, arreglaremos este asunto entre nosotros. Yo también te voy a dar un consejo. Tú que pretendes conocer las razones de los espíritus y ya hablas de tomar el lugar de tus mayores, no te prives de escucharlos. Cuéntales más bien lo que has visto y oído aquí. Avísales que los hombresoso están de vuelta o más bien que uno de ellos ha venido hasta aquí. Pídeles que te hablen del pasado de nuestro pueblo. Diles que ha llegado el momento de devolver el bien y que los del lago están orgullosos de tener con ellos un valiente cazador más.

Ak-taâ abre la boca para hablar pero Wagal-talik le hace una seña de que no hay nada que añadir y que no desea oír nada más.

Los dos hombres no tardan en marcharse. Los saludos son breves y fríos. Pero Wagal-talik no está inquieto. El viejo Ik-wag y los cazadores más ancianos comprenderán. Este joven necesitaba una lección.

Aô y Napa-mali se dirigen hacia él. Hace calor. Los tres hombres se instalan a la sombra de un pino. Ma-wâmi también se reúne con ellos.

El chamán se encarga de resumir la situación. Aô observa y escucha atentamente. El chamán no le enseña nada que no sepa ya.

No contesta enseguida. Se encuentra bien aquí. Sin embargo, sabe que no debe quedarse. Suspira.

—Aô tiene que marcharse. Le gustaría llevarse a Âki-naâ y a su hijo, pero ¿podrán seguirlo más allá de las montañas? ¿Qué pasaría si lo matan?

Con el corazón partido, prosigue.

—Âki-naâ y Atâ-mak tienen que quedarse con los suyos.

Se vuelve hacia Ma-wâmi.

—Aô le pide a su amigo que vele por esta mujer y su hijo y que cace para ellos. Algún día, Aô volverá.

Ma-wâmi asiente gravemente. Está conmovido por la confianza que le demuestra este hombre al que admira y ha aprendido a querer.

—Ma-wâmi velará sobre Âki-naâ y su hijo como si fueran su propia familia. Esperaremos el retorno de Aô.

Wagal-talik aprecia la clarividencia del chico. Si sobrevive al largo periplo a través de los territorios desconocidos, quizá vuelva. Está bien así.

El chamán tiene algo que decir. Sus ojos vivos expresan malicia y satisfacción.

—Aô ha hablado sabiamente. Por mucho que Âki-naâ tenga el valor y la velocidad del lince, el niño los retrasaría mucho y aumentaría los peligros que iban a correr en este largo viaje. ¡Pero Aô no se irá solo! Hay alguien que se quiere ir con él. Me lo ha dicho. He reflexionado y le he dado mi consentimiento. Será nuestro enviado ante el pueblo de los hombres primitivos. Un día, ese niño será un chamán para nuestro clan. Los espíritus no han esperado a que sea adulto para visitarlo. Ya le han dado un nombre, Kipa-koô, el árbol ancestro cuya corteza tiene el color de la nieve, uno de los pocos que crecen en la tundra y se atreven a desafiar la ira del viento. Su

cojera no le impide andar. No le falta resistencia. Pero aún tiene que solicitar el consentimiento de su padre.

El chamán se vuelve hacia el joven que espera cerca.

—Acércate, Kipa-koô.

Wagal-talik está sorprendido. Ignoraba los proyectos de su hijo. Antes de pronunciarse, quiere oír a Aô.

Éste se contenta con hacer una mueca como hace cuando quiere expresar su conformidad.

Wagal-talik le dice sencillamente.

—Kipa-koô y Aô se irán juntos después de la ceremonia del paso en la que ha de participar Kipa-koô.

15

La ceremonia requiere pocos preparativos. Momento esencial en la vida de un ser humano, suscita una emoción interiorizada, compartida por el conjunto de la comunidad, sin que dé lugar a manifestaciones espectaculares.

Esta mañana, el chamán ha visitado sucesivamente a los tres jóvenes a los que concierne esta iniciación espiritual. Al final de un largo período de enfrentamiento con los espíritus, recibirán sus nombres de adultos inspirados en la interpretación hecha por el chamán de las visiones y los sueños que se le cuentan.

Son tres, Kipa-koô y dos jovencitas intimidadas. Delante del clan reunido y silencioso, se desnudan completamente para simbolizar el abandono de su condición anterior y prepararse para realizar lo que parece un nuevo nacimiento. Para ellos se trata de romper con el anonimato relativo y la irresponsabilidad de la infancia para acceder a la condición de adulto, miembro activo de la comunidad, apto para llevar a cabo las tareas colectivas e individuales de la vida cotidiana.

Están tiritando en el frescor del amanecer.

Concienzudamente, el chamán unta por completo sus cuerpos con una mezcla de ocre rojo y de grasa de reno para materializar este segundo nacimiento, recubiertos no ya de la sangre de su madre sino de la sangre de la tierra. De esta manera podrán ser identificados por los espíritus como aspirantes a la condición de hombre o de mujer, con potestad para recibir sus mensajes y sus instrucciones.

Kipa-koô mira orgullosamente a sus congéneres. Esperaba con impaciencia este momento. El aislamiento y la perspectiva de entrar en contacto con los espíritus no le dan miedo. El trato frecuente con el chamán le ha familiarizado ya con este mundo misterioso. Las dos jovencitas parecen experimentar sentimientos contradictorios, miedo y resignación, pero también impaciencia y alegría.

Después de envolverse en una simple piel como vestido, los tres siguen los pasos del anciano. Toman la pista que lleva al pie de la montaña. Caminan en silencio, absortos en sus pensamientos. Ninguno debe hablar o expresar sus temores en voz alta.

Al llegar a las primeras cuevas, la pista se transforma en un estrecho sendero. A pesar de la pesada carga de ramas secas que lleva, el chamán apenas aminora la marcha.

Kipa-koô alza la mirada hacia la vertiginosa cumbre, envuelta en un halo de niebla. Su mirada se pierde por las abruptas paredes. La vertiente de este lado de la montaña es casi vertical. El sendero aprovecha las menores asperezas, los inestables derrumbamientos, a veces las raíces torturadas de un pino centenario, para proyectarse cada vez más arriba en esta tremenda ascensión.

En varias ocasiones, al joven le parece que el camino va a detenerse bruscamente delante de la pared. Sólo en el último momento se desvela un paso, improbable, suspendido entre el cielo y la roca. La presencia regular de estiércol indica que es una pista de gamuzas. A pesar del miedo que les produce el vacío omnipresente, los tres avanzan valerosamente siguiendo los pasos del viejo chamán que demuestra una agilidad y una vitalidad pasmosas, teniendo en cuenta su avanzada edad. Por haberlo tomado muchas veces en compañía de varias generaciones de hombres y de mujeres, éste conoce todos los detalles de este paso que el antiguo chamán del clan había descubierto y reconocido como uno de los accesos a un lugar de encuentro con los espíritus. Sus ojos vivos están al acecho de cualquier cambio por pequeño que sea que indique un peligro, una piedra inestable por el correr del agua, una raíz podrida, la tierra desmenuzable o henchida de humedad susceptible de deslizarse y de arrastrar a cualquiera de ellos a una caída fatal. Invita a sus jóvenes compañeros a poner exactamente sus

pasos en sus huellas. De lejos, las cuatro siluetas parecen inmóviles, pegadas a la montaña, sin posibilidad de avanzar o retroceder. Sin embargo, a lo largo de la jornada, los diminutos puntos se van desplazando lentamente hacia arriba.

El esfuerzo que hacen les permite soportar el frío helador que se acentúa a medida que toman altitud.

El sendero sigue ahora el surco dejado por un torrente seco. Llegan a la entrada del orificio por el que manaban sus aguas de la montaña. La abertura es estrecha pero suficiente para permitir el paso de un hombre.

El chamán deja caer su fardo de ramas secas.

Después de invitar a Kipa-koô y a las dos jovencitas a hacerle una muralla con sus cuerpos para protegerle del frío, saca con cuidado de un pliegue de su ropa un puñado de musgo seco y polvoriento que dispone en montoncito. Después golpea dos piedras la una contra la otra produciendo chorros de chispas algunas de las cuales caen sobre el musgo. El hombre sopla mucho tiempo sobre las diminutas brasas. Se eleva un delgado hilo de humo negro y luego llamas. Algunas ramitas secas permiten que el fuego alcance bastante amplitud como para encender la extremidad de una rama untada de grasa.

El chamán confía su reserva de leña a Kipa-koô. Se mete en el agujero levantando la antorcha humeante. El joven agarra el extremo del cordón que rodea y mantiene juntas las ramas, para echárselas al hombro. Sin vacilar, se desliza detrás del anciano. A pesar de la angustia que las atenaza, las dos jovencitas penetran también por la abertura.

Con los ojos fijos en la llama danzarina que avanza al ritmo de la progresión del chamán, suben lentamente la pendiente, doblados por la mitad para evitar golpearse contra la bóveda de la que perciben vagamente los contornos. La subida no es muy pronunciada, pero se resbalan en el suelo enfangado. La pendiente disminuye más y ahora chapotean en el agua estancada. Esta primera parte de la ascensión termina en una poza. El agua corrompida y maloliente les llega hasta la cintura. El chamán mantiene la antorcha por encima de su cabeza para preservar la llama de las salpicaduras. Kipa-koô distingue la boca de varias galerías de diferentes diámetros. Sin vacilar, Napa-mali se dirige al orificio más pequeño. El

anciano no tiene dificultades para orientarse en la penumbra, como si fuese atraído hacia ese lugar de contacto entre dos mundos donde los hombres y las mujeres acuden para recibir el mensaje de los espíritus. La primera porción está sumergida en parte. Kipa-koô se ve obligado a llevar la carga de leña sobre la cabeza para mantenerla más o menos seca. Pero esta porción es corta. A medida que ascienden, el nivel del agua baja rápidamente. El humo espeso y nauseabundo que sale de la antorcha les hace toser.

La estrechez del pasaje los obliga ahora a andar a cuatro patas. Sin la luz de la antorcha, la oscuridad sería completa. La sensación de opresión hace que los corazones latan con violencia. El tiempo ya no existe. La piel flexible que cubre sus cuerpos se ha convertido en un caparazón rígido, empapado de fango y de la sangre que corre de los arañazos provocados por los repetidos golpes de sus cabezas contra la roca.

Sin embargo, poco a poco, el miedo que los atenazaba se desvanece. La tranquila seguridad del chamán, la lentitud de su avance y el profundo silencio que los rodea, sosiegan sus sentidos y les dan confianza. Antes que ellos, muchos otros se han arrastrado en el frío y el barro para salir al sol varios días más tarde, aptos para tomar vida activa en el destino de su clan. Fuera, ha caído la noche hace mucho.

La última etapa es especialmente difícil. La pendiente es empinada. Kipa-koô ha dejado que las dos jovencitas pasaran delante y él cierra la marcha. En varias ocasiones, la que le precede ha resbalado hacia atrás y chocado con él. El chamán los anima con la voz. La subida toca a su fin. Por fin, ponen el pie en una caverna espaciosa de la que no pueden distinguir los contornos en el primer momento.

La voz del chamán resuena de forma extraña.

—Hemos llegado. Es aquí donde los espíritus vendrán a visitarnos. Harán de vosotros un hombre y dos mujeres de nuestro clan. Cuando la luna haya ocultado la mitad de su rostro, volveré a buscaros.

Los tres jóvenes asienten en silencio. El chamán les señala un hoyo donde clavar la antorcha y les entrega una cantimplora llena de grasa.

—He aquí con qué untar la leña. Si dejáis que la llama se apague, os resultará muy difícil hacer fuego en la oscuridad. Pero para entonces, los

espíritus ya os habrán localizado.



Una vez que el chamán se hubo marchado, los tres se acurrucan, muertos de frío, los unos pegados a los otros en un rincón más elevado de la gruta, donde la forma convexa de la roca impide que el agua se estanque.

La larga espera comienza. Agotados por los esfuerzos y el ayuno, dormitan, encogidos sobre sí mismos. Sólo el frío impide que se hundan en un profundo sueño. Kipa-koô propone a sus compañeras que cada uno duerma por turno aprovechando el calor corporal de los otros dos, para que uno de ellos se pueda encargar de vigilar la antorcha y así impedir que el fuego se apague. La adolescente más cansada no tarda en dormirse, hecha un ovillo entre sus dos congéneres. Kipa-koô sabe que los espíritus no se manifiestan en seguida. Para poder encontrarse con ellos, en primer lugar el alma de los seres humanos tiene que escapar de sus cuerpos.

Sólo el correr del agua y las gotitas que caen del techo van a romper el silencio de la gruta.

A su alrededor, las sombras y las formas se animan en las paredes según las oscilaciones de la llama provocadas por la débil corriente de aire que llega hasta estas profundidades, visiones fugaces de criaturas extrañas o familiares, de luchas furiosas y de escenas inesperadas.

A lo largo del tiempo que pasa, por influencia del ayuno y de los largos períodos de vela, sus percepciones sensoriales se agudizan.

El ruido causado por el golpeteo de las gotas de agua en los charcos o en la piedra, resuena cada vez más fuerte en los cráneos doloridos. Les llega el lejano tronar de un torrente subterráneo, se amplifica y se transforma en el fragor de un trueno. Las oscilaciones de las llamas son los relámpagos.

Los espíritus de los tres jóvenes escapan de su cuerpo enfebrecido, llevados por visiones que se suceden o se repiten sin descanso, imprimiendo en su memoria el mensaje de los espíritus.

A pesar de lo agotador de esta iniciación, es raro que alguien perezca durante esta prueba. La vitalidad de estos hombres les permite soportar el frío y el hambre sin consecuencias. La elección del principio de la estación

calurosa para esta ceremonia, cuando las lluvias son poco abundantes, disminuye el peligro de subida rápida de las aguas subterráneas. Sólo una vez, desde que oficia el chamán, han perecido dos chicos, arrastrados por la corriente después de una tormenta. Este desgraciado acontecimiento fue acogido con fatalismo. Todos están convencidos de vivir bajo el dominio de fuerzas poderosas e invisibles a las que denominan los espíritus. Ellos son los que rigen los fenómenos naturales. Sus decisiones se expresan a través de los acontecimientos que influyen sobre la vida o la supervivencia del clan. Según sean favorables o desfavorables, estos acontecimientos reflejan su humor. Nadie pone en duda la legitimidad de su ira. No tiene que rendir cuentas. El chamán está ahí para interpretar los signos. Bajo su autoridad se preconizan actitudes especiales o cambios de comportamiento para recobrar su favor.

Los tres jóvenes cada vez experimentan menos necesidad de dormir. Su actividad mental alcanza su apogeo. La última antorcha se acaba de consumir hace poco tiempo. Pero ya no necesitan de la luz para vagabundear en compañía de los espíritus.



Una de las dos jovencitas busca la salida. El chamán ha vuelto y los otros dos se han ido con él. Ella se ha retrasado. Querría seguirles, pero sus piernas no la obedecen. No la esperan y desaparecen en seguida de su vista.

No está sola. A su alrededor, comitivas de animales se empujan en el túnel. No le prestan atención. La arrastran con ellos. Un vigor increíble la invade. Se transforma en caballo y luego en reno, quizá en los dos al mismo tiempo. Siente que el mundo se extiende en ella. Ahora es un cuervo y sobrevuela la manada que se estira entre las paredes. El pasadizo se agranda cada vez más. Brota la luz, deslumbradora. Aparece la estepa helada, inmensa bajo el cielo gris pálido. Los rebaños se dispersan rápidamente. ¿Quién es ella ahora?

Percibe el caparazón rígido de la escarcha sobre su cuerpo. El viento la sacude, pero ella se burla de sus esfuerzos. Sus raíces se hunden sólidamente en el suelo helado. Es allí donde se esconde el espíritu de la

hierba. El sol de primavera funde el hielo. A su alrededor, innumerables briznas zumban suavemente. Siente su caricia. La invade una sensación de paz. Escapa a la tierra y se levanta. Sus pies resbalan en el suelo empapado. Ahora está pisando las huellas de su madre. Da vueltas alrededor del campamento de los suyos. La hierba amarillea en sus pisadas. Por delante, los renos huyen hacia la llanura. De pronto se da cuenta de que su madre ya no está. Un hombre aparece en lo alto de una cresta. Está solo. Su cara es redonda y jovial. El corazón de la joven late más deprisa al verle. El rostro del hombre le resulta familiar. Sin embargo, no pertenece al clan. Le hace una seña para que le siga. Dócilmente, la chica se dirige hacia él. El hombre se interna en la estepa. Ella lanza una mirada hacia atrás, hacia el lago, pero ya no hay lago. El campamento ha desaparecido. Sólo permanecen las montañas.

Con resolución, sigue al hombre de la cara redonda y los ojos alegres.



De pie en la poza, el chamán se desgañita desde hace tiempo. Tiene paciencia. Sabe que su voz llega hasta ellos. Ya terminarán por oírle. Le gustaría ahorrarse la agotadora subida. Kipa-koô, que por circunstancias excepcionales ha recibido un nombre de adulto antes de su iniciación, reconoce el sonido familiar por el que le llaman los suyos. La voz que oye lo atrae con dulzura al mundo de los vivos. A regañadientes, siente que su espíritu vuelve a tomar posesión de su cuerpo.

El retorno es difícil y brusco. Kipa-koô querría escapar de nuevo de ese cuerpo dolorido pero el chamán sigue repitiendo su nombre sin descanso. Gruñendo como un oso sin resuello, el chico recupera lentamente el control de sus miembros entumecidos. Sus dos compañeras asoman también. El clamor del chamán sigue resonando en la caverna. Tienen que volver con los suyos. Kipa-koô se apoya en los codos, y después se sienta. Presa del vértigo, cierra los ojos hasta que la sangre vuelve a circular normalmente por sus venas.

Apoyándose el uno en el otro para guardar el equilibrio y no resbalar en el suelo mojado y desigual, caminan con precaución hacia el agujero de la

chimenea por la que han subido para llegar hasta aquí.

Con voz ronca, todavía vacilante después del largo silencio, Kipa-koô advierte al chamán de su presencia. Esperan todavía un poco antes de deslizarse por el agujero. La bajada se revela menos dificultosa que la subida. No tienen más que dejarse resbalar frenando con los hombros para evitar adquirir demasiada velocidad cuando la pendiente se acentúa.

Napa-mali los espera a la salida del pasadizo. El agua ha bajado algo en la poza desde que la cruzaron, pero está igual de fría.

Los tres iniciados, helados hasta los tuétanos, tiritan y castañean los dientes. Debilitados por este largo período de ayuno, avanzan lentamente hacia la salida. Animados por Napa-mali, terminan por aparecer en la entrada. Es de noche. Las brasas de una fogata resplandecen. También hay ropa seca. A las dos chicas y al chico les cuesta mucho tiempo entrar en calor a pesar de la fuerza de las llamas. Duermen con un sueño agitado.



La vuelta al campamento es larga. Su estado de agotamiento acrecienta el riesgo de las caídas, ya grande para seres humanos en plena posesión de sus facultades. De forma regular, el chamán les va dando pequeñas cantidades de raíces ablandadas al fuego, invitándoles a masticar mucho para acostumbrar de nuevo sus organismos a la comida. A la hora del crepúsculo entran en el campamento. La acogida del clan es calurosa. Los tres jóvenes andan con la cabeza alta. Sus ojos brillantes y su expresión un poco perdida dan testimonio de su encuentro con los espíritus. Kipa-koô busca a su amigo Aô con la mirada. Durante unos instantes su corazón se dispara. ¿Y si ha adelantado su partida? Pero no, allí está, de pie al lado de Ma-wâmi. Sacude la cabeza en señal de bienvenida. Kipa-koô hace muecas para expresar su alegría y su orgullo. Pronto se irán los dos. A pesar del cansancio, se alegra con esta perspectiva, ahora ya próxima.

16

Los dos hombres han abandonado el campamento al amanecer. Su partida no ha causado ninguna agitación. Aô y Kipa-koô no hacen otra cosa que obedecer la voluntad de los espíritus. Algunos se dedican a sus ocupaciones, otros los miran partir, sin emoción aparente. Acaparados por sus actividades cotidianas, verdaderos ritos que transforman en actos sagrados los gestos más sencillos, esos hombres y esas mujeres están convencidos que todo se produce por una razón. No hay indiferencia ni egoísmo, tan sólo una especie de resignación ante las exigencias de una existencia en la que los acontecimientos fortuitos no existen.

Aquí no se les regala nada, la vida se vive con obstinación. El verano es corto, los inviernos, cada año más duros. Su preocupación primordial es la de acumular reservas para atravesar la estación mala. Sólo una solidaridad sin fisuras y el sometimiento a obligaciones imperiosas hacen posible la proeza que constituye la existencia en sí misma. La vida humana es preciosa, en la medida del aporte de cada individuo a la comunidad. Entre los cazadores, la agresividad es rara. La violencia está proscrita. La ritualización de la muerte y los comportamientos que impone a los miembros del clan no son más que escenificaciones destinadas a calmar a los difuntos, a desembarazarse de ellos sin que perjudiquen a los vivos. Los que cuentan realmente, y son objeto de todas las atenciones, son los vivos.

Hoy el tiempo es clemente. La estación de la caza va a desarrollarse bajo los mejores auspicios. Todo lo más, los cazadores lamentarán perder a uno de los suyos, ahora que han podido apreciar su valor. Cuando se han convencido de que los espíritus eran favorables a la presencia de ese

hombre entre ellos, lo han aceptado. Pero nadie discute la legitimidad de su partida. Como ellos, Aô no puede sustraerse al designio de los espíritus.



Sólo una mujer sigue con los ojos todavía a las dos siluetas diminutas que desaparecen y reaparecen a tenor de las depresiones y los montículos que se suceden en la orilla derecha del lago. Sus dedos aprietan la manita de su hijo, de pie a su lado. Después de haberse retorcido gruñendo de frustración para intentar escaparse y trotar detrás de Aô, el niño ha terminado por calmarse, impresionado sin duda por la calma y la seriedad de su madre. Desde su vuelta con los suyos, la joven goza de un lugar aparte en el seno del clan. Su autonomía y sus bruscos ataques de ira invitan a pensar que un poderoso espíritu la visita y nadie se atreve ya a llevarle la contraria. Como los ancianos, goza de la consideración y del respeto del conjunto de la comunidad, que excluyen cualquier gesto de confianza. Esta situación especial, unida a su relación privilegiada con Aô, contribuye a mantenerla en un cierto aislamiento. Se complace en ella, abandonándose a ensoñaciones y emociones extrañas a la mayoría de los miembros del clan.

Sin embargo, acepta sin protestar participar de las tareas que incumben a las mujeres. No regatea esfuerzos, pero sus pensamientos están en otra parte. Âki-naâ aguardará la vuelta de su compañero. Ha dicho que volvería. Le cree. Coge a su pequeño en brazos para que pueda ver todavía un poco más la silueta de aquel cuya compañía tanto aprecia.

La joven suspira. Aô ya está lejos pero todavía siente su presencia en el interior de su cuerpo. Una ola de calor le recorre el vientre cuando recuerda sus abrazos recientes. Ya no recuerda las circunstancias que han precedido al momento que ambos esperaban. Ocurrió, eso es todo. Y era bueno.

Todavía siente el juego de los poderosos músculos contra su piel, el cuerpo duro que la aprieta, se hunde en ella hasta extenderse por todas las partes de su ser en una ola de placer tan intensa que la arrebató más allá de cualquier otra percepción. Sus manos siguen el contorno de la cabeza maciza, se demoran sobre el rostro prominente, se cierran tras la gruesa nuca. Siente como la fuerza escondida en el amplio pecho se propaga por

sus venas. Oye los gruñidos cada vez más fuertes mezclarse con sus propios gritos, enloqueciendo sus sentidos. Guarda en ella la huella del paso de ese fluido poderoso y ardiente, como si fuera una parte del hombre-oso, como prenda de su retorno, hundida preciadamente en su vientre. El niño termina por manifestar de nuevo su deseo de ser liberado. Maquinalmente, Âki-naâ lo deposita en el suelo. Después va a reunirse con sus compañeras afanadas en el procesamiento de las pieles.



Los dos hombres caminan codo con codo con un paso igual. Están muy cargados porque la travesía del glaciar les obliga a proveerse de reservas de comida además de pieles gruesas para protegerse del frío.

El contraste entre las dos morfologías es asombroso. El cuerpo alargado de Kipa-koô destaca sobre la formidable estatura de su compañero, acentuada por su robustez. Los dos hombres tienen aproximadamente la misma edad pero Aô parece mayor.

Se han encerrado muchos días con el chamán para dedicarse a largos conciliábulos. Escarbando en su memoria, el anciano se ha esforzado por proporcionarles el máximo de precisiones acerca del itinerario que tendrán que tomar para llegar a los valles donde vivían los hombres primitivos. Detrás del frente de cumbres más altas que permiten acceder al glaciar, las montañas son más bajas. En verano, los puertos resultan franqueables. Ciertamente, la travesía entraña peligros, pero las distancias a recorrer se reducen de forma considerable. Aô y Kipa-koô también evitarán el paso por el territorio del clan cuyos cazadores han manifestado hostilidad ante el recuerdo de los hombres primitivos.

El glaciar está vivo. Cada año, cuando el tiempo se recalienta, se despierta. Nadie puede ignorar su presencia. No hace falta aguzar el oído para escuchar el eco de los crujidos del hielo que se hunde en las profundidades del lago, provocando violentos remolinos cuyos efectos se manifiestan hasta en las lejanas orillas, donde está instalado el campamento.

De lejos, el glaciar efectivamente parece franqueable, como una larga brecha abierta entre las cumbres recortadas. En el lugar por donde ha

pasado, la montaña ha sido aplastada por el peso de la nieve y el hielo.

El chamán no ha dejado de advertir a los dos hombres de las trampas que habrán de sortear para conservar la vida cuando caminen sobre el río de hielo. Durante toda la hermosa estación, el espíritu del glaciar se agita y pierde una parte de su volumen. Se abren grietas. Torrentes furiosos descienden la pendiente para desaparecer en pozos profundos. Los puentes de hielo pueden desmoronarse por el peso de un solo hombre. Las placas de nieve fundiéndose esconden a veces verdaderos abismos. Pero esperar hasta el invierno sería peor. En verdad, el frío entumece al glaciar, cuyo espíritu se adormece debajo de la superficie helada que se va cubriendo de nieve. Pero las tormentas son casi continuas. El viento del norte se adentra en ese pasillo. Las borrascas cargadas de nieve y de partículas arrancadas al hielo disminuyen la visibilidad. Entonces se haría imposible orientarse y evitar las trampas. No, nadie puede aventurarse durante la estación mala.

Pero Napa-mali no quiere asustarles. En verano, dos hombres prudentes y avisados pueden atravesarlo sin daño.



La superficie azulada del glaciar parece muy próxima pero se necesita casi un día de marcha para llegar al borde. Miríadas de mosquitos y de moscas minúsculas los acosan, atraídos por el sudor que pone pegajosos sus cuerpos. Acostumbrados a pagar este precio por la benignidad veraniega, los dos hombres no se quejan.

A medida que se acercan al glaciar, la superficie del lago se agita cada vez más.

De vez en cuando les salpica una ola más alta que las demás.

La noche no ha caído todavía cuando llegan al lugar donde el río de hielo se encuentra con el lago. Aô está asombrado por el formidable combate que libran el hielo y el agua. Aunque haya estado aquí varias veces, Kipa-koô también lo está.

El sol poniente enciende el glaciar que palpita de vida y de furor. A su alrededor no hay más que silbidos y rugidos de cólera, crujidos ensordecedores. La superficie rojiza del lago se ve recorrida por olas

espantosas, producidas por la inmersión brusca de enormes pedazos de hielo. Se propagan rápidamente por la superficie del agua y vienen a estrellarse en la orilla.

Los dos hombres se acomodan para pasar la noche, a una distancia prudente. El glaciar no duerme del todo. Varias veces son despertados por siniestros crujidos. Se levantan con las primeras luces del alba, con prisa por huir de este lugar de combate titánico.

A un lado y al otro del ancho pasillo de hielo se acumulan masas de rocas y arcilla arrancadas a la montaña.

Kipa-koô le señala a su compañero el sendero escarpado que domina el lago y abre paso hasta una de esas morrenas. El peligroso pasadizo se parece al paso que tomó Kipa-koô en su iniciación, mucho más adaptado al pie de las gamuzas que al de los hombres. Algunas partes verticales parecen infranqueables. Pero Kipa-koô ya ha pasado por aquí con Napa-mali. Conoce los asideros y los apoyos que permiten escalar. Aô tiene confianza en su joven compañero. Calca sus movimientos. La perspectiva de una caída en el agua helada lo incita a ser prudente.

Lejos por debajo, la superficie negra del lago es perfectamente lisa. Nada indica que pronto se va a reanudar el terrible combate. Cuando alcanzan la morrena, el sol se alza por encima de las montañas. A los primeros crujidos del día responden como un eco los graznidos de una bandada de chovas¹ que dan vueltas por encima, intrigadas por la presencia de los dos bípedos.

Los dos hombres progresan en diagonal por medio de los escombros hacia la lengua de hielo.

Desde la orilla del lago, la superficie azulada parecía desnuda y lisa. Aô descubre que no es así. De cerca, el glaciar está formado por un mosaico de bloques irregulares, soldados unos a otros, dando testimonio del movimiento hacia delante del hielo. Torrentes de agua cristalina se precipitan por la pendiente hacia el lago, cavando poco a poco surcos profundos antes de adentrarse en las grietas. La vida parece palpar en las entrañas heladas de este monstruo. Se desprenden inquietantes gemidos y gruñidos. Intranquilos, los dos hombres le suplican que les permita cruzar sobre su espalda. Se internan prudentemente sobre la superficie irregular

cuyo color varía del azul al gris según la mayor o menor densidad de partículas de tierra, de bloques de granito o de arcilla engastados en el hielo. En seguida se ven obligados a zigzaguear entre las grietas. Algunas tienen la anchura de una mano, otras son verdaderos abismos.

A veces, el hielo está tan impregnado de partículas de tierra y de guijarros que parece haberse convertido ella misma en roca. Caminan, apretados el uno contra el otro, prestos a sujetarse mutuamente en caso de resbalón. Pocas veces es posible progresar en línea recta, como habían creído desde la lejanía. Hay que rodear sin cesar los enormes bloques, costear los precipicios o las escotaduras profundas.

Se acerca el crepúsculo. Pero en este lugar el glaciar está rodeado por acantilados vertiginosos, imposibles de escalar. Hay que seguir adelante. Forzados a apresurarse para adelantarse a la noche, aprietan el paso, arriesgándose a saltar por encima de las grietas o atravesar puentes helados de los neveros en lugar de perder tiempo buscando pasos más seguros. Menos mal que esta parte es corta. Por detrás, el glaciar se ensancha considerablemente. Reaparece la masa oscura de las morrenas, de relieve accidentado. Aliviados, se dirigen hacia el burlete rocoso más próximo, con la mirada fija en el suelo para evitar las trampas que tiende la oscuridad.

Los dos viajeros se contentan con el precario refugio de un pequeño nicho debajo de unas rocas. Se acurrucan uno contra otro y se duermen, extenuados. Los gemidos del glaciar atormentan su sueño.

Kipa-koô se despierta el primero. Han dormido más tiempo que la víspera. El cielo está azul. Las condiciones climáticas son todavía perfectas. Se alegran, considerándolas un estímulo de los espíritus.

El aspecto del glaciar ha cambiado. Las grietas son menos numerosas. Los torrentes se concentran en la parte central, formando un verdadero río. La pendiente se acentúa un poco. Sus mocasines de piel de reno se impregnan del agua que cubre la superficie de los neveros y que salta a cada paso. Sin embargo el espesor del cuero les protege de las congelaciones. La reverberación del sol les quema la piel y los deslumbra. Los ojos de los dos hombres están enrojecidos y llorosos. Enfrente, gigantescas olas de hielo se suceden, cargadas de tierra y de piedras, inmóviles. A veces una enorme roca arrancada a la montaña se levanta hacia el cielo, sujeta por una mano

de hielo, como una advertencia o un gesto de desafío. Ahora se levanta una morrena medianera en el lugar donde se juntan dos glaciares. Es un verdadero campo de bloques de granito de todos los tamaños entre los cuales se precipitan los torrentes. Hay que rodear y escalar sin parar. Cuando han atravesado este caos ya está cayendo la noche. Agotados, se esconden en el primer agujero que aparece entre las piedras. A pesar de sus gruesas mantas, el frío los despierta muy temprano.

De acuerdo con las indicaciones de Napa-mali, se internan en el brazo del glaciar que está más a la izquierda. Para su gran alivio, está poco obstruido. La marcha es más desahogada. A veces se ve como el agua discurre bajo la superficie helada. Los dos hombres agradecen esta parte relativamente fácil. Aprovechan para admirar el paisaje embrujador, sensibles a la pureza de ese universo transparente de colores cambiantes, a sus formas lisas, esculpidas por el viento, a la belleza de una veta de cuarzo que brilla en medio del granito prisionero en el hielo.

No están solos. De vez en cuando, la silueta inmóvil de una gamuza se levanta en el punto culminante de una morrena. A cada lado del glaciar, sus semejantes buscan la invisible y frugal vegetación del extremo, los bosques minúsculos de sauces enanos y las escasas matas de gramíneas leñosas que aprovechan el breve verano para levantarse hacia el sol y hartarse de calor antes de enfrentarse al interminable invierno. Nada parece capaz de impedir el milagro de su resurrección anual, ni las variaciones climáticas, el viento omnipresente, el frío glacial, el peso de la nieve y las avalanchas, ni los dientes de las ávidas gamuzas, capaces de cualquier proeza para encontrarlas en los lugares más inaccesibles. Por encima de ellos, obstinadamente, algunas chovas siguen dando vueltas sin parar, convencidas de que estos dos intrusos terminarán por abandonar tras ellos las sobras de sus comidas.

El glaciar se ensancha más. Los neveros han dado paso a una costra de nieve húmeda que retrasa de nuevo la progresión de los dos hombres. Aô recuerda los consejos del viejo chamán. La costra de la superficie puede ceder bajo sus pasos en cualquier momento y descubrir una grieta. Es la última etapa, sin duda la parte más peligrosa, donde las precipitaciones de

nieve son más abundantes, un enorme circo blanco rodeado por acantilados, que constituye la reserva del glaciar.

Avanzan con precaución hacia la cima aplastada. Esperan poder alcanzar la otra vertiente antes de que caiga la noche, pero las distancias son engañosas. La noche se les adelanta. Deciden aprovechar la luna llena para continuar. Al final de una caminata agotadora, terminan por alcanzar su meta. Ven cómo se destaca la masa oscura de los montes circundantes en la luz macilenta que difunde el astro nocturno. En unas cuantas zancadas acceden a la otra vertiente, amplia losa rocosa que se inclina bruscamente hacia el oeste. Sería una locura aventurarse en la oscuridad por el granito cubierto de hielo. Si resbalaran no podrían sujetarse a nada.

Todavía no se ha levantado el viento. Atontados por la fatiga, sentados espalda contra espalda donde el suelo es casi plano, mastican algunos fragmentos de carne fibrosa con gusto a humo. Tienen sed. Por aquí el agua es escasa. Kipa-koô se levanta gruñendo para ir a llenar una vejiga de reno con hielo raspado de la losa. Habrá que esperar a que se funda al contacto con el calor de su cuerpo, debajo de las gruesas mantas.

Sólo la sed intensa les impide hundirse en el más profundo sueño.

17

El tiempo despejado ha durado mucho. Por primera vez, esta mañana, el sol está escondido por una manta de nubes bajas. El viento se ha levantado. Aunque es más bien suave, trae humedad. La atmósfera está brumosa.

Como había explicado el chamán, después de algunos pasajes difíciles, las montañas se han redondeado. Franquear los puertos se revela cada vez más fácil. El fondo de los valles es más bien verde.

Cada noche acampan en una nueva cima y examinan los valles de alrededor con la esperanza de distinguir la luz de una fogata. Ellos mismos no se privan de hacer fuego. No falta leña. Comprenden porqué hay hombres que han elegido instalarse por aquí. Hay muchas plantas comestibles. Amplias superficies han sido colonizadas por los arándanos y la camarina. Con las zarzas y las frambuesas que crecen en el borde de los bosquecillos, las oportunidades de recolección no faltan. Las praderas de las alturas no sólo son los pastos de verano de las cabras y las gamuzas, sino también de las manadas de ciervos y de pequeños caballos. Incluso se pueden encontrar pequeños rebaños de renos. Pero la situación de los valles y la estrechez de ciertos accesos no permiten grandes concentraciones. La cantidad de hierba sigue siendo limitada.

El acoso de las presas se ve facilitado por las numerosas trampas que tiende la naturaleza. A menudo los valles sólo tienen una salida.

Las pistas están señaladas con claridad. La relativa abundancia y las facilidades para acceder a fuentes variadas de alimentación permiten que los dos compañeros actúen como hacían Âki-naâ y Aô a lo largo del río. Se

abastecen cada día, en función de las oportunidades, sin cargar con reservas de comida. Están convencidos que no tardarán en encontrar seres humanos.

Termina una nueva jornada de marcha. Como cada noche, se instalan en la cima de una colina con la esperanza de descubrir una fogata en lo más profundo de los valles vecinos. Pero una vez más, la oscuridad no revela ninguna luz en el horizonte.

Sin decepcionarse, se atiborran de bayas recogidas durante el día. Saciados, se acuestan en la hierba mullida.

Aô aprecia la compañía de Kipa-koô. A pesar de su cojera, el chico sigue el ritmo que le impone sin quejarse nunca. Cazando, compensa su minusvalía por la precisión con que lanza la azagaya. Ninguna contrariedad consigue alterar su buen humor. Lo acertado de sus observaciones y su habilidad manual le convierten en un preciado compañero.

Kipa-koô se unta el tobillo dolorido con una mezcla de raíces machacadas y arcilla. Este bálsamo refrescante le alivia.

Ha cesado la llovizna que les ha acompañado durante todo el día. El viento permanente despeja una porción de cielo, descubriendo algunas estrellas.

—Las fogatas del cielo se han encendido —señala Aô—Mañana el sol volverá a aparecer.

Kipa-koô asiente en silencio.

—¿Quién enciende las fogatas del cielo? —pregunta Aô.

—No se apagan nunca. Cuando se hace de noche, la luna ahuyenta al sol para que los hombres y los animales puedan descansar. Al alba, se reúnen de nuevo para iluminar el mundo. El fuego del cielo viene de la tierra. Antaño, sólo la luna vivía en el cielo. La tierra estaba desierta.

Todas las criaturas vivas cohabitaban con los espíritus en profundas y amplias cavernas alumbradas por un gran fuego. Los animales y las plantas antepasados querían salir a la superficie pero no había bastante luz. Les pidieron a los espíritus que iluminasen la tierra. Entonces los espíritus soplaron el fuego de la tierra hacia el cielo y los antepasados abandonaron las profundas cavernas donde moran los espíritus.

Aô escucha con atención. Kipa-koô sabe muchas cosas. Aô ignoraba cómo había nacido el sol. Pero ahora, Kipa-koô se está equivocando. Los

espíritus no viven debajo de la tierra. Los espíritus de los animales y de los hombres viven en el interior de las criaturas que pueblan el mundo. Gracias al viento con el que se comunican, se pueden desplazar por la superficie de la tierra mientras esperan para reencarnarse. A veces un hombre aprovecha la fuerza de varios espíritus. Los de los antiguos hombres del clan vienen a visitar a Aô algunas veces. Están en su cabeza. Pero desde hace algún tiempo, Aô ya no oye sus voces. Los rostros de los suyos se han difuminado. Aô se hace preguntas acerca de este cambio. ¿Por qué los espíritus guardan silencio?

A su lado, Kipa-koô salmodia una melopea puntuada por la percusión regular de una piedra con un palo de madera. Invoca a los espíritus de las criaturas conocidas que pueblan el mundo, rogándoles que guíen sus pasos hacia el territorio de los hombres primitivos.

Los habitantes de la tierra nombrados por el joven chamán, desfilan ante los ojos de Aô. Surgen de las profundidades, ávidos de luz y de calor. Entre ellos descubre al clan de los hombres primitivos. Pero sin cesar acuden otros. Se extienden por la superficie del mundo, invaden los valles, se instalan en las orillas de los bosques, a lo largo de los ríos o al borde de la tundra. Sus huellas están por todas partes. Aô no tiene ninguna dificultad en seguir su pista. Pero cuando se acerca a ellos, se da cuenta que esos hombres y esas mujeres no se parecen a él. Tienen el aspecto de Kipa-koô y los suyos. Hablan su lenguaje.

Se suceden los días. Esta mañana se han cruzado con una osa seguida de su osito. Ha hecho ademán de lanzarse sobre ellos antes de arrepentirse ante su inmovilidad y la ausencia de hostilidad. ¿Tal vez ya ha tenido algún encuentro con esas peligrosas criaturas?

No sin dificultades, han matado por primera vez un enorme jabalí, animal salvaje y belicoso, muy difícil de abatir.

Acorralado y atravesado por dos azagayas clavadas en su gruesa piel, se ha dado bruscamente la vuelta para hacerles frente. La velocidad de su movimiento y la furia de su carga desesperada han tomado casi por sorpresa a los dos cazadores. En unos cuantos saltos de una agilidad asombrosa en un animal tan pesado, se ha abalanzado sobre Kipa-koô que corría a unos

pasos por detrás. Paralizado de estupor, el chico no habría podido evitar las formidables defensas sin la vigilancia de su compañero.

Tomando a la fiera de costado, Aô consiguió romperle una pata con el garrote. Llevado por su impulso, el animal terminó su carrera a los pies de Kipa-koô. Con un golpe de azagaya en el corazón, el joven puso fin a su padecimiento.

La abundancia de carne y su agradable sabor compensan con creces los temores sufridos.

Cruzan varias veces las huellas de un león, pero sin encontrarse nunca con el temible animal.

Con paciencia, continúan registrando sistemáticamente cada valle, sin despreciar ni los más pequeños, inspeccionando los lugares propicios a los asentamientos humanos, buscando las menores señales del paso de seres humanos, restos de fogatas o acumulación de deshechos, huellas de pasos en la arena o en el barro.

Esta búsqueda metódica termina por dar fruto.



Los dos chicos siguen desde hace dos días la pista de un pequeño rebaño de caballos por las pendientes de hierba de las colinas. Esos veloces animales se desplazan sin cesar mientras pacen. Siguen la línea de una cresta que domina un amplio valle, el mayor que han visto hasta ahora. Está densamente poblado de bosques.

Aô se ha dejado distanciar algo por Kipa-koô. Oye como su amigo lo llama a gritos. Al levantar los ojos, lo ve haciendo gestos. Se apresura a alcanzarle. Sin duda alguna, lo que le señala su compañero son huellas de pies humanos, impresas en el barro.

Vuelven a la pista de los caballos. Observando atentamente el suelo se pueden identificar otras huellas mezcladas con las de los animales.

—Muchos seres humanos han pasado por aquí, por lo menos tantos como los dedos de una mano —cuenta Kipa-koô—, No hay señales de pasos de pies de mujeres o de niños. Son cazadores.

—Vienen de esa colina —señala Aô, indicando una pequeña protuberancia que se eleva a un lado de la cresta.

Sigue la pista hacia atrás. Le conduce a un bosquecillo lo bastante denso como para que varios cazadores se coloquen al acecho. Las huellas se detienen ahí. Evidentemente, los hombres han alcanzado la pista después de haberla abandonado para refugiarse aquí. Lo comprueba descubriendo huellas en sentido opuesto que proceden de la pista de los caballos.

Aô ha alcanzado a su compañero. Él también ha encontrado algo. Le enseña las huellas que vienen del valle grande.

Aô recapitula:

—Estos cazadores han subido a la cresta. Han venido para acechar la llegada de los caballos. Se han escondido detrás de los árboles. Después de que pasaran, han seguido su pista. Seguramente hay una trampa más adelante.

Kipa-koô asiente, completamente de acuerdo. Examina el fondo del valle.

—Su campamento se encuentra en alguna parte por allí abajo.

Aô mueve la cabeza.

—Desde aquí el panorama es excelente. Esta noche tendríamos que ver sus fogatas.

Se instalan cerca de la pendiente, de forma que puedan observar el conjunto del valle. Sentados uno junto al otro en una roca volada para tener el mejor punto de observación posible, esperan a que caiga la noche. El cielo está muy despejado. El crepúsculo se prolonga, tal vez para poner a prueba su paciencia. Por fin, después de haber encendido el cielo durante mucho tiempo, los últimos destellos del sol se difuminan y la oscuridad invade la tierra. Sus exclamaciones de alegría brotan casi simultáneamente. Lo han visto al mismo tiempo. Delante de ellos, en medio del valle, un puntito rojo parpadea débilmente. Poco a poco adquiere más amplitud. Otras luces se encienden alrededor. Kipa-koô cuenta cuatro fogatas.

—Es mucho para un único campamento. También es verdad que por aquí la leña no escasea. ¡Se trata probablemente de un clan grande!

Demasiado excitados para dormir, se quedan sentados toda la noche, dormitando intermitentemente.

Al amanecer, Aô intenta moderar un poco el entusiasmo de su compañero. Su experiencia le incita a la desconfianza. No le interesa caer en una emboscada. Sabe que ciertos hombres cazan seres humanos como si fueran animales.

—Seamos prudentes. Nada nos invita a pensar que son hombres primitivos. ¡Acuérdate de las palabras de Napa-mali! Los que se parecen a ti a menudo son hostiles hacia los míos. Acerquémonos sin que nos localicen para ver de quién se trata.

Kipa-koô lo aprueba sin reservas.

—Tienes razón.

Abriendo mucho los ojos fijándose bien en la dirección donde se encontraban más o menos las fogatas, terminan por distinguir un delgado hilo de humo que procede de la parte central del valle. La distancia y la vegetación que tapa parcialmente el panorama les impide distinguir el campamento.

Aô abre la marcha. La empinada pendiente está cubierta de abedules, lo cual permite que permanezcan a cubierto. De vez en cuando se detienen para escuchar y husmear. No descubren nada especial. En el valle, el sotobosque es cada vez más denso. Les cuesta orientarse. Rodeando el monte bajo, encuentran un paso hecho por un grupo de jabalíes. Se dirige aproximadamente en la dirección correcta. Los dos hombres esperan que los lleve hasta el río, del que pueden percibir el murmullo lejano.

Pero la pista embarrada se interrumpe bruscamente en una charca donde los animales vienen a revolcarse.

Los jabalíes no han seguido más allá. La única solución es abrirse camino a través de los matorrales. Con su pierna torcida, Kipa-koô se resbala en el musgo y mete los pies entre las raíces y las zarzas que cubren el suelo. Aô le oye refunfuñar a su lado. Avanzan muy lentamente, la mayor parte del tiempo obligados a andar a cuatro patas o arrastrarse por el suelo esponjoso.

Las voces indignadas de los numerosos habitantes del lugar se alzan a su paso. Son sobre todo pájaros y pequeños mamíferos que encuentran en el sotobosque un refugio ideal contra la codicia de los predadores. Aô se pregunta si han hecho bien en continuar. Al anochecer, nada indica que el

río esté próximo. Por primera vez, Kipa-koô da muestras de mal humor. Está convencido de que han pasado el día dando vueltas en círculo. No les queda más remedio que abrigarse entre sus mantas mojadas. El cansancio, suma de la noche precedente pasada en vela y de los esfuerzos realizados durante la jornada, termina por vencerlos. Se despiertan taciturnos.

Retoman su lento avance, con prisa por salir de este entorno hostil. De nuevo se oye el ruido de una corriente de agua. El río no está lejos.

Kipa-koô es el primero en romper el silencio.

—¿Te has fijado que estamos subiendo?

—¡Es verdad!

Con las fuerzas renovadas, redoblan sus esfuerzos, arrancándose de las zarzas que les arañan las piernas y les desgarran la ropa.

El suelo se vuelve pedregoso. Ahora ya pueden andar entre los árboles. La vegetación se despeja y el campamento aparece en un claro.

Hace mucho tiempo se tuvo que producir un desprendimiento. Grandes masas de piedras y de tierra han rodado hasta el río. El agua ha terminado por llevarse una parte pero ha quedado ese cerro que forma la parte más elevada del valle. Los hombres han construido su campamento en la cima de la pequeña colina.

Aô y Kipa-koô están todavía demasiado lejos para distinguir de qué tipo de hombres se trata.

Más abajo se ve el río que discurre apaciblemente.

Los accesos rocosos están despejados. Los dos hombres dudan antes de arriesgarse a avanzar a descubierto. Pero el sitio donde están no es propicio a la observación. No distinguen más que la parte alta de las chozas y no hay nadie por ese lado.

Kipa-koô tiene prisa por terminar. La perspectiva de una nueva noche sin fuego, dentro de su ropa húmeda, no le atrae en absoluto.

Con una mirada, los dos hombres confirman su decisión de seguir adelante. Sin más deliberaciones, se internan a descubierto por el montón de bloques de granito que forma la cima del promontorio y caminan con paso firme hacia el campamento.

El lugar está muy animado. Niños, mujeres y hombres van y vienen alrededor de las fogatas. Se oye un clamor. Una mujer grita señalando a los

dos hombres que marchan hacia el campamento. Las miradas estupefactas convergen sobre ellos. Un silencio absoluto sucede a la agitación que reinaba unos momentos antes. Incrédulos, los habitantes siguen con los ojos a la extraña pareja que ha surgido del bosque y avanza con paso decidido hacia su campamento.

Los dos acólitos atraviesan el círculo de chozas y se dirigen a la primera fogata, a cuyo alrededor están reunidas muchas personas. Los hombres se serenán. Como un solo hombre se precipitan a su encuentro. Los rodean. Son más bien amenazantes.

Kipa-koô levanta las manos, con las palmas vueltas hacia el cielo, signo del homenaje que se rinde a los espíritus de un lugar.

Un hombre corpulento, todavía joven, lleno de dignidad, aparta sin miramientos la cortina de cuerpos que rodea a los visitantes. Por sus ojos vivos y su aspecto flexible, común a los que se dedican regularmente a la danza, Kipa-koô reconoce a un chamán. El hombre ordena silencio a la asamblea. Examina a los dos intrusos con atención, y después se pone a palpar sus mejillas y a tirarles del pelo, deseoso, al parecer, de que sus manos le confirmen lo que están viendo sus ojos.

Después les grita a los suyos en una lengua muy parecida a la de Kipa-koô:

—¡Son realmente hombres!

La tensión baja un punto.

A pesar de algunos matices de pronunciación, Kipa-koô ha comprendido el sentido de estas palabras.

Decide intervenir en seguida.

—Soy Kipa-koô. Éste es Aô. Vivimos lejos de aquí (señala en dirección al sol naciente), al borde de un gran lago. Este hombre va en busca de su clan que vivía aquí antaño. Hemos venido hasta aquí siguiendo las indicaciones de Napa-mali, nuestro chamán.

La evocación del nombre del chamán no hace reaccionar a su interlocutor. Si conoce la odisea de la gran tribu, no la ha vivido en persona, ni tampoco los otros miembros de su clan. Su memoria contiene los nombres de algunos antepasados de su pueblo. Pero en aquel tiempo, Napa-mali todavía era un niño sin nombre.

El chamán se dirige en voz baja al cazador que está en pie a su lado, un hombre grande y fuerte cuyo rostro vuelto hacia Aô expresa contrariedad. La misma expresión se refleja en las otras miradas. Es obvio que Aô no es bienvenido.

Kipa-koô insiste, persuadido de estar en presencia de descendientes de miembros de la gran tribu que se han instalado aquí después de su encuentro con los hombres primitivos. Señala de nuevo a su compañero inmóvil y silencioso:

—Este hombre pertenece a un pueblo cuyo clan acogió a los padres de nuestros padres cuando atravesaron esta región. Es nuestro amigo.

Apoyando las palabras de su compañero, Aô muestra la concha que le entregó Napa-mali.

El hombre grueso de la cara jovial se apodera de ella y la examina largo tiempo antes de devolvérsela. Suspira. Con un gesto, intenta acallar el rumor de desaprobación que se extiende entre los suyos. Se dirige a Kipa-koô:

—La luna ha esparcido el fuego del cielo. Los viajeros pueden sentarse alrededor del fuego de los hombres para oír lo que quieren saber.

De nuevo, una ola de desaprobación obliga al chamán a reclamar tranquilidad. Visiblemente, su autoridad no es tan fuerte como la de Napa-mali. El hombre de alta estatura interviene para darle su apoyo. Pero el rumor persiste en el seno de la asamblea de cazadores. Algunos hombres están furiosos. Los rostros están sombríos. Manifiestan claramente su hostilidad con gestos y mímica agresivos.

La acogida no es la esperada, ni de lejos.

—¿Qué ha pasado aquí? —se pregunta Kipa-koô.

El cazador que ha confirmado la decisión del chamán añade algo más para calmar a los asistentes:

—Los dos hombres se irán al amanecer.

De mala gana, los habitantes se apartan para dejar que Aô y Kipa-koô avancen hasta el fuego.

El chamán invita a los dos visitantes a sentarse frente a él. Los hombres más ancianos, así como algunos cazadores se sientan también. Los más

jóvenes se quedan de pie, un poco aparte. Las mujeres y los niños permanecen a cierta distancia.

El chamán toma la palabra.

Se alegra de saber que los de la antigua tribu, que han seguido caminando hacia el norte, han podido alcanzar la gran llanura y prosperar. Después apela a la memoria de su clan para evocar el nombre de los antepasados. Kipa-koô reconoce algunos de ellos por habérselos oído a Napa-mali.

Poco a poco se hace el silencio en la asamblea. Los hombres beben las palabras del narrador. Éste se anima. Cuenta el largo viaje de sus padres. Evoca lo que sabe del encuentro con el pueblo de Aô:

—Esto es lo que decían los ancianos. Los hombres, las mujeres y los niños habían muerto. El chamán suplicaba a los espíritus para que favoreciesen la caza pero los cazadores volvían de vacío. Un día, los nuestros se encontraron con los hombres primitivos. Eran bajitos pero muy fuertes. Sabían donde encontrar presas y cuales eran las plantas comestibles. Compartieron su comida. Les mostraron a los cazadores las pistas y las guaridas de los animales. Ayudaron a nuestros padres a instalarse para el invierno, cerca de su campamento. Ocurrió así. Los miembros de la tribu se quedaron dos inviernos. Recobraron fuerzas. En el momento de la partida, algunos pensaron que podían vivir por aquí. Los otros continuaron hacia el norte porque querían alcanzar la llanura donde se juntan las grandes manadas.

El chamán se calla. Nadie añade nada.

Kipa-koô está decepcionado. Escruta el rostro impenetrable de su compañero. ¿Habrá comprendido el largo discurso del hombre?

Una parte, sin duda.

—¿Cómo es la tierra de ese lado? —pregunta Kipa-koô señalando el lugar por donde se pone el sol.

—Marchando tantos días como dos manos, os encontraréis con un río ancho que discurre en esa dirección. Pasa entre la gran barrera de hielo y una cadena estrecha de montañas que sube hacia el norte. Remontando su curso, llegaréis a las grandes mesetas que se extienden muy lejos hacia el sol poniente. Es una región fría donde el viento sopla continuamente. No

hay árboles para detenerlo y la caza escasea. Los míos no se han aventurado nunca más allá.

El chamán se levanta, indicando que desea poner término a la entrevista.

—Podéis permanecer aquí hasta el amanecer. Pero no os demoréis.

Kipa-koô asiente en silencio. Los habitantes vuelven a sus chozas. Interroga a su compañero.

—¿Has comprendido las palabras del chamán?

Aô hace una mueca.

—Aô no es bienvenido. Los hombres primitivos han muerto. Estos hombres han ocupado su lugar. Aô comprende.

Kipa-koô no sabe qué decir. Se compadece del desaliento de su compañero. Le gustaría poder animarlo.

—La estación buena aún no ha terminado. Aô y Kipa-koô atravesarán las mesetas. Encontrarán el lugar donde viven los hombres primitivos de los que hablaba Napa-mali.

Aô se calla. Recelosos, duermen por turno. No esperan la salida del sol para abandonar el campamento dormido.

18

Han pasado muchos días. Los dos viajeros han sacado provecho del final de la hermosa estación para llegar al pie de las grandes mesetas. Pasan el invierno en una de las grutas que abundan en la caliza después de haber aprovechado la persistencia del buen tiempo para cazar y hacer reservas.

La nieve ha cubierto la hierba amarillenta. Los días se suceden, monótonos. Algunos días tienen los ojos enrojecidos por el humo del hogar que se evacúa difícilmente debido a los remolinos del viento. Mientras tanto, reina siempre en la pequeña cavidad un olor acre característico, mezcla de arcilla, ceniza y orina, de la que están impregnadas las pieles que utilizan como mantas y como alfombras. Salen de forma regular para llenar sus pulmones de aire helado. Cuando el tiempo lo permite, hacen incursiones a los bosques circundantes con la esperanza de conseguir carne fresca. La temperatura extremadamente baja los obliga a ir muy abrigados. La nieve y el peso de las pieles retrasan su avance y además las jornadas son cortas. Aunque raramente rinden fruto, esas expediciones tienen sobre todo el beneficio de hacer trabajar los músculos anquilosados por los largos ratos de inmovilidad ocupados en volver a poner a punto sus armas y sus herramientas. Utilizan la madera de aliso de la que se han aprovisionado y que abunda en esta región, y a veces la de tejo, más resistente pero más escasa, que reservan para las mejores piezas, para hacer nuevos mangos. Con ayuda de una hoja muy afilada, Kipa-koô aprovecha su confinamiento para esculpir trozos de corteza. Aô también lo intenta pero termina por desanimarse ante el pésimo resultado de sus esfuerzos. La mayor parte del tiempo, prefiere admirar el trabajo de su compañero, fascinado por los

gestos mágicos que hacen surgir poco a poco animales de la materia informe.

Antes de tocarlo, Aô ha contemplado primero largamente con aire temeroso el caballo que le ha regalado su amigo. Desde entonces no se cansa de acariciarlo. Está convencido de tener un objeto vivo que le garantiza el apoyo del espíritu de esos animales impetuosos y rápidos cuyos caracoleos en la tundra siempre le han fascinado.

¡Kipa-koô es ciertamente un chamán de su pueblo! El poder de hacer surgir de la madera a los que viven sobre la tierra no pertenece a los hombres vulgares. Aô nunca ha tenido que lamentar la compañía de este joven paciente y sagaz, que nada consigue desalentar.

Siempre dispuesto a contestar a las preguntas, también manifiesta mucho interés por la forma de actuar y de pensar de su compañero.

Para atraer a los animales carniceros, amontonan restos en una pequeña gruta vecina, inaccesible. No están inquietos. La carne fresca es bienvenida, pero sus silos rebosan de carne congelada y de bayas cubiertas de grasa que han tenido la previsión de reunir y traer hasta aquí, conservadas en vejigas atadas con un cordón de cuero. Raíces correosas hundidas en la arena completan su día a día. Estos sencillos agujeros excavados laboriosamente en el suelo antes de las primeras heladas con una cornamenta de ciervo, al pie de los acantilados, les permiten disponer de comida durante todo el invierno. Han tapizado cuidadosamente con ramas las paredes y el fondo. Una pesada losa defiende el acceso de los predadores hambrientos.

Los dos hombres no han tardado en descubrir a los animales que hibernaban en las proximidades. Los renos y los caballos que se aventuraban hasta aquí en su búsqueda incesante de alimento, ahora evitan acercarse a este lugar donde algunos han sido muertos.

Aô y Kipa-koô han descubierto que tienen una vecina. Una hembra de oso hiberna en una gruta cercana. En caso de necesidad, ahí tienen una presa bastante fácil mientras tomen las debidas precauciones.

El frío se intensifica aún más. El viento mismo parece aletargado. Están en el corazón del invierno. El silencio y la ausencia de movimientos han detenido el paso del tiempo. A veces resuena un grito lejano para recordar que la vida sigue ahí, escondida debajo de la nieve, en cualquier refugio.



Pero de nuevo vuelven a alargarse los días. En lo más alto de su carrera, el sol consigue difundir algo de calor. El viento ha cambiado de dirección. Trae la nieve con él. El aire es menos helador. Los dos hombres pueden aventurarse más lejos para acosar a los herbívoros enflaquecidos. Tienen prisa por irse. A las primeras señales anunciadoras de la primavera, deciden ponerse en marcha. La hembra del oso todavía no ha salido de su guarida. No reacciona ante su paso. No necesitan carne. Una vía de acceso que habían localizado al principio de la estación cruda les permite subir a la meseta.

El invierno reina todavía en estas alturas desoladas que ni el viento ni la nieve parecen querer abandonar. Los primeros días resultan difíciles. Los dos hombres se agotan andando en la nieve húmeda que se pega a sus mocasines, entorpeciendo sus pies. El viento sopla de cara, como si quisiera impedirles el paso.

Aô marcha delante. A cubierto detrás, Kipa-koô puede ir poniendo los pies en sus huellas. Valientemente, pasa delante de vez en cuando para que su compañero descanse un poco.

El joven chamán compensa su menor resistencia a base de tenacidad.

Avanzan lentamente, sin hablar, reservando sus fuerzas sólo para esta marcha adelante. Aô recuerda su encuentro con Âki-naâ en un entorno comparable a éste. Pero era en plena estación buena.

Después de unas jornadas agotadoras, se enfrentan también a noches difíciles. No hay nada que los proteja, ni siquiera una roca. Para no cargarse inútilmente y retrasar su progresión, no se han llevado las varas de madera que podrían haberles servido para montar un refugio. Cuando pueden, se conforman con amontonar piedras y bloques de nieve para levantar un murete contra el viento, sólo lo bastante alto como para agazaparse detrás. Duermen mal, acurrucados el uno contra el otro, con los músculos doloridos por los largos períodos de marcha en la nieve.



Pero el sol va subiendo cada vez más alto en el cielo. Sus rayos terminan por ahuyentar el frío. La nieve se funde. El viento se apacigua más. El suelo está menos embarrado que en la llanura porque el agua se filtra a través de las grietas que surcan el zócalo calcáreo. La roca desnuda o la arena, a veces pequeñas zonas de hierba, algunos matorrales aislados constituyen su horizonte. Ahora cada día recorren considerables distancias. El único obstáculo importante lo forman las gargantas vertiginosas excavadas por las corrientes de agua. A veces tardan un día entero en encontrar un paso hacia el fondo y poder subir al otro lado. Generalmente, estos ríos profundos son el único medio de conseguir agua que han de transportar, porque los manantiales escasean en la superficie.

Sin embargo, esta región se revela mucho menos hostil de lo que había dado a entender el chamán del clan de las montañas, cuyos cazadores seguramente se habían conformado con examinar la franja de la meseta. La caza no es tan escasa como pretendía. La hierba corta y los arbustos bastan para contentar a los antílopes y las cabras que pacen tranquilamente, fuera del alcance de los escasos predadores que se pueden localizar a distancia a través de los amplios espacios descubiertos.

Los días se suceden, idénticos los unos a los otros.

Poco a poco, a las gargantas encajonadas suceden valles más anchos por los que discurren ríos tranquilos llenos de peces.

Aunque la marcha sea menos desahogada que en las partes altas, toman la decisión de caminar siguiendo las corrientes de agua que van en la dirección adecuada para evitar las idas y vueltas para abastecerse de agua por caminos a veces abruptos y peligrosos. Gracias a la abundancia de peces, pueden obtener rápidamente alimento y beneficiarse del tiempo y de la energía ahorrados para avanzar lo más posible hacia el oeste.

A medida que progresan, las mesetas son más elevadas. La vegetación y los animales abandonan la superficie cuyo clima es semejante al que reina al norte de la tundra.

Pero el relieve poco accidentado es fácil de franquear.

Al otro lado se extiende una llanura surcada de valles recorrida por ríos y estanques rodeados de sauces y de alisos. Los dos hombres están algo decepcionados. A pesar de las distancias fabulosas que han recorrido, ¡el

lugar donde se pone el sol les parece siempre igual de lejano! Toman conciencia de la inmensidad del mundo y de la escasez de hombres, todavía confinados en los lugares más favorables de estas regiones septentrionales. Aunque el desaliento se apodera a veces de Aô, Kipa-koô no abandona su buen humor y se empeña en manifestar un optimismo inquebrantable. Cada región atravesada es una ocasión para nuevos descubrimientos y raramente transcurre un día que no les ofrezca un motivo para entusiasmarse. Su curiosidad y su interés por el mundo que están recorriendo no se alteran a despecho de las dificultades encontradas y de los sufrimientos originados por el cansancio, las privaciones y el rigor del clima.

La presencia de numerosas corrientes de agua y de ciénagas obliga a los dos hombres a dar rodeos constantemente. Pero siguen progresando hacia el oeste.

En este atardecer, la claridad es extrema. Kipa-koô señala el macizo de altas colinas tras el que se pone el sol.

—Estas colinas se parecen a los lugares donde habitan los seres humanos. Kipa-koô cree que los hombres primitivos están allí.

Aô gruñe para manifestar su desconcierto. No es la primera vez que oye estas palabras de labios de su joven compañero. Pero Kipa-koô demuestra siempre el mismo convencimiento.



Los que encuentran allí no son hombres primitivos. Son numerosos y ruidosos. Aô y Kipa-koô los han localizado desde hace tiempo. La caza ha sido buena y avanzan en fila. Tanto los hombres como las mujeres llevan de dos en dos unas varas a las que están atados por las patas los pesados cuerpos de dos megaceros².

Kipa-koô cuenta por lo menos dos veces las dos manos de hombres y mujeres. Su campamento debe estar muy próximo ya que de otro modo habrían descuartizado la carne en el sitio. Toman la precaución de identificar un itinerario de huida por el sotobosque antes de acercarse a ellos.

Los hombres de cabeza lanzan un grito de sorpresa y se paran bruscamente. Aô y Kipa-koô han dejado escondidas cerca sus armas. Hacen gestos de saludo y pronuncian palabras de amistad. Los que van detrás se juntan poco a poco alrededor de los primeros. Expresan su asombro ruidosamente, interpeándose en una lengua totalmente incomprensible pero sin manifestar ni inquietud ni hostilidad. Se liberan de su carga hablando por los codos. Kipa-koô se pregunta cómo consiguen entenderse en medio de tal cacofonía.

Provisionalmente renuncia a ser escuchado.

Los viajeros se hallan ahora completamente rodeados por hombres y mujeres risueños. Su actitud relajada y benevolente los tranquiliza.

Se comportan como niños. Sin embargo, su aspecto no se presta a equívocos. Su gran talla, la ropa y los magníficos adornos que llevan, la diversidad y la calidad de su armamento no ofrecen dudas sobre la aptitud de esta gente a la hora de hacerse respetar. La suerte de los dos hombres está en sus manos.

Los contoneos y gesticulaciones de Aô provocan una oleada de risas. Esta manera de expresarse les debe parecer sin embargo bastante elocuente, porque se dirigen a él de la misma manera. Los gestos son sencillos y breves. Kipa-koô comprende lo que ya había adivinado. El campamento está cerca y tienen que acompañarles.

Obedecen dócilmente. Efectivamente está muy cerca, en medio de un claro, entre los dos brazos de un río. El suelo está empapado pero las chozas están construidas a salvo de la humedad, sobre montones de piedras sacadas del río. Unos cuantos alisos proporcionan sombra. Los niños juegan en el agua del río. Van a su encuentro y dan vueltas alrededor de Aô, con curiosidad y algo de temor.

Uno de los cazadores, un hombre sonriente, con la cabellera prolongada por una cola de león, interpela a un anciano que se acerca lentamente. Kipa-koô nunca había visto un hombre tan viejo, exceptuando quizás a Napa-mali. Parece como si su cuerpo flaco y arrugado fuera a dislocarse a cada paso.

Mientras el cazador conversa con el antepasado viviente, Aô y Kipa-koô tienen tiempo para valorar el buen aspecto del campamento. Las chozas son

altas. Las pieles que las cubren son abundantes y están bien unidas entre sí. Una impresión de prosperidad y seguridad emana de esta comunidad.

El cazador jovial que ha hablado con el anciano intenta comunicarse con ellos. Kipa-koô entiende que se asombra de su insólita asociación y se pregunta sobre sus respectivos orígenes y sobre su destino.

Aunque la presencia de Aô parece sorprenderles, no provoca el pismo. Kipa-koô concluye que esta gente ya ha tenido relación con los hombres primitivos, o que en cualquier caso sabía de su existencia.

Mientras se pregunta cómo va a poder expresar su respuesta, el anciano se vuelve hacia Aô y se dirige a él. Muestra un rostro severo. Se expresa en una jerigonza puntuada de gruñidos y de gritos apoyando gestos más o menos elocuentes.

Aô cree adivinar que el anciano le pregunta por qué ha venido a su territorio. Evoca también un río y un clan de hombres primitivos señalando hacia el norte. Aô señala hacia levante. Intenta hacer comprender al viejo que vienen los dos de muy lejos. El anciano observa con atención, sin intervenir. Animado, Aô prosigue sus explicaciones. Mima la desaparición de los suyos, su vagabundeo en la tundra, su alianza con los hombres del lago. Para terminar, expresa su esperanza de encontrar a sus semejantes. Le pregunta donde se encuentra ese río al que el viejo ha hecho alusión.

El hombre sacude la cabeza con vehemencia y se dirige después al cazador con el que había hablado previamente. Los otros miembros del clan, que se han reunido a su alrededor, aprovechan para comentar la discusión. Algunos se ríen, otros gritan, excitándose los unos a los otros. Kipa-koô ha tenido muy pocas veces ocasión de relacionarse con gente tan expresiva. Aunque relativamente tranquilizado por la calma de Aô, permanece vigilante para intentar descubrir eventuales señales de agresividad detrás de esa exuberancia. Aprovecha para examinar individualmente a estos hombres y mujeres.

Más bien altos de estatura, tienen andares ágiles. La mayoría llevan paños de piel atados a la cintura, ropa adaptada a la buena estación, especialmente calurosa en esta región. Algunos lucen también una banda de piel enrollada alrededor del vientre, colgada de los hombros por dos gruesas tiras, a su vez enlazadas por otros cordones que se cruzan sobre el pecho.

De éstas cuelgan anillas de madera teñidas de distintos colores, dientes agujereados, perlas y objetos con formas que recuerdan vagamente animales y que parecen haber sido trabajadas. Esta ropa no parece destinada a abrigar. Son verdaderos adornos reservados para ciertos hombres y también mujeres, probablemente el signo de un rango especial en el seno del clan.

La unión de las diferentes piezas de piel que cubren las chozas o constituyen su vestido está tan bien hecha que parece como si fuera una sola pieza. Las mujeres son más bien fuertes, con pesados pechos que cuelgan sobre sus vientres desnudos. Kipa-koô está desconcertado por su comportamiento. Muestran una seguridad poco común y parecen gozar de una autoridad importante en el seno de la comunidad. Los hombres se apartan a su paso y les ceden su lugar de buen grado. Algunas tienen el vientre pintado de ocre. Como los hombres y las mujeres de otros clanes, sus largos cabellos están atados en moño y caen como un ramillete desde lo alto de la cabeza. Ni amistosas ni hostiles, son las más ruidosas y tardan en callarse cuando el anciano reclama silencio.

Exasperado, les echa miradas furiosas pero sin embargo no la toma con ellas.

Se rasca con furia en lo alto de la cabeza con aspecto de estar reflexionando profundamente. De pronto, se pone a croar como una corneja saltando sobre una pierna y otra, y parece como si se fuera a caer a cada momento. Entonces agita frenéticamente la cabeza lanzando gritos estridentes, con gran alegría de los niños que no dudan en imitarle sin que se enfade nadie. Con los ojos vueltos y la boca babeante en medio de la cata apergaminada, el hombre está impresionante.

El cazador adornado con la cola de león les señala el cielo con el dedo riéndose y les invita a tener paciencia. Kipa-koô sospecha que el viejo se ha marchado al encuentro de un espíritu. La sangre afluye bajo su piel que enrojece. El torso descarnado se levanta frenéticamente. Se tambalea cada vez más. Kipa-koô cree que se va desplomar pero milagrosamente conserva el equilibrio. Produce una nube de polvo y de ceniza pisoteando largamente las brasas aún encendidas de la fogata, sin manifestar ningún signo de dolor. Después se tapa los ojos con las manos huesudas, con la planta de los pies

aún humeante de las cenizas que se le han quedado pegadas. Estos remilgos no provocan mucha emoción en los habitantes.

Todavía lanza algunos gritos antes de recobrar una actitud normal. Aparentemente satisfecho, adopta un aire inspirado y se lanza a un largo monólogo para rendir cuentas de su entrevista con los espíritus. Después se dirige hacia su choza.

Su discurso no parece haber despertado ni inquietud ni hostilidad hacia los dos visitantes.

El hombre de la cara sonriente les indica que el chamán va a descansar. Reflexiona unos momentos antes de solicitar su atención. Señala con el dedo hacia ellos y luego hacia el norte. Con las manos, los empuja en esa dirección. Traza la curva del sol en el espacio y separa los dedos de una mano. Después señala un charco de agua haciendo un amplio círculo con los brazos.

Kipa-koô comprende que habrán de andar cinco días hacia el norte hasta un lago. Sacude la cabeza como el anciano para indicar que ha comprendido, provocando la risa en su interlocutor.

Aô y Kipa-koô se ríen también. Todo el mundo se ríe.

Cuando recobra la calma, el cazador sigue con sus explicaciones. Tendrán que rodear el lago para subir una colina situada al otro lado. Una vez llegados a la cima, verán el río. Cuando lleguen a la orilla, bastará con que sigan su curso hasta el territorio de los hombres primitivos.

Aô y Kipa-koô son invitados a compartir la comida del clan. Varios animales ya han sido descuartizados y enormes trozos se están asando sobre las piedras ardientes. La alegría reina en el campamento. Los hombres y las mujeres se atiborran de carne. Las mujeres están muy excitadas.

Hace calor. Con el crepúsculo, los mosquitos los hostigan sin tregua.

Una joven con grandes nalgas, completamente desnuda, lleva a los dos hombres una copa de madera llena de una decocción grasienta y olorosa. Riendo, les hace comprender que esta mezcla los protegerá de las picaduras de insectos por la noche. Ante la vacilación de los dos hombres, aparta sin miramientos la ropa de Kipa-koô y se dedica a untarle abundantemente la piel. Se menea y se frota contra él. Sus manos se demoran en el sexo del chico.

Alrededor de un fuego gigantesco, los hombres y las mujeres se increpan, ríen y gritan. Algunos se alejan para aparearse un poco apartados. Incluso los más jóvenes imitan el comportamiento de sus mayores ante la indiferencia general.

Kipa-koô ha comprendido las intenciones de la jovencita. El anciano, que ha reaparecido bruscamente, atraído seguramente por el olor de la carne asada, le empuja hacia la chica riéndose. Otros ríen haciendo gestos elocuentes.

Ante los estímulos de la asistencia, Kipa-koô se decide a seguir a la chica. ¡Apenas se ha apartado de la zona iluminada por el fuego, todo el mundo pierde interés por ellos! Ninguna mujer se acerca a solicitar a Aô. Todos tienen cuidado de no cruzar su mirada y guardan distancias con él.

Los hombres primitivos son respetados pero temidos. Los dos pueblos se evitan. Cada uno se guarda de meterse en el territorio del otro.

Cazan a lo largo de los ríos, en los valles y las colinas del norte de ese pequeño macizo montañoso más allá del cual se extiende la estepa donde se aventuran durante el verano, sobre la pista de los grandes rebaños de herbívoros. Los encuentros son escasos, siempre fortuitos, y los intercambios excepcionales.

Cuando el reno salió de la tierra, vio que el caballo ya estaba allí. Los hombres primitivos están emparentados con el espíritu del caballo. Cada vez que los cazadores matan un caballo, toman la precaución de abandonar sus ojos y sus genitales para no contrariar a los espíritus de los hombres primitivos.

Aô se adormece en la algarabía. Tarde por la noche, la vuelta de Kipa-koô interrumpe su somnolencia. Parece encantado con su aventura. Más tarde, mientras el silencio recae sobre el campamento, la chica de las gruesas nalgas, insaciable al parecer, vuelve a insistir. Él no se hace de rogar.

Aô está despierto desde hace mucho cuando su compañero termina por salir de una choza, con aire azorado, provocando las risas de algunas personas presentes.

Aô está preparado para irse. Por una vez, manifiesta una cierta impaciencia:

—Tengo prisa por salir. ¿Vienes o no?

Confuso, Kipa-koô se apresura.

—Vamos.

Nadie intenta retenerlos. Al atravesar el campamento, se detienen para mirar a un hombre ocupado en ahuecar trozos de árbol para que resuenen cuando se les golpee con una vara de madera dura o una piedra. El hombre permite que Kipa-koô le observe pero se irrita cuando se acerca Aô. Se pone a gritar, llamando la atención de los demás. El hombre de la cola de león les hace una señal para que se vayan. Su expresión es severa. Ya no se ríe.

OceanofPDF.com

19

Aô y Kipa-koô chapotean en el agua de las ciénagas que se extienden en la periferia del lago. Se dirigen hacia la gran colina que sobresale por encima de las cumbres vecinas. La ascensión de esa cúpula desnuda no presenta la menor dificultad. Desde ese lugar desértico y ventoso, donde ni siquiera la hierba consigue crecer, el panorama es excepcional.

El tiempo despejado permite a los dos viajeros recorrer con la mirada un inmenso territorio. Toman conciencia de las distancias recorridas desde su partida. Impresionados, se entretienen contemplando el mundo cuyos límites se ven empujados hacia otros horizontes por cada uno de sus pasos. Siguen con la mirada el curso de un ancho río. Serpentea entre las colinas en el fondo de los valles cada vez más amplios a medida que se acerca a una llanura donde termina por desaparecer en un halo brumoso. El bosque está acotado a un lado y otro de sus orillas.

Dos pequeñas colinas los separan del río del que hablaba el hombre. Lo alcanzan esa misma tarde. El agua es clara y poco profunda. Después de varias tentativas infructuosas, la azagaya de Kipa-koô atraviesa un gran pez. Hambrientos, se reparten la carne cruda sin tomarse el tiempo de encender un fuego. Saciados, se duermen en seguida en la calma de esta tarde de verano, demasiado cansados para hacer un turno de vigilancia. A la mañana siguiente se ponen en marcha hacia su última etapa, la que debe conducirles al final de su búsqueda, al encuentro con los hombres primitivos.

Kipa-koô nota un cambio de actitud en su compañero. Sus rasgos crispados y sus muecas reflejan su nerviosismo. La inquietud le va invadiendo mientras se acerca a la meta. ¿Qué acogida van a dispensarle

aquellos a los que considera los suyos? Por primera vez, Aô se pregunta por el lazo que lo une a los hombres y mujeres con los que se dispone a reunirse. Desde hace mucho tiempo, los rostros de los que han muerto han dejado de aparecérselo. Su silencio es una fuente de incertidumbre más. ¿No tendrían que alegrarse y manifestarle su satisfacción? Sin embargo, no ocurre así.

Kipa-koô tiene su opinión sobre el asunto, pero no quiere inquietar más a su compañero. Preferiría que Aô encontrase él solo la respuesta a sus preguntas.

Mejor que abrirse un camino en la vegetación que abunda en las riberas del río, prefieren avanzar andando por el agua poco profunda, cerca de la orilla. El fondo arenoso es firme bajo sus pies.

Al tercer día, el río se encajona de pronto. El lecho del río se estrecha. Tienen que ponerse a nadar hasta la otra orilla rematada por una cornisa excavada en la roca blanda por los cambios de nivel del agua.

El sol ya está alto en el cielo cuando alcanzan el extremo del estrechamiento. Entonces estalla un clamor, y después otro. Procede de la otra orilla. Una cortina de árboles les tapa la vista, impidiéndoles que distingan a los autores de los gritos. Intrigados, los dos hombres vuelven a atravesar a nado el río. A cubierto detrás del macizo de alisos, reconstruyen el drama que se ha representado aquí. Un rinoceronte de espeso y lanudo pelaje yace en el barro a pocos pasos de la ribera. El cuerpo del animal todavía se estremece con violencia, pero la muerte es inminente. En su pecho están clavadas varias azagayas, algunas con el mango roto. El cuerno del animal está cubierto de sangre. Un hombre yace al lado, con el vientre abierto. Los gritos los lanzan otros tres cazadores que se lamentan rodeándolo. Aô y Kipa-koô prefieren quedarse a cubierto para observar el desarrollo de los acontecimientos. La muerte de un ser humano es un momento difícil. Es preferible que no se muestren para no contrariar más a los cazadores.

Los tres supervivientes se desinteresan del muerto por un momento.

Acometen el largo y dificultoso descuartizamiento del enorme cuerpo del animal. Cuando han terminado, atan la carne en dos varas. Uno de ellos se acerca al muerto. Lo llama. Sus compañeros se reúnen con él. Hacen

gestos, invitándole a levantarse y seguirles. Pero el hombre no se mueve. Un cazador inicia una especie de canto gutural. Otro reúne los restos de azagayas. El tercero corta un trozo de carne del rinoceronte. Depositán el conjunto con delicadeza sobre el pecho ensangrentado del muerto. Luego se dedican a tapar el cuerpo con un montón de piedras y de ramas.

Sólo entonces se marchan.

Kipa-koô y Aô han asistido a toda esta escena con mucho interés. Los tres cazadores van en dirección contraria a su escondite.

Por iniciativa de Kipa-koô, rodean ampliamente el lugar de la tragedia. Las intenciones de los muertos no se conocen. Hay que desconfiar. Éste puede querer llevarse a los dos hombres con él. Los que mueren a veces están despechados. La muerte puede ser contagiosa. El espíritu de un hombre muerto por un animal tan poderoso como el rinoceronte es temible. Si ignora la causa de su muerte, es probable que merodee alrededor de su cuerpo. La presencia de dos extranjeros en el territorio de su clan podría acrecentar su enfado. Kipa-koô no tiene el menor deseo de enfrentarse a la ira del difunto.

Prudentemente, avanzan a cubierto entre la vegetación.

Kipa-koô está inquieto. El hombre muerto por el rinoceronte es un cazador. Su muerte quizás represente una gran pérdida para los suyos. El chamán de ese clan va a interrogar seguramente a los espíritus para conocer la verdadera causa de su muerte. A él le incumbe la difícil misión de aplacar su espíritu y convencerle para que acepte su nueva situación. Si descubren su presencia, ¿no se arriesgan tal vez a que les imputen la muerte de ese hombre?

El cazador de la cola de león ha hablado del comportamiento agresivo de los hombres primitivos hacia los intrusos que se adentran en su territorio. El valle del río gris les pertenece. Lo abandonan escasas veces. Su presencia en este lugar se considera muy antigua. Cuando descubren sus huellas en la pista de una manada, los cazadores renuncian a estas presas para evitar cualquier enfrentamiento con ellos.

Kipa-koô sabe que no podían elegir peor momento para encontrarse con los hombres primitivos. Le comunica su inquietud a su compañero. Aô le confirma que sufre los mismos temores.

Indecisos, continúan sin embargo siguiendo a los tres cazadores cuidando de no dejarse descubrir. Caminan lentamente, por el peso de la carne del rinoceronte, y se detienen de cuando en cuando para descansar. Kipa-koô está impresionado por la fuerza de estos hombres. Se necesitaría el doble número de los suyos para llevar la misma carga.

Prosiguen su esfuerzo hasta el final del día. De nuevo el valle está más encajado. Los cazadores aminoran la marcha. El sol ha desaparecido detrás de la ladera oeste. Seguramente no van a tardar en detenerse para acampar.

De pronto Kipa-koô se ve empujado con violencia hacia atrás por Aô que retrocede precipitadamente después de haber dado algunos pasos a descubierto. Al mismo tiempo resuenan unos gritos. Desde el otro lado del río, a pesar de la oscuridad, unos hombres han descubierto a Aô. Gracias a la rapidez de su reacción, quizá no hayan podido ver a Kipa-koô, tapado por la vegetación. Sus gritos han llamado la atención de los tres cazadores que caminan por delante. Se dan la vuelta. Los que han dado la alerta corren ahora por la otra orilla.

Son hombres muy jóvenes, tal vez niños. Trepan rápidamente varios rellanos que les conducen a un refugio bajo las rocas, a mitad del acantilado, donde está instalado el campamento de los hombres primitivos. Un grupo de cazadores se ha reunido en seguida. Cinco hombres descienden la pendiente que lleva al borde del agua. Se lanzan sin vacilar al río y lo atraviesan a nado rápidamente, reuniéndose con los otros cazadores que se han detenido para esperarles.

Tomado de improviso por la velocidad de sus maniobras, cada vez más inquieto, Kipa-koô llama a su compañero.

—Ven, Aô, todavía hay tiempo para huir. Creo que nos van a matar. ¡Creerán que nuestra magia ha provocado la muerte del cazador! ¡Huyamos!

Aô vacila. No teme por su vida. Los espíritus le han conducido hasta aquí. Pero teme por su amigo. Furiosos por la muerte de uno de los suyos, es posible que vean en él al responsable y quieran matarlo.

Agitan sus azagayas y vociferan. Parecen muy enfadados.

Kipa-koô retrocede todavía un poco más detrás de los matorrales que le ocultan. Insiste más.

—¡Hay que marcharse! ¡Pronto será demasiado tarde!

Aô se niega a huir ante los hombres primitivos que lleva buscando desde hace tanto tiempo. Pero no es momento de discutir.

—Vete tú. No te han visto. Yo no tengo nada que temer. Soy uno de los suyos. No tomarán mi vida. Vuelve con el clan del antepasado vivo. Espérame allí. Iré a buscarte.

Kipa-koô vacila todavía un poco. Le repele abandonar a su compañero. Pero no quiere perder la vida. Aô se enfada. Gruñe y se agita.

—¡Vete ahora! ¡Están llegando!

Kipa-koô retrocede marcha atrás. Medio arrastrándose, medio corriendo, se desliza a través de los matorrales y alcanza rápidamente la entrada del desfiladero. Justo a tiempo. Los cazadores se han separado como si Aô fuera una presa. Esta maniobra envolvente demuestra su hostilidad sin ambigüedades. Están aún demasiado lejos para identificarle como uno de los suyos.

¿Y si se negaran a reconocer en él a un amigo? Inmóvil, presa de la duda, por mucho que Aô invoque al espíritu del clan, nadie viene a sugerirle qué hacer. Si emprende la huida en seguida, todavía tiene oportunidad de escapar. La seguridad que demostraba unos instantes antes delante de Kipa-koô se ha desvanecido. Siente miedo. Lucha contra el deseo de seguir a su compañero. Pero ahora es demasiado tarde.

El círculo de cazadores se estrecha. Surgen exclamaciones de asombro. Aô lee la incredulidad en los ojos del hombre que tiene enfrente. Uno de los cazadores da instrucciones a los demás. Aún desconfían, pero su hostilidad se ha transformado en perplejidad.

Kipa-koô ha hecho bien en huir. Aô está convencido que de haberse quedado, tal vez ya estaría muerto.

Se acercan a él y le examinan largamente interpelándose en un lenguaje diferente al suyo. Hacen pocos gestos.

Sus armas se parecen más a las de los hombres nuevos que a las que fabricaban Aô y los cazadores de su clan. Su ropa es sencilla pero bien ajustada. La mayoría de ellos lleva el pecho desnudo. Aô identifica a los tres cazadores del rinoceronte. Son hombres muy jóvenes. Tienen las caras y el pecho manchados con la sangre del animal. Están vestidos con una

simple banda de piel que les pasa entre las piernas, sujeta a la cintura por un cordón atado sobre el vientre. Fruncen las cejas y gruñen unas palabras hacia Aô, inmóvil.

Como Aô no reacciona a sus invectivas, uno de ellos se apodera del mazo y del chuzo que ha dejado prudentemente en el suelo. Otro le señala el campamento. Un tercero le empuja en esa dirección sin miramientos. Aô se pone en marcha, escoltado estrechamente.

Cuando se acercan al vado por donde han atravesado el río, obligan a Aô a avanzar por el agua. No utilizan sus armas, pero su actitud es lo bastante coercitiva como para hacerle comprender que la única alternativa es obedecer. Aô no intenta resistirse. ¡No saben que ha atravesado una parte del mundo para encontrarles!

Dócilmente, nada hasta la ribera opuesta donde le esperan varios cazadores, dispuestos a lanzarse al agua si se le ocurriera intentar escaparse por el río.

Al poner el pie en el otro lado, Aô se da cuenta que ha alcanzado su objetivo. Intenta convocar a los suyos pero no se le aparece ninguno de sus rostros. Mientras camina, les suplica mentalmente que se manifiesten, rebelándose contra su falta de gratitud: «¿A que esperáis para alegraros? ¡Aô ha encontrado a los hombres primitivos para vosotros!»

Pero guardan silencio con obstinación. Sorprendentemente, son los rostros de Âki-naâ y del pequeño Atâ-mak los que se le aparecen. Tras ellos está Ma-wâmi, con la cara sonriente. Napa-mali también está presente.

Pero Aô no tiene tiempo para entretenerse interpretando esta visión. Se encuentra ahora en el interior del campamento de los hombres primitivos. Otro viejo se presenta ante él. El hombre no lleva ninguna ropa. Su rostro está cubierto de barro. Sus largos cabellos están separados en tres mechones pasados a través de anillas de madera. Están untados con una sustancia que les proporciona cierta rigidez y les da una apariencia de cuernos. El hombre parece ignorar a Aô. Los cazadores lo han empujado sin miramientos a un rincón del campamento donde queda bajo la vigilancia de dos de ellos. Evidentemente, lo importante es otra cosa.

El chamán parece muy preocupado. Se dirige hacia los tres cazadores cuyos rostros están llenos de sangre. Les habla con autoridad. Se apresuran

a responder. Aô supone que le están dando cuenta del desarrollo de los hechos. Gritan y señalan varias veces hacia el lugar donde ha tenido lugar el drama.

Los otros cazadores, silenciosos, siguen atentamente la conversación. Con las mujeres y los niños reunidos tras ellos, ocupan gran parte de la superficie del campamento cuya extensión está limitada por la estrechez de la plataforma rocosa. El suelo es arenoso. El hábitat del clan está formado por un largo tabique apoyado oblicuamente a lo largo de la cornisa. Aô nota que una parte de la estructura de los refugios la constituyen defensas de mamut, un temible animal, poco inclinado a ofrecer su carne, si no es al precio de una o más vidas humanas, la mayoría de las veces.

Los tres cazadores han dejado de vociferar. El chamán se pone a limpiarles la sangre que los mancha con una piel de liebre. Después les peina los cabellos meticulosamente y examina todos los recovecos de sus cuerpos, como para asegurarse que el espíritu del difunto no se ha ocultado en ellos. ¿O quizá quieran impedir que ese mismo espíritu se escape?

Sin embargo se quedan aparte. El chamán unta a los tres hombres con légamo de la cabeza a los pies.

Aô observa estos extraños ritos.

Seguramente están relacionados con la muerte del cazador. Estos hombres han estado en contacto con el espíritu del difunto.

El chamán salmodia encantamientos puntuados por sonidos que emiten los que han matado al rinoceronte, pronto repetidos por el conjunto de la asamblea. Los hombres y las mujeres avanzan y retroceden acompasando sus gritos dando golpes en el suelo con palos, haciendo que vibre la tierra a su alrededor.

El chamán llama a una de las mujeres. Le habla y ella contesta. Ahora le toca a ella ser untada con barro. Aô nota que los otros miembros del clan se apartan a su paso.

La ceremonia ha durado mucho tiempo. El sol se pone en la ladera opuesta del valle, tiñendo de rojo la superficie del río. Todos contemplan el fenómeno. El chamán parece satisfecho. Algunos gritan señalando con el brazo hacia el astro.

Nadie se interesa por Aô. Se han reanimado las fogatas. Nadie toca la carne del rinoceronte cuyos trozos han sido colgados en palos de madera clavados en las grietas del acantilado. La sangre del animal corre por la pared. La carne que han puesto a asar la han sacado de sus reservas. Su olor testimonia que es el producto de una cacería más antigua. Al anochecer, los tres cazadores y la mujer van a lavarse al río. Ninguno de ellos come. Se instalan en una cavidad situada un poco aparte. El chamán dibuja un leve surco en la arena para marcar una frontera que ya no cruzarán.

Aô está muy impresionado por el complicado ritual que ha presenciado. El significado exacto de estos comportamientos se le escapa. Se siente un intruso entre estos hombres que se le parecen. Comprende lo que quería decir Kipa-koô: hombres de apariencia semejante pueden no entenderse, vivir según distintas leyes, desconfiar los unos de los otros, incluso luchar entre sí, mientras que hombres diferentes llegan a comprenderse y a establecer relaciones. Probablemente ocurre ésto con los hombres primitivos. Aô se siente desamparado. Esta gente no le necesita. Su comportamiento se parece más al de los hombres nuevos que al de los hombres y mujeres que pertenecían al clan de Aô. Ocupan un vasto territorio que nadie les disputa y donde no tienen dificultades para encontrar subsistencia. Son respetados y temidos por los hombres nuevos que viven en las regiones vecinas.

Pasa mucho rato antes de que el chamán se digne interesarse por él. Se acerca lentamente, seguido por varios cazadores de edad madura. Es objeto de un examen altanero. Las miradas se demoran en el vestido usado confeccionado por Âki-naâ con los restos de la piel del oso blanco. El chamán también se dedica a examinar con detalle sus armas. Bajo la aparente seguridad del hombre, Aô cree descubrir un atisbo de indecisión. La lentitud excesiva de sus gestos da la impresión de que se quiere ir tomando tiempo para reflexionar. Las miradas de los cazadores que le ayudan están llenas de desconfianza. No parecen convencidos de encontrarse ante uno de los suyos. Hay varios clanes de hombres primitivos instalados en los valles vecinos, cerca de las grandes llanuras. Pero Aô es diferente. Nadie viaja solo. No comprende su lengua. Sus armas son burdas. Además, la llegada de este hombre coincide con la muerte de un cazador. Se

sabe que los espíritus hostiles toman a veces la apariencia de animales familiares, ¿así que porqué no la de un hombre?

Las incursiones en sus territorios de seres humanos que no pertenecen a clanes emparentados son escasas. Si el inconsciente se da cuenta de su error y abandona rápidamente el lugar, se conforman con acompañarlo a distancia manifestándole su hostilidad por gestos inequívocamente agresivos.

El objetivo de esta actitud es incitar al intruso a irse sin recurrir a la violencia. Se hace todo lo posible para permitir que se vaya sin sufrir daños.

Pero si, a pesar de esta intimidación el interesado persiste en su error, tienen que matarlo. Su muerte se acompaña de un ritual muy preciso destinado a proteger al clan. El cuerpo ha de ser enteramente dislocado. El chamán se come los ojos del hombre y su carne se reparte entre los cazadores. La cabeza y los huesos de los brazos y de las piernas se dispersan por varios lugares alejados. Los restos del esqueleto van a aumentar el montón de inmundicias que se acumulan en un extremo del campamento.

A veces ocurren encuentros fortuitos entre representantes de este pueblo en los confines de sus respectivos territorios. Rara vez dan lugar a enfrentamientos porque las dos partes se separan rápidamente. Estos hombres no son enemigos mientras guarden las distancias.

Pero Aô no es uno de ellos. Se parece a los verdaderos hombres. Se cuenta que hace muchos inviernos, los cazadores de otro clan se habían encontrado con seres humanos que venían de una región lejana situada cerca del lugar donde se levanta el sol. Gruñían y se comunicaban por gestos. Eran pobres, mal vestidos. Sus armas eran burdas. Pero tenían la apariencia de los hombres verdaderos. Eran cazadores valerosos. Este clan los había acogido. Se habían quedado. Seguramente era uno de sus parientes.

El chamán ya ha reflexionado bastante. Reclama la atención de los otros y se pone a comentar los signos.

Dice que el espíritu del sol estaba alegre, lo cual era una buena señal. Dice que el río se ha teñido de rojo como la sangre de la tierra y que eso era también una señal muy buena. Dice que el rinoceronte es un animal importante y que este hombre es amigo de su espíritu. Así que ha de ser

acogido y tratado con deferencia para no disgustar a su poderoso aliado, ya que el alma del difunto no obtendría la ayuda necesaria para encontrar los caminos que llevan hasta los territorios de los antepasados. Se vería entonces condenada a vagabundear entre los vivos a los que demostraría su resentimiento antes de que los hombres largos, siempre al acecho de las almas de los verdaderos hombres, se apoderasen de ella.

Todos aceptan someterse a las exigencias formuladas por el chamán. Los signos son claros. Nadie pone en duda las aptitudes del chamán para interpretarlos.

Aô comprende que se puede quedar. También comprende que el espíritu del rinoceronte es su aliado, cosa que ignoraba.

Pasan los días. Aô intenta integrarse entre aquellos que se esfuerza en considerar como sus semejantes. Descubre numerosos ritos que acompañan los momentos importantes de su existencia, pero también los acontecimientos más anodinos de su vida cotidiana. Nota semejanzas entre su comportamiento y el de los hombres nuevos que ha tenido oportunidad de conocer en el transcurso de sus peregrinaciones.

Los muertos son temidos y se ponen todos los medios para que no la tomen con los vivos.

Todos demuestran paciencia con él cuando por ignorancia transgrede ciertas leyes. Los encuentros con los otros clanes asentados más al norte son bastante frecuentes. Los hombres se reúnen con miembros de su familia. Con este motivo, las mujeres cuentan interminables historias, algunas especialmente apreciadas. Sobre todo son aquellas que traen a escena a los animales y los antepasados, y a veces los árboles o plantas más modestas. Aô no comprende gran cosa pero se ríe con los demás. A veces, alguien intenta amablemente explicarle el motivo de la alegría general.

Aô constata la extensión del conocimiento de estos hombres. Conocen una cantidad increíble de plantas. Cada una de ellas tiene un nombre, lo mismo que los animales con los que se relacionan a menudo. Los niños son capaces de identificarlas muy pronto.

Los cazadores son muy eficaces. Oportunistas, cazan indiferentemente toda clase de presas de las que conocen las costumbres y los lugares de paso o de reunión. Las orillas del río albergan numerosas aves y pequeños

mamíferos fáciles de sacar de su escondite. Las mujeres descuellan cazándolos. Ocasionalmente se dedican a la pesca.

Una vez, en la periferia de su territorio, vieron hombres nuevos. Éstos cambiaron deliberadamente de dirección para evitar el encuentro.

Aô intenta aprender sus técnicas de talla, unas veces parecidas a las de los cazadores del campamento de Kipa-koô, y otras dispares. Como ellos, utilizan diversos materiales para realizar unas herramientas muy variadas, tanto la piedra como el hueso, el marfil y más raramente la cornamenta de los cérvidos. Las hojas y las puntas de dos caras que fabrican tienen una calidad semejante a las que producen los hombres del lago. Las varillas talladas en defensas de mamut les proporcionan resistentes azagayas que no tienen nada que envidiar a las que fabrican los hombres del lago. Sin embargo, su técnica para colocar empuñaduras es diferente. La base de las puntas no está hendida, sino redondeada y adelgazada por sucesivos retoques de forma que pueda insertarse en los tajos hechos en los mangos. Atadas fuertemente con cordones de cuero empapados en sangre de animal y en resina, se convierten en armas resistentes y eficaces. También saben sacar del hueso punzones y agujas finas muy pulidas que se pueden ver clavadas en sus vestidos.

Aô se da cuenta que a semejanza de los hombres nuevos, fabrican objetos sin utilidad aparente para adornar sus cuerpos y sus vestidos. Sienten predilección por los dientes en cuya raíz practican una incisión o una perforación para poder colgarlas. También hacen colgantes haciendo con paciencia agujeros circulares en fragmentos de hueso o de marfil de distintas formas. Para perforar los materiales duros, lo hacen de forma distinta a los tallistas de los hombres del lago que lo hacen rascando y adelgazando la superficie y practicando surcos. Aquí los agujeros se obtienen quitando material a base de presionar con fuerza con un punzón de piedra o a veces de cuerno de reno. La operación es larga y fastidiosa y los fracasos numerosos porque muchas veces el objeto trabajado se rompe. Así que estas piezas tienen un enorme valor, mucho mayor que el de los colgantes con una simple hendidura. Los adornos distinguen a los individuos, igual que entre los hombres nuevos.

Las tareas cotidianas no están tan claramente diferenciadas entre los dos sexos como ocurría con los hombres nuevos. Las mujeres participan a veces en las cacerías colectivas. Los hombres, sobre todo los más jóvenes, colaboran en el acondicionamiento de las pieles pero nunca en las destinadas al vestido, principalmente las pieles de reno, que son privativas de las mujeres. Éstas fabrican ellas mismas las herramientas y las armas que utilizan. El clan lo constituyen varias familias. Algunos hombres alimentan a dos mujeres. Todavía hay algunos ancianos que se valen por sí mismos. Ya no cazan, pero recogen bayas, champiñones y raíces. La caza se reparte entre los cazadores según reglas muy precisas donde el papel que juega cada uno es tomado en cuenta cuando se trata de cacerías colectivas.

Para convertirse en adulto, los jóvenes han de nadar a contracorriente hasta una isla situada en medio del río. Esta isla es el lugar donde están depositados ciertos huesos sacados de los esqueletos de los difuntos, mucho tiempo después de su muerte, en el transcurso de un ritual determinado. Con el cuerpo desnudo, untado de grasa, se quedarán allí durante muchos días sin alimento, temblando de frío hasta que la llamada del chamán ponga fin a la prueba. Cada uno de ellos traerá consigo una piedra, un fragmento de hueso o un resto cualquiera que le servirá al chamán para identificar a los espíritus que habrán de favorecer al iniciado durante su vida.

El islote está sumergido de forma regular por las crecidas del río. La mayoría de los huesos se los lleva el agua. Son los muertos que parten para el largo viaje hacia el territorio de los espíritus, hasta el que ha de llevarles el río. Este acontecimiento es el punto de partida de nuevas ceremonias. Nadie se acerca al río durante el tiempo de la crecida.

Aô constata que la influencia del chamán es considerable y que su papel es comparable al de sus semejantes, los que ofician para los hombres nuevos. No había chamán para los hombres primitivos del clan de Aô.

También nota que cuando uno de ellos muere, su alma aspira a dejar el mundo de los vivos de la misma manera que entre aquellos a los que llaman hombres largos, con los que reconocen no tener más que un lejano parentesco y un estatus inferior al suyo. Así que Aô se inquieta por el destino de las almas de los de su propio clan.

Una de las mujeres parece sentir interés por Aô. Iniciada hace poco tiempo, todavía no ha sido reclamada por ningún cazador. Pero no le interesa.

El lugar que le está reservado dentro de la comunidad es el de un joven novicio. Así como se le ha perdonado la estancia en la isla de los muertos, todavía tiene que demostrar sus habilidades en la cacería. Sin embargo, su vigor y su audacia le permiten ganarse poco a poco la estima de sus nuevos compañeros.

Pero Aô no está satisfecho. La mayoría del tiempo sus sueños son incoherentes. Ya no oye las voces de los suyos y hace mucho que sus caras ya no se le aparecen. ¿Cómo saber si los muertos se han apaciguado si guardan silencio obstinadamente? Se vuelve taciturno.

Una mañana, los hombres primitivos se dan cuenta de su partida. Nadie se siente realmente afectado. La vida sigue su curso.

20

Aô huye. Ahora tiene prisa por abandonar el territorio de los hombres primitivos y encontrar a su compañero. Sólo se ha quedado dos lunas con sus semejantes. Tal vez Kipa-koô le haya esperado. En caso contrario, si se ha decidido a marcharse solo, Aô lo alcanzará. Está seguro. Antes del invierno estarán de nuevo juntos y harán el camino de vuelta.

Corre sin mirar hacia atrás. Cierta confusión reina en su mente. No comprende bien las razones que le han llevado a esta marcha precipitada. Sólo ha cedido a un deseo irresistible que no ha dejado de crecer en su interior, día tras día.

No teme a los hombres primitivos, sino a los poderes que podrían oponerse a su huida. El miedo que siente no es racional. Duda de su propia decisión y no se atreve todavía a alegrarse, satisfecho de que sus piernas le obedezcan y que ningún obstáculo insalvable haya surgido delante para obligarle a quedarse en un sitio que no le conviene.

Pero no sucede nada. El campamento ha quedado muy atrás. Cada nueva zancada ayuda a disipar un poco más su ansiedad y liberar la intensa alegría que siente en el fondo de sí mismo.

Sólo se detiene para dormir un poco. Y en sólo dos días alcanza la base de la gran colina.

De repente, mientras trota hacia la cima deslizándose entre las rocas, resuena un grito. Aô se queda inmóvil, a la defensiva. Aparece un hombre a unos pasos por delante de él. Asombrado reconoce el semblante risueño de Kipa-koô. Lanza un grito de gozo. Los dos amigos se abalanzan el uno

hacia el otro, simulando una feroz pelea. Ruedan por el suelo abrazándose como dos cachorros de león. Kipa-koô se rinde riéndose.

—¡Me estabas esperando! —exclama Aô, encantado—. ¡Temía que ya te hubieras ido y corría para alcanzarte!

Kipa-koô rie:

—Estaba decidido a esperarte hasta el principio del invierno. Sabía que pasarías por aquí seguro. Hay grutas a este lado de la colina. Me instalé aquí. Esta mañana, los grandes pájaros negros me han avisado de tu llegada. Entonces me he escondido aquí para acechar tu paso.

El chico prosigue en un tono más serio:

—Kipa-koô está inquieto. Ha tomado prestadas las alas del cuervo para volar hasta las montañas sagradas. Ha visto al gran lobo gris, el que guía a los muertos, descender hacia la tundra.

Aô le mira sin comprender. Kipa-koô explica:

—Cuando un hombre muere, el chamán llama al espíritu del lobo y le pregunta por la causa de su muerte. Cuando el hombre sabe por qué ha muerto, se tranquiliza y se agarra a la cola tupida del lobo que se lo lleva bajo tierra al territorio de los espíritus. Sin él, el alma del difunto no puede encontrar el camino y está condenada a vagar entre los vivos.

Aô se queda pensativo un momento. Piensa en las creencias de los que acaba de abandonar, obligado una vez más a constatar las analogías con las de los hombres nuevos. En el fondo, se rebela contra estas creencias que no son las de su clan. Se niega a perderse en una realidad que no es la suya. Se enfada.

Dice lo que sabe en tono seco.

—El espíritu del lobo es un espíritu muy poderoso. Los lobos llegaron a la tierra antes que los hombres. El lobo ha enseñado a los hombres a cazar en manada. Pero los muertos no viven debajo de la tierra. Gracias al soplo del viento, los espíritus se mueven libremente por la superficie del mundo. Con la muerte o cuando sueñan, se escapan de los cuerpos. Algunos viajan mucho tiempo con el viento y conocen las respuestas a las preguntas de los hombres. Ésto es lo que saben los hombres primitivos del clan de Aô.

Kipa-koô está sorprendido por la aspereza de su tono.

Sin embargo lo escucha con mucha atención.

Al darse cuenta del interés de su compañero, Aô continúa:

—Antes era de noche. El viento sopló sobre la espesa niebla que impedía que el sol iluminara la tierra. Entonces la hierba y las otras plantas salieron del suelo. Una parte de su cuerpo se quedó bajo tierra para que no se volaran. El bisonte, el caballo y el reno se comieron la hierba y las hojas. Originaron las numerosas especies que se alimentan de plantas. Éstas se hicieron cada vez más escasas. El viento estaba furioso porque le gustaba jugar con la hierba y las hojas. Entonces se enfadó. Sopló tan fuerte que arrancó las plantas del suelo y se convirtieron en las aves que vuelan por el cielo. El lobo nació de la unión entre el gran cuervo y la hierba de la tundra. Los lobos se comieron una parte de los animales que comían hierba y hojas. Los animales y las plantas se casaron entre sí. Así se extendieron las criaturas que pueblan la tierra. Los hombres mismos son descendientes del lobo y el abedul. Todos los habitantes de la tierra pertenecen a la misma familia. Los animales y las plantas aceptan morir porque saben que su espíritu podrá vivir en otro cuerpo. Los cazadores tienen que vigilar para permitir que escape y asegurarse de la presencia de animales semejantes en los que se pueda reencarnar. Cuando los míos mataban a los hombres nuevos, se aseguraban de ponerles una piedra en la boca. De esta manera, sus espíritus permanecían prisioneros.

Es la primera vez que Aô cuenta tantas cosas sobre las creencias de los suyos. Kipa-koô percibe la frustración de su amigo. Su precipitada partida del campamento donde vivían sus semejantes atestigua que su breve estancia con ellos no le ha satisfecho.

Kipa-koô comprende su amargura. Comprende que estos hombres son muy distintos de aquellos con los que creció. Sin duda, éstos no tienen más que la apariencia de hombres primitivos. También comprende que los verdaderos hombres primitivos eran chamanes porque todos se comunicaban con los espíritus. Más que antes, se da cuenta de la diversidad de los seres humanos. Cada clan entiende su parte de la palabra sagrada de los espíritus, de la que sus antepasados han sacado las leyes que rigen la vida de los hombres en el seno de los clanes.

Ahora Kipa-koô sabe que el espíritu del lobo gris atraviesa el cielo llevado por el viento que es el soplo de los espíritus. También sabe que los

espíritus no viven siempre debajo de la tierra y que es posible encontrarlos en muchos lugares. Se sorprende aguzando el oído para captar el mensaje del viento. Se alegra de sentirlo en su cara y verlo correr gozosamente por la hierba.



Aguijoneados por las funestas visiones de Kipa-koô, los dos hombres han continuado a marchas forzadas después de las primeras nevadas. Alcanzan el pie de las altas mesetas pero tienen que resignarse a detenerse allí. El clima polar que castiga sin piedad las alturas desérticas, no permite que se aventuren por ellas en la estación cruda. Los animales se esconden en el fondo de los valles. Las cimas aplastadas sólo pertenecen al viento. Kipa-koô imagina a los espíritus danzando con él sobre las cumbres.

Los dos hombres se preparan para vivir momentos difíciles. Han caminado mucho tiempo. No tienen reservas. Tendrán que cazar durante el invierno como lobos.



Flacos y debilitados, llegan al umbral de la primavera. Una tempestad de nieve hace estragos desde hace muchos días, como ocurre a menudo en esta estación.

Un hambre terrible los atenaza. No han comido nada desde hace días. Pronto Kipa-koô no tiene fuerzas ni para levantarse a alimentar el fuego. Los gruñidos de Aô le sacan de su torpor. Ye cómo brillan sus ojos en la penumbra de la gruta donde se esconden. El hombre se esfuerza por vestirse adecuadamente para enfrentarse al frío y al viento.

Aô sabe que no tiene elección. Si espera más todavía, morirán, Kipa-koô el primero. Éste se endereza penosamente en su lecho. Con gesto abatido, Aô le ordena que se quede en su sitio. La presencia de su compañero agotado no haría más que estorbarle. Kipa-koô obedece sin palabras. El mismo Aô sólo se mueve a costa de un esfuerzo terrible. Confía su suerte a la voluntad de los espíritus. Si vuelve de vacío, será para morir al lado de su amigo.

Los copos de nieve le azotan la cara. En cuanto da las primeras zancadas, gasta sus últimas fuerzas para arrancarse de la nieve que se ha acumulado durante varios días. Presa del vértigo, cae de rodillas, sin aliento.

Cierra los párpados para protegerse de las ráfagas de viento y de nieve. Las imágenes se apretujan ante sus ojos. Está rodeado de hombres y mujeres. Los reconoce. Los de su antiguo clan se codean con los hombres y mujeres del clan de Kipa-koô. Todos le exhortan para que siga adelante. Aô encuentra fuerzas para levantarse. Camina en medio de ellos. Por delante, la nieve está apisonada. Ha alcanzado la pista de un rebaño de renos perseguida por una jauría de lobos. Aô avanza mucho más fácilmente.

Los ve a través de la cortina de copos. La nieve está enrojecida por la sangre de una vieja hembra que se ha dejado distanciar de los suyos. Con dos lobos colgados de sus ijares, sigue adelante, obedeciendo al poderoso instinto de supervivencia que le ha permitido cruzar tantas estaciones. Un tercer lobo le secciona un corvejón. Por fin se desploma.

Los lobos han percibido el olor del hombre. Lo temen más que al oso y al león. Retroceden para reagruparse a unos pasos. La jauría se ha separado para aumentar las oportunidades de encontrar alimento. No son muy numerosos pero el hombre está solo. Animándose los unos a los otros, gruñen ferozmente, decididos a luchar antes que abandonar la presa a la que persiguen desde el amanecer. Aô también grita. Suplica al espíritu del lobo para que le permita coger una parte para él y su compañero. El mayor de ellos, una fiera temible, capaz de enfrentarse a un lince, se envalentona.

Enseñando los formidables colmillos, con sus ojos amarillos fijos en el hombre, avanza lentamente, aplastado contra la nieve. Los demás ya han rodeado al cazador. Sin perder de vista al lobo grande, Aô ha descubierto al más joven de la manada. Impaciente, menos experimentado que los demás, se ha acercado por la derecha. Trémulo, espera que su jefe dé la señal de ataque. Gritando siempre, Aô se vuelve bruscamente hacia él. El animal tiene un momento de vacilación que le resulta fatal. El hombre clava con violencia la punta de su chuzo en las fauces abiertas. En seguida recupera su posición, enfrente del que conduce la jauría. Vociferando con todas sus ganas, golpea rudamente con su mazo el suelo a su alrededor. Los lobos

retroceden un poco, dejando un camino libre. Aô lo aprovecha para abalanzarse hacia el cuerpo del reno. Por un momento, los feroces carniceros no se ocupan de él. Con un mismo impulso furioso, se han lanzado sobre su semejante abatido. Aô sabe que dispone de poco tiempo. Hambrientos como están, los lobos acabarán en seguida con el flaco animal.

Frenéticamente, corta con su cuchillo la carne todavía palpitante del reno. A su lado, la carnicería toca a su fin. Dos lobos luchan ferozmente por unos jirones de carne. Aô se echa a la espalda una parte de los cuartos traseros del reno que ha conseguido separar del resto del cuerpo. El lobo grande le observa en silencio, inmóvil. Aô retrocede paso a paso. Mantiene los ojos fijos en los del predador. Pronuncia las palabras rituales del cazador que da las gracias a los que le permitirán sobrevivir.

El lobo sostiene su mirada. El peligroso bípedo se bate en retirada. La carne es para ellos. Con un gruñido satisfecho, vuelve hacia el cuerpo del reno.

A pesar de su hambre, Aô se toma el tiempo de encender de nuevo el fuego. Las diminutas brasas se apagan dos veces, obligándole a volver a empezar. Kipa-koô no se ha movido desde el retorno de su compañero, pero Aô oye su respiración. Lo sacude suavemente. Abre los ojos.

Una sonrisa cansada asoma en su semblante.

—Kipa-koô sabía que Aô volvería porque el espíritu del lobo le protege —exhala con su aliento.

En los días sucesivos, Aô recupera fuerzas rápidamente. La cantidad de carne que ha sacado del animal es suficiente para que aguanten hasta el final de la tormenta. A Kipa-koô le cuesta más tiempo recuperarse. Esta prueba los ha acercado aún más.

El sol asoma entre las nubes. Un ligero viento termina de limpiar el cielo. La nieve se funde una vez más. Los renos se aventuran fuera del sotobosque donde se habían refugiado. Los dos hombres están impacientes por partir. Aô descubre las huellas de algunos caballos que se dirigen hacia las pendientes menos expuestas del macizo, allí donde la hierba consigue brotar, sin duda exploradores del terreno. Es la señal de partida que esperaban.



Avanzan deprisa, no deteniéndose más que para conseguir alimento según las oportunidades, contentándose a veces durante varios días con bayas o plantas que se comen en el mismo lugar donde las recogen.

Atraviesan el territorio de los hombres de las montañas sin intentar encontrarse con ellos, empujados por la obsesión de conseguir alcanzar el glaciar antes del final del verano.

Lo consiguen por poco.

Desde la cima de la montaña, contemplan emocionados el lago. Sin esperar, se adentran con precaución sobre la superficie helada. El monstruo de hielo los acoge con silbidos a los que responden con gritos alegres. Cada tarde, subidos en una roca, escrutan las orillas del lago hacia donde debería estar el campamento. Hoy, por primera vez, han descubierto la luz de un fuego.

Kipa-koô está dividido entre el gozo y la aprensión. Sus temores no le han abandonado.

Los dos hombres costean ahora las orillas del lago. Saben que llegarán al campamento antes del anochecer. Aminoran el paso para saborear el placer de llegar a la meta. Kipa-koô aspira los olores familiares que le trae el viento. Se oyen gritos mucho antes de llegar al campamento. Kipa-koô está sorprendido. La mayoría de los hombres y mujeres deberían estar de caza. Pero son cazadores los que vienen a su encuentro. No es normal.

Reconocen a Kâ-maï acompañado por dos hombres jóvenes que aún no tenían nombre cuando se fueron. Aô apenas se fija. Su mirada busca más atrás. Llega una mujer andando deprisa. Lleva a un bebé en brazos. Un niño pequeño trota detrás, tan rápido como puede, intentando no distanciarse. El corazón de Aô late con furia en su pecho. No oye las trágicas palabras de Kâ-maï. Pasa al lado de los cazadores sin detenerse.



Aô y Âki-naâ están frente a frente. De sus bocas no sale una sola palabra. Los ojos de la mujer brillan con intensa alegría. Aô no se cansa de contemplar este rostro cuya sola vista le hace feliz. A su lado, el pequeño

Atâ-mak se mantiene tranquilamente inmóvil, un poco intimidado. Ha reconocido al hombre del que le habla su madre cada día. Conserva un recuerdo vago de su cara, de su olor, de sus ojos. La mirada de Aô se desliza hacia el niño que duerme en brazos de su madre. Es un niño nacido hace dos inviernos aproximadamente. Sus ojos están hundidos profundamente en las órbitas.

Âki-naâ le tiende al pequeño.

—¡Este tiene la fuerza de su padre! —dice riéndose.

Aô gruñe de satisfacción al cogerlo.

Acaricia suavemente la cabeza de Atâ-mak, que se le ha agarrado a la pierna.

—Aô ha vuelto —dice simplemente.

La joven asiente. Saluda a Kipa-koô que se ha reunido con ellos, seguido de Kâ-maï. Los dos hombres están preocupados. Kâ-maï informa a Aô de la situación.

—Después de vuestra partida, los espíritus continuaron siéndonos favorables. La estación de la caza fue buena. No vimos a los hombres-pájaro y pensábamos que los del río habían cumplido las palabras de Ak-taâ. Pero al final del invierno, O-mok volvió con dos cazadores. Nos contó lo que había pasado. De todos los que habían luchado contra los hombres-pájaro, O-mok era el único superviviente. Ak-taâ no había escuchado a los cazadores que ya se habían enfrentado a ellos cuando hablaban de la ferocidad y la astucia de esos seres sanguinarios. Los hombres-pájaro se habían apoderado de su alma y la de sus compañeros porque cada hombre muerto por sus manos aumenta su poder y sus espíritus no se sacian nunca. O-mok ha dicho ésto: son asesinos de hombres. Cuando atacan, en medio de la noche o a la vuelta de un camino, los cazadores más valientes se llenan de espanto y sus brazos se debilitan. Por dos veces fue atacado el campamento del viejo Ik-wag. Más tarde, los cazadores no volvieron. Entre nuestros parientes los muertos eran muchos, más que los dedos de las dos manos. Han padecido hambre y sed porque los hombres-pájaro se apoderaron de la mayor parte de sus reservas de comida y de pieles. O-mok ha dicho que se habían instalado cerca del territorio de su clan y ha reclamado nuestra ayuda para buscarlos.

El viejo cazador se interrumpe y levanta orgullosamente la cabeza.

—Varios de los nuestros se marcharon con él. Kâ-maï los dirigía porque ya había matado a uno de ellos. Sabe que su vientre es tan blando como el de los demás hombres y que sus huesos se rompen cuando se les golpea con el mazo. Pero no hemos hallado su campamento. Entonces los hombres han vuelto con sus respectivos clanes para participar en la nueva estación de caza. Un día, Ma-wâmi encontró huellas de su presencia en nuestros propios territorios. En medio del pasado verano, en ausencia de los cazadores y de una parte de las mujeres, los hombres-pájaro se presentaron en el campamento. Pero Wagal-talik había encargado la dirección de la cacería a Kâ-maï y a Ma-wâmi y se había quedado con dos cazadores para proteger a los que permanecían en el campamento. Los hombres-pájaro eran numerosos. Pero los nuestros los esperaban y no se dejaron sorprender. Wagal-talik, los cazadores A-wâk e Ita-kîi, Napa-mali, los ancianos, las mujeres y los niños lucharon como lobos. A-wâk, Ita-kîi y el viejo Wâ-kâ murieron. Wagal-talik fue herido gravemente. Ha perdido el uso de las piernas. Hoy su espíritu está a punto de irse. Los nuestros consiguieron matar a dos de los asaltantes y herir a otros tres. Desconcertados por tal resistencia, los hombres-pájaro se retiraron llevándose a sus muertos. El invierno ha sido muy crudo. El clan ha sufrido de hambre y de frío porque no hemos traído más que un pobre botín. Los espíritus estaban encolerizados. Durante la estación mala hemos descubierto de nuevo signos de la presencia de hombres-pájaro. Napa-mali ha dicho que no habían abandonado nuestros territorios porque no habían renunciado a la venganza que les exigían sus espíritus. En cuanto terminó el invierno, Ma-wâmi salió de cacería con un puñado de hombres y mujeres. La caza que trajeron apenas era suficiente para alimentar al clan durante unos pocos días. Tuvieron que volver a salir en seguida. Kâ-maï se ha quedado con dos cazadores jóvenes. Âki-naâ también se ha quedado.

El hombre dirige una mirada cargada de respeto a la joven que está de pie junto a Aô.

—Napa-mali ha dicho que cuando los hombres-pájaro atacaron el campamento, sin las mujeres no habrían podido rechazarlos. Cuando A-wâk, Ita-kîi, Wagal-talik y Wâ-kâ sucumbieron a los golpes, los brazos de

las mujeres no temblaron. Napa-mali ha dicho que el espíritu del gran lobo gris vivía en Âki-naâ y que había leído miedo en los ojos de los hombres-pájaro. Pero hoy la situación es muy mala. Ma-wâmi y los cazadores tardan en volver. No son tan numerosos como para poder rodear los rebaños. Tienen que arriesgarse más y recorrer largas distancias para obtener un pobre botín. Falta comida. La compañera del viejo Wâ-kâ se ha ido a morir en la tundra. Los que nacen ahora tienen que volver a irse al lugar de donde vienen. Hemos matado a dos recién nacidos porque sus madres no pueden alimentarlos. La supervivencia del clan completo está amenazada.

Aô parece haber entendido lo esencial del discurso de Kâ-maï.

Está furioso. Kâ-maï quiere añadir algo pero Kipa-koô le interrumpe.

—Aô y Kipa-koô están aquí ahora. Era la voluntad de los espíritus. No perdamos tiempo. Wagal-talik y Napa-mali nos esperan.

Avisado de la llegada de los dos hombres, el chamán ha ido junto al anciano jefe agonizante para anunciarle la noticia que tanto esperaban, la que estaba reteniendo a su alma dentro de su cuerpo torturado. Kipa-koô apenas reconoce en ese hombre a su padre, el poderoso cazador que ha guiado a los suyos tanto tiempo. Un largo tajo, mal cicatrizado, le cruza el rostro demacrado hasta lo alto del cráneo. La piel de la cara está amarilla. Apenas se percibe un hálito de vida detrás de los ojos velados. El hombre está ya en el entre-dos-mundos. No parece ver a los dos hombres que tiene delante. Sin embargo, sus labios se entreabren para decir unas palabras.

—Wagal-talik se puede ir. Su espíritu está contento.

No añade nada más.

Kipa-koô se dirige a Napa-mali.

—Kipa-koô había visto bajar al gran lobo gris. Hemos caminado deprisa.

Napa-mali sacude la cabeza como si ya lo supiera todo.

—Napa-mali esperaba vuestra llegada. Los espíritus le habían avisado.

Se dirige al hombre primitivo.

—Has vuelto —dice sencillamente.

Aô asiente con seriedad.

—Sí. Aô está de vuelta entre los suyos. Los otros ya no lo necesitan.

Napa-mali no dice nada. Se conforma con poner la mano sobre el hombro de su joven amigo.

Por la noche, Aô, Kipa-koô y Kâ-maï se van poniendo de acuerdo.

Al día siguiente muy temprano, Kâ-maï los acompaña al lugar donde han descubierto por última vez las huellas del paso de los hombres-pájaro. Durante varios días, los tres hombres examinan metódicamente el sector.



Los hombres-pájaro están rabiosos, sobre todo el gigante que ha visto como su autoridad se tambaleaba gravemente después del fracaso y las pérdidas sufridas por él y su banda durante el verano anterior. Incesantemente, revive las peripecias del combate. Las cosas no sucedieron como deberían haberlo hecho. Antes de que penetraran en el campamento ya se habían oído gritos. Los hombres que se habían levantado frente a ellos habían luchado con valor. Cuando el anciano jefe había caído, herido por él, después de haber matado a uno de sus mejores hombres, los otros no habían renunciado a pelear. El gigante hace muecas al revivir los siguientes pasos del enfrentamiento. Recuerda al chamán exhortando a los suyos sin descanso. Las azagayas le rozaban ¡pero ninguna parecía poder alcanzarle! ¡Vuelve a ver al otro anciano que les dio tanto trabajo! Dejado por muerto, atravesado por dos azagayas, ¡todavía halló fuerzas para cortarle el cuello a un hombre! ¡Pero es cuando piensa en esa hembra cuando el odio que le ahoga alcanza su paroxismo! Cuando la ha reconocido al lado del chamán, ¡no podía creer lo que estaban viendo sus ojos! ¿Cuál era la magia por la que se encontraba aquí después de su desaparición el día en que el hombreoso había aparecido en el campamento? Había visto cómo la duda y el miedo aparecían en los ojos de sus compañeros. Él mismo había sentido cómo su confianza se tambaleaba. Los otros habían percibido su vacilación y habían redoblado sus esfuerzos. Las piedras les llegaban de todas partes. La azagaya que esgrimía la mujer se había clavado en el pecho del hombre que estaba a su lado. Entonces, aullando de rabia y de despecho, se habían retirado con los heridos y los muertos.

Se le escapa el sueño mientras recuerda la terrible humillación. Ahora ya sólo son cuatro. Han perdido a tres hombres. Y ellos también han sufrido el invierno. Esta vez no subestimarán a sus adversarios. Están allí desde hace dos lunas. Tienen paciencia.

Esperan el momento propicio. Todos los cazadores tendrán que resignarse a abandonar el campamento. El gigante lo sabe. El invierno ha sido muy duro y el verano ya está muy adelantado. Sin reservas de comida suficientes, la próxima estación fría sería fatal para el clan del lago. Pero los cuatro hombres no saben que se han convertido en presas.



Un día, Aô, Kipa-koô y Kâ-maï descubren las cenizas aún calientes de su última fogata. A la noche siguiente, desde la cima de una colina, descubren el resplandor de su fuego, en medio de un bosquecillo.

Pacientemente, esperan que sea plena noche. El cielo está cubierto. Está oscuro. A una señal de Aô, se aproximan arrastrándose hasta el campamento de los hombres-pájaro. El lugar es adecuado para un ataque ya que pueden acercarse hasta ellos a cubierto de los arbustos que rodean el pequeño claro en el que se han instalado. La sorpresa será completa. Seguramente no esperan ser atacados.

Aô está tan cerca que oye su respiración regular.

Uno de los hombres, apoyado en un árbol y al que se suponía de guardia, lucha contra el sueño. Está enfrente de Aô. Será el primero en morir.

La punta de su chuzo le atraviesa el corazón en el momento en que abre los ojos. Los otros tres reaccionan muy deprisa. Pero los mazos de Kâ-maï y de Kipa-koô se abaten a golpes sobre sus cabezas antes de que puedan salir de sus mantas. Sólo el hombre de los dientes partidos ha podido liberarse a tiempo. Evalúa rápidamente la situación. Sus armas están fuera de su alcance. Elige la huida. Sin tomarse el tiempo de recuperar su chuzo, Aô sale en su persecución. El gigante es veloz. Consigue sacar un poco de delantera. Se dirige hacia el río.

Aô mantiene su velocidad. Sabe que puede correr mucho tiempo a este ritmo. El fugitivo echa una mirada por encima del hombro. Ve que le persigue sólo un hombre. No parece armado. Los otros dos están muy atrás, lo suficiente como para que termine con éste antes de que lo alcancen. Se vuelve bruscamente. Se ríe, seguro de su fuerza. Ningún hombre puede vencerle.

Aô sigue corriendo hacia él al mismo ritmo. Sorprendido, el gigante abre mucho los ojos para distinguir al que no teme enfrentarse a él solo y sin armas. Sólo en el último momento reconoce al hombre-oso.

Pasados los primeros instantes de estupor, aúlla de rabia y se precipita a su encuentro. Los dos hombres chocan con violencia. El golpe es duro. Se tambalean. Aô se recupera primero. Desliza las manos debajo de los brazos de su adversario y las junta detrás de su cuello. El hombre siente cómo la rodilla de su contrincante se hunde en su espalda y su nuca se dobla ante el irresistible empuje de sus manos. Siente un miedo atroz. Se da cuenta de que no es el más fuerte y que va a morir. Gime suavemente, incapaz de resistir a la terrible presión que se está ejerciendo inexorablemente sobre su nuca. Con un crujido seco, ésta se rompe.

Kipa-koô ha alcanzado a su amigo. Adelantándose a Aô, recoge una piedra y la mete en la boca abierta del muerto.



Triplecero, Agosto de 2011

Para L@C

OceanofPDF.com

Notas

OceanofPDF.com

¹ Chovas piquigualdas: pequeños córvidos negros con pico amarillo, que se encuentran en las montañas de Europa y Asia.<<

OceanofPDF.com

² Conocido también como «alce irlandés», es el mayor cérvido de la Historia.<<

OceanofPDF.com